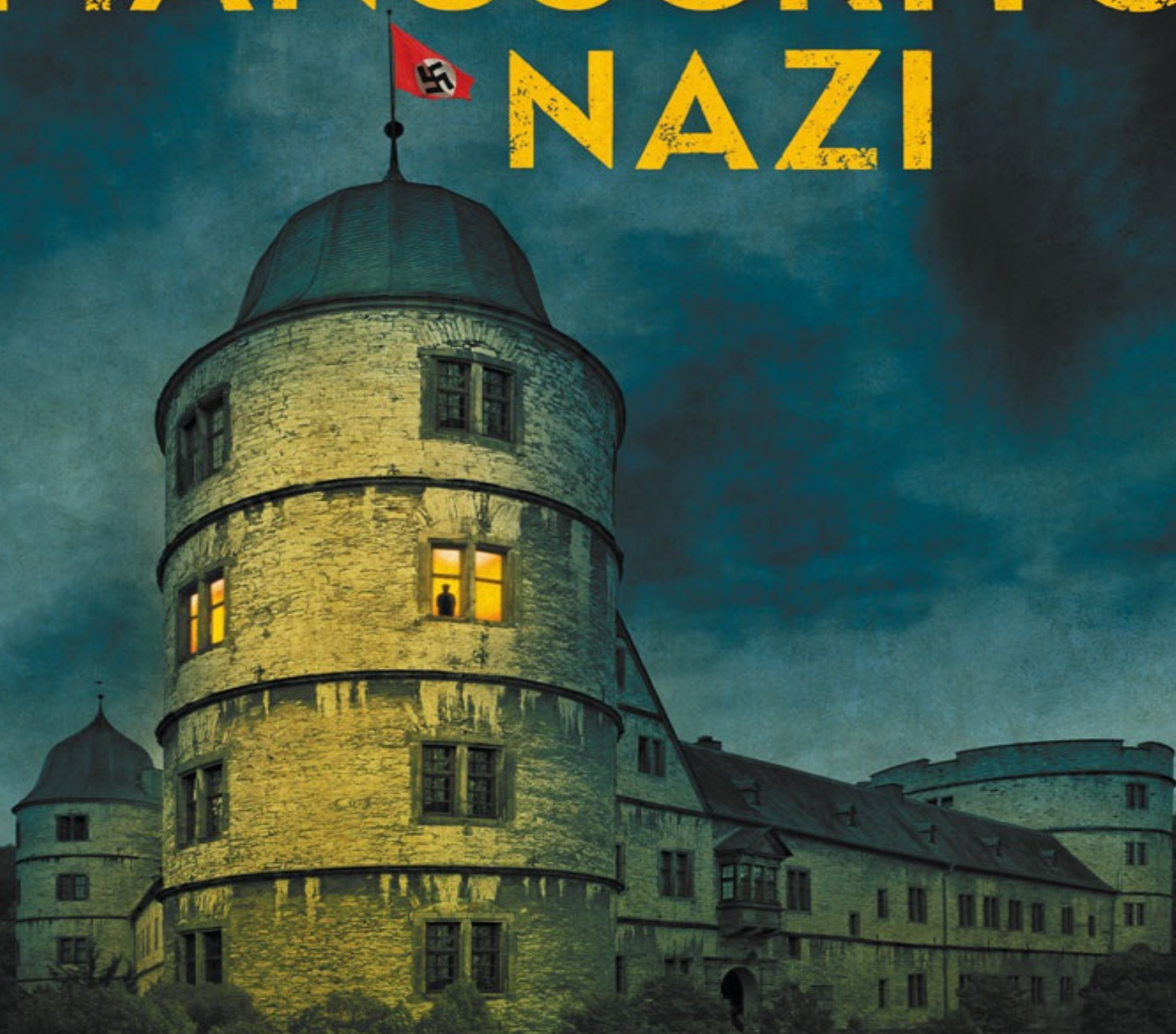


JUAN MARTORELL

EL
MANUSCRITO
NAZI




ESPASA

ÍNDICE

PORTADA

SINOPSIS

I. PARÍS, AÑO 2003

II. PARÍS, AÑO 2003

III. SAINT-GERMAIN-EN-LAYE, AÑO 2003

IV. MANUSCRITO DE *MADAME LA FONTAINE*. CAPÍTULO PRIMERO

V. SAINT-GERMAIN-EN-LAYE, AÑO 2003

VI. MANUSCRITO DE *MADAME LA FONTAINE*. CAPÍTULO SEGUNDO

VII. MANUSCRITO DE *MADAME LA FONTAINE*. CAPÍTULO TERCERO

VIII. SAINT-GERMAIN-EN-LAYE, AÑO 2003

IX. MANUSCRITO DE *MADAME LA FONTAINE*. CAPÍTULO CUARTO

X. MANUSCRITO DE *MADAME LA FONTAINE*. CAPÍTULO QUINTO

XI. SAINT-GERMAIN-EN-LAYE, AÑO 2003

XII. MANUSCRITO DE *MADAME LA FONTAINE*. CAPÍTULO SEXTO

XIII. MANUSCRITO DE *MADAME LA FONTAINE*. CAPÍTULO SÉPTIMO

XIV. MANUSCRITO DE *MADAME LA FONTAINE*. CAPÍTULO OCTAVO

XV. SAINT-GERMAIN-EN-LAYE, AÑO 2003

XVI. MANUSCRITO DE *MADAME LA FONTAINE*. CAPÍTULO NOVENO

XVII. MANUSCRITO DE *MADAME LA FONTAINE*. CAPÍTULO DÉCIMO

XVIII. PARÍS, AÑO 2003

XIX. SAINT-GERMAIN-EN-LAYE, AÑO 2003

XX. PARÍS, AÑO 2003

XXI. BERNA, AÑO 2003

XXII. MANUSCRITO SUIZO DE HANS HEINS. CAPÍTULO UNDÉCIMO

XXIII. BERNA, AÑO 2003

XXIV. MANUSCRITO SUIZO DE HANS HEINS. CAPÍTULO DECIMOSEGUNDO

XXV. SAINT-GERMAIN-EN-LAYE, AÑO 2003

XXVI. MANUSCRITO SUIZO DE HANS HEINS. CAPÍTULO DECIMOTERCERO

XXVII. MANUSCRITO SUIZO DE HANS HEINS. CAPÍTULO DECIMOCUARTO

XXVIII. SAINT-GERMAIN-EN-LAYE, AÑO 2003

XXIX. MANUSCRITO SUIZO DE HANS HEINS. CAPÍTULO DECIMOQUINTO

XXX. MANUSCRITO SUIZO DE HANS HEINS. CAPÍTULO DECIMOSEXTO
XXXI. SAINT-GERMAIN-EN-LAYE, AÑO 2003
XXXII. MANUSCRITO SUIZO DE HANS HEINS. CAPÍTULO DECIMOSÉPTIMO
XXXIII. MANUSCRITO SUIZO DE HANS HEINS. CAPÍTULO DECIMOCTAVO
XXXIV. MANUSCRITO SUIZO DE HANS HEINS. CAPÍTULO DECIMONOVENO
XXXV. MANUSCRITO SUIZO DE HANS HEINS. CAPÍTULO VIGÉSIMO
XXXVI. SAINT-GERMAIN-EN-LAYE, AÑO 2003
XXXVII. MANUSCRITO SUIZO DE HANS HEINS. CAPÍTULO
VIGESIMOPRIMERO
XXXVIII. SAINT-GERMAIN-EN-LAYE, AÑO 2003
XXXIX. PARÍS, AÑO 2003
XL. CASTILLO DE WEWELSBURG, AÑO 2003
XLI. PARÍS, AÑO 2003
XLII. PARÍS, AÑO 2003
XLIII. PARÍS, AÑO 2003
XLIV. TERCER MANUSCRITO DE HANS HEINS. CAPÍTULO
VIGESIMOSEGUNDO
XLV. TERCER MANUSCRITO DE HANS HEINS. CAPÍTULO
VIGESIMOTERCERO
XLVI. TERCER MANUSCRITO DE HANS HEINS. CAPÍTULO
VIGESIMOCUARTO
XLVII. TERCER MANUSCRITO DE HANS HEINS. CAPÍTULO
VIGESIMOQUINTO
XLVIII. TERCER MANUSCRITO DE HANS HEINS. CAPÍTULO
VIGESIMOSEXTO
XLIX. TERCER MANUSCRITO DE HANS HEINS. CAPÍTULO
VIGESIMOSÉPTIMO
L. SAINT-GERMAIN-EN-LAYE, AÑO 2003
LI. TERCER MANUSCRITO DE HANS HEINS. CAPÍTULO VIGESIMOCTAVO
LII. TERCER MANUSCRITO DE HANS HEINS. CAPÍTULO VIGESIMONOVENO
LIII. TERCER MANUSCRITO DE HANS HEINS. CAPÍTULO TRIGÉSIMO
LIV. TERCER MANUSCRITO DE HANS HEINS. CAPÍTULO TRIGÉSIMO
PRIMERO
LV. TERCER MANUSCRITO DE HANS HEINS. CAPÍTULO TRIGÉSIMO
SEGUNDO
LVI. SAINT-GERMAIN-EN-LAYE, AÑO 2003
LVII. TERCER MANUSCRITO DE HANS HEINS. CAPÍTULO TRIGÉSIMO

TERCERO

LVIII. SAINT-GERMAIN-EN-LAYE, AÑO 2003

LIX. PARÍS, AÑO 2003

LX. CASTILLO DE WEWELSBURG, AÑO 2003

LXI. PARÍS, AÑO 2003

LXII. PARÍS, AÑO 2003

NOTAS

CRÉDITOS

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

La arqueóloga Nicole Pascal se ve de nuevo envuelta en una aventura que la llevará a adentrarse en los secretos y en las creencias esotéricas de los grandes jefes del nazismo alemán. Una pluma que le regala su novio, Jean Massard, será el desencadenante que llevará a la pareja a hacerse con un manuscrito de un importante jefe de las SS: Hans Heins. En él, el autor nos narra su vida y sus relaciones con la plana mayor de los dirigentes nazis. Protegido por Himmler, mantuvo relación con Hitler, Hess, Rosenberg, Von Schirach, dentro del mundo de creencias mágicas y ariosóficas que conformaron buena parte de la filosofía de quienes dirigieron el destino de Alemania en aquella época.

La verdad sobre la Lanza Sagrada (quien la posea sostendrá, para bien o para mal, el destino del mundo), sobre la muerte de Himmler, sobre el enigmático castillo de Wewelsburg pasa a ser conocida por Nicole y Jean.

Una verdad que, sin duda, podría alterar la percepción de lo sucedido en aquellos años y que afectaría al curso de la Historia.

I

PARÍS, AÑO 2003

Nicole Pascal cerró sin ruido la puerta de la pequeña habitación y se sentó sin dilación en el cómodo sillón de brazos que había tras la mesa de trabajo. Había caminado por los sótanos del Louvre en absoluto silencio, procurando ahogar el sonido de sus pisadas y casi escondiéndose al cruzar frente a los diferentes despachos. Ella, que era abierta y comunicativa, tenía aquella tarde urgencia por alcanzar el suyo para poder encerrarse a solas.

Abrió uno de los cajones laterales y cogió dos hojas de papel que puso sobre la mesa. Luego, con un suspiro de satisfacción, sacó de su bolso una pluma estilográfica que contempló durante un rato mientras sonreía feliz. Jean, su prometido, se la había regalado esa misma mañana, cuando habían quedado para un rápido almuerzo, aprovechando el poco tiempo del que disponían antes de tener que apresurarse de nuevo hacia sus respectivos lugares de trabajo.

—Toma, te traigo una sorpresa —le había dicho el arquitecto tendiendo hacia ella el pequeño paquete. Y luego se había echado hacia atrás en su asiento dispuesto a no perder detalle de la reacción de su novia. Sabía que a ella le gustaban mucho las plumas, sobre todo si eran antiguas, y tenía la certeza de que aquella que le había comprado era algo muy especial.

«Y vaya si lo es», pensó ahora la joven mientras la contemplaba a la luz de la lámpara de su mesa de despacho. Era una Montblanc de un color negro brillante, fabricada en Alemania a mediados de los años treinta, larga y estilizada, con el clip y dos finas bandas en el capuchón bañados en oro. En la tapa aparecía Montblanc, en un blanco algo amarillento, las dos sílabas separadas por el dibujo de una montaña.

—Aunque está medio borrado, en el cuerpo aún puede leerse Simple, que me han dicho que es el nombre de la empresa que distribuía las plumas, y debajo una cifra. Supongo que será la numeración de serie —le había explicado él mientras sonreía encantado al comprobar que no se había equivocado: los ojos de ella contemplaban la estilográfica con un fulgor especial.

Jean le había traído la pluma llena ya con la tinta preferida de Nicole, un rosa de fuerte tono rojizo, y ella había hecho unos garabatos en el restaurante, aunque había deseado estar de vuelta en su despacho para poder usarla a conciencia.

Mientras la abría, Nicole dirigió una mirada culpable a la pluma Parker que se dejaba ver en el interior de su bolso abierto. Había sido un regalo de sus padres y llevaba años utilizándola. Apartó la vista mientras se prometía a sí misma que no dejaría de usarla.

El plumín de la Montblanc era estrecho y largo. Lo apoyó en el papel y lo notó muy flexible, como ya le había parecido en el restaurante. Y comenzó a escribir.

Nicole tenía una letra bonita y disfrutó viendo cómo el papel se iba llenando con aquellas líneas de fuerte color rosa. Escribió cosas sin sentido, frases y palabras elegidas al azar, agradablemente sorprendida al comprobar que los trazos se afinaban o se hacían gruesos según la dirección y la presión que ella ejerciera. Comprendió que ello era debido a la flexibilidad del oro y se dijo que ahora su caligrafía tenía un cierto sabor a tiempos pasados, como el de algunos manuscritos antiguos que había tenido ocasión de consultar.

Repasó con curiosidad lo escrito, pues había dejado que la pluma vagara casi a su antojo, y de pronto tres palabras fijaron toda su atención, haciendo que el resto desapareciera como si estuviera difuminado.

No tenía en absoluto conciencia de haberlas escrito, aunque no era eso lo que la había aturdido. En primer lugar, eran unas palabras que jamás hubiera pensado que llegaría a escribir. Y en segundo, aunque no podía decir que aquella no fuera su letra, la encontraba más recargada, más elaborada, como si hubiera vuelto a las prácticas de caligrafía de su época de colegiala.

Llamaban su atención sobre todo las dos «H» mayúsculas que, hechas con un solo trazo, se iniciaban con un pequeño arabesco y terminaban, ampulosas, en una amplia curva.

Hans SS Himmler

Dejó la pluma a un lado, todavía abierta, y trató de buscar una explicación racional para algo que parecía no tenerla. Ciertamente que sabía algo de alemán por una asignatura que eligió en segundo de carrera y verdad también que Hans era la versión germana del nombre de su novio. Pero aun así aquello no tenía sentido.

Las dos «S» no eran curvadas, como sin duda ella las habría escrito, sino de trazos rectos, reproduciendo por dos veces un signo rúnico que, si mal no recordaba de la asignatura en la que estudió escrituras antiguas, recibía el nombre de *Sowilo*. Se decía que representaba al sol y que traía suerte. Pero aquel símbolo, cuando aparecía por duplicado, tenía un significado mucho más tenebroso: era el emblema de las tristemente famosas SS[1] del nazismo alemán.

Y la tercera palabra contribuyó a acelerar aún más su respiración: Himmler[2]. Nicole sabía que el famoso jefe nazi se llamaba Heinrich, por lo cual la primera palabra, Hans, no debía tener relación con él. Aquel nombre, Himmler, era símbolo del mayor genocidio en masa de la historia de la humanidad. Fue él quien lo instrumentó y quien lo hizo funcionar con macabra precisión en nombre de la supremacía de la raza aria.

Tomó la pluma y la cerró. Se echó hacia atrás en su asiento y trató de serenarse, diciéndose a sí misma que todo había sido fruto de una serie de casualidades: la ligera somnolencia tras el almuerzo, la conversación con Jean sobre la Alemania de los años treinta, su subconsciente sabedor de que aquella pluma había pertenecido con mucha probabilidad a una persona nacida en el país vecino...

Durante la comida había tratado de imaginar cómo podría haber sido el dueño o la dueña de aquella Montblanc. Era algo que sin proponerse siempre hacía con los objetos antiguos y quizá fue por ello que desde pequeña sintió una atracción tan fuerte por la arqueología.

Pero aunque ya estaba algo más tranquila, decidió que lo sucedido había sido lo suficientemente extraño como para no poder olvidarlo sin más y descolgó el aparato telefónico que tenía sobre la mesa.

Por fortuna, Jean ya había llegado al estudio y fue él mismo quien

contestó.

—Jean, la pluma... es maravillosa y es una delicia escribir con ella...

—Aunque hay un pero, ¿verdad?

—No, no. —Nicole se sintió asombrada ante la capacidad de percepción del hombre; quizá su voz aún dejaba entrever la agitación que había sentido —. Se trata tan sólo de que me ha transmitido unas sensaciones, unas palabras...

—Vamos, Nicole, explícamelo.

—Jean, sabes bien que en ocasiones he tenido vivencias, o visiones si lo prefieres, de hechos concretos que más tarde se han confirmado. Recuerda, cuando nos conocimos, la muerte del doctor Martin o la búsqueda de la estatuilla de Meretseger[3].

—O la visita que te hizo Chan K'uh en mitad de la selva. Y aquello sí que no pudo ser casualidad, o nunca habríais llegado a la máscara de jade[4].

—Quién sabe, pero resultó útil. El caso es que, escribiendo con la pluma, han surgido tres palabras sin que yo fuera consciente de haberlas escrito.

—¿Qué palabras?

—Alemanas, ya te contaré. Pero es que, Jean, ni la letra parecía la mía.

—¿Y?

—Me has dicho hace un rato que compraste la pluma por un anuncio en el periódico, ¿verdad?

—Sí.

—¿Y conociste al vendedor?

—A la vendedora. Una mujer encantadora. Ya mayor. Pero no creo que ella fuera la dueña. De hecho, me parece que así me lo comentó.

—Llámalas, por favor, y dile que me gustaría verla.

—Muy bien. Todavía tengo apuntado su número de teléfono.

—Pero dile que la pluma me ha encantado. Que no se trata de eso. No vaya a pensar que queremos devolverla.

II

PARÍS, AÑO 2003

El té estaba caliente y Nicole lo bebía a pequeños sorbos mientras escuchaba a la mujer que tenía sentada enfrente. Era menuda y pulcra, con el pelo blanco, y la arqueóloga había calculado que pasaba de largo los ochenta años. Aún permanecía latente la impresión que le había producido la dueña de la casa cuando les abrió la puerta a ella y a Jean. Por un instante creyó haber retrocedido en el tiempo y hallarse ante Tatiana Barbié el día en el que viajó hasta Saint-Germain-en-Laye buscando un nuevo lugar donde vivir[5]. El parecido físico era asombroso y sólo la diferencia de edad parecía separar a las dos mujeres. Incluso, como *madame* Barbié aquel día, la anciana que ahora tenía delante vestía una chaqueta negra de punto que dejaba asomar unos blancos puños de encaje. ¡Y sus zapatos eran del mismo extraño color violeta!

También el pequeño salón en el que se habían sentado le recordaba a Nicole el de Tatiana Barbié, con la misma sensación de inmersión en un tiempo pasado y de cariño por los pequeños detalles. Hasta la butaca que ocupaba su anfitriona era, como la de entonces, de orejas, rematada por un immaculado reposacabezas bordado.

—Pues sí, queridos —decía la mujer en ese momento—, me ha costado mucho desprenderme de la pluma, pero mi marido decía que eran como seres vivos y que había que aprender a amarlas... y a cuidarlas. E insistía en que no se debía dejar de utilizarlas, pues si no ellas también acababan muriendo. Y os diré —rio mostrando una dentadura blanca— que yo nunca he sabido usarlas. No sé cómo me las arreglo, pero acabo siempre perdida de tinta.

Se había presentado a sí misma como Helga La Fontaine y, aunque su

dicción resultaba impecable, Nicole no tuvo duda de que el francés no era su lengua materna. El acento era más duro, quizá alemán o de algún otro país del Este.

—Me comentó su novio que es usted arqueóloga, especializada en el antiguo Egipto. De verdad la envidio. Debe de resultar emocionante poder bucear en el pasado. A mi marido le habría encantado conocerla y poder charlar con usted. A él le apasionaba todo lo antiguo... y lo misterioso. —Y guardó silencio mientras contemplaba de manera apreciativa a la joven arqueóloga. Ésta era menuda, de pelo oscuro y piel clara, aunque su rasgo más sobresaliente eran unos ojos de un color verde profundo de los que resultaba difícil abstraerse. Pensó que ambos componían una pareja muy atractiva, pues el hombre era alto, guapo y con una fácil sonrisa que dejaba al descubierto unos dientes muy blancos. También, como ella, tenía los ojos de un color verdoso, aunque de un tono más claro.

—Por cierto —Nicole compuso su mejor sonrisa para lanzar la pregunta y que no sonara estúpida—, ¿su marido se llamaba Hans?

Pareció que la expresión de la anciana se hubiera congelado, que toda ella se hubiera convertido en una estatua viviente. Sus ojos claros se quedaron prendidos en Nicole durante unos interminables segundos en los que la joven habría podido jurar que lejanos recuerdos acudieron a la mente de aquella mujer.

—Bueno... —Le devolvió la sonrisa—. Se llamaba Jean, como él. —Hizo un gesto señalando al arquitecto—. Pero sí. Hace tiempo, mucho tiempo, Hans era su nombre. Así lo bautizaron. ¿Puedo preguntarle...?

—¿Cómo lo he sabido? Desde luego que puede, Helga, y le pido perdón. Quizá he sido demasiado brusca. El caso es que probando la pluma, su maravillosa pluma, me encontré escribiendo ese nombre. Y lo hice sin proponérmelo, casi como si la pluma hubiera sido movida por otra mano distinta de la mía.

Si Nicole esperaba un gesto o una exclamación de sorpresa por parte de su anfitriona, éstos no se produjeron. Tan sólo un breve suspiro y un leve encogimiento de hombros.

—Lo misterioso y lo inexplicable... Jean creía de corazón en ello. Decía que lo que llamamos ficción no pasa de ser más que un nivel distinto de la realidad. No creo en los espíritus. —Ahora su sonrisa se reveló un poco cansada—. Y no voy a pensar que Hans ha guiado su mano. —Jean y Nicole

se miraron durante un instante al darse cuenta de cómo la anciana había utilizado el nombre alemán de su marido—. Pero sí creo que no ha sido una casualidad y que de alguna manera lo que ha sucedido estaba escrito. Les diré que mi marido sentía un especial apego por esa pluma que ahora es suya, *mademoiselle*. La llevaba siempre consigo, como si fuera algo muy especial. De hecho, me dio a entender que la pluma podría traerles a ustedes...

Nicole se revolvió incómoda sin saber adónde quería llegar la mujer. Por unos momentos se reprochó a sí misma la idea de aquella visita, pensando que había sido un impulso irracional, como poco racional empezaba a ser lo que estaba sucediendo en aquella pequeña habitación.

Helga La Fontaine se había quedado de nuevo ensimismada, sumida en aquellos recuerdos que sólo ella conocía. Nicole sintió ternura al ver aquel cuerpo pequeño y frágil, ligeramente encogido y perdido en la inmensa butaca.

Pero de repente la anciana pareció volver a la realidad. Su espalda se puso recta y la mano golpeó con suavidad el muslo derecho, en un gesto que Nicole había visto con frecuencia en Tatiana Barbié cuando tomaba una decisión. Otra vez el parecido entre ambas la sobrecogió.

—Ya Hans insinuó que quizá algún día... —La voz de la mujer sonaba ahora firme—. Perdónenme unos instantes, por favor. Enseguida vuelvo. —Y con movimientos ágiles se levantó de la butaca y abandonó el salón.

Jean y Nicole se miraron sorprendidos tras la abrupta desaparición de *madame* La Fontaine. El arquitecto se encogió de hombros y le dirigió un guiño cariñoso a su novia, mientras sus labios componían un silencioso «¿Y ahora?».

La espera no fue larga. La anciana reapareció llevando en las manos una especie de carpeta, que depositó sobre la pequeña mesa que había junto a su sillón. La carpeta parecía de cartón, forrado con un vistoso papel de colores y con dos cintas que, haciendo un lazo, la mantenían cerrada.

Helga La Fontaine no hizo ademán de abrirla, aunque mantuvo su pequeña mano apoyada sobre ella.

—No son más que papeles. —Sonrió al darse cuenta de la expectación que había creado en sus visitantes—. Papeles escritos por mi marido, por Hans. Son la historia de su vida; bueno, de parte de ella, como usted podrá comprobar. —Se había dirigido en concreto a Nicole—. La vida de mi esposo tuvo bastante de especial, aunque no seguramente en el sentido que ustedes

puedan imaginar. Ya lo verán. Le tocó vivir en una época muy... extraña. Decía que lo que había escrito no debería hacerse público, aunque creo que él sí lo deseaba. Por eso dejó una puerta no del todo cerrada que parece que hoy se ha abierto. —La mujer guardó silencio durante unos momentos mientras su mano acariciaba con delicadeza la superficie de la carpeta—. Me dijo que quizá algún día yo comprendería que había alguien a quien podría confiar el manuscrito, y pienso que él estaba convencido de que así sucedería. Ya les he dicho que creía profundamente en lo misterioso, me atrevería a decir que en lo oculto, y pensaba que designios que resultaban inexplicables acababan aflorando de forma inexorable.

—Yo también he tenido esa sensación, y en más de una ocasión —convino Nicole—, aunque siempre acabas pensando que quizá todo ello no haya sido sino una serie de casualidades.

—No lo sé. Puede ser. Pero al menos a esas casualidades debemos hacerles caso: nos sirven de apoyo a la hora de decidir. —Su mirada ágil pasó de uno a otro—. ¿Ven ustedes? Hoy a mí me han servido para desempolvar este manuscrito. Y estoy satisfecha porque mi sensación es la de haber acertado. —Y con mano firme tomó la carpeta de encima de la mesilla y la alargó hacia Nicole.

—Muchas gracias, *madame* La Fontaine..., Helga. No le quepa duda de que lo trataré con el máximo cuidado. En el fondo ello forma parte de mi trabajo. —Sonrió—. Y espero que podamos volver pronto a visitarla para hablar sobre él.

—Y sobre mi marido... Seguro que sí, hija mía. Pero debo hacerle una advertencia: la historia que usted se lleva reproduce sólo una parte de la vida de Hans. Él escribió dos volúmenes más, pero pensó que no era conveniente que pudieran caer en manos equivocadas, de modo que los puso a buen recaudo.

—¿Quiere usted decir que se encuentran guardados en algún sitio seguro? —preguntó Jean.

—No, no. Me refiero a que los escondió. Y les diré que ni yo misma sé dónde.

III

SAINT-GERMAIN-EN-LAYE, AÑO 2003

Había ya comenzado la primavera y la temperatura era muy agradable. Jean y Nicole se habían instalado ante el gran ventanal que daba al pequeño jardín. Un poco más allá podía verse la calle y, enfrente, la casa en la que la arqueóloga había habitado durante unos meses tiempo atrás. En ella había conocido a Jean, un día en el que el arquitecto llamó a la puerta porque se había quedado sin sal... Y en ella había conocido a Tatiana Barbié, la dueña, que le había alquilado unas habitaciones para marcharse poco después a Canadá a visitar a un hijo[6]. La mujer nunca había vuelto. Ahora la casa estaba habitada por una pareja de personas ya mayores, y cuando Nicole se interesó un día por la que había sido su casera, la respuesta, amable, fue que nunca habían oído hablar de ella y que era otro el nombre de la persona a la que habían alquilado la casa a través de una agencia.

Nicole se acordaba ahora de *madame* Barbié porque tenía en su regazo la carpeta que le había entregado Helga La Fontaine y seguía estando asombrada por el extraordinario parecido entre ambas mujeres.

Antes de viajar hacia Saint-Germain se habían detenido en una imprenta rápida para hacer una copia del manuscrito. Habían acordado que cada cual tendría su ejemplar, porque ninguno estaba dispuesto a esperar a que el otro terminara.

—De paso podremos ir comentando —había sentenciado Jean.

Ahora cada uno estudiaba el suyo, aunque era Nicole la que se había quedado con el original. El papel se conservaba inmaculadamente blanco, señal de que las hojas habían visto pocas veces la luz del sol, y estaba mecanografiado con pulcritud por una de las caras. Lo único que tenía de

manuscrito, salvo que en alguna de las hojas apareciera otra acotación, era una fecha que había en la primera página, en la esquina superior derecha: 15 de mayo de 1985. La letra «M» terminaba con un trazo amplio y ascendente, y le recordó la «H» que ella había escrito cuando estrenó la Montblanc en su despacho. El grosor de la escritura era variable, y le hizo pensar que bien podría haberse utilizado la misma pluma.

Al hojearlo, Nicole vio que su autor lo había dividido en capítulos, como si se tratara de una novela.

—Por cierto —la voz de Jean le sonó lejana, aunque lo tenía al lado—, aún no sabemos el verdadero apellido de Hans. Imagino que La Fontaine lo podemos descartar.

—Así es. Esperemos que nuestro buen Hans no resulte también un fabulista. Caramba, Jean. —Nicole ya había empezado a leer y su voz sonó excitada—. Parece ser que nuestro hombre sin apellido era efectivamente alemán... ¡y un destacado miembro del partido nazi!

IV

MANUSCRITO DE *MADAME LA FONTAINE*

CAPÍTULO PRIMERO

Cuando terminó la guerra, yo tenía la graduación de SS Standartenführer[7].

A los pocos días no era más que un furtivo buscando una sombra en la que pasar desapercibido.

Lo que fuera motivo de honor y profundo orgullo en la Alemania del Tercer Reich había pasado a ser un oprobioso baldón a los ojos del resto del mundo.

Y sin duda la razón estaba de su parte, aunque ello no les eximía de culpa.

No se puede despreciar y oprimir a un pueblo milenario, orgulloso y poderoso sin que despierte la bestia. Y ese pueblo no dudará en seguir a quien le prometa el regreso a la edad de oro.

Sin el infamante Tratado de Versalles y su implacable aplicación, Adolf Hitler sólo sería recordado como un simple agitador de cervecerías, y el mundo no se habría visto envuelto en el horror.

Aunque... ¿quién sabe?

Quien lea estas líneas, si alguien alguna vez lo hace, puede que opine que son parciales y tendenciosas, pero, si las lee con atención y es ecuánime, espero que piense que no. Sólo soy el producto de una raza, de una clase social y de unas circunstancias. Aunque imagino que todos lo somos.

Trataré de relatar lo que viví entonces, aunque no podré prescindir de lo que fueron mis sentimientos. Sin ellos dejaría de ser yo mismo.

Tengo ahora ochenta años y todo aquello me parece ya lejano. Aunque mis recuerdos siguen vivos. Más que los dejados por los cuarenta años que ya han transcurrido desde entonces hasta ahora. Desde que el Tercer Reich dejó de

existir. ¡La mitad de mi vida!

Ahora Alemania es otra vez una nación poderosa, y no me cabe duda de que algún día, cuando el comunismo vea su inevitable final, volverá a fundirse en una sola, más fuerte y unida que nunca.

Estoy orgulloso de mi patria y de ser alemán. No puedo dejar de pensar que somos algo especial. Que el resto del mundo me perdone.

* * *

Nací en Múnich el 17 de abril de 1905. Imagino que hoy diríamos que mi familia era de clase media acomodada, aunque entonces los parámetros no eran los mismos. Pienso que le cuadran mucho mejor los adjetivos «tradicional» y «tradicionalista», lo que en aquella Alemania de comienzos de siglo venía a significar orgullosa de su estirpe y de su historia, y fiel al káiser y a los principios por los cuales nos regíamos. En una palabra, éramos alemanes y nos sentíamos alemanes.

Mi padre era militar y aún conservo el recuerdo de su casco rematado en una afilada punta. Lo depositaba cuidadosamente al llegar a casa en un armario grande que había en el vestíbulo de entrada. También había sido militar el padre de mi padre, mi abuelo Albrecht, al que no llegué a conocer pues había muerto joven al caer de un caballo. Su mujer, Hildegard, vivía con nosotros, y fue siempre muy cariñosa conmigo. Yo siempre la llamé Grossmutti[8] y la recuerdo con veneración. Murió bien entrada ya la década de los treinta, en una Alemania convulsa que ella llegó a detestar.

Tuve una hermana, también llamada Hildegard, dos años mayor que yo. Me llevaba bien con ella, aunque siempre me trataba con un poco de suficiencia. La última vez que la vi fue a comienzos de 1945. Estaba casada y tenía tres hijos. Su marido era civil, por lo que no creo que sufrieran ningún tipo de represalia, pero averiguaciones discretas que hice cuando ya nos habíamos instalado en Francia no dieron ningún resultado. Claro está que yo no podía indagar abiertamente y que ella tampoco conocía mi nueva identidad. Siempre que pensaba en Hildegard la imaginaba viva y confiaba en volver a verla. Ahora comprendo que ya no será posible y su recuerdo me trae tristeza.

Mi infancia fue la de cualquier niño que crece feliz rodeado por el cariño de los suyos. Mi madre estaba siempre en casa, pendiente de nosotros, y lo

primero que hacía yo al volver del colegio era preguntar por ella. Y corría a buscarla. Me alzaba y me sentaba en su regazo y me preguntaba muy seria, como si para ella fuera lo más importante del mundo, por lo que había hecho yo esa mañana.

Era una magnífica violinista, y desde muy pequeño recuerdo quedarme embobado mientras ella tocaba. En 1913, un año antes de comenzar la guerra, nos pusieron a mi hermana y a mí un profesor de violín, cuyas clases alternábamos con las de francés que teníamos desde que yo cumplí los siete años.

Si alguna vez supe el nombre de pila del profesor de violín, lo he olvidado, pues siempre lo llamábamos *Herr Luchner*. Nos dio clase hasta poco antes de que finalizara la guerra. Tenía un mechón que le caía sobre la frente y que se movía a impulsos de sus briosos gestos. En ocasiones, yo me guiaba por su pelo para acoplarme al ritmo.

Hildegard siempre se mostró menos interesada que yo en aprender a tocar y, como consecuencia, lo hacía peor. A mí realmente me gustaba, aunque pienso que mis esfuerzos, en gran parte, se debían al deseo de ver feliz a mi madre.

Cuando crecí, y toda aquella época pasó a ser sólo un recuerdo nada más, llegué a pensar que *Herr Luchner* estuvo enamorado de ella. O quizá sólo fuera la pasión que él sentía por la música. Cuando tocaban juntos la miraba arrebatado, con los ojos chispeantes y el rostro encendido. Mi madre permanecía atenta a la partitura, aunque de vez en cuando su mirada buscaba por unos instantes la de él.

¿Les unió en aquellos momentos algo más que su mutua afición? Me niego a creerlo. Durante los años en que mi padre estuvo en la guerra, ella hablaba cada día de él, haciendo que su recuerdo estuviera siempre entre nosotros.

Y sobre todo me niego a creerlo porque ella era mi madre. Simplemente.

Hay unas imágenes de aquella época que se empeñan con regularidad en venir a recordarme hasta qué punto, siendo niños, somos capaces de sentir que estamos tocando el cielo y que esa maravillosa impresión podrá durar para siempre. Cada vez que rememoro mi primera visita al Lichtspieltheater me invade un ligero desasosiego, pues comprendo que jamás volveré a sentirme tan maravillado y tan lleno de ilusión como aquel día.

Fue a principios de 1914. Mis padres nos llevaron a Hildegard y a mí a ver *Cleopatra, die Herrin des Nils*[9]. Tenía yo entonces nueve años y nunca

había visto una película ni imaginaba hasta qué punto podía llegar a subyugarme, aunque la emoción que sentí al entrar en el cine de la mano de mi madre ya anticipaba lo que vendría después. Cuando ante mis ojos Cleopatra, Marco Antonio y Julio César comenzaron a moverse, mi boca debió de abrirse para permanecer así durante toda la proyección, incluidos los varios cortes por los cambios de bobina. Mi padre debió de darse cuenta de mi arrobamiento, pues al poco de empezar la película pasó su brazo por encima de mis hombros y me dio un cariñoso apretón.

En abril visitó Múnich el archiduque Francisco Fernando, y recuerdo bien el paso de su carroza, en compañía de nuestro rey, por las calles de la ciudad. Salimos a contemplar la cabalgata acompañados, esta vez, por Grossmutti.

Dos meses después el archiduque era asesinado en Sarajevo y la mecha que llevaría a la guerra se prendería. Aunque yo, de todo aquello, no me acuerdo.

Mi padre hizo la guerra a las órdenes del príncipe Rupprecht, hijo mayor de Luis III y heredero, por tanto, al trono de Baviera. Encuadrado en el sexto ejército, combatió bajo su mando en Lorena, donde una pronta victoria ante el avance francés hizo creer al pueblo alemán que la guerra sería breve y favorable, esto último algo que ningún ciudadano se permitía dudar. Cuando las tropas de Rupprecht pasaron a la ofensiva se encontraron con una fuerte resistencia y la situación se estabilizó durante largo tiempo. Rupprecht, y por tanto también mi padre, pasaron los años de guerra en el frente oeste.

En la Navidad de 1914 recuerdo que mi madre y yo tocamos a dúo el violín el día de Nochebuena. Habían venido a casa mis tíos y mis primos y éramos muchos los que nos repartíamos por los salones y el comedor. Recibimos la visita de Santa Klaus —imagino que uno de mis tíos disfrazado— y pudimos desenvolver los regalos que se apilaban bajo el árbol de Navidad. Yo tuve varios, pero el que nunca olvidaré fue el de un arco de violín, pequeño como correspondía a mi edad, pero exquisitamente trabajado y con los extremos de marfil. Yo entonces pensé que me lo había traído Santa Klaus y le di las gracias con fervor.

Pude estrenarlo poco después, cuando esa misma noche mi madre y yo tocamos *O Tannenbaum* al violín mientras todos cantaban. Nos había llevado varios días de duros ensayos y yo tenía pánico de equivocarme. Al terminar, todo el mundo aplaudió y ella me cogió en brazos para besarme. Creo que fue el día más feliz de mi vida.

1914 fue también el año en el que me matricularon en el Maximiliansgymnasium, algo entonces para mí mucho más trascendente que el comienzo de la guerra que se había producido poco antes. Era mi entrada en la *Oberschule*^[10] y ello me hizo sentirme muy importante, como si de pronto ya fuera mayor. ¡Y sólo tenía nueve años!

El Maximiliansgymnasium —el Max, como ya entonces lo llamábamos— era una escuela de élite a la que no era fácil acceder. De tradición humanista, había sido fundada por el rey bávaro Maximiliano II y en ella se educaron muchos prohombres del reino de Baviera —mi padre lo siguió llamando reino hasta el día de su muerte, a pesar de que Alemania había pasado a ser una república.

El Max disponía desde 1912 de unas nuevas y amplias instalaciones en Schwabing, aunque yo sólo llegué a conocerlas en mis dos últimos años de escuela, porque desde el comienzo de la guerra fueron destinadas a lugar de reclutamiento y albergue de tropas, y más tarde a lazareto durante 1918 y 1919. Nunca me sentí a gusto en ellas, quizá porque aún podía imaginar a los espíritus de los soldados vagando por sus corredores o porque simplemente me recordaban día tras día que Alemania había sido derrotada. Además, en aquellos pasillos tuve mi primera experiencia paranormal, que no resultó agradable. Pero no adelantaré acontecimientos.

Así pues, pasé casi toda mi enseñanza escolar en el que fuera primer edificio del Max, en la Ludwigstrasse. El espacio no sobraba y los lugares de recreo eran insuficientes, pero yo lo recuerdo con veneración.

Los alumnos éramos ruidosos, como siempre ha sido y siempre será, en contraste con el severo talante de los profesores, que yo entonces achacaba a su, para mí, elevada condición. Después he comprendido que el verdadero motivo no era otro que la guerra, porque era mucho lo que nos jugábamos y Alemania no estaba en aquellos momentos para risas.

Pero en casa, mi madre y Grossmutti intentaban que nuestra infancia no se viera afectada y, aunque aquéllos fueron unos años muy especiales, creo que lo consiguieron. Después he sabido que en Baviera se pasó hambre, al igual que en el resto de Alemania, y que hubo epidemia de tifus y que aumentó la tuberculosis, aunque en casa jamás se nos habló de ello.

En cualquier caso, fuimos una generación marcada por la guerra, y buena prueba de ello la constituyen mis juegos de entonces, simulando batallas en cuanto teníamos ocasión. Los alemanes —los buenos— se enfrentaban al

enemigo y siempre debían ganar. Como es lógico, nadie quería hacer el papel de los infames franceses o ingleses, aunque no había más remedio. Pero siempre su número era menor, con lo que la victoria no ofrecía discusión y éramos más los que disfrutábamos con ella.

Aunque los vencidos también tenían su momento de gloria mientras componían horrorosas muecas al caer al suelo cuando eran fusilados tras haber sido hechos prisioneros. ¡Ay, la inocencia de los niños!

Sin duda en casa se pasaron apuros económicos, pero yo no puedo decir que los notara. Quizá mi hermana, dos años mayor y más caprichosa por su condición femenina, se llevara algún «no puede ser» mientras pretendía un nuevo traje o unos zapatos que lucieran algo de tacón, pero yo estaba satisfecho con lo que tenía y tampoco podía sentir envidia por ninguno de mis amigos porque todos estábamos en parecidas condiciones.

Quizá fuera esa falta de dinero lo que llevó a mi madre a «aderezar» mis regalos de cumpleaños, inevitablemente modestos. Creo recordar que la primera ocasión fue en 1916, cuando cumplí once. Mi madre, tras besarme y desearme muchas felicidades con los inevitables tirones de orejas, me entregó muy ceremoniosa un sobre cerrado. Mi primera impresión fue de ligera desilusión, pues no podía imaginar que lo que hubiera en su interior fuera un regalo apetecible. Añadiré que mis deseos estaban entonces puestos en un mecano que había visto en un escaparate. Tenía infinidad de piezas metálicas acompañadas de múltiples tuercas, tornillos, llaves y destornilladores. Como muestra de lo que se podía hacer con él, en el escaparate habían fabricado una especie de torre que remataron con una pequeña bandera alemana.

Abrí el sobre con curiosidad y de su interior saqué un tarjetón en el que mi madre había escrito: «Busca donde tu padre guardaba su sombrero más duro». Recuerdo que me quedé atónito, sin saber cómo reaccionar, y que la miré sorprendido. Ella se sonrió y me guiñó un ojo.

Y de pronto comprendí. Y me sentí inmensamente feliz.

Como una flecha me fui al armario del vestíbulo en el que mi padre guardaba su casco militar y lo abrí, convencido de que allí estaría mi regalo. ¡Pero lo que encontré fue otro tarjetón con un nuevo acertijo!

Así fui recorriendo la casa siguiendo la pista de lo que mi madre había escondido. Algunas adivinanzas fueron muy fáciles, otras me obligaron a pensar y alguna me hizo temer que me quedaría sin regalo, pues no acertaba a descifrarla. Pero allí estaba ella, siempre sonriente y dándome como de

pasada pequeñas ayudas cuando me veía atascado.

Y al fin, escondido tras unos trajes en el armario de mis padres, apareció el mecano, envuelto con un gran lazo. Abracé a mi madre, alborozado, y recuerdo que permanecimos así un rato, dándonos besos y riendo.

Y el juego de los acertijos se convirtió en costumbre durante unos cuantos años, incluso una vez acabada la guerra y con mi padre de nuevo en casa. Pero fue algo que sólo nos atañía a ella y a mí y de lo que los demás estaban excluidos. Yo también empecé a esconderle mis regalos, y pienso que al final disfrutábamos más buscando que abriendo finalmente el paquete. Creo recordar que el último cumpleaños en el que recorrí la casa siguiendo pistas (cada vez más complicadas) fue el de mi final de bachillerato en el Max. Mi madre debió de pensar que ya me había hecho mayor.

En el Max estudió Ernst Röhm, quien años más tarde tendría un destacado papel en la Alemania del Nacionalsocialismo. Me enteré de que habíamos estudiado en el mismo colegio cuando leí su biografía con motivo de su muerte. Él terminó el *Abitur*[\[11\]](#) en 1906.

Mi padre vino a casa en varias ocasiones mientras duró la contienda, en general para estancias cortas, y él también trataba de evitar cualquier referencia a la guerra mientras estaba con mi hermana o conmigo. Cuando yo le preguntaba o trataba de explicarle lo que había oído en el colegio, él se limitaba a sonreír y cambiaba de tema, para hablarnos, por ejemplo, de la visita que íbamos a realizar al parque de atracciones. La guerra pasaba entonces a segundo plano.

—¿Has matado a muchos? —recuerdo que le pregunté en una ocasión, deseando que me contestara que los muertos habían sido innumerables para poder contarlos al día siguiente en el colegio. Él se puso muy serio y me dio la impresión de que su rostro envejecía.

—Hans —me dijo mientras me acariciaba el pelo—, las guerras son algo horrible, y si Alemania está combatiendo, lo hace precisamente para que en el futuro no haya más.

Entonces no entendí muy bien aquellas palabras, aunque se me quedaron grabadas. Lo que sí comprendí fue que mi padre no estaba dispuesto a hablar del asunto. Más adelante me he planteado en varias ocasiones si él creía de verdad en lo que me estaba diciendo. Lo que es seguro es que lo deseaba.

A finales de 1918 mi padre regresó a casa de forma definitiva y aquellas Navidades permitieron que la familia se reuniese de nuevo al completo. O

casi, porque uno de mis tíos, Gottfried, hermano menor de mi madre, había muerto en el frente cuando ya la guerra tocaba a su fin.

Cantamos, comimos y reímos —esto último al menos lo intentamos—, aunque el ambiente tuviese poco de festivo. Yo había cumplido los trece años, y por aquel entonces me interesaba bastante más mi prima Gisela que las consecuencias de la derrota alemana. Aun así, me di perfecta cuenta de que algo había cambiado en mi patria. Algo muy profundo que nos iba a afectar a todos. Y sentí malestar. Y odio hacia nuestros arrogantes enemigos.

Lo de Gisela no pasó de ser la inocente aventura amorosa de un niño, pero fue la primera para mí y por ello tuvo una importancia especial. Y la sigue teniendo, porque cuando la imagen de aquella niña surge desde mi memoria, va siempre acompañada de un esbozo de sonrisa y de una agrídulce sensación de nostalgia.

Gisela era hija de unos primos de mi padre y tenía mi misma edad. Jugábamos juntos desde pequeños, aunque por entonces yo me divertía más con los chicos que con las chicas.

Hasta que un día Gisela comenzó a hacerse mujer. Fueron cambios sutiles, pero que unidos adquirieron una fuerza arrolladora. O que quizá la tuvieron para un niño cuya sexualidad comenzaba a despertar.

De pronto me fijé en que era extraordinariamente guapa y me pareció más alta y más delgada. Y decidí que sus piernas eran preciosas. Se había dejado crecer el pelo y lo recogía en una cola que caía, larga, por su espalda. Pero sobre todo yo no podía apartar la mirada, cuando estábamos juntos, de aquellos pechos que ya comenzaban a moldear su blusa. Ella era consciente de todo ello y de vez en cuando me miraba como sólo las mujeres saben hacerlo, con esa mezcla de timidez y arrogancia. Y de promesa.

Aquella Nochebuena de 1918 encontré el modo de atraerla a mi cuarto, no recuerdo ya con qué disculpa. Entonces me pareció muy sagaz por mi parte, aunque después he comprendido que ella sabía perfectamente cuáles eran mis propósitos. Y que si accedió, fue porque le divertía.

Con torpeza puse mi brazo sobre su hombro mientras le enseñaba una maqueta que habíamos hecho en el colegio. Y acerqué mi rostro al suyo. El olor a colonia y a juventud me embriagó. Y la besé en la mejilla. Y volví a hacerlo, esta vez más cerca de la boca. Ella no dijo nada, pero volvió su cara hacia mí. Estábamos a escasos centímetros el uno del otro y sus ojos azules parecían llenarlo todo.

La besé en la boca, en aquellos labios que se me ofrecían entreabiertos, y ella respondió mientras me abrazaba. Fue mi primer beso de amor e imagino que fue torpe, pero nunca ninguno después me ha producido la misma sensación.

Y mi mano buscó su pecho, como tantas veces lo había hecho en sueños. Noté en ella un ligero estremecimiento, pero me dejó hacer. Desabroché unos botones y me encontré con una camiseta sin fisuras que le llegaba casi al cuello, de modo que me conformé con acariciar aquellos bultos mientras imaginaba cómo serían. Creo que ella quiso ir más allá, porque me apartó con suavidad y empezó a desabrochar los botones que aún permanecían cerrados, pero entonces escuchamos unas voces que se aproximaban por el pasillo. Y aquellos momentos de éxtasis se cerraron de manera abrupta. Pero su intensidad sigue viva en mis recuerdos.

Aprendí a montar bien a caballo, como siempre había sido costumbre en la familia, y fui bastante bueno en esgrima. Como estudiante me limitaba a cumplir con las que se suponían que eran mis obligaciones y procuraba llevar los exámenes aprendidos. No tuve problemas para ir aprobando todas las asignaturas, pero nunca fui de los primeros de la clase.

El final de la guerra fue también, para muchos alemanes, el final de su mundo. Del único que habían conocido. Mi generación aceptó los cambios sin sobresaltos, casi diría que con curiosidad, pero la de mis padres y la de mis abuelos se encontraron de pronto con que el suelo que habían pisado desde que nacieron se hundía bajo sus pies.

Alemania, derrotada y humillada, privada de parte de los que habían sido sus territorios y convertida en una república. ¡Una república!

Mientras Guillermo II dejaba de ser emperador, nuestro rey, Luis III, fue depuesto por la revolución que triunfó en Baviera. El periodista Kurt Eisner, socialista, fue el primer presidente de la recién nacida república bávara.

Fue entonces cuando oí a mi padre pronunciar una frase que nunca olvidaré. Estaba él hablando con mi madre y no sabían que yo me acercaba por el pasillo y podía escucharles.

—Un judío, Margrit, un judío comunista. ¿Dónde iremos a parar en manos de Eisner? Los judíos no sienten lealtad por nada, sólo por sí mismos. No son alemanes...

Kurt Eisner fue asesinado un año después, tras perder las elecciones para su reelección. Para mí no fue más que un nombre, pero el rechazo hacia los

judíos se instaló ya con firmeza en mi mente infantil. Si mi padre los detestaba, era porque eran detestables. Sobre eso no había discusión, aunque con el paso del tiempo llegué a matizar mi opinión.

A mediados de mi penúltimo año en el Max me llamó mi padre un día a su despacho. Él sabía que yo pretendía ser militar, aunque seguramente esa intención se debía más a lo que yo consideraba tradición familiar que a un verdadero deseo por mi parte. A los dieciséis años no se sabe bien lo que uno quiere ser en la vida, o por lo menos yo no me lo había planteado de manera seria. Daba por hecho que iba a ingresar en el ejército y lo aceptaba.

—Hans —me dijo una vez sentados frente a frente en unas pequeñas butacas que había en el despacho—, eres ya un hombre y tienes que decidir lo que quieres estudiar, a qué quieres dedicarte.

—Pues... voy a ser militar, como tú, como el abuelo... ¿No? —añadí al ver que él me miraba sin responder.

Entonces mi padre sonrió, algo que, desde su regreso definitivo, no se producía con frecuencia.

—Eso es algo que debes decidir por ti mismo, pero quiero que entiendas que no tienes ninguna obligación de seguir mis pasos, por el simple hecho de que yo sea tu padre. Cada uno debe tratar de hacer en la vida aquello que más le satisfaga. Y las decisiones que tomes ahora serán ya para siempre. Así que hay que procurar acertar.

—Pero... ser militar es algo grande... y noble. —Yo me limitaba a repetir las consignas que había oído, y procuraba hacerlo con énfasis. Y seguí hablando de la lucha por la patria, del honor castrense y de todo lo que se me pasó por la cabeza en defensa de la que consideraba que iba a ser mi profesión. Además, en aquellos momentos, yo imaginaba que era justo lo que a él le gustaba oír.

Mi padre me dejó hablar sin interrumpirme y cuando acabé sonrió de nuevo.

—Bien, así será si así lo deseas, pero quiero que te tomes un tiempo para reflexionar.

Y pasó a hablarme de lo que él pensaba que podría ser mi futuro si por fin optaba por la carrera de las armas. Yo creo que se esforzó en que el panorama resultara especialmente desolador porque él no quería que yo fuese militar, a pesar de que unos años antes ello habría sido su mayor ilusión.

—Hans —me dijo—. No creo que los militares sean lo que en los

próximos años necesite Alemania. Nuestros territorios se han visto reducidos y el Tratado de Versalles ha llevado a nuestro ejército y a nuestra Armada a la mínima expresión. Aunque la guerra ha producido bajas, es muy elevado el número de oficiales que ahora mismo están sin destino y a los que hay que buscar acomodo. Además —continuó tras una pausa en la que yo me mantuve en silencio—, cuando alguien se hace militar sueña con poder llegar a lo más alto y lucir algún día los galones de general. Creo que para tu generación eso es algo que resultará muy difícil. Son muchos los que tenéis por delante y muy pocas las vacantes que se producirán. Corres el riesgo, hijo mío, de pasarte la vida sentado en un despacho mientras alguien, probablemente menos preparado que tú, te dice lo que tienes que hacer.

Se quedó mirándome, iluminado su perfil por la lámpara que había sobre la pequeña mesa, y lo único que se me ocurrió pensar en ese momento fue que mi padre se había hecho, de pronto, viejo. No tendría por entonces más allá de los cuarenta y cinco años, pero su pelo había encanecido y sus facciones parecían haberse venido abajo.

Pero eran sobre todo sus ojos. Se habían quedado sin luz y parecían más pequeños, porque los párpados superiores estaban ahora más cerrados, como una persiana levantada a medias...

—Y entonces, ¿qué piensas que debo estudiar? —se me ocurrió decir, yo creo que un poco aliviado ante la idea de no tener que ser militar.

—Puedo aconsejarte, pero la decisión debe ser tuya. A ti, Hans, siempre te ha atraído la naturaleza, y creo que durante los próximos años Alemania va a pasar hambre. Pienso que podrías ser un magnífico ingeniero agrónomo...

Mi padre acertó al vaticinar la depresión que se aproximaba, pero se equivocó al predecir el futuro de los ejércitos alemanes. Claro está que aún no había oído hablar de Adolf Hitler.

Pero aquella conversación bastó para que yo olvidara, agradecido, mis proyectos militares y un año y medio después me matriculara en la Escuela Técnica para tratar de convertirme en ingeniero agrónomo.

V

SAINT-GERMAIN-EN-LAYE, AÑO 2003

Jean fue el primero en levantar la mirada del ejemplar que tenía entre las manos. El resto de la página que acababa de leer estaba en blanco y, al darle la vuelta, vio que la siguiente era el comienzo de un nuevo capítulo. Sentía una ligera desazón y se obligó a respirar hondo y a distender el ceño que de pronto notó que tenía fruncido.

Vio que Nicole estaba a punto de llegar al mismo punto en el que él lo había dejado y esperó a que terminara. También ella aparecía concentrada y, cuando por fin levantó la vista, a Jean le pareció ver el asomo de una lágrima bailando en sus ojos.

—Es... impresionante —dijo la muchacha—. Cuando lees una novela sabes, aunque te emocione, que todo es ficción. Pero es que esto es real. Son los sentimientos de una persona. —Cerró con cuidado el manuscrito antes de continuar—. La vida de un hombre que fue joven... y que ahora ha muerto.

—Y que sin duda vivió durante una época en extremo conflictiva —apostilló él.

—Y también tremendamente viva, Jean, si bien dudo que fuera la que yo hubiera elegido. Aunque peor es la monotonía. Pero ¿te das cuenta de que somos los primeros en leer estas páginas? Bueno, aparte de *madame* La Fontaine, imagino.

Jean pareció sopesar lo que había dicho su prometida antes de continuar.

—Cierto. ¿Cómo te lo imaginas?

—¿De joven o ya de mayor?

—De joven, supongo. Es al que conocemos.

Nicole le dirigió una sonrisa.

—Tienes toda la razón. Pues... —Por unos instantes pareció meditar lo que iba a decir—. No muy diferente a ti, aunque mucho más feo. —Rio al ver la cara de sorpresa del arquitecto—. Sí, Jean. Lo digo en serio. Es discreto, sensato y sensible. Además, parece muy sincero. Al menos de momento. Veremos más adelante.

—Vaya, pues gracias. —Él también rio—. En cuanto a lo que vendrá después... Bueno, ya ha adelantado que no le caen bien los judíos...

Nicole asintió distraída mientras echaba un vistazo al pequeño reloj de pared que les habían regalado sus padres. No era bonito, pero no se atrevía a decírselo a ellos. Aunque sí, pensó, era bastante exacto.

—Es tarde y si seguimos, no sabremos cuándo parar. Mañana tendremos todo el fin de semana por delante. ¿Qué te parece si nos vamos a dormir? Ya que tenemos dos ejemplares, me gustaría que los fuéramos leyendo a la vez.

Jean asintió, aunque resultó evidente que depositaba el manuscrito sobre la mesa con pena.

—De acuerdo —dijo—. Por cierto, ¿te has dado cuenta de que seguimos sin saber su verdadero apellido?

VI

MANUSCRITO DE *MADAME LA FONTAINE*

CAPÍTULO SEGUNDO

A los pocos días de la conversación con mi padre en la que decidí olvidar mis afanes militares tuve, como ya adelanté en el capítulo anterior, una extraña experiencia en uno de los pasillos del nuevo edificio del Max, cuando me hallaba con otros compañeros esperando la hora de entrar en clase. Fue la primera vez que me sucedía algo así y entonces me quedé anonadado, hasta el punto de que pasó tiempo hasta que dejó de afectarme. Después, a lo largo de los años, hechos similares se convirtieron en algo para mí habitual, por incomprensibles que pudieran parecer a los demás, y aprendí a aceptarlos, aunque nunca he llegado a saber dónde estaba la frontera que separaba lo que tenían de real de lo que era tan sólo imaginado.

Recuerdo que yo estaba apoyado contra una de las paredes, próximo a una ventana, y que junto a mí pasaba una cañería que venía desde el techo. Y, en un gesto casual, me agarré a ella. Con el paso del tiempo —y la reiteración de situaciones similares— acabé por darme cuenta de que era necesario el contacto físico para desencadenar una de aquellas visiones paranormales. Aunque el objeto «transmisor» podía ser tanto animado como inanimado.

De pronto, superpuesta, o sería mejor decir entremezclada, a los compañeros que me rodeaban, vi una camilla tendida sobre el suelo. En ella un hombre, cubierto con una manta y con un vendaje en la cabeza, se agarraba, con la mano crispada, a la tubería, que él tenía tras de sí. Otras camillas, todas ocupadas, llenaban el corredor. El rostro del herido expresaba sufrimiento y los ojos permanecían cerrados. Los abrió y pareció mirarme, y pude oírle decir con claridad, aunque su voz era tenue: «Por favor, duele mucho; que alguien haga algo».

Debí de dar un grito y solté la tubería como si ardiera. La visión desapareció de inmediato y en el pasillo ya sólo quedaron mis amigos, que me miraban asustados. Tras unos instantes de confusión conseguí balbucear que había sentido que la tubería me quemaba. Por fortuna, el timbre que nos llamaba a clase sonó en esos momentos y no tuve que dar más explicaciones.

Fue la primera vez y no supe qué pensar, aunque no pude olvidar que el Max había servido de hospital al final de la guerra.

1923 fue un año clave. Lo fue para Alemania y lo fue para mí, aunque yo entonces no le concediera mayor importancia. Ahora, en cambio, puedo recordar con precisión muchas de las cosas que entonces sucedieron, sobre todo a partir del comienzo del otoño.

Yo había cumplido dieciocho años, y cinco la titubeante república de Weimar que había sustituido al imperio. Lo que quedaba de nuestro país era un hervidero de pasiones encontradas y todo el mundo pensaba conocer la solución para algo que, de momento, no la tenía: el ignominioso Tratado de Versalles.

1923 fue el año en que toda Alemania oyó hablar de Adolf Hitler, aunque sólo fuera por el hecho de haber sido detenido, juzgado y encarcelado. Él era ya el líder del NSDAP[12] desde 1921, pero hasta el fallido *putsch* de 1923 el partido nazi era tan sólo uno más de los muchos que pugnaban por hacer oír su voz.

En Múnich Hitler era ya conocido, pues su capacidad de convocatoria era innegable, pero no pasaba de ser considerado como un apasionado orador de cervecería al que podía valer la pena escuchar si tenías la ocasión de hacerlo.

Yo lo hice. Fue a mediados del otoño, al comienzo de mi carrera universitaria. Aunque no creo que esa sensación de autoimportancia que concede la condición de universitario la cambien los tiempos ni los distintos modelos de sociedad, basta con considerar lo que era Alemania en 1923 para comprender que todos los jóvenes que cursábamos entonces nuestras licenciaturas nos sintiéramos llamados a conocer cuál era el camino que nuestra patria debía seguir. O, por lo menos, a ponerlo encima de una mesa de discusión. El futuro era nuestro, de los jóvenes.

La inflación se había disparado de tal forma que nos permitíamos encender nuestros cigarrillos con billetes de mil marcos, sin darnos cuenta de que ese mismo humo se había llevado también los ahorros de muchas personas ya mayores que ahora tenían que vivir del subsidio social. Los *Freikorps*[13]

vagaban a su antojo, imponiendo el terror en las ciudades y ofreciéndose al mejor postor. Sólo el salir a la calle era ya un acto de valor, y al anochecer, muchos se atrincheraban en sus casas, cerrándolas a cal y canto.

Pero para nosotros, los jóvenes, era lo que había. Y lo encontrábamos emocionante. Y he de decir ahora, con la perspectiva que nos concede el tiempo, que resultaba vivificante. En mi recuerdo, aquellos años veinte resplandecen con una absoluta plenitud. Claro está que yo era muy joven y que me sucedieron muchas cosas.

El 30 de octubre de 1923 me llevaron al circo Krone a oír hablar a Hitler. Nos juntamos unos quince estudiantes, la mayoría de mi escuela, aunque también se unieron otros que formaban parte de nuestro incipiente grupo de amigos. Llegamos con tiempo, pensando en coger un buen sitio, pero el inmenso local estaba ya casi lleno, de modo que mi primer recuerdo del Führer es el de una figura lejana, que me pareció muy pequeña. Y he de decir que, al principio, lo encontré teatral y poco convincente, aunque no tengo que añadir que esa impresión nunca la compartí con nadie. Hitler, cada poco tiempo, apartaba el tupé que le caía sobre la frente y se limpiaba el sudor con un pañuelo que manejaba con lo que a mí se me antojaron gestos amanerados.

Pero de pronto el tono de su voz cambió. Fue como si una orquesta, interpretando un pasaje lánguido, pasara de pronto a un *presto agitato* en el que todos los instrumentos sonaran armoniosamente. Hitler construyó un *crescendo* impecable, que llegó a lo más profundo de todos cuantos allí nos encontrábamos. Sólo su voz existía en aquellos momentos, y millares de ojos quedaron prendidos en el magnetismo de su figura.

Y Adolf Hitler habló durante un tiempo que sin duda fue largo, pero que ninguno habríamos sabido cuantificar. Y lo que a todos llegó a calarnos muy hondo no fue tanto lo que dijo sino la forma en que lo hizo. Así me pareció, al menos entonces.

Sin un solo titubeo, sin una mirada a un guion que no llevaba, parecía imposible que su voz pudiera recobrase tras alcanzar instantes de agudo paroxismo. Pero volvía, una y otra vez, como el virtuoso que, incansable, sabe hacer hablar, reír y llorar a su violín.

Todos salimos de allí en trance, orgullosos de ser alemanes, orgullosos de nuestro origen ario y deseosos de enfrentarnos a quienes pretendían acabar con lo que los dioses nos habían otorgado.

Comunistas y judíos: o ellos o nosotros.

Desde el Krone nos fuimos al Bürgerbräukeller[14], donde entre salchichas y jarras de cerveza pusimos nuestro grano de arena para arreglar el mundo. O, al menos, para devolver su identidad a nuestro país. Las palabras del Führer volvieron a resonar, repetidas con fervor por cada uno de nosotros. El día siguiente era miércoles y las clases empezaban temprano, pero nadie pensó en irse hasta que, amablemente, nos dijeron que la cervecería iba a cerrar. Y un poco achispados, pero con el corazón latiendo acelerado, nos fuimos a dormir.

Aún no se me había pasado por la cabeza afiliarme al partido nazi, pero era cierto que Hitler me había impresionado. Los periódicos hablaron del mitin del día anterior en el Krone, y leyendo algunos pasajes me pareció volver a oír la voz encendida del líder del partido. Y decidí que tenía que volver a escucharlo. Ahora me doy cuenta de que no era sólo por el inmenso atractivo de su oratoria; era también porque Hitler me estaba diciendo aquello que millones de alemanes y yo deseábamos oír.

Pero no pudo ser. Al menos por un tiempo, porque una semana después Hitler y las SA[15] de Röhm intentaron el que sería su primer asalto al poder. El fallido *putsch*[16] acabó con dieciséis muertos en las filas de los sublevados y con Hitler y Hess en la cárcel, pero sirvió para que toda Alemania oyera hablar del Führer y para que el NSDAP iniciara el que años después sería un imparable crecimiento.

En la sala del tribunal encontró Hitler un nuevo estrado desde el que hacerse escuchar. Su voz no se oyó en directo, pero sí llegó a millones de alemanes a través de la prensa. Los jueces le permitieron hablar y su oratoria logró convencer a muchos de que el fracasado *putsch* no había sido sino la obligada reacción de la clase trabajadora en defensa de sus intereses y los de Alemania.

Hitler fue condenado a cinco años de prisión, pero el partido nazi, con su líder en la cárcel, alcanzó los dos millones de votos en las elecciones de mayo de 1924. Lo hizo con otro nombre, porque el NSDAP había sido prohibido, pero fue el primer espaldarazo serio que recibieron las ideas del Führer.

Mis primeros exámenes universitarios se acercaban y por un tiempo me olvidé de la política. La primavera parecía que iba a durar siempre y Alemania, poco a poco, se iba alejando de la crisis. Y además estaban las chicas. Todas me parecían apetecibles y también ellas parecían haberse

contagiado de la sensación de naciente optimismo que se respiraba. Recuerdo aquel verano de 1924 como algo inolvidable. Los exámenes habían quedado atrás, sin ningún disgusto, y yo tenía nada menos que diecinueve años y muchos días por delante en los que mi única preocupación sería el intentar pasarlo lo mejor posible. Mis amigos, los antiguos y los nuevos, me parecían entrañables y mis sensaciones eran las de que todos juntos formábamos parte de un universo único. Es una lástima que el tiempo no pueda detenerse para que ese estado de ánimo quede grabado para siempre.

Hitler estuvo poco más de medio año en prisión, tiempo durante el que escribió *Mein Kampf*. Yo lo leí, como lo hizo un inmenso número de alemanes, y ahora puedo confesar que me pareció reiterativo y algo grandilocuente, aunque todas las ideas del Führer que tanto me emocionaron el día del Krone estaban en sus páginas: nuestra raza, nuestra historia, nuestra cultura... y la necesidad de procurarnos un *Lebensraum*^[17] más amplio y que fuera digno de la estirpe aria.

Desde su puesta en libertad, Hitler se dedicó de lleno al partido; pareció haber comprendido que su acceso al poder debía lograrse a través de las urnas y no por medio de la fuerza. Yo me desinteresé un poco de la situación política; Alemania parecía caminar con cierta normalidad y es regla en la juventud que lo que transcurre sin sobresaltos deje de interesarle.

En abril de 1926 cumplí veintiún años, edad en la que ya pasabas a ser considerado un hombre. Mis padres me regalaron una preciosa pluma Montblanc, de las llamadas de seguridad porque el plumín era retráctil y quedaba oculto en el cuerpo de la pluma. En aquellos años estaban muy de moda, aunque si te descuidabas al abrirlas, podías ponerte perdido de tinta.

La tarde del día de mi cumpleaños mi padre me llevó a su despacho. Sirvió coñac para los dos y me ofreció un pequeño cigarro, todo ello con la mayor naturalidad del mundo. Yo se lo agradecí de corazón, aunque confieso que me asustó un poco el hecho de que me consideraran, de pronto, mayor.

—Bien, Hans —me dijo una vez que ambos hubimos encendido los cigarros—, hace tiempo que no hablamos, seriamente, me refiero, y parece que hoy puede ser un buen día. Recuerdo cuando te vi por primera vez hace veintiún años —añadió tras contemplarme en silencio durante unos momentos—, casi perdido en los brazos de tu madre. Eras entonces una cosa diminuta... y mira en lo que te has convertido.

Yo noté que estaba emocionado y comencé a hablarle de mi carrera, de la

universidad, de Alemania... Y le agradecí que me hubiera quitado de la cabeza la idea de ser militar.

—Prefieres entonces plantar nabos que lanzar bombas —me dijo riendo—. No dudes de que Alemania te lo agradecerá.

Y pasamos a hablar de nuestro país, de su futuro y del que había sido su pasado, y comprendí que las ideas de mi padre no se alejaban mucho de las que propugnaba el nacionalsocialismo. Y él descubrió que yo coincidía con él. Y que yo no trataba tan sólo de seguirle la corriente a un padre que tenía, en ese momento, ganas de hablar.

—Hans —me dijo, y supe que lo que venía a continuación era importante para él—, este miércoles hay una conferencia en el Vier Jahreszeiten[18]. Karl Haushofer hablará del *Lebensraum*... y del futuro de Alemania. Podríamos ir juntos.

A mi padre no le gustaba dar órdenes, pese a su condición de militar, y tampoco le resultaba fácil pedir nada. Por ese motivo, porque además él era mi padre y porque era el día de mi cumpleaños, le dije que sí sin dudarle ni un momento, dándole a entender que me apetecía mucho.

La verdad era que la idea no me disgustaba, pero fue suficiente satisfacción el ver cómo su rostro se animaba con una de sus escasas sonrisas.

El día de la conferencia llegamos con tiempo, aunque, como sucedió el día del Krone, la expectación era grande y había ya mucha gente.

—No te preocupes —me dijo mi padre—, tenemos sitios reservados.

Desde que entramos noté que mi padre era conocido y respetado, pues fueron muchos los que se acercaron a saludarle. A la entrada, sobre un caballete, figuraba que la conferencia estaba organizada por la Sociedad Thule, y me produjo sorpresa ver que el emblema de la orden era una espada cuya empuñadura se apoyaba en una cruz gamada, similar a la utilizada por el partido nazi.

—La cruz gamada es un símbolo muy antiguo —comentó mi padre—, pero es cierto que fue la sociedad la que fomentó la creación del Partido de los Trabajadores[19]. Yo entonces no pertenecía a ella.

La última frase la dijo casi de pasada, mientras su mirada vagaba por el salón. Fue la manera que utilizó, casi sin darle importancia, para que me enterara de que era miembro de la Sociedad Thule. Yo hasta ese momento no había oído hablar de ella, con lo que no pude formarme ninguna idea de lo que aquello significaba, pero me prometí enterarme.

Las personas que había a nuestro alrededor iban todas correctamente vestidas y tenían lo que siempre se ha dado en llamar buen aspecto. Y, a pesar de que éramos muchos los allí reunidos, el tono de las conversaciones se mantenía bajo. En resumen, mi primer contacto con la Sociedad Thule resultó muy satisfactorio.

Ya sentados, y mientras esperábamos el comienzo de la conferencia, mi padre señaló a un individuo joven que se hallaba instalado al otro lado del estrecho pasillo que dividía en dos las hileras de asientos. Se encontraba en la segunda fila, en lugar céntrico, en uno de los puestos que habían sido reservados con anterioridad.

—Es Heinrich Himmler —me dijo en voz baja—. Del círculo más íntimo de Hitler. Él llevaba la bandera el día de la matanza en la Odeonplatz[20].

Yo miré al hombre con curiosidad, pues todo lo sucedido en aquellos primeros días de noviembre de 1923 había tenido una gran trascendencia en nuestra ciudad. Me pareció, recuerdo bien aquella primera impresión mía, alguien más bien insignificante, con el pelo muy corto, unas gafas redondas montadas en alambre y vestido con pulcritud. Era moreno, con una barba cerrada, aunque afeitada de manera cuidadosa, y la barbilla ligeramente retraída.

La conferencia resultó interesante, pues el geógrafo era un buen comunicador, aunque todo lo que dijo me sonó a conocido.

—Papá —le dije al concluir—, nos ha contado más o menos lo que Hitler dice en *Mein Kampf*.

—Más bien al revés, hijo mío. —Parecía contento y pude ver una de aquellas escasas muestras de alegría asomando a su cara—. El *Lebensraum*, el espacio vital que precisa Alemania, es idea suya. Haushofer es una de las personas que con mayor asiduidad visitó a Hitler en Landsberg[21]. Ven, voy a presentártelo.

Tuvimos que esperar un rato, pues eran muchas las personas que rodeaban al geógrafo, pero por fin nos hallamos frente a él.

Tenía un rostro agradable, de expresión inteligente, de los que asocias con personas que han tenido una vida intensa. Su frente era despejada, la nariz fina y aguileña, y un gran bigote le cubría el labio superior. Los ojos, algo hundidos, le conferían una apariencia cansada, pero revivían cuando algo llegaba a interesarle.

Que fue lo que le sucedió conmigo.

Mi padre nos presentó y yo me preparé para pronunciar unas palabras de alabanza. Pero entonces nuestras manos se estrecharon.

Fue como si una descarga de calor recorriera mi cuerpo, iniciándose en la mano que Karl Haushofer mantenía oprimida. Y algo similar debió de sucederle a él, pues sus ojos se fijaron en los míos, plenamente abiertos de pronto, con una expresión de asombro que supo reprimir con rapidez.

Durante el breve tiempo en el que permanecimos en contacto, la imagen del salón del Vier Jahreszeiten se difuminó y fue sustituida por la de Haushofer, más joven y vestido con lo que parecía un kimono, dirigiéndose hacia una mujer arrodillada y apoyada sobre los talones. Ella iba vestida de blanco, tenía el pelo recogido en un moño y sus ojos presentaban el corte oblicuo propio de los nacidos en Oriente. Haushofer sujetaba una espada corta en las manos, de mango cilíndrico, aunque el rostro de la mujer no expresaba temor.

Pero el geógrafo me soltó con brusquedad y la visión desapareció.

—Conozco a su padre desde hace tiempo —me dijo con una media sonrisa, como si nada hubiera sucedido—. Espero que mi conferencia le haya gustado.

Y pasó a hablar con otras personas de las que se hallaban a su alrededor.

Mi padre y yo nos quedamos un rato más, aunque yo seguía sin poder olvidar la experiencia que acababa de vivir, sobre todo porque me recordaba demasiado a la que había tenido en los pasillos del Max. En un momento en que busqué con la mirada a Haushofer lo vi charlando con Himmler. Le susurraba algo al oído y me pareció que el geógrafo señalaba hacia mí. Entonces Himmler también me miró.

Camino ya de casa, mi padre seguía hablando de la conferencia. Yo lo notaba más animado que de costumbre, quizá porque estaba contento de que yo lo hubiera acompañado.

—Es el fundador de lo que ahora llaman la geopolítica —me decía refiriéndose a Haushofer—. He coincidido con él en reuniones de la Thule y siempre me he quedado asombrado de lo mucho que sabe. Es extraordinario. Proviene de la vida militar, ¿sabes? Fue general durante la Gran Guerra. Y antes pasó unos años destinado en Japón.

Yo aquello ya lo sabía, pues me había interesado por él desde que le dije a mi padre que le acompañaría a la conferencia. Quizá por ello, porque conocía que había pasado un tiempo en el Extremo Oriente, pensé que la visión que

había tenido, por muy real que me hubiera parecido, podría no haber sido sino un reflejo de mi subconsciente y de la idea que yo me había formado de aquel hombre. Aun así seguía perturbado y con un persistente nudo en la boca del estómago.

—Pero lo que no muchos saben —continuó mi padre mientras andábamos deprisa, pues hacía frío— es que posee poderes ocultos. Que es vidente y que, como médium, puede llegar a convocar presencias que no son de este mundo. Y han llegado a asegurarme, Hans, aunque me cuesta creerlo, que practica la magia negra.

VII

MANUSCRITO DE *MADAME LA FONTAINE*

CAPÍTULO TERCERO

Llegó el verano de 1926 y, tras él, mi cuarto año de carrera. Durante los meses previos a las vacaciones acompañé de nuevo a mi padre a alguna conferencia, siempre en relación con el futuro de nuestro país y con el pasado de la raza alemana que, invariablemente, según los conferenciantes, estaba llamada a desempeñar un papel preponderante en la historia de la humanidad.

—Somos diferentes, Hans —me decía mi padre—, y mejores. Yo no creo que los arios descendamos de los dioses, como oirás decir, pero nuestra superioridad resulta evidente. Dale un repaso a la música, a la literatura, a la ciencia...

Nunca hasta entonces él me había hablado en esos términos, pero desde la conferencia de Haushofer, y viendo que en mí sus ideas no encontraban terreno hostil, iba atreviéndose, cada vez más, a dar un nuevo paso adelante.

Pienso que mi padre no creía en realidad que los arios fuéramos los herederos de un mundo habitado por dioses, pero en su fuero interno no lo negaba con tanta fuerza como a mí quería hacérmelo creer. Cuando alguien aludía a los atlantes como nuestros antecesores y a la relación de aquellos hombres con la divinidad, su rostro se animaba y los ojos resplandecían.

—Debemos buscar y encontrar los orígenes de nuestra raza, hijo mío. Entonces conoceremos con exactitud esa verdad que ahora intuimos. El partido ve en ello una de sus prioridades.

Supe también que mi padre se había afiliado al NSDAP —al que se refería como «el partido»— porque pensaba que sus dirigentes eran los únicos que podían devolver a Alemania su antiguo esplendor.

También era miembro de la Sociedad Thule que, según pude enterarme

aunque él no lo dijera, comenzaba a dejar atrás sus años de esplendor. Me habló con orgullo de los miembros fusilados durante el breve periodo de tiempo, en 1919, cuando los comunistas se hicieron con el gobierno de Baviera. Había entre ellos —mi padre los llamó mártires— miembros de la nobleza, como la joven condesa Hella von Westarp y el príncipe Gustav von Thurn und Taxis.

Alemania fue, desde comienzos del siglo, terreno abonado para la proliferación de las que se dieron en llamar sociedades secretas, aunque todo el mundo sabía de su existencia. Quizá fueran secretas porque sus miembros estuvieran interesados en ocultar su pertenencia a ellas, aunque tampoco hacían un gran esfuerzo por lograrlo.

El caso es que la Sociedad Thule se fundó en 1918 a partir de una de las ramas de la Germanenorden Walvater del Santo Grial, que a su vez resultó de una escisión habida dos años antes en el seno de la Germanenorden.

Su fundador fue el barón Rudolf von Sebottendorf, que, según pude leer años después, ni fue barón ni tampoco era Von Sebottendorf su verdadero apellido, personaje al que mi padre llegó a conocer y del que hablaba con admiración.

Todas aquellas sociedades secretas tenían un denominador común o, mejor dicho, varios: ariosofía, cultura *völkisch*^[22] y antisemitismo, pues la conclusión final era que los judíos, actuando desde el seno del odioso comunismo, pretendían un diabólico dominio del mundo. El mal enfrentado al bien que, no hay que decirlo, éramos nosotros, los alemanes tradicionalistas.

Yo entonces comulgaba con aquellas ideas y me enardecían, pues hacían que me sintiera diferente... y mejor que el resto de los humanos. Y ése es un sentimiento que enorgullece, sobre todo cuando todos los demás parecen convencidos de lo contrario.

Ahora, desde mis ochenta años, tras haber conocido la derrota y viendo próximo el fin del comunismo, pienso que seguramente fueron sólo las ilusiones de grandeza de un pueblo que se sentía oprimido de manera injusta, sueños a los que los jóvenes estábamos especialmente abiertos.

Aunque durante aquel verano de 1926 volví a olvidar todo lo que no fuera el placer de vivir cada día y de esperar con ilusión el amanecer del siguiente. ¡Ay, lo que daría por volver a sentirme tan lleno de vida!

Y en esos meses, cuyo recuerdo aún me envuelve con tibieza, conocí al

que sería mi primer amor.

Se llamaba Jutta y era hermana de uno de mis compañeros de carrera. Poco más diré de ella, porque no trato en este manuscrito de relatar mis emociones personales.

Son recuerdos que debo guardar para mí, aunque muchos de sus detalles se hayan ido diluyendo con el paso del tiempo. Pero permanece ese regusto que lleva una sonrisa a los labios aunque el corazón se oprima y los ojos lleguen a humedecerse.

Jutta era guapísima y sabía cómo hacer que los hombres perdiéramos la cabeza. Vi a otros rendidos ante ella cuando nosotros ya lo habíamos dejado.

Pero no le guardo rencor, pues juntos vivimos momentos que —yo ya entonces lo intuía— jamás volverían a repetirse.

En otoño comencé mi último año de carrera. Mi camino para convertirme en ingeniero agrónomo había transcurrido sin sobresaltos. Nunca me apasionó lo que estudiaba, aunque tampoco me planteé que hubiera podido ser de otra manera. Seguí con meticulosidad cada uno de los pasos que de mí se esperaban. Imagino que esa manera de ser es reflejo de lo que los demás esperan de nosotros los alemanes. Y es posible que tengan razón.

Mi hermana se casó poco antes de que llegara la Navidad. Su marido era médico, cinco años mayor que ella, y un tanto suficiente, aunque el matrimonio funcionó, al menos por lo que yo recuerdo. Dos años más tarde se irían a vivir a Hannover, donde él había sido destinado.

Por aquella época —sé bien que fue durante mi último año de carrera, pues en una de las ocasiones estuvo Jutta presente— volvieron a repetirse aquellas visiones que entonces tanto llegaron a incomodarme, aunque con el paso del tiempo aprendiera a aceptarlas. Pero siempre las temí porque, cuando ya habían pasado, me sentía mareado y atacado por las náuseas. Y porque casi nunca eran agradables.

Una de ellas fue durante la *Oktoberfest*[\[23\]](#). Habíamos ido un grupo de estudiantes, chicos y chicas, y nos estábamos divirtiendo como se esperaba que deberíamos hacerlo. Sucedió cuando salíamos de una *Bierstube*[\[24\]](#) cantando alegremente. Yo ya estaba un poco achispado y tropecé de una forma tonta, cayendo al suelo donde quedé durante unos momentos a cuatro patas. Un hombre de mediana edad que iba a entrar me tendió su mano y yo me agarré a ella, avergonzado, para ponerme de nuevo en pie.

Y la imagen del amable caballero desapareció para ser sustituida por la de

un hombre, sin duda un soldado, que, tendido en el suelo, miraba con estupor su pierna derecha salvajemente mutilada. A pesar de la diferencia de edad, del casco que llevaba puesto y de la suciedad que tiznaba su rostro, no me cupo duda de que se trataba de la misma persona a la cual yo me aferraba.

Fueron sólo unos instantes, pero algo debió él notar, pues cuando la visión se desvaneció pude ver sus ojos interrogantes fijos en los míos.

—¿Se encuentra usted bien? —me preguntó con amabilidad.

Yo farfullé unas palabras de agradecimiento y solté la mano que me había ayudado como si quemara. Nosotros seguimos nuestro camino y aquel hombre el suyo, pero al volverme pude ver como él, cogido del brazo de una mujer que le acompañaba, caminaba con dificultad, con la pierna derecha anormalmente rígida, aunque con la soltura de quien ya lleva tiempo acostumbrado a su impedimento físico.

¡Otra vez una imagen de la guerra y de nuevo relacionada con el sufrimiento! Procuré olvidarla mientras Jutta se agarraba a mí riendo, y achaqué el nudo en el estómago a las múltiples cervezas que ya llevaba encima. Era probable —me dije— que me hubiera fijado, antes de caerme y de manera inconsciente, en la cojera de aquel hombre que me había ayudado.

Ahora ya sé —no fue necesario mucho tiempo para que me diera cuenta— que las visiones siempre tienen que ver con momentos que resultaron emotivos para otros y que necesito que se produzca un contacto físico, preferentemente con personas, aunque también puede ser con objetos.

Lo que no me planteo —y dejé de hacerlo enseguida— es si responden a la realidad o son producto de mi subconsciente. Prefiero no saberlo.

Ahora que ya soy un hombre viejo, las visiones han ido remitiendo hasta —o eso espero— desaparecer. Hace años que no tengo ninguna y lo agradezco de corazón.

Con toda probabilidad fue esa extraña capacidad mía la que marcó el rumbo que habría de seguir mi vida. Quizá sin ella sería ahora un ingeniero agrónomo jubilado que viviría de forma apacible en su Múnich natal.

Pero a principios de 1927 ese duende caprichoso que teje los destinos decidió que el mío debía cambiar. Y todo porque un día, apenas un año atrás, mi padre me había presentado a Karl Haushofer y yo estreché su mano.

* * *

—Hans. —Su voz sonaba excitada—. Ayer estuve en una cena a la que acudió Haushofer y me invitó a una reunión en su casa el sábado que viene. Bueno, la verdad es que *nos* invitó. —Lo dijo con evidente satisfacción, convencido de que aquello iba a halagarme—. Realmente resulta extraordinario que todavía te recuerde. Sé de muchos que darían cualquier cosa por poder estar en nuestro lugar. No nos queda más remedio que aceptar.

Fue lo más parecido a una orden que le había oído pronunciar desde que yo había dejado de ser un niño, y quizá fue por ello que accedí a la propuesta, aunque la verdad era que la idea no me resultaba seductora. Tenía sólo veintiún años (cumpliría veintidós en abril) y la perspectiva de encerrarme con personas mayores para no sabía bien qué no era precisamente atractiva.

—¿Irá gente de mi edad? —Fue lo primero que se me ocurrió decir.

Mi padre me miró sorprendido, como si aquello fuera lo último que se le pudiera pasar por la cabeza.

—Pues... no lo sé. Pero no debe importarte. Es un gran honor.

Los fines de semana los aprovechaba yo, como cualquier joven, para divertirme lo más posible, lo cual equivalía a salir con mis amigos... y con Jutta. Pero las relaciones con mi caprichosa novia empezaban a deteriorarse y yo nunca había sabido decirles que no a mis padres.

—Además... —Él pareció adivinar el rumbo de mis pensamientos—... Nos ha citado a las siete y no ha hablado de cena, así que al terminar puedes quedar con tus amigos.

Yo asentí despacio. El asunto estaba zanjado.

* * *

La casa en la que vivía Karl Haushofer era como cabría esperar en un profesor universitario. Serena, rancia y con un toque de decadente majestuosidad en sus detalles victorianos. Nuestro anfitrión vivía en el primer piso, y el criado que nos abrió la puerta nos acompañó hasta el salón tras hacerse cargo de nuestros abrigos y del sombrero de mi padre.

Habíamos llegado unos minutos antes de las siete, pero Haushofer se hallaba ya acompañado por otros dos invitados más madrugadores. Los tres se pusieron en pie cuando entramos y Haushofer procedió a las presentaciones con la desenvoltura de quien tiene una absoluta confianza en sí mismo. Más tarde me daría cuenta de que el profesor evitó estrechar mi

mano, aunque sí posó durante unos momentos el brazo sobre mi hombro.

—Bienvenido, mi buen Hans —me dijo mientras su rostro se abría en una amplia sonrisa—. Gente joven como usted es lo que precisa Alemania..., y también lo que necesitan estas reuniones si no queremos que languidezcan bajo el peso de los años.

Yo asentí, un poco avergonzado, aunque me había hecho el firme propósito de no dejarme intimidar por el gran hombre ni por las eruditas personas que serían sus invitados.

De los dos que en ese momento nos fueron presentados, de uno no recuerdo ya el nombre, aunque sí que era periodista o editor de una revista o algo parecido. En cuanto al segundo, yo ya había oído hablar de él y había visto alguna foto suya, aunque de momento no caí en la cuenta de quién era hasta que oí pronunciar su nombre.

—Herr Rudolf Hess —dijo nuestro anfitrión, mientras hacía hacia él un gesto con la cabeza.

Hess era entonces un hombre de poco más de treinta años, de cejas pobladas y frente despejada. Sus ojos eran pequeños y vivos, aunque su rostro, de mandíbula ancha, encajaría mejor en un ambiente rural que en uno universitario. De hecho, presentaba el tono atezado de quien pasa parte de su tiempo al aire libre. Yo sabía que pertenecía al círculo más íntimo de Hitler y que había compartido con él prisión en Landsberg. Incluso que había colaborado con el Führer en la redacción de *Mein Kampf*. Recuerdo que me impresionó el poder conocerlo en persona, aunque entonces, en 1927, ni Hitler ni el partido eran una mínima parte de lo que llegarían a ser. Más tarde supe que había estudiado ciencias políticas, siendo luego discípulo de Haushofer, por el que profesaba una profunda admiración.

Apenas tuvimos tiempo de sentarnos y de pedir mi padre y yo al criado sendas tazas de té, cuando el timbre anunció la llegada de quienes cerrarían el círculo de invitados aquella tarde. Joachim Gebelt nos fue presentado y recuerdo que me observó con interés. Más adelante comprendí que Haushofer ya le había hablado de mí. Ejercía como profesor de psiquiatría en la universidad y era un personaje de mediana edad, bajo, de pelo rubio y mirada inquisitiva. De su nombre sí me acuerdo porque volvimos a coincidir en sucesivas ocasiones.

La séptima persona que completó la reunión de aquella tarde me resultó anodina y guardo poca memoria de ella. Era un hombre de barba canosa y

pelo ralo, amigo, por lo que deduje, de nuestro anfitrión. Ciertamente habló poco, pero en su honor debo decir que, cuando lo hizo, se expresó con justeza.

La conversación, mientras una doncella de traje negro y cofia blanca traía unos platos con canapés, fue al principio tan insustancial como suele serlo en tales casos, aunque pronto se canalizó en el tema que parecía casi exclusivo en la Alemania de aquellos años, con su complicado presente y su incierto futuro. Cualquier duda que yo hubiera podido tener sobre las tendencias políticas de aquella gente quedó pronto de lado: todos eran fervientes partidarios del NSDAP y veían en Hitler a la persona que convertiría en realidad el sueño alemán.

—Es el Mesías anunciado; el nuevo Parsifal. Hitler ha hecho la pregunta correcta y conoce todas las respuestas —dijo Rudolf Hess en un momento de exaltación que sorprendió a todos, pues hasta entonces había permanecido callado y en apariencia abstraído—. Se convertirá en nuestro Führer y el Reich será de nuevo fértil.

A mí la metáfora me pareció un tanto teatral, aunque vi que los demás asentían con énfasis.

Cuento esto porque la imagen que ese día me formé de Hess —bastante decepcionante, he de decirlo— no cambió en los años sucesivos, cuando en diversas ocasiones volví a coincidir con él.

En otro momento Hess se refirió a los arios como a la única raza pura que habían dejado los atlantes tras su extinción, aunque en este caso no contó con el beneplácito de Haushofer.

—*Nein, nein*, Rudolf. Esas teorías son insostenibles. Y cuando menos, indemostrables.

—Pero la teosofía, la tradición aria... —El lugarteniente de Hitler pareció encogerse, como el alumno que de pronto ha perdido la confianza de su maestro.

—Todo eso no son más que elucubraciones de una rusa inculta^[25] y que además, probablemente, era judía. Ya es bastante locura pretender que existieron cuatro razas anteriores a la nuestra y que la primera vivió en el Carbonífero, cuando nuestro planeta apenas era habitado por los peces, pero peor es asegurar que después vendrán otras dos. ¿Quién se lo contó?

—Pero nuestro origen... Los arios provenimos del centro de Asia, del lugar en el que los... —se contuvo antes de decir de nuevo la palabra atlantes

—, en que nuestros antepasados se refugiaron tras el gran cataclismo. —Hess intentó que su voz sonara firme.

—Bien, bien, ése es otro tema, y que merece ser investigado. —Haushofer suavizó su tono, consciente de la postura desairada en la que había quedado su discípulo.

—Sea como sea —fue mi padre quien habló—, lo que está fuera de duda es nuestra superioridad, física e intelectual, y eso de algún modo nos sitúa más cerca de la divinidad que a cualquier otra raza.

Aquello zanjó por fin el tema, principalmente porque no era el mantener discusiones metafísicas lo que nos había congregado en casa del profesor, como enseguida descubrí cuando Joachim Gebelt, el psiquiatra, le dijo a nuestro anfitrión:

—Bueno, Karl, son más de las siete y media. ¿Qué tal si ponemos manos a la obra?

Todos parecieron aceptar de buen grado la propuesta, y no se sorprendieron por lo que vino a continuación, con lo que comprendí que no era la primera vez que participaban en ello. Tampoco mi padre, aunque no me hubiera adelantado nada sobre el verdadero propósito de aquella reunión.

Haushofer —siempre me sorprendió su permanente atención a todos los detalles durante los años en los que traté con él— se aproximó a mí, comprendiendo que alguien debía darme una explicación, y me dijo en tono amable:

—Joven Hans, a continuación vamos a celebrar una sesión de lo que suelen llamar espiritismo, aunque yo prefiero denominarlo espiritualismo. Se trata de liberar nuestros espíritus y de permitirles expresarse sin sus trabas carnales y sin que nosotros los dirijamos. Pueden suceder cosas en verdad extraordinarias. Estoy convencido de que la experiencia te resultará sumamente interesante.

Yo asentí, con una media sonrisa, sin saber qué responder, aunque recuerdo que mi corazón se aceleró. Busqué de forma instintiva a mi padre, pero no me vio, porque en ese momento estaba ayudando a colocar sillas y sillones conformando una especie de círculo en el otro extremo del salón.

Nuestro anfitrión se acercó a la puerta por la que habíamos entrado y llamó al criado que nos había atendido. Escuché con claridad que le pedía que no fuéramos molestados, tras lo cual cerró la puerta de doble hoja y, tomándome por el hombro, me llevó hacia donde se encontraban los demás.

En pocos minutos quedó todo listo para que aquello —yo seguía sin saber lo que iba a suceder— comenzara. Tuve la sensación de encontrarme en un teatro esperando a que el telón se levantara, quizá porque las luces se habían apagado y la tenue iluminación procedía ahora de dos lámparas situadas en sendas repisas de la biblioteca enfrentadas la una a la otra. Pero aquella luminosidad era roja, porque ése era el color del vidrio que rodeaba las bombillas, con lo que el salón tomó el aspecto de un cuarto de revelado, aunque la luz no era tan oscura y permitía distinguir los objetos sin problemas.

El geógrafo se había sentado en un sillón de respaldo reclinable, que echó hacia atrás accionando una palanca, con lo que quedó casi tumbado. Junto a él, en una silla, se instaló Joachim Gebelt. Los demás nos situamos alrededor, en el semicírculo que conformaban tres butacas y un pequeño sofá. Yo tenía a un lado a mi padre y al otro al periodista que ya se hallaba en la casa cuando nosotros llegamos.

Recuerdo todo ello con precisión, porque es una imagen que quedó para siempre grabada en mi memoria.

Gebelt extrajo de uno de sus bolsillos lo que me pareció una cadena corta con un colgante esférico en uno de sus extremos y, poniendo la mano libre sobre la frente de Haushofer, comenzó a mover aquella especie de bola ante los ojos de nuestro anfitrión, como si de un péndulo se tratara. Comprendí que lo estaba hipnotizando.

El proceso fue rápido, sin necesidad de que entre ellos mediara una sola palabra, con lo que supe que aquello era una rutina para ambos. Todos guardábamos un absoluto silencio.

Gebelt cesó pronto el contacto con la frente de Haushofer y guardó la cadena en el bolsillo. Movié entonces la mano derecha de un lado a otro frente a la cara del hombre que se encontraba tendido y pareció satisfecho. Los ojos permanecían abiertos pero ahora, ya, inmóviles.

—Listo —dijo—, podemos comenzar. —Entonces se volvió hacia mí y me sonrió—. Esto es nuevo para ti, mi joven amigo. Ahora se trata de que abras tu mente y dejes que se sume a la de todos nosotros. El contacto físico sirve como nexo, de modo que coge la mano de quienes tienes a tu lado.

Me encontré así asido a mi padre y a aquel hombre que no conocía. Gebelt tomó con la suya la mano de Haushofer y pude sentir cómo los demás hacían lo mismo con quien tenían por vecino. Mi corazón volvía a retumbar

acelerado.

—¿Hay alguien con nosotros? —preguntó el psiquiatra—. ¿Alguien que desee manifestarse?

Yo podía oír mis propios latidos, pero por encima de ellos escuché un sonido sordo seguido por otro un poco más fuerte. Parecían provenir de mi derecha, de una de las paredes cubierta de libros.

—Nos alegramos de tu presencia —continuó Gebelt—. ¿Quieres permanecer aquí y decirnos quién eres?

Y tras unos momentos se escuchó una voz. Yo sufrí un inmenso sobresalto, hasta que me di cuenta de que el que hablaba era Haushofer, aunque el saberlo sólo rebajó ligeramente la angustia que me poseía.

—Sí. Lo haré. —La voz era la del geógrafo, aunque monótona, lenta y sin inflexiones. Sus labios apenas se movían y nada en su expresión cambió, mientras la mirada vacía seguía fija en el techo—. Soy el príncipe Gustav. Me conocéis. —Y, tras unos segundos de silencio, continuó—: Noto una nueva presencia entre vosotros. Vuestra fuerza espiritual es hoy muy grande.

Gebelt se volvió unos instantes a mirarme, para enseguida continuar la conversación con aquella voz que surgía de la garganta de Haushofer.

No voy a relatar el resto de la sesión de forma pormenorizada. Baste saber, para quien esté leyendo estas líneas, que la fuerte sensación de angustia no me abandonó ni un momento. Supe luego que aquel supuesto visitante era el príncipe Gustav von Thurn und Taxis, el miembro de la Sociedad Thule que fue fusilado en 1919. Me enteré también de que su presencia era habitual en aquellas sesiones «espiritualistas», como las llamaba nuestro anfitrión, y que el aparecido era para él lo que se conocía como un espíritu guía (no era el único que tenía Haushofer), que acudía con asiduidad y que servía como enlace con otros «espíritus» más reacios a contactar con nuestra dimensión (o quizá con una mayor dificultad para hacerlo).

Aquella tarde, el príncipe facilitó la presencia de otro habitante de su mundo. El visitante también conversó —siempre a través de la voz del geógrafo— con nosotros, aunque la comunicación fue más premiosa que la mantenida con Gustav.

Bueno, fundamentalmente habló con mi padre, porque resultó ser mi tío Gottfried, el hermano menor de mi madre que murió en el frente pocos días antes de concluir la Gran Guerra.

Fue entonces el turno de mi padre para sobresaltarse. Lo noté porque la

mano que estrechaba la mía la oprimió hasta casi hacerme daño. En cuanto a mí, recuerdo que me pareció tan extraordinaria la visita del tío Gottfried como la del príncipe. Mi capacidad de angustiado asombro había llegado a su límite.

Por fortuna, su presencia duró poco, porque hubo un momento en que sentí a mi padre a punto de derrumbarse.

Con todo, los instantes más extraordinarios de mi bautismo como médium fueron cuando, pareciendo extenderse a partir de la nariz de Haushofer, una presencia física se hizo visible. Más tarde me enteraría de que la llamaban ectoplasma, y que era un resultado de la interacción de todos los espíritus presentes, tanto los del otro mundo como los de éste.

Era poco más que una neblina, de límites precisos y de color claro, pues la luz rojiza le confería una apariencia rosada. Poseía zonas más oscuras que otras, con lo que, al ir moviéndose, daba lugar a formas que podían resultar, por momentos, reconocibles. A punto estuve de gritar cuando, mientras mi tío hablaba a través de Haushofer, el ectoplasma cobró con nitidez la forma de una cara bien definida que parecía mover la boca al ritmo de las palabras que estábamos escuchando.

Toda la sesión no duró más allá de una hora, como pude comprobar cuando Gebelt puso fin a ella. Según comentó no era conveniente mantener a Haushofer por mayor tiempo en aquel estado que él definió como próximo a la catalepsia.

Antes de concluir y de encender las luces, Gebelt se despidió con amabilidad del príncipe Von Thurn und Taxis, el cual, aparte de hablar, nos había obsequiado con unos cuantos golpes sordos repartidos por distintas zonas del salón. O quizá habían sido otros espíritus que pasaban por allí, me dije a mí mismo tratando de no tomar demasiado en serio todo lo que acababa de presenciar, aunque he de reconocer que sin mucho éxito, pues la sensación de angustia y de zozobra aún habría de acompañarme durante varios días.

Nuestro anfitrión despertó sin mayor problema y sin dar muestras de fatiga o malestar. No preguntó por lo que había sucedido, con lo que supuse que, o bien se había enterado, o bien se lo contarían más tarde.

Nos despedimos poco después. Haushofer siguió sin estrechar mi mano, aunque estuvo en verdad amable y puso énfasis al decir que volveríamos a vernos. Salimos de la casa junto a Rudolf Hess, que se ofreció a llevarnos — un automóvil estaba esperándolo —, aunque mi padre dijo que prefería

caminar.

—La próxima vez que nos veamos espero que ya seas miembro del partido —me dijo Hess a modo de despedida con una franca sonrisa.

Y realmente mi padre necesitaba que el aire frío lo reanimara, pues había abandonado la casa afectado de manera visible.

—Hans, se refirió a tu madre como Marg, y eso es algo que nadie allí conocía, excepto tú y yo. Él la llamaba así.

Yo asentí, aunque no me atreví a decirle que en realidad era él el único en saberlo, pues mi tío Gottfried se fue a la guerra cuando yo tenía nueve años y ya nunca volví a verlo. Si yo alguna vez le había oído llamar Marg a su hermana, lo había olvidado.

—No le cuentes nada a tu madre —me dijo a renglón seguido.

Y ésas fueron las únicas frases que cruzamos en el camino hacia casa.

Yo lo acompañé hasta la puerta del piso, pero no entré. Le di un beso y murmuré un rápido «Me voy con mis amigos».

Y corrí a su encuentro con la misma ansia con la que el marino busca refugio durante la tempestad. Recuerdo que aquella noche de sábado intenté reírme y divertirme y seguramente terminé por conseguirlo porque bebí más de lo habitual.

Mi imparable aproximación al partido nazi había comenzado.

VIII

SAINT-GERMAIN-EN-LAYE, AÑO 2003

—No me gusta nada el espiritismo, Jean. Y quizá porque no termino de estar segura de que no haya en él algo de cierto —murmuró Nicole casi para sí misma—. Lo que no acabo de entender es cómo Hans no gritó. A mí me habrían oído hasta en la Puerta de Brandemburgo.

—Pero si no está en Múnich, está en Berlín...

—Ya lo sé. Por eso lo digo.

Los dos habían terminado prácticamente a la vez el tercer capítulo del manuscrito, y el hombre se encogió de hombros en un gesto ambiguo antes de continuar.

—Pues me da la impresión de que vamos a tener más.

Nicole asintió mientras se levantaba para ir a la cocina.

—Es cierto, ya lo insinuó su mujer. ¿Te traigo algo?

—Sí. He dejado una cerveza en el congelador.

Eran casi las diez de la noche y ya habían cenado antes de volver a casa en un pequeño restaurante que tenían cerca y que los dos solían frecuentar desde antes de conocerse.

—Me niego a preparar cena —había dicho Nicole cuando, ya tarde, habían finalmente abandonado París rumbo hacia Saint-Germain-en-Laye—. Quiero tumbarme, quitarme los zapatos y ponerme a leer, aunque tengo hambre. ¿Sabes, Jean?, hoy he pensado varias veces en nuestro amigo Hans.

El arquitecto asintió mientras se concentraba en el apretado tráfico de salida de la gran ciudad.

—Podemos tomar algo en Saint-Germain. Pero rápido, porque a mí también me tiene intrigado. Y luego me entra sueño.

Ahora estaba hojeando el manuscrito mientras oía a Nicole trajinar en la cocina.

—Te propongo leer dos capítulos más y nos vamos a la cama —dijo alzando la voz para que ella lo oyera—. Tenemos todo el fin de semana por delante.

—De acuerdo. —Ella regresó sonriente con una bandeja entre las manos—. Aunque no sé si aguantarás dos capítulos, porque la cerveza te da sueño. Por cierto, Jean —continuó—, te acuerdas de que *madame* La Fontaine dijo que había otros dos manuscritos, ¿verdad?

Él asintió.

—Y que eran la continuación de éste.

—Sí.

—Pues si nos quedamos con la miel en los labios cuando se nos acabe, no nos va a quedar más remedio que salir a buscarlos.

IX

MANUSCRITO DE *MADAME LA FONTAINE*

CAPÍTULO CUARTO

En abril de 1927 cumplí veintidós años. Grossmutti me regaló un precioso abrigo negro que conservé durante mucho tiempo, y mi madre una cartera de mano, de las que se utilizan para llevar papeles y documentos, parecida a las que usaba de pequeño para ir al colegio, aunque mucho más elegante.

Y digo que el regalo fue de mi madre, y no de mis padres, porque él me hizo el suyo personal.

Me llevó a su despacho, como solía hacer cuando pensaba que la ocasión era trascendente, y sonriente me alargó lo que me pareció una pequeña billetera de piel.

La abrí con curiosidad y al hacerlo descubrí que no era sino la bonita funda de un carné sujeto en su interior. Llevaba mi fotografía, mi nombre y unas siglas claramente visibles: NSDAP. Un sello azul, conteniendo la cruz gamada, pisaba sobre la fotografía.

—47.232 —recitó mi padre mientras yo me fijaba en las cifras, escritas a mano, que figuraban junto a la fotografía—. Tu número de afiliado en el partido.

A continuación me tendió un sobre que tenía encima de la mesa y esperó expectante a que yo lo abriera.

Todavía sin pronunciar palabra, pues aún no sabía cómo reaccionar, saqué de su interior una hoja doblada. Se trataba de una carta de Karl Haushofer, según descubrí enseguida por el membrete, en la que me felicitaba por partida doble: por mi cumpleaños y por mi entrada en el partido. Añadía que esperaba poder verme pronto.

—El profesor insistió en presentar en persona tu candidatura. Un gran

honor, sin duda. Has entrado en el partido por la puerta grande. Te diré, Hans, que es asombroso el aprecio que te tiene. Debes llamarlo para agradecerle su extraordinario interés.

Yo asentí, todavía mudo, pues, por un lado, me rebelaba frente al hecho de que otros hubieran decidido por mí y, por otro, me halagaba que el gran hombre me distinguiera de una manera tan directa.

Miembro del partido nazi, pensé. A pesar de mi elevado número como afiliado, la formación política que comandaba Hitler no era más que testimonial en la Alemania de aquella época. En las últimas elecciones al Reichstag, en diciembre de 1924, había obtenido sólo un tres por ciento de los votos, menos de la mitad de los que cosechó en las anteriores de mayo del mismo año, cuando el efecto del *putsch* y de las intervenciones de Hitler durante el juicio se habían dejado sentir.

Pero sobre todo influyó el respeto y el cariño hacia un padre que, yo lo sabía, tenía ya pocas alegrías en la vida, abrumado por los recuerdos de lo que Alemania fue y las ilusiones rotas por lo que pudo haber sido. Una vez más, mi condición, mi educación y, sobre todo, mis sentimientos inclinaron la balanza.

—Gracias, papá —le contesté, intentando parecer emocionado—, es un magnífico regalo.

—Ya sólo te falta firmarlo. Ah, y las cuotas de afiliación corren por mi cuenta —dijo haciendo un gesto como para quitarle importancia. Luego me miró largamente y concluyó, sin poder ocultar su orgullo—: Bien, Hans, bien. Gente como tú es lo que necesita Alemania.

Aquellas palabras también fueron un buen regalo en el día de mi veintidós cumpleaños.

* * *

Tuve que armarme de valor para llamar a Haushofer, pues recuerdo que la idea de hacerlo me producía un tremendo apuro. En mi fuero interno estaba convencido de que el interés que el geógrafo tenía por mí no iba más allá de esa capacidad que yo tenía para ver (o imaginar) situaciones que no pertenecían a la realidad del momento, capacidad que él había intuido.

Aunque —me decía a mí mismo— yo vi y oí lo mismo que los demás durante la reunión a la que asistí en su casa, por lo que no acababa de

entender en qué podía serle de utilidad.

Todo ello me lo explicó el día en el que por fin acudí a una cita en su despacho universitario, fijada por él cuando le llamé para darle las gracias.

Antes estuve pensando en cuáles podrían ser mis respuestas en función de lo que pretendiera, pero eran tantas las variantes y posibilidades que acabé por dejarlo.

Lo que sí me planteé seriamente fue si quería o no volver a participar en una sesión como la de aquella tarde. Por un lado, recordaba el desasosiego, que en determinados momentos pasó a convertirse en verdadera angustia, y las tremendas dudas que aquella experiencia me planteó. Por otro, la extraordinaria atracción de lo desconocido me llamaba como un canto de sirena. Aunque yo era —o al menos así lo pensaba— una persona sensata y más bien realista —Jutta me dijo un día que era tan poco imaginativo que resultaba aburrido—, acabé por confesarme que la respuesta era sí. Y que además estaba deseando que se presentase la ocasión de poder encontrarme esperando de nuevo la llegada de los espíritus.

—Usted, o mejor, su espíritu, posee unas características muy especiales y en verdad difíciles de encontrar —me dijo apenas se hubo roto el hielo de la entrevista—. Es usted lo que llamamos un médium clarividente o visionario.

Así, de manera directa, sin circunloquios, me enteré del nombre que recibía, en ese mundo que Haushofer denominaba espiritualismo, aquel molesto aspecto de mi personalidad.

Supe también que el profesor era lo que se denominaba un médium físico, con capacidad de canalizar la presencia de otras entidades que se hallaban en una dimensión distinta.

—Los nuestros, el suyo y el mío, son espíritus extraordinariamente abiertos, que pueden llegar a independizarse del cuerpo y abrirse a niveles diferentes. Pero, aunque tenemos eso en común —prosiguió—, poseemos también otras diferencias fundamentales, aunque éstas se complementan a la perfección.

Si alguien me hubiera hablado así tiempo atrás, habría pensado que estaba loco y lo más seguro es que me habría despedido con rapidez. Pero resultaba que quien se sentaba frente a mí ese día era uno de los cerebros de Alemania y que seguían sin tener explicación las visiones que de vez en cuando me atormentaban.

Por otro lado, y por si todo ello no fuera suficiente, poco tiempo atrás

había oído hablar a mi tío Gottfried, muerto hacía nueve años. Y su introductor había resultado ser un príncipe fusilado por los comunistas bávaros.

De modo que nadie puede acusarme de haber continuado allí sentado, en aquel pequeño despacho, mientras Karl Haushofer disertaba sobre espiritualismo.

Me enteré de que la sesión en la que yo estuve presente había sido la más fluida de las celebradas en mucho tiempo en casa del geógrafo, y me dio a entender que ni a él ni a Gebelt, el psiquiatra, les cupo duda de que mi presencia había tenido mucho que ver.

—Su espíritu, amigo Hans, abre una puerta que canaliza esas presencias hacia mí. Es como un faro que atrae y que ilumina el camino.

Por lo que me contó, y por cómo lo hizo, tuve la sensación de que Haushofer, desde su estado semicataléptico, había sido consciente de todo lo sucedido.

—Bien. —Me dirigió una sonrisa que contrastaba con la seriedad de sus ojos hundidos—. Espero que esté usted dispuesto a volver a vivir momentos similares. Estamos convencidos de que con su presencia podremos alcanzar resultados extraordinarios. Puedo prometerle que no se aburrirá.

Cuando salí de su despacho me di cuenta de que yo apenas había hablado, como un tímido alumno ante su profesor, papeles que los dos realmente cumplíamos. Pero también fui consciente, mientras respiraba ávido el aire de la fría mañana, de que había dicho a todo que sí.

* * *

En junio estaba previsto que yo terminara mi carrera. Ese último curso no fue el más duro —quizá se suponía que ya éramos casi ingenieros—, aunque aquellos dos últimos meses me tuvieron ocupado preparando el trabajo de licenciatura. Jutta había decidido poner fin a nuestra relación, y lo había hecho con esa frialdad que, en ocasiones, son capaces de exhibir las mujeres. A mí me dolió la ruptura, aunque ya me había ido haciendo a la idea, pues cada vez quedaba menos de aquella ilusión casi mágica con la que todo había comenzado.

Mi recién adquirida militancia en el partido no supuso, de momento, ningún cambio en mi vida. Firmé mi carné, para satisfacción de mi padre,

aunque de no haberlo hecho no habría existido diferencia, pues mi nombre había entrado ya a engrosar la lista de los seguidores de Hitler. Pasé a recibir el *Völkischer Beobachter*[26], que me era enviado a casa envuelto en una banda en la que figuraba mi nombre.

En cuanto a Haushofer y nuestra extraña relación, fueron dos las ocasiones en las que, antes de llegar el verano, fui requerido para asistir a una de sus reuniones. Creo que la primera de ellas fue la prueba definitiva a la que me sometieron antes de convencerse —y de aceptar— que mi presencia les resultaba útil.

El profesor disfrazó su interés en mi asistencia diciéndome que acudiría un joven de mi edad y que sería bueno que encontrara a alguien con quien poder sintonizar. Yo acepté de manera educada, tratando de no mostrar un excesivo interés, aunque la verdad era que ya había dejado de engañarme a mí mismo: la petición del geógrafo me resultaba en extremo atractiva.

La sesión discurrió con enorme suavidad, como si la presencia de espíritus que hablaban por boca del geógrafo fuera algo que ocurriera todos los días. Amén del imprescindible Gebelt y de mí, acudieron cuatro personas más: una mujer ya mayor, que se expresaba con corrección en alemán, aunque con un marcado acento inglés, y un matrimonio con su hijo.

Según pude saber después, el hombre era un rico industrial, con acererías en el norte de Alemania, y que se hallaba de visita en nuestra ciudad con sus dos familiares. Más adelante me enteré de que colaboraba económicamente con el partido y que hasta el mismo Hitler le concedía una especial atención. Por su comportamiento aquella tarde deduje que no era la primera vez que acudían a la residencia del profesor.

En cuanto a la señora mayor, era una inglesa que se movía en los círculos esotéricos de Londres y que estaba preparando un libro sobre ese tema. Se llamaba Margaret (no recuerdo su apellido) y nunca más volví a verla. Tampoco sé si llegó a publicar su libro.

Pues bien, aquella tarde no fue el príncipe Gustav von Thurn und Taxis quien actuó como espíritu guía, sino una mujer llamada Ursel y que, según me explicó Gebelt en un aparte, fue una aristócrata que vivió en Salzburgo durante el siglo XVIII. Conoció a Mozart y era muy aficionada a la música. Por lo visto, se trataba de otra de las habituales en aquellas reuniones, y recuerdo que pensé que verdaderamente los personajes de alcurnia parecían sentir afinidad por Haushofer. O viceversa.

Creo que todos salimos satisfechos, pues al terminar sólo hubo parabienes para la capacidad mediadora del profesor, ya que aparte de la visita de Ursel y de la de algún otro espíritu que se conformó con hacer diversos ruidos por el salón, se hicieron presentes dos personajes íntimamente ligados con los invitados.

Yo repartía mis manos entre Margaret a mi derecha y el industrial a mi izquierda, y pude notar sus reacciones cuando Haushofer habló por boca de personas que les habían sido afines. La de Margaret resultó ser una institutriz que tuvo cuando era pequeña, e incluso se dirigió a ella en inglés. La buena mujer no pudo contener las lágrimas.

La del empresario era su padre, muerto quince años atrás, y que fue el fundador del emporio industrial que él ahora dirigía. El invitado de Haushofer le explicó pormenores del negocio y le dio datos de la expansión de la empresa y de los resultados económicos. El espíritu pareció quedarse muy satisfecho, aunque aquello para los demás —al menos para mí— resultó un tanto aburrido.

También hubo presencia ectoplásmica, aunque menos duradera que en la sesión anterior. En un momento dado pude ver cómo una pequeña mesita, situada entre el sofá y una de las sillas, se movía sin que nadie la tocara.

Si alguien lee estas líneas, pensará que me tomo un poco a broma todos estos temas esotéricos, con sus médiums y sus apariciones, pero la verdad es que siempre me han impresionado mucho y que mi enfoque quizá no sea más que la reacción de quien trata de quitar importancia a aquello que le asusta.

Haushofer y Gebelt se despidieron de mí con gran cordialidad, con lo que intuí que sus expectativas se habían visto colmadas.

Y todo ello me llevó a la siguiente reunión, la tercera para mí, que sí sería trascendente, pues marcó ya de forma definitiva lo que habría de ser mi vida.

En ella pude ver claro, además, lo que el partido y sus dirigentes pretendían. En definitiva, lo que Hitler buscaba hacer con Alemania y con la humanidad.

X

MANUSCRITO DE *MADAME LA FONTAINE*

CAPÍTULO QUINTO

En París llueve mientras escribo estas líneas. Es una lluvia perezosa, como si cayera con desgana. El cielo también se ha contagiado de esa apatía y es de un gris uniforme, y hasta el viento parece haber decidido unirse al duelo y todo está en calma, silencioso.

Es un entorno melancólico que hace que de vez en cuando un profundo suspiro se escape de mí. No es lo más apropiado para mis ochenta años, porque la melancolía lleva a la nostalgia y ésta te trae recuerdos que, al ser irrepetibles, te producen desazón.

Pero quizá sea el marco adecuado, porque también llovía con mansedumbre y hacía frío cuando llegué aquel día a casa del profesor, a pesar de que la primavera casi tocaba a su fin.

Fue de nuevo una reunión poco numerosa, como siempre —según pude ir constatando con el tiempo— organizaban Haushofer y Gebelt.

Aunque no hay duda de que fue selecta, sobre todo desde la perspectiva histórica que ofrecen ahora los años transcurridos desde aquel día.

Heinrich Himmler, Rudolf Hess y Alfred Rosenberg fueron los invitados, amén de los anfitriones y de mí, que ya empezaba a ser un elemento imprescindible y que, aunque hablaba poco, hacía, por lo visto, hablar a los demás. Sobre todo a los espíritus que tenían a bien venir a visitarnos.

A Himmler y a Hess ya los conocía, y me saludaron con afabilidad. El futuro SS Reichsführer[27] me felicitó por mi reciente adhesión al partido, algo que yo agradecí sinceramente, no sin dejar de preguntarme cuál podía haber sido su fuente de información. En cuanto a Rosenberg, había dirigido el partido nazi durante la estancia de Hitler y Hess en prisión y era a la sazón el

editor del *Völkischer Beobachter*, donde yo había leído ya varios artículos suyos. Tenía entonces algo más de treinta años, aunque parecía mayor. Su aspecto era pulcro y elegante, con el pelo peinado hacia atrás, y exhibía un ligero aire de condescendencia hacia cuanto le rodeaba.

El partido nazi era entonces, como ya he dicho, apenas testimonial en el parlamento alemán, aunque es cierto que sus dirigentes se ocupaban de hacer que se hablara de ellos lo más posible, de forma que quienes se sentaban aquel día conmigo en el salón de Haushofer eran sobradamente conocidos.

Y la conversación enseguida derivó hacia lo que sería menester poner en marcha el día en el que el NSDAP llegara al poder. Entre los presentes nadie parecía dudar de que así habría de ser, así que yo me sentí también arrastrado hacia el optimismo y pude ya imaginar a Hitler al frente de nuestros destinos. Entonces no me planteé que de ello pudiera derivarse otra cosa que no fuera un espléndido futuro para Alemania.

—La expansión es imprescindible —dijo Haushofer, tras hacer una magnífica disección geopolítica de la Europa de aquellos años—. Tras la anexión de Austria, que vendrá por sí misma, el objetivo de nuestro país está en el Este. Alemania necesita crecer para que el dominio de nuestra raza sea incontestable.

—Pero todo debe ser planeado hasta el último detalle, Karl —fue Rosenberg quien respondió—. De ninguna manera podemos consentir que la pureza aria se vea corrompida. Es algo de lo que ya hemos hablado, pero pienso que no le concedemos su verdadera importancia. La expansión lleva al contacto indiscriminado y éste a la contaminación.

—Y la contaminación a la mediocridad —concluyó Haushofer asintiendo—. Convengo en que debemos evitarla, pero habremos de pagar un precio.

—Nuestra raza ya recibió una advertencia de los dioses y sólo los más puros se salvaron. No debemos permitir que vuelva a suceder.

Pienso que fui el único sorprendido ante aquella afirmación, aunque evidentemente no lo demostré. Pude luego enterarme por mi padre, que me pediría que le relatara con pelos y señales lo ocurrido aquel día, que Rosenberg creía con firmeza en nuestro pasado atlante y en el castigo de los dioses del que nada más que unos pocos elegidos pudieron escapar, yendo a establecerse en el interior de Asia. Y todo por poner en peligro esa pureza racial que tanto preocupaba a Rosenberg.

—Se trata más de una cuestión práctica que teológica, si me permites

decirlo, Alfred —intervino Himmler—. Si la aristocracia, y me da igual el momento y el lugar, no se mantiene aparte de los que son inferiores, conocerá su final. El contacto con el mediocre conduce a la mediocridad y encima en nada ayuda para mejorar la condición de los más selectos. Y, en cualquier caso, la relación sexual y la procreación bastarda deben ser sin excepción excluidas.

—Es cierto —convino el profesor—. Porque cualquier paso atrás en la evolución es muy difícil de recuperar. La historia de la humanidad ya nos ha dado múltiples ejemplos.

—Hitler es plenamente consciente —fue Hess quien habló—. Sabéis de su interés en mantener intactos todos nuestros valores. Y en mejorarlos. A ti te consta más que a nadie, Heinrich.

Himmler hizo un gesto asintiendo. Hacía apenas tres meses que había sido nombrado Reichsführer adjunto para las SS, y era ya conocida su exigencia de pureza aria para quienes aspiraran a integrarse en el cuerpo de élite.

—¿Y los judíos? —Rosenberg pronunció la palabra con palpable desprecio—. Ya sabéis lo que pretenden hacer con nosotros y con el mundo.

El editor del *Völkischer Beobachter* había sido uno de los responsables de la introducción y difusión en Alemania de los llamados «Protocolos de los sabios de Sion», una metódica guía de cómo llegar a dominar el mundo atribuida a los judíos rusos y que había aterrorizado al mundo occidental. Yo, como la mayoría de los jóvenes de mi edad, los había leído, asombrado ante la maldad de aquello que nos era presentado como una conspiración judaicomunista. Conspiración que, según nos decían, ya se había puesto en marcha.

—Es otro tema, aunque no menos preocupante. —Haushofer parecía llevar la voz cantante—. Por lo menos en sus planes no entra contaminar nuestra sangre aria. Se conforman con perpetuar la suya —añadió con una leve sonrisa.

—Nos ocuparemos de ellos. —Himmler habló sin alzar el tono de voz. Durante los años en los que duró nuestra relación pude comprobar que pocas veces lo hacía—. Ni siquiera como mano de obra serían útiles cuando se establezca el nuevo orden.

Yo asistía a aquella conversación completamente mudo, como es fácil suponer. De vez en cuando daba un sorbo a la taza de té que tenía delante o me entretenía en mordisquear una pasta, tratando de aparentar una seguridad

en mí mismo que estaba lejos de sentir. Tampoco intervino Joachim Gebelt, el psiquiatra, del que deduje, con el paso del tiempo, que estaba más interesado en los fenómenos paranormales que en los planes hegemónicos del partido.

Fue él quien, en un momento dado, y echando mano de su reloj de bolsillo, puso fin a la tertulia para convocarnos a todos en el otro extremo del salón. Yo lo lamenté, pues todo cuanto había estado escuchando me había parecido apasionante, como si, durante ese tiempo, me hubiera sido dado el intervenir de forma directa en el que habría de ser el futuro de Alemania.

De modo que me encontré sentado en el centro del sofá que ya me era familiar, teniendo a mi derecha a Himmler y a la izquierda a Rosenberg. Cuando la luz se apagó y fue sustituida por la de color rojo, yo tomé con cada una de mis manos las de mis vecinos. Recuerdo que noté la de Himmler ligeramente húmeda, mientras que la de Rosenberg estaba fría y seca.

Gebelt, como de costumbre situado junto a nuestro yaciente anfitrión, le ayudó de nuevo a lograr el estado de trance que le permitiría hacer de portavoz de los espíritus. Y éstos no se hicieron esperar.

Nuestros visitantes debieron de considerar que la ocasión era especialmente importante, pues Haushofer tuvo que desdoblar su voz para dar paso, de forma alternativa, al príncipe Gustav y a la mujer austriaca llamada Ursel, que, por momentos, parecieron hablar a la vez.

El príncipe Von Thurn und Taxis disertó aquella tarde sobre el Poder, con mayúscula, y sobre la importancia de que se mantuviera en las manos adecuadas. La conclusión, tras un enrevesado soliloquio, fue que esas manos no debían ser otras que las de nuestra raza aria (¡cómo no!) y que nuestra responsabilidad ante el mundo y ante los dioses (lo dijo así, en plural) era inmensa.

«Y la persona que deberá asumirla —continuó— no tardará en hacerlo, pues ya se encuentra preparada para ello».

Y prosiguió hablando, sin que nadie se atreviera a interrumpirlo, sobre los «utensilios mágicos» del poder que, como si fueran pararrayos, podían atraerlo y canalizarlo de manera positiva para quien fuera su dueño.

Ahora sí, Himmler se permitió intervenir pidiendo que fuera más explícito, pero yo ya empezaba a comprender que los espíritus no eran demasiado proclives a expresarse con claridad.

«Los tenéis ahí —vino a ser la respuesta— y sólo hay que repasar la

Historia para saber cuáles son. La lanza que empuñe el nuevo Parsifal es uno de los receptores de poder y se encuentra a su alcance».

Recordé, no sin cierta extrañeza, que ya Hess, el día en el que nos conocimos en ese mismo salón, se había referido a Hitler como «el nuevo Parsifal».

Y tras este acertijo, que al terminar la reunión quedaría en apariencia resuelto, el príncipe se marchó, permitiendo que fuera Ursel la que permaneciera un rato con nosotros hablando con nostalgia de su Salzburgo del siglo XVIII.

Y, de pronto, un nuevo visitante se hizo presente. Ya Ursel nos lo advirtió —«Viene alguien», dijo—, pero yo lo percibí incluso antes de que ella hablara. La sensación fue de que algo intangible me envolvía, como si el ectoplasma que rodeaba al profesor hubiera entrado en contacto conmigo. Nunca después he vuelto a sentir con tanta fuerza la presencia de un espíritu. Bueno, con una excepción que ya relataré. Pero se trataba de otra clase de espíritu.

Noté que Himmler se volvía a mirarme, pues algo debió de notar, pero pronto su atención quedó prendida en las palabras que surgían por la boca de Haushofer.

Costaba entenderlas, pues el alemán que en ese momento hablaba nuestro anfitrión era extraño, como venido de un pasado remoto. Además, algunas palabras no eran en nuestro idioma, sino francesas, aunque resultaban comprensibles, quizá porque la versión alemana no se diferenciaba mucho.

—Soy Heinrich, duque de Sajonia y rey de los germanos. —El silencio era absoluto; hasta la parlanchina Ursel se había quedado callada—. Vengo a saludarte a ti, que aún habitas el mundo de los vivos y llevas mi mismo nombre. Tú, que eres el receptor de parte de mi alma y que ahora está dentro de la tuya.

Noté como Himmler se envaraba mientras su mano oprimía con fuerza la mía. El ectoplasma que surgía de Haushofer parecía cada vez más sólido.

—El futuro de nuestro pueblo pasará por momentos que exigirán el esfuerzo de todos —continuó la voz—. Pero el espíritu de unidad que yo inicié se mantendrá incólume.

Éstas fueron más o menos sus palabras de presentación. El rey estuvo unos minutos más con nosotros aunque, a pesar de los intentos de Himmler y de Rosenberg para que fuera algo más explícito, no fue mucho más lo que

pudimos sacar en claro.

Tras su marcha, y dado que según Gebelt el yaciente profesor parecía algo agitado en su sueño hipnótico, despedimos a Ursel y la sesión se dio por finalizada.

De manera inmediata todos empezamos a hablar a la vez, realmente impresionados por la inesperada visita. Hubo acuerdo unánime: se había tratado de Heinrich I der Vogler[28], rey de Germania en el siglo X e iniciador de la estirpe real que había llevado a la unidad y al esplendor de nuestro pueblo. La actual Alemania formaba parte en aquel entonces del Imperio franco, con el nombre de Reino Franco del Este, y estaba fragmentada a causa del considerable poder de los distintos ducados. El rey, y después su hijo Otto, consiguieron someterlos bajo un único poder real.

—Se ha referido explícitamente a ti, Heinrich —le dijo Haushofer mientras se secaba la frente con un pañuelo. Seguía sorprendiéndome que, a pesar de su aparente «ausencia», fuera consciente, punto por punto, de todo cuanto había sucedido—. Vaya, parece que eres su reencarnación o algo parecido.

El jefe de las SS estaba visiblemente agitado, en un estado en el que raras veces volvería a verlo, y tardó unos segundos en responder:

—No sé, Klaus... Ha sido todo muy confuso. Pero ciertamente dijo que venía por alguien que tenía su mismo nombre... y yo soy el único.

—Y que parte de su alma moraba en la tuya... —señalé yo. Recuerdo con precisión aquella frase, pues fue la primera que pronuncié de forma espontánea en casa de Haushofer. Guardé enseguida silencio, algo turbado, aunque íntimamente satisfecho al ver como todos asentían, aceptando mis palabras.

—Perfectamente puedes ser su reencarnación. —Hess rio de buena gana—. Al fin y al cabo, tenéis las mismas intenciones, aunque de momento su *Drang nach Osten*[29] ya fue un éxito. Esperemos que se repita.

—Venció y conquistó a eslavos y a húngaros, y también a los daneses en el norte —apunté yo, ya envalentonado y con mis estudios sobre historia alemana todavía frescos.

—Es cierto —continuó Hess aún sonriente. Y añadió, mirando con socarronería a Himmler—: Sólo espero que no pretendas que te coronemos rey.

Ahora la risa fue unánime y sirvió para distender un poco el cargado ambiente.

El resto de la velada transcurrió de manera amigable, con Hess, que aquel día estaba dicharachero, sacando de vez en cuando el tema de la reencarnación de Himmler. Quedó claro que al Reichsführer aquellas pullas, siempre dichas en tono amistoso, no le resultaron en absoluto incómodas.

Recuerdo que yo me sentí feliz esa tarde, aceptado como uno más en aquel ambiente de camaradería entre personajes que a mí se me antojaban muy importantes.

También hablamos, aunque su presencia entre nosotros había quedado relegada a un segundo plano, del príncipe Von Thurn und Taxis y de su referencia a la lanza que habría de empuñar el nuevo Parsifal. Fueron ahora Rosenberg y Haushofer quienes rápidamente nos pusieron a todos de acuerdo sobre el significado de aquellas palabras.

—La lanza sagrada, sin duda —comentó el editor—. La que utilizó el centurión Longinos para lacerar el costado de Jesús. Siempre se ha considerado como un símbolo de poder.

—Y verdaderamente se encuentra al alcance de quien se haga con él en Alemania —apostilló Haushofer mientras asentía—. Aunque hay quien duda sobre su autenticidad, se conserva en la actualidad en el Museo Histórico de Viena.

—A la espera de un brazo ario que vuelva a empuñarla. —Rosenberg pretendió dar un tono festivo a sus palabras.

Recuerdo que nadie pronunció el nombre de Hitler en aquellos momentos, aunque no me cabe duda de que estaba en la mente de todos. Una presunción —la de su llegada al poder— que en cualquier observador imparcial habría levantado en aquellos momentos una amistosa sonrisa de conmiseración, porque, como ya he dicho, el NSDAP, a pesar del considerable esfuerzo de sus dirigentes, sólo contaba entonces con un apoyo del tres por ciento del electorado alemán. Pero eso habría de cambiar, y hasta unos extremos que, seguramente, ni ellos mismos sospechaban.

La reunión se disolvió poco antes de las nueve de la noche y, cuando salimos a la calle, continuaba la misma lluvia fina y fría que hacía que todo pareciese de un monótono color gris.

Himmler se empeñó en que yo lo acompañase en el coche que se hallaba esperándolo y acepté, satisfecho de poder prolongar de alguna manera aquella velada.

Ya instalados en el interior, y en el breve trayecto que nos separaba de mi

casa, el Reichsführer me habló en tono amistoso. Guardo la imagen de su rostro, pulcro y cuidadosamente afeitado, con las luces que venían de las calles haciendo guiños en sus gafas de fina montura.

—Hans —me dijo—. Dentro de muy poco serás ingeniero. Ingeniero agrónomo, como yo. Puedo hablarte de mi experiencia, pues hace cinco años que terminé la carrera. He intentado ejercer mi profesión y para ello he montado una pequeña granja que llevo con mi mujer. Sé que puedo ayudar a Alemania con mi esfuerzo y mis conocimientos, pero siento que me es dado hacer mucho más desde otros ámbitos. Y, aunque de momento trabajo y vocación son compatibles, pronto dejarán de serlo. Y mi decisión está tomada. Un nuevo orden se instaurará pronto en nuestro país y yo quiero estar entre quienes lo traigan. Un orden que vuelva a estar regido por los arios y que nos permita recuperar el lugar que nuestra raza y nuestra patria siempre han ostentado. —Me pareció estar escuchando a Hitler, aunque el tono de Himmler era mesurado en contraste con el exaltado *crescendo* de su jefe. Pero el mensaje era el mismo—. Y tú también debes planteártelo —continuó—. La decisión que adoptes marcará tu vida. Eres alemán de pura raza, con muchos siglos de sangre aria en tu pasado. Nosotros buscamos gente como tú, gente que se sienta orgullosa de su estirpe. Y que haga cuanto esté en su mano para defenderla. La Schutzstaffel es el cuerpo de élite dentro del partido. Los más selectos y los más próximos a Hitler somos como una gran familia, exigente, pero que siempre está pendiente de los suyos. Sé que el futuro es nuestro y tú puedes formar parte de él. —Fui a decir algo, aunque no recuerdo bien el qué, pero Himmler me detuvo con un gesto—. Piénsatelo y ven a verme a mi despacho de la Schellingstrasse. Te espero, decidas lo que decidas. Y sobre todo visítame si tienes dudas. Te mostraré cuáles son nuestros proyectos para un nuevo Reich.

Me di cuenta de que el automóvil se había detenido y comprendí que nos hallábamos ante el portal de mi casa.

—Gracias. —Fue lo único que se me ocurrió decir mientras estrechaba la mano que me tendían. Me despedí con amabilidad del chófer y bajé a la acera, donde, a pesar de la lluvia, me mantuve inmóvil hasta que el vehículo se perdió en la noche.

XI

SAINT-GERMAIN-EN-LAYE, AÑO 2003

Nicole levantó la vista del manuscrito y buscó a Jean. Se encontró con sus ojos que la miraban sonrientes.

Tentada estuvo de pedirle que se dieran tiempo para leer un capítulo más, pero comprobó por el reloj de pared que ya era tarde, notó que estaba cansada y se recordó a sí misma que había hecho un pacto con su novio.

—Bueno, pues mañana más —aceptó a regañadientes.

—Pero no vayas a encender la luz a las siete. —Fue la respuesta—. Ni a hacer ruidos «sin querer» para ver si me despierto.

—¿Yo? —Nicole acertó a componer un gesto de inocencia—. La puerta que se cerró de golpe el otro día...

—Fue cosa del viento, ya lo sé. —Jean rio—. Aunque, curiosamente, las ventanas estaban cerradas.

—Dime, ¿no encuentras fascinante lo que estamos leyendo? —La joven decidió cambiar de tema—. Himmler, Hess, Rosenberg... Estamos sabiendo de ellos aspectos absolutamente íntimos, cosas que nadie conoce...

—Yo ya había leído que Himmler se creía la reencarnación de Enrique I, pero no explicaban el porqué —repuso el arquitecto.

—Pues ya lo sabes. Conoces casi la fecha exacta.

—Da miedo, ¿verdad? Me refiero a esos proyectos de expansión, al sometimiento implícito de los vencidos, a mantener la pureza aria a cualquier coste...

—Sí. Y los judíos... «Nos ocuparemos de ellos». Según nuestro amigo Hans fueron las palabras que pronunció Himmler aquel día.

Jean asintió en silencio.

—Rosenberg —dijo finalmente—. Con ese apellido... Y según creo nació en Rusia y emigró a Alemania. Todo hace pensar que podría ser judío.

—Es cierto —asintió Nicole—. Así se llamaba el matrimonio detenido en Estados Unidos por espionaje. Y recuerdo que ellos sí eran judíos.

—Imagino que Hitler y Himmler rastrearían sus orígenes. Llegó a ser un personaje muy importante en el Tercer Reich. Aunque no debió de ser fácil establecer su pedigrí. Tengo entendido que era hijo de un zapatero.

—Pues vete tú a saber —respondió Nicole mientras cerraba el manuscrito y lo depositaba encima de la mesa—. Sentía un odio exacerbado hacia los judíos. Y a veces la aversión exagerada se siente hacia aquello que queremos ocultar.

—U olvidar. —Jean hizo un gesto de asentimiento mientras bostezaba ligeramente—. Venga, vayámonos a dormir. Y prométeme que mañana no seguirás sin mí.

XII

MANUSCRITO DE *MADAME LA FONTAINE*

CAPÍTULO SEXTO

Creo que fue la primera ocasión en mi vida en la que, enfrentado a una decisión que podía marcar mi futuro, decidí tomarla en solitario, sin consultarla con nadie, y aún menos con mi padre, cuya respuesta de sobra conocía. Tentado estuve de contárselo a mi madre y oír su consejo, pero sabía bien que ella, tras escucharme solícita, me diría que era yo quien debía decidir. Y, probablemente, lo comentaría más tarde con mi padre quien, rápidamente, resolvería intervenir.

Mi elección, como podrá imaginar quien haya leído las páginas previas y se haya formado una idea sobre mi carácter, no fue tajante y dejó las puertas entornadas en ambos sentidos. En resumen, lo que hice fue posponerla.

Así pues me presenté pocos días después en el cuartel general del NSDAP, en la Schellingstrasse. No sabía si iba a encontrar allí a Himmler, pues no llamé previamente por teléfono, ya que desconocía el número y, sobre todo, me daba un poco de apuro el hacerlo.

Pero el futuro Reichsführer se hallaba en el edificio. ¿Qué habría sido de mi vida si no hubiera sido así? Probablemente lo mismo, porque habría acabado por volver.

Las dependencias del NSDAP en Múnich en 1927 eran reducidas y nada tenían que ver con lo que sería la Braunes Haus[30] a partir de 1931, cuando el partido adquirió el palacio Barlow.

Tampoco las SS ocupaban un lugar especialmente asignado y, desde luego, no era visible por ninguna parte el famoso doble signo rúnico que las haría famosas. No eran por entonces otra cosa que una más entre las fracciones que componían las SA, el brazo paramilitar del partido comandado por Ernst

Röhm.

Es más —y de ello me fui enterando tanto por mis propias averiguaciones como por las medias palabras de Himmler o las opiniones de mi padre—, en el seno de las SA no había caído bien el intento de emancipación de las SS, aunque fuese el propio Hitler quien lo apoyase. Röhm y sus lugartenientes habían hecho una fuerte campaña en contra y el contingente de las SS se había visto reducido a menos de trescientos hombres cuando unos meses atrás se hallaba próximo a los mil.

En aquel año de 1927, el SS Reichsführer era Erhard Heiden, nombrado unos meses antes de mi visita, y pronto descubrí que Himmler, a pesar de ser su lugarteniente, no sentía una especial predilección por él. Lo que entonces no acerté a comprender fue que el futuro Reichsführer nunca aceptaría a nadie que pudiera arrebatarse un gramo de poder, con la excepción evidente de Hitler, por el que sentía una absoluta veneración. Y también un temor incontrolable.

Himmler me recibió de inmediato y de forma muy amigable, saliendo a saludarme desde detrás de una mesa cargada de papeles. Iba vestido de civil, con el mismo aspecto atildado que siempre exhibía y, cogiéndome del brazo, me llevó hasta una cantina situada en el mismo edificio, en la que, sin consultarme, pidió dos cervezas y me arrastró hasta una pequeña mesa adosada a una de las ventanas.

Desde ella se podía ver un pequeño patio en el que jóvenes individuos en atuendo deportivo hacían ejercicios gimnásticos. Hombres vestidos con el uniforme pardo entraban y salían de la cantina y un murmullo de voces y risas varoniles nos envolvía. Pensé, y creo que no andaba descaminado, que aquel ambiente sería muy similar al que debía de vivirse en la milicia a la que, hasta hacía pocos años, yo me sentía destinado. Y no me desagradó.

Himmler y yo conversamos durante un rato, no demasiado largo pues estaba claro que él no quería retrasar el regreso a su despacho, pero estuvo amable y convincente. Y me dejó hablar.

Finalmente llegamos a una especie de acuerdo. Yo tenía por delante, en pocas semanas, mis exámenes de fin de carrera y, a continuación, un verano en el que le prometí meditar mi futuro y su oferta. Él no me presionó mucho, e incluso me dijo que ser ingeniero agrónomo y miembro de las SS no era incompatible. Y se puso a sí mismo como ejemplo, aunque no me pareció demasiado convencido al decirlo. La verdad es que a mí me costaba imaginar

a aquel hombre, con su trascendente visión del mundo, encerrado en una granja criando pollos.

Me acompañó a la salida y yo me fui muy satisfecho por la atención que me había prestado. Había logrado que me sintiera importante. Ahora, con la perspectiva que ofrece el paso de los años, sigo sin saber si su interés en mi afiliación fue por mi persona o porque las SS estaban quedándose en cuadro y había que nutrirlas. Quizá pesara más lo primero, porque he de decir en honor del Reichsführer que siempre fue muy atento conmigo.

* * *

Mis recuerdos no me ofrecen ahora ninguna duda de que aquel verano de 1927 fue el último de mi juventud. Al menos de esa juventud alegre y un poco inconsciente que sólo ve en el mañana una plácida prolongación de esa maravillosa sensación que produce el estar vivo. Me impuse el aplazar la decisión sobre cuál iba a ser mi futuro hasta que llegara el mes de septiembre y me embarqué con toda la fuerza de mis veintidós años en el viaje de fin de carrera que organizó la escuela. A lo largo de tres semanas recorrimos el sur de Alemania y el Tirol, con largas estancias en Salzburgo —donde le dediqué un recuerdo a Ursel, nuestro entrañable espíritu visitador— y en Viena, una ciudad que encontré asombrosa y en la que me habría quedado a vivir. Fueron días en los que todos nos sentíamos importantes, con nuestro título recién adquirido, aunque todavía ajenos al hecho de que un mundo complicado y en ocasiones hostil esperaba indiferente nuestra incorporación.

A finales de agosto, ya en Múnich, mi padre me llevó un día nuevamente a su despacho. Himmler —o quizá fuera Haushofer, no me lo aclaró— le había hablado con toda seguridad sobre mi posible entrada en las SS, porque mi padre no se anduvo con rodeos a la hora de intentar convencerme de que aquélla era una decisión tan evidente que no admitía duda ni discusión.

—Puedes —me dijo— seguir unido a la escuela mientras preparas una especialización y haces cursos de doctorado. No tienes prisa y nosotros podemos afrontar los gastos; afortunadamente, las cosas van mejor. Abrirás dos puertas: la que te llevará a mejorar tus conocimientos y la que te permitirá intervenir y formar parte del futuro de Alemania. Además, te darás a ti mismo un tiempo para decidir.

Lo que no añadió —tal vez entonces la decisión no era aún tan drástica—

fue que la adhesión a la fuerza de élite del partido nazi era como un sacramento que te comprometía de por vida. Y que tu nuevo Dios se llamaba Adolf Hitler.

De modo que, una vez más, intentando autoconvencerme de que se trataba de lo más sensato, hice aquello que otros esperaban de mí, aunque sabiendo, en mi fuero interno, que la elección no había sido por completo mía.

A mediados de septiembre de 1927 fui de nuevo a la Schellingstrasse para solicitarle al entonces Reichsführer adjunto, Heinrich Himmler, que tramitara mi adhesión a las SS.

XIII

MANUSCRITO DE *MADAME LA FONTAINE*

CAPÍTULO SÉPTIMO

En los años que siguieron, mi pertenencia a las SS fue tan sólo testimonial. Es cierto que recibí mi carné de afiliado y la dirección de un sastre al que encargar mi uniforme, de corbata y gorra negras, para diferenciarlo del de las SA, todo él de color pardo; y también lo es que asistí a reuniones de formación y realicé un cursillo de adiestramiento militar, pero la mayor parte de mi tiempo pude dedicarlo a completar los estudios de ingeniería. Aparte de asistir a asignaturas preparando el doctorado, tuve la suerte de poder integrarme en un grupo que, aunque trabajaba desde la universidad, estaba subvencionado por capital privado. Nuestra misión era la de buscar el medio de acelerar los cultivos de cereales tanto en tiempo como en cantidad, logrando a la vez un grano de mejor calidad y un óptimo aprovechamiento del terreno.

Karl Haushofer se tomó un interés personal en conseguir que yo fuera aceptado para el proyecto, y no me cabe duda de que su intervención fue decisiva. Es algo que siempre le he agradecido de corazón. Incluso ahora, cuando tantos años han pasado, recuerdo con cariño y emoción aquel gesto del profesor.

También Himmler tuvo el detalle de tomarme personalmente el juramento que me ligaba definitivamente a la Schutzstaffel. Estábamos a mediados del otoño y fue una de las pocas ocasiones durante aquellos años en las que vestí mi uniforme, completo con su correa, al que saqué brillo, y una daga sujeta al cinto. La fórmula que recité fue más sucinta que la que se utilizaría en tiempos posteriores, aunque incluía las mismas promesas de fidelidad al partido y a las SS y el compromiso de absoluta lealtad a Hitler.

Aquel día tuve otra de mis visiones de algo que aparentemente pudo haber sucedido en otro tiempo. Como de costumbre, las imágenes no resultaron apacibles y dejaron en mí una profunda sensación de desasosiego.

Himmler había hecho llevar a su despacho la *Blutfahne*, la bandera con la esvástica que se tiñó de sangre el día del fallido *putsch* de 1923. Su afición hacia lo solemne, que siempre tuvo un ligero toque melodramático, le hizo planear que yo pronunciase las frases de mi juramento mientras, en posición de firmes, tomaba un extremo de la bandera con mi mano derecha.

Así lo hice, pero nada más entrar en contacto con la tela, cuyas manchas oscuras resultaban evidentes y un tanto desagradables, el contorno de la habitación se diluyó para dar paso a la imagen de una calle o plaza al aire libre, en la que se escuchaban gritos y carreras apresuradas. Y allí en el suelo, frente a mí, un cuerpo se estremecía mientras tendía una mano hacia delante, en una muda petición de auxilio. Bajo él, unida a un largo mástil de madera, una bandera lo recibía, a modo de extraño sudario.

Inmediatamente retiré la mano, pero mi sobresalto debió de resultar muy evidente, porque Himmler se adelantó solícito.

—Hans, Hans, ¿qué te sucede? —preguntó intranquilo mientras me sujetaba con ambos brazos.

No pareció sorprenderle mucho mi explicación —era evidente que él ya sabía por Haushofer de mi capacidad visionaria—, pues, tras preguntarme si me encontraba bien, se limitó a decir, casi para sí mismo, aunque al hablar se dirigiese a mí y a los dos miembros de las SS que asistían al acto:

—Andreas Bauriedl. Él llevaba la bandera y murió aquel día. Yo lo tenía muy cerca. Un mártir cuya sangre no se habrá derramado en vano...

Y, con esa capacidad que el Reichsführer tenía para evitar que algo lo distrajera de lo que estaba haciendo, comenzó de nuevo con la fórmula de mi juramento, aunque, sobra decirlo, sin pedirme que tomara de nuevo la bandera.

Asistí con cierta frecuencia, durante aquella época, a casa de Klaus Haushofer, siempre con motivo de alguna de aquellas sesiones en las que recibíamos visitas de personajes de diverso fuste que habían vivido en tiempos pasados y que ya, lamentablemente para ellos, habían muerto. Aunque algunos no parecían en absoluto descontentos con su nueva situación.

Himmler estuvo presente en más de una ocasión y, en una de ellas, Enrique

I volvió a personarse para decir, más o menos, lo mismo que en su primera aparición. Eso sí, dejó de nuevo entrever, con mayor o menor claridad, que aquel Heinrich que se hallaba entre los presentes era, de alguna forma, el receptáculo de su espíritu inmortal. O de parte de él. Himmler escuchaba las palabras que surgían de la boca de Haushofer con los ojos muy abiertos, mientras oprimía mi mano con fuerza, como ya lo hiciera en la ocasión anterior.

La verdad es que no es fácil reprochárselo. Que alguien te anuncie que eres algo así como la reencarnación de un rey que vivió novecientos años atrás es, como poco, altamente sorprendente. Y más si ese alguien es el propio rey en persona. Aunque sea en espíritu y hablando por boca de otro.

En mayo de 1928 hubo de nuevo elecciones al Reichstag, y su resultado nos dejó a todos bastante alicaídos. Aunque tratáramos de encontrar explicaciones optimistas que permitieran esperar un futuro mejor, la verdad desnuda no admitía excesivo disfraz: el NSDAP había bajado a un 2,6 por ciento de los votos emitidos, muy lejos de aquel esperanzador 6,6 por ciento de 1924. Pude escuchar, por boca de sus más directos colaboradores —Hess o Rosenberg, porque Himmler fue más discreto—, que aquel resultado había sumido a Hitler en un estado que hoy definiríamos como de fuerte depresión.

Mi frustración no alcanzó ese nivel, pues a pesar de lo que pudiera parecer por mi íntima adhesión al partido, el juego de la política y del poder no había logrado atraerme demasiado.

Haushofer, siempre comedido, dio una explicación que a mí me pareció de evidente lógica: Alemania vivía una etapa de bonanza económica y de recuperación en todos los niveles. Los votantes no estaban por la labor de inclinarse hacia opciones extremas que pudieran hacerla peligrar.

—Los proyectos de Hitler no se perciben ahora mismo como necesarios —argumentó—. Tendría que suceder algo que conmocionara al pueblo alemán.

Sus palabras, que recuerdo bien, se demostraron proféticas. Lo que ninguno de los presentes podía entonces suponer es que ese momento que reclamaba Haushofer se hallaba muy próximo. Y que, aunque milagrosamente oportuno para el NSDAP, sumiría a Alemania en el caos. Pero estoy convencido de que ese precio, que dejó a nuestro país tambaleante, lo asumieron de buen grado quienes entonces soñaban con el poder.

Aquel día no hubo sesión de espiritismo porque a Gebelt, a última hora, le

fue imposible asistir. En la charla que la sustituyó, a Himmler se le ocurrió sacar a colación el alfabeto rúnico y sus posibles interpretaciones mágicas. Yo entonces de aquello no sabía nada, aunque pronto comprendí que era el único. Amén de Haushofer, Himmler y yo, en el salón estaban Hess y otros dos hombres, que trataban con familiaridad a los otros invitados y que me fueron presentados como miembros del partido. Uno de ellos era de mediana edad y no recuerdo su nombre, pues no volví a verlo. El otro era un joven, de mis mismos años o algo menos, al cual sí trataría con cierta asiduidad en el futuro que se avecinaba. Tenía el rimbombante nombre de Baldur von Schirach y en poco tiempo pasaría a hacerse cargo de las Juventudes Hitlerianas. Mi primera impresión no fue demasiado buena y nunca tuve motivos para variarla.

Von Schirach era pedante y pagado de sí mismo, aunque he de reconocer que con un alto grado de brillantez en su retórica. Quizá fuera una envidia no confesada lo que me provocó ese sentimiento de rechazo, pues a mí siempre me costó intervenir en las conversaciones, o simplemente dar una opinión, por miedo a resultar poco ameno.

Aunque la verdad es que su físico tampoco me pareció atractivo: Baldur era blando, un poco gordo y con una piel clara sin rastro de barba. Pero sabía mucho de símbolos rúnicos. Y daba la impresión de poder hablar de otros variados temas con la misma facilidad.

De la escritura rúnica conocía yo que provenía del norte de Europa, donde era utilizada por los antiguos germanos que moraron en aquellas tierras hacía ya varios siglos. Pero aquella tarde me enteré de que podría ser el lenguaje escrito de los dioses o, al menos, de nuestros inteligentísimos antepasados. Los arios —siempre dentro de las teorías ariosóficas— habrían emigrado desde las altiplanicies asiáticas para establecerse en lo que hoy eran los países bálticos y Gran Bretaña, trayendo las runas consigo. Claro está —añadieron— que un lenguaje tan sofisticado y de un origen tan elevado había de servir para algo más que la comunicación, y ese profundo significado místico de aquellos signos era algo que debíamos conocer y estudiar si queríamos reverdecer la sabiduría aria.

Más o menos fue eso lo que me explicaron.

Haushofer sacó un libro sobre runas y siguió una acalorada discusión sobre el significado de varias de ellas y de lo que podía esperarse de su unión en pares o en tríos. Me enteré también de que, para ellos, el auténtico lenguaje

rúnico era el primitivo, pues hubo variantes posteriores. No podía ser de otra manera, me dijeron, pues era el que se hallaba más próximo a aquellos superhombres que fueron nuestros antepasados. Lo llamaban «Antiguo Futhark», nombre este que no era sino el acrónimo de la primera letra de las palabras que designaban sus seis primeros signos y que era también el sonido con el que se pronunciaban. Había caracteres cuya articulación exigía la unión de dos de nuestras letras, como era el caso del tercer símbolo, *Thurisaz*, que se pronunciaba como la «th» inglesa. También me enteré de que mi apellido, si se escribía en caracteres rúnicos, llevaba uno de esos signos dobles.

Guido von List, uno de los gurús del germanismo, muerto en 1919, había dedicado buena parte de su tiempo al conocimiento de las runas, y el resultado había sido un libro en el que las estudiaba, clasificaba e interpretaba, eliminando algunas y añadiendo otras de su propia cosecha.

—Es preciso que lo leas —me dijo Von Schirach al hablarme de él. Lo hizo con un ligero tono de desprecio, como si le resultara inconcebible mi incultura—. Se llama *Das Geheimnis der Runen*[31] y es una obra fundamental, aunque evidentemente no estamos plenamente de acuerdo con todo lo que en ella se dice.

Rudolf Hess se entretuvo en trasladar mi nombre y mi apellido al *Futhark* rúnico, dibujando los símbolos sobre una hoja de papel y, al terminar, me miró divertido, con sus espesas cejas exhibiendo un gesto de asombro.

—Caramba, los cuatro signos de tu apellido están en el *Hagalaz aett*. Incluso lo encierran. Realmente extraordinario.

Ya me habían explicado que las veinticuatro runas se dividían en tres *aett* (octetos), cada uno con sus características esotéricas propias.

—Es Odín quien directamente planea sobre tu apellido, Hans —me dijo Himmler visiblemente interesado—, y ello no parece muy en consonancia con tu carácter: guerra, muerte, odio, oscuridad... Aunque, quién sabe... —añadió mientras sus ojos miopes parecían evaluarme con renovado interés.

Yo sonreí y aproveché para devolver a Baldur von Schirach una de sus miradas de superioridad, aunque más tarde, ya en casa, pensé que la opinión de Himmler sobre mis cualidades guerreras no debía de ser muy elevada.

A principios de 1928 fui invitado a la presentación pública de una sociedad que, bajo el amparo del partido, iba a ocuparse de la cultura alemana. Tuve claro que con ello se pretendía dar lustre al NSDAP y acercarlo a las clases

más ilustradas de nuestra sociedad. En principio, se había pensado que la recién creada sociedad fomentara el desarrollo de la ciencia, como oí comentar en una de las reuniones en casa de Haushofer, pero finalmente se cambió ciencia por el más impreciso término de cultura.

Así, la Nationalsozialistische Gesellschaft für Deutsche Kultur[32], dirigida por Rosenberg, comenzó su andadura en la Alemania de finales de los años veinte. Entre los fundadores se hallaba también Himmler, omnipresente e incansable, junto con otros importantes miembros del nacionalsocialismo, entre ellos Gregor Strasser, a la sazón jefe de propaganda del partido y muy próximo al Führer, aunque seis años después éste ordenara su muerte.

No fue una sociedad excesivamente influyente y su ámbito no pasó del local de Baviera, pero sí creo que sirvió para que los responsables de su funcionamiento sacaran ideas y experiencias que verter en la futura Ahnenerbe[33] que Himmler desarrollaría dentro de las SS.

Y así, sin ruido y sin especiales sobresaltos, llegó 1929, año clave para el mundo, para Alemania y para el NSDAP.

En febrero tuvo lugar la presentación pública de la sociedad cultural que dirigía Rosenberg. Fue en la Universidad de Múnich y asistió la plana mayor del partido, con Hitler a la cabeza. Yo pude sentarme en una zona reservada, algo que entonces me llenó de orgullo.

El conferenciante invitado fue Othmar Spann, mezcla de filósofo, sociólogo y economista austriaco y, sobre todo, furibundo antimarxista, motivo por el cual, imagino, fue requerido. Lo que no sé es si la elección fue del total agrado del Führer, pues aunque aquel día, puesto en pie, aplaudió largamente al final de la charla, unos años después, cuando Alemania se anexionó Austria, Spann sería detenido y apartado de sus funciones docentes.

Hacía poco más de un mes (fue a principios de enero) que Himmler había sido nombrado responsable máximo de las SS. Tenía entonces tan sólo veintiocho años y si hay algo que nadie podrá negarle, es su extraordinaria capacidad de trabajo. Dejó la explotación de la granja en manos de su mujer y se dedicó en cuerpo y alma a desarrollar y estructurar lo que entonces era poco más que un apéndice dentro de las SA.

—Tienes que pensarlo, Hans, y venirte conmigo. Necesito gente como tú —me dijo un día durante una reunión mientras se hablaba del partido, de las SS y del futuro. Pero, como no insistió, yo seguí durante 1929 trabajando en

el proyecto universitario. Lo integrábamos siete personas, incluido el director, y formábamos un grupo bien avenido. Aunque en ocasiones el trabajo era monótono, parecía que empezábamos a obtener resultados esperanzadores. Reconozco que yo me sentía a gusto con lo que hacía y que no me arrepentía de haber elegido la carrera de ingeniero. Aunque pronto habría de abandonarla de forma definitiva.

Y así, sin avisar, llegó el 24 de octubre de 1929, aunque luego serían muchos los que presumirían de haberlo predicho. El crack de la bolsa de Nueva York sumió a los Estados Unidos y al mundo occidental en la más grande depresión económica de su historia. Recuerdo que yo pensé que no nos afectaría algo que sucedía tan lejos, pero la esperanza duró muy poco. Alemania se vio zarandeada como un barco sorprendido por una inmisericorde tormenta, y a punto estuvo de zozobrar. Nuestra recuperación estaba en gran parte basada en los millonarios créditos cedidos por otros países y el grifo se cerró de la noche a la mañana.

Empezaba para nuestro país una época angustiada, y para el partido nazi su imparable ascenso hacia el poder absoluto.

* * *

No voy a detenerme en desmenuzar aquellos años en los que la miseria se adueñó de nuevo de Alemania. Imagino que la sensación que entonces nos atenazó con tal fuerza que casi podíamos sentirla físicamente se podría comparar con la del boxeador que, tras recuperarse poco a poco a lo largo de varios asaltos, se ve otra vez en la lona con sus renacidas esperanzas nuevamente rotas. Y, sobre todo, así debió de serlo para las personas que, ya de cierta edad, habían agotado su capacidad de lucha.

Mi padre fue uno de ellos. Pronto me enteré de que una importante cantidad de dinero que tenía puesta en la Bolsa se había esfumado como la de tantos otros pequeños inversores. Afortunadamente, nuestras necesidades no eran muchas y la pensión de viudedad de Grossmutti, unida a lo que mi padre aún percibía como militar, nos permitieron seguir adelante, aunque la brutal inflación hacía que aquel dinero se quedara en muy poco.

Mi padre cayó en una profunda apatía y podía pasarse horas sentado en el sillón y perdido en sus ensoñaciones. Mi madre demostró una vez más su extraordinario espíritu y siguió ocupándose de todo como si nada hubiera

ocurrido, aunque durante unos años no volví a ver que nos enseñara gozosa, como hacía antes, el último abrigo o el precioso vestido que se había comprado.

En cuanto a mí, también la fuente que subvencionaba el proyecto que me unía a la universidad se secó. De los siete que formábamos el equipo, sólo el director y dos graduados ya mayores permanecieron en él. Los demás tuvimos que abandonarlo.

Y así, a comienzos de la primavera de 1930, me dirigí de nuevo a la Schellingstrasse para hablar con Himmler.

XIV

MANUSCRITO DE *MADAME LA FONTAINE*

CAPÍTULO OCTAVO

Mi puesto de trabajo consistió en aquel tiempo en una pequeña mesa de despacho, con máquina de escribir y varios cajones laterales. Éramos seis las personas que nos apretujábamos en la reducida habitación, en la que además hubo que robar espacio para unos voluminosos archivadores. Desde su llegada a la jefatura de las SS, poco más de un año atrás, Himmler había impulsado, con su envidiable capacidad para el trabajo, el crecimiento de las fuerzas bajo su mando, cuya dirección había reorganizado en cinco secciones, a la primera de las cuales, de carácter puramente administrativo, fui destinado. Las otras cuatro llevaban los nombres de «Personal», «Finanzas», «Seguridad» y «Raza». Esa quinta sección, bajo el control directo del Reichsführer, cuidaba de que los aspirantes a pertenecer al cuerpo de élite cumplieran con una serie de estrictos requisitos que aseguraran la pureza aria de su sangre.

Como era de esperar, una de las cosas que hice al poco de llegar fue buscar mi propio expediente. De momento, aparte de mis datos personales, estaba en blanco, salvo por una nota manuscrita en la zona destinada a la pureza étnica. Ponía una sola palabra: «demostrada», y debajo, la firma de Himmler. Reconozco que entonces aquel pequeño detalle me produjo una gran satisfacción.

Las SS seguían siendo todavía una parte de las SA, aunque llevábamos corbata y gorra negras para distinguirnos. Pero el uniforme pardo era el mismo. Estaba claro que Röhm no veía con buenos ojos aquella amenaza de escisión interna, pero también resultaba evidente que el Führer la apoyaba. Y ante eso poco quedaba por decir.

Entré a trabajar con el grado de Truppführer, el equivalente a sargento en el ejército, y el propio Himmler bromeó, al comunicármelo, con lo rápido que se había producido mi ascenso.

—Aunque espero que no te quedes ahí —añadió en tono ya más serio.

En septiembre de aquel año treinta hubo nuevamente elecciones al Reichstag, en el marco de un país sumido en la desesperación. Las promesas de un futuro mejor por parte de un Hitler que se multiplicó por toda Alemania comenzaron a calar en el electorado: el partido obtuvo algo más de un dieciocho por ciento de los votos, multiplicando por siete nuestros anteriores resultados. Fuimos el segundo partido más votado, a sólo seis puntos del SPD[34].

Resulta aleccionador, y da una idea del engreimiento que puede alcanzar el ser humano, que nadie en el círculo que yo frecuentaba achacara el brillante resultado a la profunda depresión que atravesaba Alemania y a la desesperación de sus habitantes, sino al magnífico programa del NSDAP, a la superioridad intelectual de todos cuantos formábamos parte de él y, cómo no, a la extraordinaria brillantez del Führer.

Cuando, en casa de Haushofer, en una de las reuniones que a pesar de la crisis seguían celebrándose, se me ocurrió hablar de la relación entre el crack de la Bolsa y nuestro —para mí— inesperado ascenso, un frío silencio fue la respuesta.

—*Nein, nein, das ist nicht so*[35]. —Recuerdo perfectamente las palabras de un Himmler, que me recriminó con la mirada. Sólo Haushofer se encogió levemente de hombros. O a mí me lo pareció.

El fortalecimiento del partido llevó a Hitler a dar la orden de buscar un nuevo y más amplio lugar para su sede, pues el local de la Schellingstrasse, a pesar de sucesivas ampliaciones, resultaba a todas luces insuficiente. Y el palacio Barlow, en la Brienerstrasse, convenientemente situado cerca de la Königsplatz, fue la solución. No nos trasladaríamos a él hasta 1931, tras casi un año de reformas llevadas a cabo por el arquitecto Troost, persona hacia la que el Führer sentía un gran respeto.

Una vez más volvió a sorprenderme la capacidad económica que exhibía el partido, sobre todo teniendo en cuenta la profunda crisis por la que atravesaba Alemania. Aunque quizá, precisamente por ello, el precio que hubo de pagar por el palacio resultara más asequible.

La euforia que se percibía en todos los ámbitos en los que nos movíamos

era palpable y contagiosa. De pronto nada parecía imposible.

Y se produjo mi primer ascenso en las SS. Himmler me llamó un día a su despacho y me dijo que deseaba que me ocupara de supervisar el funcionamiento del pequeño grupo en el que yo trabajaba. Como ya he dicho, nos encargábamos de aspectos puramente administrativos, pero el auge que tanto el partido como las SS estaban tomando hacía que con frecuencia nos viéramos desbordados.

—Eres metódico y ordenado, Hans —me dijo el Reichsführer. Y reconozco que en eso no se equivocaba—. Tú me darás la tranquilidad de saber que todo está como debe.

Y me comunicó con sonrisa afable que desde ese momento mi grado era el de Sturmführer, equivalente a teniente en el ejército. Hacía poco que yo había cumplido los veinticinco años.

* * *

1931 vio nuestro traslado al palacio Barlow. Se organizó con lo que hoy daría en llamarse precisión alemana, pues según Himmler no podíamos permitirnos fallos ni pérdidas de tiempo. En apenas dos días todo seguía su curso, un curso que resultaba frenético desde nuestro éxito en las urnas, pues el crecimiento de las SS se había hecho imparable.

Las reuniones en casa de Haushofer tuvieron por entonces una menor frecuencia, fundamentalmente por la intensa actividad que desplegaban los principales dirigentes del partido que solían acudir a ellas y que les dejaba escaso tiempo libre. Himmler, por ejemplo, que era a quien yo tenía más cerca, realizó en aquella época frecuentes viajes que lo llevaron por toda Alemania sin que su extraordinario ímpetu pareciera verse menoscabado por ello. Cada mañana, cuando se encontraba en Múnich y hacía su aparición a temprana hora en el palacio Barlow, su asombroso dinamismo revolucionaba en pocos minutos el ya de por sí acelerado engranaje de nuestras oficinas. Y siempre lucía el mismo aspecto atildado y fresco de quien parece haber dormido bien y haber dispuesto de tiempo suficiente para ocuparse de su aspecto personal.

También pienso que nuestros encuentros en el salón de Haushofer iban decayendo porque, poco a poco, habían ido perdiendo interés, pues aunque habíamos recibido la visita de nuevos personajes que venían a hablarnos

desde otras dimensiones, las sesiones se estaban convirtiendo en algo rutinario. Sin duda el profesor era consciente de ello, y algún tiempo después habría de prepararnos una reunión totalmente distinta que nos dejaría sobrecogidos. Pero ya llegaremos a ello.

Recuerdo bien una de aquellas escasas veces en que por entonces acudimos a casa del geógrafo, y no por la especial relevancia de los visitantes del más allá o por la categoría de los invitados que aquel día acudieron a su casa, sino porque en ella descubriría una nueva faceta en el carácter de Himmler. Faceta que me sorprendió positivamente, probablemente porque también formaba parte de mi carácter.

Hablo de su afición a los acertijos y a los mensajes crípticos. En otras palabras, a todo aquello que encerrara una solución o contuviera un enigma que había que desvelar.

Aquella tarde, una vez finalizada la sesión y mientras el mayordomo de Haushofer nos servía una merienda, Himmler sacó de su bolsillo una bolsa negra, pequeña y con un cordel que la mantenía cerrada. Todavía sin pronunciar palabra la abrió y vertió el contenido sobre la mesa. Eran tres tablillas hechas de madera, pequeñas y de similar tamaño.

—Veréis que una tiene un círculo negro en cada uno de los lados —dijo al tiempo que la mostraba—. La segunda, uno blanco en ambas caras, y la tercera, uno blanco arriba y uno negro abajo. No hay ningún secreto —añadió sonriente al ver que lo mirábamos con suspicacia—. Os propongo un juego: alguien saca al azar una tablilla de la bolsa y sólo muestra una de sus caras, que será blanca o negra. El juego consiste en apostar sobre el color que tendrá la cara oculta. Estaréis de acuerdo en que la probabilidad de acertar está en el cincuenta por ciento, ya que si el color es, por ejemplo, negro, se tratará de la ficha negro-negro o bien de la negro-blanco. La que es blanca por las dos caras estará, evidentemente, excluida. —Como de momento nadie hacía comentarios, el Reichsführer continuó—: Admito contrincantes. Yo apostaré siempre a que el color oculto será el mismo que muestre la cara visible. El vuestro será el opuesto. Y como no quiero arruinaros propongo que la apuesta sea barata —concluyó con su sonrisa de conejo.

Von Schirach fue el primero en aceptar. Siempre mostraba —y lo seguiría haciendo durante el tiempo en el que lo traté— un especial cuidado en atender solícito cualquier indicación que pudiera hacerle Himmler. Hess, que pareció de pronto interesado en todo aquello, fue el encargado de sacar, sin

mostrar más que una de las caras, una tablilla de la bolsa tras agitarla cada vez convenientemente.

Recuerdo que en la primera ocasión fue Baldur quien ganó. La pequeña pieza mostró un círculo blanco y, al darle la vuelta, apareció uno negro.

Pero fue un espejismo: al cabo de un rato la racha fue claramente favorable para Himmler. Aquellas fichas parecían empeñadas en mostrar, con machacona insistencia, el mismo color por arriba que por abajo.

Von Schirach empezó a sentirse molesto y Himmler lo notó, pues le propuso dejarlo y que su puesto lo ocupara otro, pero Baldur negó con un gesto hosco.

—Quizá Rudolf te traiga mala suerte. O quizá pienses que está de acuerdo conmigo. —El Reichsführer le dirigió un guiño a Hess—. Que sea algún otro quien saque la tablilla.

Y fui yo el encargado. Y Himmler continuó acumulando ventaja. Yo ya no dudaba de que aquel juego tenía algún truco, y pensé que tenía que estar en las fichas, de modo que empecé a dejar la primera que tocaban mis dedos dentro de la bolsa para elegir una de las otras dos, pero daba igual.

Al cabo de un rato, el Reichsführer pareció satisfecho. Era evidente que se estaba divirtiendo. Mostró en alto el papel en el que iba haciendo rayas junto a su nombre o junto al de Von Schirach y le pidió a Haushofer que le hiciera el favor de calcular sus ganancias.

El geógrafo, que había permanecido silencioso, aceptó con una sonrisa. Tras unos momentos, habló con su voz grave:

—Tu ventaja, Heinrich, es de treinta y cinco. Habéis jugado noventa y siete veces, tú has ganado sesenta y seis y Baldur, treinta y una.

—No está mal. Me pregunto, querido Baldur, si tu sueldo será suficiente, así que me conformo con que en algún momento nos invites a todos a una cerveza. Tampoco estaría mal que en la próxima reunión nos explicaras por qué yo he ganado. La verdad es que has estado hecho un pardillo.

La piel blanca de Von Schirach adquirió un suave tono rojizo y sus labios se frunció. Pero no dijo nada. He de reconocer que a mí aquello me produjo un íntimo regocijo.

—También os invito a los demás a que adivinéis si existe algún truco. Quizá la solución estribe en mi gran poder mental... No sé, pero desde luego algo debe haber. Y os toca descubrirlo. —Himmler miró su reloj y decidió que era un buen momento para dar por terminada la reunión, aunque, cuando

ya estábamos todos de pie despidiéndonos, el hombre levantó una mano, como pidiendo silencio, y añadió—: Además, el próximo día os propondré un nuevo acertijo. Es importante mantener vuestras espléndidas mentes arias despiertas.

He de decir que hasta ese día no había visto yo al Reichsführer tan participativo, casi juguetón y hasta socarrón con todos nosotros. Lo cierto es que le dio un giro a lo que era habitual en aquellas veladas.

El remate lo puso al final cuando, una vez los dos en la calle, me propuso acercarme en su automóvil hasta casa. Ante mi negativa —en verdad la noche era muy agradable y yo tenía ganas de pensar en el posible truco del juego de las tres tablillas—, apoyó una mano sobre mi hombro y me miró fijamente con sus ojos miopes.

—Hans, disculpa la pregunta, pero ¿tienes novia?

Recuerdo que me quedé sorprendido, pues de ninguna manera esperaba aquello.

—Pues... no. Ahora mismo, no.

—Pues ya va siendo hora —me dijo riendo— de que busques una novia, te cases y tengas sanos y fuertes hijos arios.

Me dio un cariñoso cachete en la mejilla y se subió al automóvil que lo estaba esperando.

Yo me quedé un rato sobre la acera, incluso cuando el coche ya había desaparecido, sin saber qué pensar. Aunque la primera reflexión que pasó por mi mente fue: «Caramba, tiene sólo cinco años más que yo y me trata como si fuera mi padre».

XV

SAINT-GERMAIN-EN-LAYE, AÑO 2003

Esta vez fue a Nicole a quien le tocó esperar a que Jean cerrara su copia del manuscrito. Habían acordado llegar hasta el final del capítulo octavo y darse un respiro. Era ya cerca de la una de la tarde y el espléndido día que se ofrecía a través del gran ventanal invitaba más a salir a dar un paseo que a quedarse en casa leyendo.

Se levantó y fue a servirse una Coca-Cola en la cocina. Decidió también que a Jean le apetecería una cerveza y comprobó que la botella estuviera bien fría. «No nos las vamos a tomar a palo seco», pensó, y abrió una de las puertas del pequeño armario para echar mano a unas patatas y unos frutos secos.

De repente comprendió que estaba haciendo el tonto y volvió a dejar todo en su sitio.

«Menos mal que no he abierto las botellas».

Cuando volvió al salón vio que Jean se hallaba en una postura más distendida y que estaba hojeando la parte final del manuscrito.

—¿Qué? ¿Mirando a ver si encuentras la solución al juego de las tres fichas?

—No..., no. —Cerró el libro de forma brusca—. Er... Estaba viendo que ya nos queda poco para terminarlo.

—Es cierto. Y los nazis ni siquiera han llegado aún al poder. La verdad es que no nos vamos a enterar de mucho. Anda, levántate y vamos a tomar el aperitivo por ahí. Podemos ir a La Mulette. Hace un día maravilloso.

—Ajá. —El rostro del hombre se animó al ver que Nicole no hacía más referencia al problema de las tablillas—. Y te invito a comer donde prefieras.

Tenemos que hablar...

—... del juego de las tres fichas, entre otras cosas —remató ella con una radiante sonrisa.

* * *

—¡Así que era un espejismo! —Nicole miró con ojos pensativos el trozo de patata frita que tenía entre los dedos. La temperatura era perfecta y el entorno, rodeados por el añoso bosque que cerraba por el norte la pequeña ciudad, cálidamente acogedor. Pero todos sus sentidos, desde que se sentaron en la mesa del bar al aire libre, se habían centrado en los trozos de patata frita que hacían las veces de las tres tablillas. Jean había pintado sobre ellas con su rotulador una cruz que equivalía al círculo negro del manuscrito. Para las caras blancas habían dejado las patatas, simplemente, tal cual.

Afortunadamente, no tardaron mucho en hallar la solución, mientras se iban comiendo el resto de las patatas al tiempo que comentaban las diferentes posibilidades. Y ninguno pudo luego presumir de haber sido el primero, pues, como les pasaba con frecuencia, se miraron de pronto, sabedor cada uno de haber encontrado la explicación y de que lo mismo le había sucedido al otro.

—¡Sólo una de cada tres veces que elegimos una tablilla —fue Nicole quien primero habló—, cogeremos la que es blanca por un lado y negra por otro!

—Así es. —Jean sonreía satisfecho—. Las otras dos veces ganará Himmler. A él le daba igual el blanco que el negro. Únicamente apostaba a que la ficha elegida tuviera el mismo color en sus dos caras. Dos posibilidades contra una.

—Pues a mí me habría sacado también el dinero, como al relamido de Von Schirach —dijo ella mientras dejaba la patata en un cenicero y se comía la que había hecho las veces de blanca por ambos lados—. ¡Y a ti también! No pongas ahora cara de sabelotodo.

Almorzaron en un pequeño restaurante de Saint-Germain, no lejos de su casa. Iban allí con cierta frecuencia. Comida casera y trato amable, lo definió un día Nicole. Y con buenos precios, había añadido Jean riendo.

—Por cierto, el número de teléfono de *madame* La Fontaine, ¿lo tienes aquí o en París?

El arquitecto levantó la cabeza de la carta de postres que estaba

consultando y la miró mientras exhibía una amplia sonrisa, como si ya esperara la pregunta.

—Ya piensas en la continuación del manuscrito, ¿verdad?

—Llevo días pensándolo, ¿acaso tú no? Bueno, ¿lo tienes?

—Pues sí. Lo pasé al teléfono móvil cuando me pediste que me pusiera en contacto con ella.

—No sería mala idea llamarla hoy mismo. Esta tarde terminaremos la lectura y mañana es domingo. Podemos hacerle una visita.

—Acuérdate de que dijo no saber nada del paradero de los otros dos volúmenes, aunque quizá nos ocultara algo. Por otro lado, el té que nos dio estaba muy bueno.

—Y nosotros pondremos las pastas. En cualquier caso, me apetece volver a ver a Helga La Fontaine.

Jean se encogió de hombros mientras asentía.

—Te toca telefonarla a ti. —Nicole lo miró con picardía—. Juraría que le gustaste.

XVI

MANUSCRITO DE *MADAME LA FONTAINE*

CAPÍTULO NOVENO

Y llegó 1932, año clave para nuestro partido. Y también para mí, pues, tras un noviazgo no demasiado largo, me casé. Prefiero pensar que fue algo que sucedió de modo natural y que el paternal consejo que me dio Himmler no tuvo nada que ver. Yo tenía veintisiete años, una edad muy lógica para dejar de ser soltero. Pero recuerdo la mirada de complicidad que me dirigió el Reichsführer cuando le dije que iba a casarme.

Mi mujer se llamaba Sophie, y el hablar de ella sigue produciéndome dolor a pesar del tiempo transcurrido desde que murió. Estuvimos casados diez años escasos, y los cuatro últimos los pasó sufriendo en silencio la enfermedad que finalmente acabaría con su vida.

Nos conocimos en casa de un amigo, también miembro de las SS, en una fiesta que dio con motivo de su cumpleaños. Acababa de iniciarse la primavera y quizá mi sangre fue sensible a su ardoroso influjo, pues en el mismo momento en el que Sophie hizo su aparición comprendí que me había enamorado. Y nada en ella resultaba especialmente destacable, pero el conjunto era de una extraordinaria armonía. O a mí me lo pareció. Y siguió haciéndolo mientras ella vivió.

A la boda asistió Himmler, que se sentó junto a mi abuela. Grossmutti estaba aquel día radiante, y suyo fue el regalo de los gemelos de oro y zafiros que yo llevé aquel día.

—Con ellos se casó tu abuelo —me dijo cuando me los dio.

Por suerte, al Reichsführer aún no se le había ocurrido la idea de hacer de las bodas de los miembros de las SS actos plurales, en los que varias parejas se casaban a la vez, en ceremonias que nada tenían de religiosas y sí en

cambio mucho de exaltación de la raza aria. La nuestra fue a la antigua usanza, en la iglesia y con Sophie vestida de blanco. Estaba preciosa.

No quiero convertir este relato en una historia de mi vida, aunque sin duda en muchas ocasiones no podré evitarlo. Pretendo, por el contrario, que sea el reflejo de unos momentos que yo viví muy de cerca y de una Alemania —mi querida Alemania— que, pasados tantos años, me cuesta reconocer. Pero que fue real.

Dejaré pues aparte mi relación con Sophie. Sólo decir que fuimos felices, incluso cuando ya la enfermedad se había apoderado de ella. O quizá, en aquellos años finales, hizo un esfuerzo para que yo así lo creyera.

El número de afiliados al partido creció desde los trescientos ochenta y cinco mil que alcanzamos en 1930 hasta más de un millón cuatrocientos mil en 1932, y las elecciones al Reichstag, celebradas en julio, nos convirtieron en el partido más votado con un 37,1 por ciento de los sufragios. Por fin veíamos el camino ancho y despejado: el futuro de Alemania estaba en nuestras manos y nadie dudaba de que Hitler sería pronto el próximo canciller. En mayo de ese año, el presidente Hindenburg había nombrado para el puesto a Franz von Papen, pero estaba claro que el Führer sería el inmediato sucesor.

1932 dio también la clave de lo que podría ser la futura Alemania nazi para aquellos que pensaran de manera distinta. Las SA de Röhm, enardecidas por el que ya se consideraba triunfo definitivo, arremetieron en sus ataques contra los comunistas, y en toda Alemania se produjeron violentos enfrentamientos. La consigna era *Blut muss fließen*^[36] y no hay duda de que se llevó a la práctica, bien es cierto que por parte de ambos bandos.

Desde las SS mirábamos todo aquello con cierta lejanía, pues estaba claro que Himmler quería desmarcarse lo más posible de las SA. «Déjales que se maten; así aprenderán», le oí comentar un día con tono de desprecio. De hecho, nuestra emancipación definitiva de las tropas de Röhm se produjo aquel año y, para certificarlo, nuestro uniforme pasó a ser completamente negro.

—Mucho más elegante —me dijo un sonriente Reichsführer al poco tiempo de estrenarlo—. En él lucirán mejor las insignias de Obersturmführer.

Fue su manera de comunicarme un nuevo ascenso, que me concedía un rango equivalente al de teniente primero.

Seguramente quien esté leyendo este manuscrito, si es que alguien lo está

haciendo, se habrá dado cuenta de que no he dado la solución al juego de las tres tablillas. Y no pienso hacerlo. Es preciso, si ese alguien pretende hacerse con la segunda parte de esta historia, que posea una mente despierta, sea también aficionado a las adivinanzas y tenga la capacidad de resolverlas. Doy por hecho que no le costará descubrir en dónde radicaba la ventaja de Himmler.

El Reichsführer cumplió su palabra y, en la siguiente reunión, nos propuso un nuevo acertijo. No sé decir exactamente cuál, porque a partir de ese día todos procuramos conocer alguno nuevo que poder ir proponiendo a los demás.

Me acuerdo especialmente de uno que propuso Alfred Rosenberg. Y lo recuerdo porque fui yo el único en dar la respuesta el día en el que volvimos a reunirnos, lo que me valió un cariñoso aplauso de la concurrencia. El que pronto sería nombrado jefe de los asuntos extranjeros del partido nos contó que había una banda de mil piratas que, tras muchos años de enriquecerse, habían decidido repartir su inmenso botín. Los piratas estaban numerados del uno al mil, en riguroso escalafón, según su antigüedad. Pero el jefe impuso unas condiciones para el reparto: cada vez se votaría para decidir si el último de la lista en ese momento debía entrar en él o conformarse con un único doblón de oro. Bastaba una simple mayoría para eliminarlo. Todos los piratas eran absolutamente egoístas y sólo pensaban en sí mismos; también eran lógicos e inteligentes y todos ellos sabían decidir lo que más les convenía. La pregunta era: ¿cuántos entrarían finalmente en el reparto?

Al igual que hice con el juego de las tablillas, dejaré que seas tú, lector, quien lo solucione.

Aquel año tuve tan sólo dos semanas de vacaciones que aprovechamos Sophie y yo para recorrer Austria, país que ella no conocía. Fue a finales de junio. Los días que pasamos en Viena fueron inolvidables y ella se quedó tan prendada de la ciudad como me había sucedido a mí.

Y ya entrado el otoño sucedió algo que inevitablemente, al recordarlo, hace que una sonrisa divertida anime mi rostro. De nuevo ahora, mientras escribo estas líneas, me doy cuenta de que estoy sonriendo. Y se debe a que soy, con gran probabilidad, la persona en el mundo que durante más tiempo seguido permaneció cogido de la mano de Adolph Hitler. Al menos de un Adolph Hitler adulto. Quizá con la excepción de Eva Braun, aunque lo dudo, porque la imagen que tengo del Führer no es la de una persona dada a expresar sus

sentimientos.

Fue, una vez más, en casa de Klaus Haushofer. Himmler me había pedido un par de días antes, los dos a solas en su despacho, que no faltara a la reunión. «Viene alguien muy importante —me dijo— y quiero que todo resulte bien». No fue más explícito y yo tampoco pregunté. Cuando ya me iba, repitió: «No faltes».

Aquella tarde-noche (era un sábado) estábamos los habituales en el salón del geógrafo: Hess, Rosenberg, Von Schirach, Himmler y yo. Amén de nuestro anfitrión y de Joachim Gebelt, el psiquiatra que facilitaba el trance de Haushofer.

—Vendrá a las siete y media —había anunciado Himmler cuando ya estábamos todos sentados. Yo seguía sin saber el nombre de aquel invitado tan especial y le susurré a Rudolf Hess, que estaba a mi derecha:

—¿Quién?

Sus pobladas cejas se fruncieron, quizá extrañado de mi ignorancia, y me respondió en voz baja:

—Hitler.

Aparte de la sorpresa, reconozco que me sentí dolido por el hecho de que todos, excepto yo, supieran que el Führer iba a formar parte, ese día, de la reunión. Decidí achacarlo a un despiste de Himmler, aunque era raro que al Reichsführer se le escapara nada.

Pude darme cuenta, mientras esperábamos su llegada, de hasta qué punto la personalidad de aquel hombre podía llegar a influir sobre los que lo rodeaban, aunque fueran, como entonces, parte de su círculo más íntimo. La conversación fluía embarazosa, en voz baja, y Himmler echaba frecuentes miradas a su reloj. Parecía que todos nos encontráramos en una incómoda visita. No tengo duda de que yo también me sentí contagiado por aquella tensión. Y ligeramente desasosegado.

En el salón no había ningún reloj porque, según me explicó en una ocasión Joachim Gebelt, su sonido era incompatible con nuestras sesiones espiritistas, y yo me resistía a mirar el mío. Hitler debió de ser, sin embargo, bastante puntual, pues, cuando por fin sonó el timbre, el jefe de las SS formó con la mano un gesto de aprobación. Haushofer fue personalmente a abrir la puerta y yo me puse en pie imitando al resto de los invitados.

Cuando el Führer entró en el salón me pareció más pequeño de lo que lo recordaba. Quizá porque Haushofer era alto. Iba vestido de civil, con traje

oscuro y corbata, y el pelo le caía cubriendo media frente. Me sorprende lo vívida que su imagen ha quedado guardada en mi memoria.

Himmler fue el primero en dar unos pasos en su dirección, mientras lo saludaba extendiendo el brazo, en un esbozo del saludo fascista.

—Conoces a todos —le dijo tras estrecharle la mano—, excepto a dos personas. Permíteme presentártelas. —Y sucesivamente nos introdujo a Joachim Gebelt y a mí.

—Hans es una persona con cualidades muy especiales —apostilló el Reichsführer, dirigiéndome una sonrisa—. Espero que hoy lo compruebes. Además, es miembro de las Schutzstaffeln desde hace tiempo.

Yo estreché la mano que se me tendía mientras inclinaba la cabeza y acerté a pronunciar un «*Mein Führer*» sin que se me quebrara la voz.

Durante los minutos que siguieron quedó de nuevo claro que nadie se encontraba definitivamente a gusto en su presencia. Incluso Haushofer, que conocía a Hitler desde los años en que éste estuvo en prisión, y que era considerado su mentor en el mundo de la geopolítica, aparecía ligeramente envarado. Sólo Rudolf Hess se veía distendido y hasta se permitió gastarle alguna que otra pequeña broma.

Hitler se interesó por la opinión del geógrafo en torno a una posible alianza entre Alemania y Japón.

—Usted conoce bien al pueblo japonés —le dijo—, y pronto será necesario que sepamos con precisión quiénes estarán con nosotros y quiénes serán nuestros enemigos. El poderío militar de Japón es muy grande. Cada día más. El problema es que está muy lejos. Claro que eso también puede tener sus ventajas —murmuró casi para sí.

—Es realmente un pueblo extraño —respondió Haushofer—, imperialista y necesitado como nosotros de espacio vital. Sólo llegarás a saber cómo piensan si has nacido allí.

—Pero usted permaneció en el país durante varios años.

—Cierto, y llegué a compenetrarme con su cultura, aunque siempre fui un *gai-jin*, un extranjero para ellos. Forman una sociedad muy cerrada, en la que nadie ajeno es plenamente aceptado. A decir verdad, nos desprecian.

—Pero puede que nos necesiten. Mi pregunta, Haushofer, sigue en pie: ¿serían nuestros aliados?

—Si se dieran las circunstancias que facilitaran un acuerdo, pienso que sí.

—Bien. Sin duda volveremos a hablar del tema. Su opinión y sus

conocimientos nos son muy necesarios.

Himmler propuso entonces iniciar la sesión. Días más tarde me contaría que le había hablado al Führer de nuestras reuniones en casa del geógrafo y de los personajes que nos habían visitado. Hitler, me dijo, se había mostrado particularmente interesado por las referencias que el príncipe Von Thurn und Taxis había hecho sobre un nuevo Parsifal que pronto asumiría el poder. Y sobre los utensilios que podrían servir para canalizarlo.

La sesión no resultó para mí muy diferente a otras anteriores salvo por una cosa. La mano que mantuve asida durante todo el tiempo que duró fue la de Adolph Hitler. El Führer había aceptado sin comentarios la sugerencia de que cambiara su asiento inicial por uno junto a mí en el sofá que yo ocupaba. Tampoco pareció sorprenderse cuando Himmler le pidió que asiera mi mano.

—Hans es un extraordinario canalizador —le dijo—. Facilitará que tu presencia sea percibida por quienes hayan de visitarnos.

Gebelt se ocupó de apagar la luz tras haber encendido previamente las lámparas rojas de la biblioteca y luego fue a ocupar su lugar junto a nuestro anfitrión, que ya se hallaba instalado en el sillón reclinable. Yo miré por un instante a Hitler, cuya mano sentía inerte aferrada a la mía, y me dio la impresión de estar observando una estatua. Teñido por aquella luminosidad rojiza permanecía del todo inmóvil. El bigote y el mechón que le cubría parte de la frente se veían completamente negros, como si hubieran sido pintados por una brocha. Sólo los ojos parecían tener vida.

Una vez que Haushofer entró en trance tardó poco en presentarse el primero de sus espíritus guía. Fue Ursel, aunque no estuvo mucho rato, como si comprendiera que no era aquél el día adecuado para hablarnos de su juventud en Salzburgo.

—Gustav ha llegado —nos informó a modo de despedida, y tras unos segundos de silencio, fue el príncipe Von Thurn und Taxis quien habló por boca del geógrafo.

—Es interesante. —Fue lo primero que dijo tras darse a conocer—. Noto una presencia nueva entre vosotros. Y percibo su fuerza. —Luego, sin más, pasó a recordar momentos de su vida y a lamentarse de lo mucho que le había quedado por hacer.

—Príncipe —Himmler trató de interrumpirlo, aunque sin conseguirlo hasta el tercer intento—, nos hablabas hace un tiempo del radical cambio de poder que se avecinaba en Alemania. El momento ha llegado. Y te pregunto: te

referiste a objetos que podían canalizar y consolidar ese poder, ¿verdad? ¿Es la lanza sagrada uno de ellos?

Siguió un largo silencio que nos hizo temer que Gustav se hubiera ido, aunque por fin habló. El ectoplasma que rodeaba el rostro de Haushofer era en aquellos momentos perfectamente visible.

—Todo lo que ha estado en contacto con alguien extremadamente fuerte, o que ha sido creado por él, conserva la fuerza y puede transmitirla a su nuevo dueño. Pero para ello es preciso que éste sea también líder entre los suyos.

Obedeciendo un gesto de Gebelt, Himmler se había situado a mi lado, de pie, y había tomado mi mano izquierda, la que yo tenía libre. Comprendí que pretendía facilitar la comunicación con el príncipe.

—Entonces la lanza sagrada es uno de ellos. ¿Hay otros?

—El verdadero poder no es de vuestro mundo, del que fue mi mundo. —A pesar de ser la voz de Haushofer la que escuchábamos, en las últimas palabras se notó un deje de amargura—. Por tanto, debéis buscarlo en aquello que fue creado por los dioses o que estuvo en contacto con ellos.

—¿El Grial..., el arca sagrada?

—Es vuestra misión decidirlo. Pero pensad que fuera del mundo al que en este momento pertenecéis, el poder no es único. Y ahora —dijo sin apenas unos instantes de transición—, alguien más ha venido. Debo permitir que se manifieste.

Yo ya estaba acostumbrado a las ambigüedades del príncipe, aunque he de reconocer que aquel día estuvo algo más explícito que en otras ocasiones. Junto a mí, Hitler se mantenía inmóvil y yo ya casi no notaba su mano, como sucede cuando estás en contacto con algo por tiempo prolongado.

El nuevo visitante resultó ser el rey Heinrich, quien otra vez se expresó en un alemán arcaico con giros en francés. El Führer no debió de impresionarle demasiado —después de todo él había sido rey, pensé— y se limitó a dar una serie de consejos y a alertar sobre el peligro de la soberbia y del súbito envanecimiento.

—Todos los que sin serlo pretenden comportarse como los dioses han recibido el castigo de ellos. Tenedlo siempre presente y recordádselo al que lo olvide.

Se despidió luego de Himmler —«Heinrich, que eres parte de mi yo», dijo — y sin más, se fue.

Haushofer se removió inquieto en el sillón y pensé que la sesión había

llegado a su fin, aunque el ectoplasma, si bien es verdad que menos intenso, seguía rodeando su cara. Pero el príncipe Gustav volvió de nuevo a escena.

—Hay otra presencia que desea expresarse. Es tenue —aclaró como pidiendo disculpas.

Siguieron momentos de silencio hasta que, por fin, con una voz tranquila, Haushofer volvió a hablar:

—Te conozco, Klaus, y también tú a mí. Y sé mucho de ti, Adolph, porque te seguí con interés hasta el día en que abandoné vuestro mundo. De ello hace tan sólo tres años.

Nuestro visitante pasó entonces a presentarse. Y lo hizo en el más puro estilo germánico, como quien se da educadamente a conocer en sociedad.

—Barón Albert von Schrenk-Notzing.

Volví a pensar, una vez más, en lo selectos que solían ser quienes nos visitaban. Aquella noche, aparte de Ursel, que aunque no tenía ningún título había pertenecido a la mejor sociedad austriaca, habíamos podido hablar con un barón, un príncipe y un rey. ¡Nada menos! Quizá en el mundo del que venían fueran también más importantes y tuvieran mayores facilidades para ir y venir a su antojo.

El barón resultó ser un médico que —me enteré luego— se había dedicado a estudiar en profundidad los fenómenos paranormales y que, por tanto, debía de sentirse a gusto en aquellos momentos.

—Tú has nacido en Braunau am Inn[37], Adolph —dijo—. Me llamó la atención cuando lo leí, mientras aún habitaba en vuestro mundo, porque se trata de un lugar en el que nuestros dos universos parecen hallarse más próximos. Muchas de las personas que tienen la capacidad para hacer que se conecten han vivido allí. Braunau transmite sensaciones especiales a quien puede percibirlas, y son varios los allí nacidos con los que he podido comprobar y estudiar los poderes del espíritu.

Al terminar la sesión, Haushofer explicó que el barón había realizado importantes experimentos científicos con distintos médiums, algunos de ellos naturales del pueblo en el que había nacido Hitler. Los más notorios, nos dijo, eran los hermanos Schneider, Willi y Rudi, a los que Haushofer también conocía y de los que se habían documentado experiencias asombrosas.

—Tu espíritu también es fuerte, Adolph, puedo notarlo —continuó el barón—. Y esa fuerza debes aprovecharla. Pero no dejes que tu espíritu prevalezca sobre tu razón.

Tras ese oscuro mensaje —¡qué difícil resultaba encontrar un visitante que se expresara con claridad!—, el barón se interesó por nuestro mundo, aunque la verdad es que no parecía importarle mucho lo que pudiera sucedernos y, finalmente, se despidió.

Gebelt comentó entonces que el trance de nuestro anfitrión era ya demasiado largo y que había que despertarlo. Así lo hizo, se encendieron las luces y terminó la sesión.

Todos esperábamos la reacción de Hitler, quien, finalmente y supongo que agradecido, había soltado mi mano. El Führer asintió un par de veces con la cabeza y luego habló, dirigiéndose a Haushofer:

—Gracias, profesor. Ha sido muy interesante. Ya había oído hablar del barón Von Schrenk-Notzing e incluso había leído algo de lo que ha escrito. Es cierto que Braunau es notorio por sus médiums y videntes. Un primo mío, nacido allí, tiene poderes excepcionales y hasta parece, según me dijo mi madre, que los hermanos Schneider y yo tuvimos la misma nodriza. Aunque debo confesar que es este mundo el que más me interesa.

—Resulta muy interesante lo que el príncipe dijo sobre los objetos de poder —intervino Himmler—. En manos de un líder pueden hacerlo invencible.

Hitler lo miró durante unos momentos y luego pareció dar por buena la afirmación del Reichsführer.

—Ciertamente, Heinrich, aunque la historia nos enseña que ni siquiera los dioses resultan invencibles.

Y, a continuación, el Führer nos regaló un largo monólogo que nadie se atrevió a interrumpir. Han pasado muchos años desde entonces y doy por cierto que las palabras que voy a transcribir no fueron exactamente las mismas que aquel día pronunció Hitler. Aunque pienso que no difieren mucho, porque se me quedaron profundamente grabadas. Comprendí asimismo que aquel hombre no sólo era capaz de hipnotizar con su oratoria a una muchedumbre enfervorizada. En el salón de Haushofer éramos pocos y Hitler habló en tono mesurado, sin alzar la voz. Pero todos quedamos prendidos en sus palabras.

A partir del fin de la guerra he podido leer innumerables opiniones sobre la personalidad del Führer, y ninguna, evidentemente, positiva. Pero lo que nadie podrá jamás negarle es un extraordinario talento oratorio, capaz de subyugar al que estuviera escuchándole, tanto si ese alguien formaba parte de

un gran auditorio como si se encontraba a solas con él.

Se ha dicho que Hitler era la personificación del demonio, algo así como un Anticristo que vino a sembrar el mal. Si así fuera, habrá que colegir que la gran fuerza de Satán estriba precisamente en su inmensa capacidad de convicción. Porque Hitler la tenía. Quizá por eso, porque el demonio nos susurre sin cesar, sea tan difícil encontrar bondad en los seres humanos.

Sus palabras de aquel día muestran una vertiente del pensamiento de aquel hombre que yo no he visto reflejado en lugar alguno, pero que sin duda nos hablan de su particular concepción del mundo.

—La naturaleza —comenzó— es el gran Dios que nos maneja, aunque al mismo tiempo nos ignore. Ella sólo tiene un fin, que es el de perpetuarse, y todos los seres vivos no somos otra cosa que eslabones en esa cadena. La naturaleza no distingue entre buenos y malos, entre valientes y cobardes o entre vencedores y vencidos. Todos sirven a sus fines mientras cumplan con su obligación de procrear, de engendrar seres nuevos que a su vez den lugar a otros. Para ella es lo mismo un blanco que un negro, un ario que un gitano... o que un judío... Pero eso no es así y nosotros lo sabemos —continuó tras una pausa para dar mayor énfasis a sus palabras—. Y puesto que la naturaleza es ciega, nos corresponde a nosotros, a los que tenemos la posibilidad de hacerlo, el impedir que los logros de los que durante siglos lideraron la humanidad sean ahora destruidos. Y que su sangre, que es la misma que corre por nuestras venas, pueda verse contaminada. Porque si no actuamos, si somos en lo más mínimo complacientes, nuestra sangre, nuestra raza, nuestra herencia acabarán desapareciendo.

Me sorprendió —debo reconocerlo— lo hilvanado de aquel discurso, pronunciado sin una sola duda, como si lo llevara perfectamente ensayado. Pero su expresión de concentración, con la vista fija en la mesa que tenía delante, sin mirar a nadie, daba a entender que iba exponiendo aquellas ideas según llegaban a su mente.

—Debemos ser fuertes e implacables —continuó—. Aquéllos de quienes descendemos hubo un momento en que no lo fueron y casi se vieron abocados a su desaparición. Los arios somos lo que queda de esos seres. Y de ninguna manera podemos permitir que algo así vuelva a suceder. O ellos o nosotros.

Las últimas frases las había pronunciado mientras elevaba paulatinamente el tono de voz. Parecía enardecido. Las palabras sonaron más cortantes, como

si cada una de ellas tuviera especial relevancia, y ahora sí me recordó al Hitler mitinero que encandilaba a las multitudes.

—No nos debe temblar el pulso. —Levantó los ojos y los fue posando en cada uno de nosotros. Tenían un brillo especial—. Todos sabemos lo que hemos de hacer y pronto dispondremos de los medios necesarios. No me defraudéis, porque yo no os defraudaré.

Y abruptamente, como había comenzado, calló.

Todos prometimos, entre un coro de *Ja! Sieg!*[\[38\]](#), que así sería.

Aún hoy me emociono al recordar aquella tarde, del mismo modo que lo hice entonces. Yo era joven, lleno de ilusiones, y había asistido a lo que consideré como el inicio de una nueva página de la Historia. Nadie puede culparme de que aquel día me sintiera pletórico.

XVII

MANUSCRITO DE *MADAME LA FONTAINE*

CAPÍTULO DÉCIMO

1933. El 20 de enero, el presidente Hindenburg designó a Hitler como nuevo canciller. Previamente, como se supo más adelante, hubo unas conversaciones secretas que el Führer mantuvo en la casa de Joachim von Ribbentrop, en Dahlen. Hindenburg fue su interlocutor, y también participó en ellas el hijo de éste, Oskar, persona de la que se decía que no tenía demasiadas luces, pero que era ferviente admirador de las propuestas nazis. En cualquier caso, era un nombramiento que todos esperaban y que no podía dilatarse demasiado, pues Adolph Hitler era la cabeza del NSDAP, el partido más votado.

Y, con esa prisa que siempre pareció mover a los dirigentes nazis, Alemania entró en una vorágine de cambios que dejaron bien a las claras, por todo el país, que una nueva era había comenzado. Y, como los años anteriores no habían traído demasiadas alegrías, el pueblo alemán los aceptó de buen grado.

Múnich, mi ciudad, no fue una excepción. Siempre había sido un lugar abierto y alegre, donde nadie parecía tener problema para sentarse a tomar una cerveza y reír un rato, pero recuerdo que aquélla fue una época especialmente feliz. Quizá mi propia euforia de entonces ayude a endulzar mi memoria.

Pero era cierto que la crisis empezaba a quedar atrás y que un nuevo orden se abría paso. Un orden que prometía trabajo y prosperidad y que, sobre todo, había hecho recuperar el orgullo a una nación que casi lo tenía olvidado. Creo que ése fue el gran acierto de la propaganda nazi: el hablar de una Alemania nuevamente poderosa que volvería a la cabeza del mundo, al lugar que

siempre le había correspondido.

A mi casa también había vuelto la alegría. Quizá con la excepción de Grossmutti, a la que nunca le gustaron Hitler ni los nazis, pero que también mostraba su satisfacción al vernos felices a los demás. Mi padre estaba exultante, y parecía que la actual situación no fuera sino el resultado de una cruzada particular que él hubiera emprendido hacía años y que ahora llegara a su fin.

—Acertaste, Hans, al no hacerte militar —me dijo un día mientras me cogía cariñosamente por el hombro—. En este momento, el futuro de Alemania pasa por tus manos.

No fue más que una muestra de la grandilocuencia que formaba parte del carácter de mi padre y que, a lo largo de su vida, le hizo pasar del éxtasis a la desesperación en varias ocasiones. Pero se lo agradecí y me alegró verle feliz. Porque yo lo quería y encima pensaba que se lo merecía.

Himmler pasaba ahora menos tiempo en Múnich, pues su condición de diputado le hacía viajar con frecuencia a Berlín, pero seguía estando al tanto de todo, hasta en los más mínimos detalles, algo que siempre me pareció sorprendente.

La toma del poder en Baviera fue más compleja de lo que cabía esperar, teniendo en cuenta que Múnich era la ciudad emblemática de nuestro partido y lugar de residencia de una mayoría de sus dirigentes. Pero éramos un estado libre y siempre habíamos mostrado el orgullo de serlo. En las elecciones para el Parlamento de Baviera de 1932, el BVP[39] había sido ligeramente más votado que nosotros. Se trataba de una formación local que había ostentado la mayoría en nuestra región desde las primeras elecciones que se convocaron en 1919 tras el fin de la Primera Guerra Mundial. Era un partido sólo nuestro y los bávaros lo apreciábamos.

Pero Hitler, una vez tomadas las riendas, iba a demostrar que nada ni nadie podría hacer sombra a su poder absoluto. El 5 de marzo, tan sólo mes y medio después de ser nombrado canciller, el Führer convocó de nuevo elecciones para el Reichstag en toda Alemania, y esta vez sí, nuestro triunfo fue aplastante. Obtuvimos casi el cuarenta y cuatro por ciento de los votos, con pequeñas diferencias entre los distintos *Länder*[40]. Y lo primero que hizo el gobierno con su nueva mayoría, pocos días después, fue sacar una ley que obligaba a conformar los Parlamentos de cada *Land* según los resultados de ese 5 de marzo. «Equiparación de los *Länder* con el Reich», la llamaron.

Lógicamente, hubo muchas voces discrepantes, sobre todo entre los partidos perjudicados, de los que el BVP fue el que más diputados perdió. Pero la cosa no pasó de ahí. Nadie parecía tener ganas de enfrentarse abiertamente a nosotros. Sinceramente creo que si entonces se hubieran convocado elecciones regionales, el resultado nos habría sido igualmente favorable, pues la euforia pronazi iba claramente en aumento. Aunque también he de reconocer que no es fácil explicar que se dé por terminada una legislatura votada menos de un año antes y cuya duración estaba prevista para tres más. Pero ésa era la idea que Hitler tenía del poder y fue un primer aviso de lo que vendría después.

Yo estuve presente en el Rathaus[41] el día en el que tuvo lugar el traspaso de poderes. Por si acaso se producía algún disturbio, tropas de las SA habían entrado en la ciudad la noche anterior. Röhm y Adolf Wagner, el recién nombrado ministro del Interior, se habían desplazado desde Berlín. Un gran gentío, movilizado en su mayoría, debo decirlo, por nuestro partido, abarrotaba la Marienplatz[42]. Un inmenso pendón con la esvástica en el centro caía, movido por el viento, desde lo alto de la torre del Rathaus.

Held, el hasta ese día presidente bávaro, llegó puntual. Iba pulcramente ataviado con abrigo, sombrero y bastón. Yo me hallaba muy próximo a Himmler cuando el presidente hizo su entrada y se produjeron los saludos protocolarios. He de reconocer que el hombre demostró gallardía, pues en ningún momento descompuso su actitud pese a enfrentarse con la plana mayor del partido nazi. Entró el primero, con paso firme, en la sala de juntas. Tras él lo hicieron Himmler, Wagner, Röhm y Epp, quien estaba designado por el partido para ocupar el cargo que iba a dejar vacante el hasta ese día presidente de Baviera.

La reunión no duró mucho y se vio que su resultado estaba previsto — quizá sería mejor decir impuesto— pues, al poco de su final, se dio a conocer por los altavoces repartidos por la Marienplatz que Epp había tomado el poder.

La voz que lo hizo fue la de Max Amann, miembro de las SA y periodista que trabajaba en el *Völkischer Beobachter*. Su anuncio terminó con los tres *Sieg!* que ya se habían convertido en saludo final en los mítines del partido, a los que la muchedumbre, con el brazo extendido, respondió con los rituales *Heil!*[43] A continuación, los altavoces dejaron oír el himno alemán. Yo lo vi todo desde uno de los balcones del edificio y debo reconocer que me

emocioné.

Poco después vino Hitler a la ciudad para refrendar la toma del poder. Como no pudo ser menos, se organizó una recepción masiva, y se dijo que ciento cincuenta mil personas acudieron al aeropuerto de Oberwiesefeld a darle la bienvenida. Yo no las conté, pero estuve allí y puedo atestiguar que el aspecto del aeródromo era impresionante. Una foto aparecida al día siguiente en los periódicos me mostraba junto a Himmler mientras esperábamos la llegada del avión. El Führer desfiló en coche descubierto por las calles de Múnich y después nos arengó en el mismo local en el que se inició el fallido *putsch* diez años atrás. La entrada fue por rigurosa invitación, pero no había un alma. Hitler habló con orgullo de aquella época y comparó lo que era nuestro partido entonces con lo que se había convertido ahora. «Éramos un movimiento pequeño con grandes ideales —dijo— y lo que entonces muchos no comprendieron es que tamaña empresa necesita tiempo. Y el momento ha llegado». Yo, enardecido, respondí «*Heil!*» a los tres «*Sieg!*» con los que el Führer terminó su discurso, pero se repitió en mí la sensación de amaneramiento en sus gestos y en sus posturas que ya percibí la primera vez que le vi hablar en público. Claro está que, al igual que entonces, no se me ocurrió comentarlo con nadie.

Bien, teníamos el poder y una nueva era abría sus puertas para Alemania. Puertas que por siempre debieron permanecer cerradas, pero que entonces me parecieron dar paso a la senda que todos teníamos que seguir, rumbo a una nación próspera, unida y dueña de su destino. Así pensaba yo entonces y no era ilógico que lo hiciera.

Si la persona que está leyendo estas páginas ha llegado hasta aquí y está interesada en mi relato, seguramente lamentará que éste llegue en este momento a su fin, aparentemente de forma abrupta, y cuando lo más interesante parece estar aún por llegar.

Y es que, efectivamente, hay más, bastante más, y me atrevería a decir, altamente sorprendente. Pero no adelantaré nada. Si tú, lector, has llegado a poseer este manuscrito por el camino que yo tenía previsto, podrás tener acceso a una segunda parte. Si no, o si después de los años algo ha fallado, nada podemos hacer.

Y ahora, a modo de los acertijos que tanto nos entretenían, te diré lo que necesitas: «Vete, sabiendo mi nombre, a Suiza, dispuesto a abrir una caja de seguridad próxima a un jardín. Una llave es necesaria, y también lo son una

clave de seis números y mi verdadero apellido».

El enunciado es sencillo, ¿verdad? La llave te la darán sólo si confían en ti y de la clave te diré que, para no olvidarla, elegí una que siempre tenía próxima y que, por tanto, podía recordar con facilidad allí donde fuera.

Pensarás que esto es un juego y hasta te parecerá bastante infantil. Tal vez tengas razón, pero me puede mi afición a los enigmas. Además, y quiero creer que ése es el verdadero motivo, no debo permitir que lo que he escrito llegue a manos equivocadas. Y he puesto de mi parte para que así sea. Y también confío en el destino, que es quien nos maneja a todos. Si los espíritus existen, y evidentemente no seré yo quien lo niegue, quizá se me permita verlo todo desde el más allá. Y hasta intervenir de una manera sutil.

Puede que tampoco tus manos sean las correctas; o que, simplemente, nunca hubiera debido escribir lo que te falta por leer. Sobre todo lo que relato en la parte final. Quizá remueva demonios que poco a poco empiezan a estar callados. Pero en fin, parece que mi parte menos lógica ha vencido. Después de todo, soy humano. Y, sobre todo, se ha impuesto mi deseo de tener algo que hacer ahora que he cumplido ochenta años. Una manera de sentirme útil... e importante. Si me he equivocado, que Dios me perdone.

Verás a continuación una serie de números a los que no debes hacer caso. Al menos de momento. Más adelante, si todo transcurre como espero, tendrás que adivinar su significado. Hasta entonces.

Hans.

301469652.514707268945681407147655786

73469.830147698859720461721807649

XVIII

PARÍS, AÑO 2003

Nicole estaba convencida de que Helga La Fontaine estaba disfrutando. Era domingo por la tarde y la anciana se hallaba frente a ellos en el mismo pequeño salón en el que los había recibido unos días atrás. También, como entonces, un té demasiado caliente y unas pastas se hallaban sobre la mesa. En esta ocasión, Helga había añadido unos pequeños bocadillos variados hechos con pan de molde que sin duda había ido a comprar esa misma mañana.

Jean fue quien la llamó la tarde anterior para fijar la cita y la mujer, según le dijo el arquitecto a Nicole, se había mostrado encantada.

—Sí, sí —decía en ese instante mientras sonreía abiertamente—, Hans era muy aficionado a los misterios y a los acertijos, como ya habrán descubierto. La afición le venía desde pequeño, me contaba, cuando su madre le escondía los regalos y le daba pistas para encontrarlos. También adelantó que este momento en que ahora nos encontramos llegaría y, ya lo ven, aquí estamos. Me dijo que de mí dependería decidir a quién le daba el manuscrito... y también la llave. —Exhibió una sonrisa cómplice—. Y que me bastaba con decir que no sabía nada si ese alguien que me la pedía no era de mi agrado. Pero ustedes me gustan. —Pasó la mirada de uno a otro—. Y estoy segura de que a él también le habrían gustado. De modo que les voy a entregar la llave, y con ello termina mi papel en este juego.

Abrió una sencilla caja de plata que permanecía sobre la mesa y sacó una pequeña llave de color acerado.

—Yo la tenía bien escondida, pero la he puesto a mano ahora que sabía que vendrían a buscarla. Aquí la tienen —concluyó mientras extendía la

mano con la llave en alto, como si fuera un trofeo.

Fue Nicole la que se incorporó ligeramente en su butaca para alcanzarla. Pesaba más de lo que había supuesto.

—Schweizer Kreditkasse. Bern —dijo, tras estudiarla por ambas caras. Era una llave de complicado diseño. Nicole se la pasó a Jean mientras se encogía de hombros.

—Caja de Crédito Suiza de Berna —tradujo Helga La Fontaine, que asistía complacida a la reacción de sus visitantes—. Es lo único que hay escrito. Y yo tampoco puedo decirles más. Simplemente porque no lo sé —añadió como pidiendo disculpas.

—Pero... —Jean buscó en el manuscrito original, que habían llevado para devolvérselo a Helga—. Su marido habla también de una clave de seis números y de su verdadero apellido. Al menos éste sí lo sabrá.

—Pues no, aunque les parezca extraño. Nos conocimos aquí en Francia, a principios de los años cincuenta. Él ya se apellidaba La Fontaine. Y nunca me dijo su nombre alemán. Sólo Hans. Supongo que como medida de seguridad... para los dos.

—¿Cuándo supo usted, Helga, que él había sido...?

—¿Nazi? ¿Miembro de las SS? Poco antes de que él me propusiera que nos casáramos. Nuestro noviazgo no fue muy largo. —La anciana rio—. La verdad es que ya no teníamos edad para pensárnoslo mucho. ¿Saben?, yo era viuda. También la maldita guerra. En 1949 vine a vivir a Francia, con una hermana de mi primer marido. Y conocí a Hans...

—Usted también es alemana, ¿verdad?

—Sí. De Berchtesgaden. Nací en Baviera, como él. Quizá fue ese detalle el que hizo que nos fijáramos el uno en el otro. Nos encontramos con que teníamos algo en común en un país que no era el nuestro.

Nicole asintió. Aquella mujer le producía un sentimiento de ternura. Y no habría sabido explicar el porqué.

—Gracias, Helga. Es usted muy... amable. Hemos traído el manuscrito original para devolvérselo. Nosotros hemos hecho una copia.

—No, no. De ninguna manera. Ya lo he leído y no pienso volver a hacerlo. Me disgusta imaginar a Hans como un hombre joven al que no conocí. Además, él insistió en que estaba destinado a otras personas... A ustedes, espero. Tampoco deseo que caiga en manos ajenas el día en que yo muera.

—Gracias, de verdad. Cuidaremos de él. Lo que me temo es que va a

resultar difícil que podamos leer su continuación. Su marido no lo ha puesto fácil. —Nicole sonrió.

—Lo lograrán, querida, seguro que sí. Hans era cuidadoso y sabía ponerse en el papel de los demás. Si les ha dejado unos cuantos enigmas, seguro que ha sido para proteger su segundo manuscrito. Bueno... y porque le encantaban los acertijos —añadió con una franca sonrisa.

—Entonces, Helga, ¿ninguna idea sobre la clave de seis cifras o sobre su apellido alemán? Quizá algo que pudiera decirle en algún momento...

—No, no. Él insistió en que yo no leyera lo que había escrito hasta que él hubiera muerto. Dejó un sobre que contenía el manuscrito y la llave que acabo de darles. Y una hoja de papel de su puño y letra con las instrucciones que ya les he ido contando.

—¿Nada que pueda darnos una pista?

—No creo. Bueno, en esa hoja hacía otra vez referencia a la pluma, a la Montblanc que ahora es suya, Nicole. Creo recordar que decía que ella abriría la puerta a la persona que habría de entrar en posesión del manuscrito. Quiero pensar que se refería a que la pluma traería a la persona adecuada. A usted, Nicole, y a usted, Jean. Pienso que fue esa idea inconsciente la que me hizo ponerla en venta. Ahora ya tienen ustedes las tres cosas: la pluma, la llave y lo que él escribió. De verdad que no puedo darles nada más.

—A mí también me atraen los acertijos... y lo oculto. Quizá por ello me he convertido en arqueóloga. Esperemos que tenga usted razón, Helga. Se lo iremos contando.

—Gracias, me encantará. Y ahora vamos a merendar, aunque temo que el té se haya quedado frío.

Nicole y Jean sonrieron y se miraron furtivamente, porque de sus tazas seguía saliendo una pequeña nube de humo.

XIX

SAINT-GERMAIN-EN-LAYE, AÑO 2003

Era miércoles y sólo hacía tres días de su visita a *madame* La Fontaine. Esa tarde ambos habían podido salir sin retrasos de sus respectivos trabajos y habían viajado hacia Saint-Germain en el Mazda rojo de Jean a una velocidad ligeramente superior a la habitual.

—¿Has hecho los deberes? —preguntó él al recogerla.

—Sí. ¿Y tú?

—También. Espero...

Ya el mismo domingo, tras regresar desde casa de la anciana, Nicole había puesto papel y pluma —la Montblanc desencadenante de todo aquello— encima de la mesa y cada uno había agarrado su ejemplar del manuscrito.

—Es lo único que tenemos, de modo que las respuestas tienen que estar aquí —habían convenido.

1. Dirección del banco (¿número de la caja de seguridad?).
2. Apellido alemán de Hans.
3. Clave de seis cifras.

Nicole había escrito los tres apartados en la hoja en blanco y luego había buscado interrogante la mirada de Jean.

—Lo del banco parece lo más sencillo —repuso éste—. Sabemos que se trata de la Schweizer Kreditkasse de Berna y que se encuentra próxima a un jardín. Habrá que buscar. Seguramente el banco tenga en Berna varias sucursales, pero quizá no todas dispongan de cajas de seguridad. Tal vez el número de la caja no sea necesario si sabemos el apellido y la clave. Puedo

encargarme yo.

—Bien, para eso eres el rico. No me digas que tienes experiencia con los bancos suizos...

—Ya me gustaría.

—El apellido —continuó la joven tras apuntar el nombre de Jean junto al primer apartado—. El manuscrito nos da una pista. Ya cuando leí esa parte me llamó la atención. ¿Te acuerdas de una de las sesiones en casa de Haushofer en la que hablaron del lenguaje de las runas?

Jean hizo un vago gesto de asentimiento, aunque a Nicole no le pareció muy convencido.

—Bueno, pues busquémoslo —continuó ella—. Se hacía referencia al apellido de nuestro amigo. Creo que la parte que te digo está un poco más allá de la mitad. Me suena que lo leí el mismo día en que nos enteramos de cómo Himmler timaba al alemán gordito.

—Von Schirach —apostilló con vehemencia el arquitecto, en apariencia deseoso de demostrar que él también había prestado atención a la narración.

—Sí, Von Schirach. Recuerdo que él también estaba presente en el salón del geógrafo el día que te digo. A Hans le sentó mal que le restregara por las narices su desconocimiento del lenguaje rúnico.

—¡Ah, sí! Es verdad. Ahora me acuerdo. —Nicole se sonrió—. Vamos a por ello.

Un rato después la muchacha había añadido en el papel, bajo el epígrafe titulado «Apellido alemán de Hans»:

1. *Mi apellido, si se escribía en caracteres rúnicos, llevaba uno de esos signos dobles.* (Comentario de Hans).

2. —*Caramba, los cuatro signos de tu apellido están en el Hagalaz aett. Incluso lo encierran.* (Comentario que hizo Rudolf Hess).

—El *Hagalaz aett* es el segundo octeto de los tres que componen el alfabeto rúnico —comentó Nicole—, así que, entre esos ocho signos, tenemos que encontrar los cuatro que forman su apellido. Esa información me toca buscarla a mí —añadió ante el visible alivio de Jean—. Después de todo, estudié algo del lenguaje rúnico en la universidad.

La arqueóloga puso su nombre junto al segundo apartado y señaló, con la pluma todavía abierta, el tercero.

—La clave de seis números. ¿Alguna sugerencia?

Jean se limitó a negar con la cabeza.

—Habrá que leer otra vez el manuscrito. Y pensar...

—Y que Dios nos ayude.

—Pues sí. También puedes pedirle auxilio a la pluma. —Hizo un gesto señalando la estilográfica que Nicole mantenía en su mano—. Deja la mente en blanco y ponte a escribir. A lo mejor te sale la clave. Acuérdate del día en el que te la regalé. Escribiste Hans y Himmler, ¿no?

—Y también SS. Fue realmente extraño. Quizá sea cierto que el espíritu de Hans está al acecho. —La joven compuso un ademán truculento mientras tendía una mano en forma de garra hacia su novio—. Pero fíjate. —Detuvo el gesto y permaneció unos instantes pensativa—. Esta mañana en el museo, mientras le daba vueltas a todo esto, me encontré con que había escrito varias veces con la pluma la palabra *Ich*. Y sin darme cuenta. Con la mente en blanco, como tú dices. *Ich* en alemán significa yo. Es una de las pocas palabras que conozco.

—Yo... yo... yo... yo... A lo mejor resulta que tienes que ir al psicólogo porque tienes un ataque de megalomanía —concluyó Jean riendo.

* * *

—Veamos, pues. ¿Qué tenemos?

Se hallaban los dos de nuevo sentados junto a la mesa del salón tras su apresurado viaje desde París, y Nicole había puesto encima de ella la pluma y el papel con las anotaciones que realizara tres días antes. El original del manuscrito de Hans descansaba en el centro.

—La sucursal de la Schweizer Kreditkasse en Berna es la que está en el Uferweg. Estoy prácticamente seguro —dijo Jean—. Se halla junto al río y junto al Jardín Botánico. Pienso que es a él al que hace referencia Hans. No hay más jardines de relevancia en Berna. Ni ninguna otra sucursal próxima.

—¿Tiene cajas de seguridad?

—Sí. Llamé por teléfono.

























—Bien. Ya tenemos algo. Si nos fallara lo demás, siempre podemos entrar de noche y abrir todas las cajas hasta encontrar nuestro manuscrito.

—Buen plan. —Rio él—. Tú entras y yo espero fuera para avisarte si viene alguien.

—Gracias. Yo también tengo buenas noticias. Pienso que puedo saber el apellido de nuestro amigo. —Y abrió sobre la mesa un papel que previamente había colocado a su lado.

—Es una fotocopia que he hecho del antiguo alfabeto rúnico. Como verás se compone de veinticuatro caracteres divididos en tres octetos. Cada letra y cada octeto tienen su especial significado místico o esotérico, pero no es eso lo que nos interesa. Lo importante es su equivalencia con el nuestro. Cada runa tiene un nombre que empieza con el sonido con el que se pronuncia. Fíjate, por ejemplo, en la primera. Su nombre es *Fehu* y se pronunciaba como una F. Con las cinco primeras se compone la palabra *Futhark*, que es el nombre con el que se conoce este alfabeto. La TH, de *Thurisaz*, es uno de esos signos dobles a que se refiere Hans.

Jean estudió el papel con interés. Junto al símbolo de cada runa y su respectivo nombre, Nicole había subrayado en color rojo la letra equivalente del alfabeto occidental. También había enmarcado en un círculo el octeto central.

							
Fehu F	Uruz U	Thurisaz Th	Ansuz A	Raidho R	Kenaz K	Gebo G	Wunjo W
							
Hagalaz H	Nauthiz N	Isa I	Jera J	Eihwaz Ei	Perthro P	Algiz Z	Sowilo S
							
Tiwaz T	Berkano B	Ehwaz E	Mannaz M	Laguz L	Ingwaz Ng	Dagaz D	Othala O

—Quizá debería dejarte sacar tus propias conclusiones, Jean, porque no quiero influirte con las mías. ¿Qué opinas?

—Que me lo cuentes. Estás deseando hacerlo.

Nicole no pudo reprimir una sonrisa.

—Bien. El apellido de Hans tiene cuatro signos y uno de ellos es doble. El único doble en este octeto es el símbolo *Eihwaz*, que para nosotros sería «ei». En cuanto a los otros tres, Rudolf Hess dijo que el apellido de Hans estaba incluso encerrado en este octeto. No veo más explicación que pensar que la primera y la última runas formen parte de él. Quizá sea un poco aventurado. ¿Qué opinas? —preguntó mirando a su prometido.

—Muy sensato. Encerrar... o limitar. Viene a ser lo mismo. Hasta podríamos pensar que esas dos runas son también la primera y la última de su apellido.

—¡Bien, Jean! A mí también se me ocurrió, y si al final resulta una tontería no tendremos nada que echarnos en cara. Claro que también podrían ser la última y la primera.

El hombre hizo un gesto de asentimiento.

—Tenemos entonces «h», «ei» y «s», o al revés, y nos falta un signo —prosiguió Nicole—. Sólo *Nauthiz* encaja.

—¡Heins! —exclamó Jean, casi como quien pronuncia una palabra mágica.

—Sí. Hans Heins. —Y Nicole le dio la vuelta al papel—. Mira, Jean, esto es lo que Hess debió de dibujar aquel día en el salón de Haushofer. O espero que lo fuera.

El arquitecto contempló sonriente las ocho runas que la joven había trazado con el fuerte color rosa que utilizaba para escribir.

H F T S H J T S

—Vaya, su nombre y su apellido sólo difieren en un signo —dijo admirado.

—Sí. El que corresponde a la «a» del nombre es el único que no está entre los ocho centrales. Si creemos en la interpretación de Himmler, nuestro amigo disfrutaría de lleno de las características del *Hagalaz aett*, el segundo octeto. Muerte, guerra, oscuridad... Algo parecido dijo Himmler, ¿verdad? No imagino yo así a Hans. ¿Y tú?

Jean negó con la cabeza.

—Debe de suceder como con nuestros horóscopos. No creo que la manera

de ser de alguien pueda depender de su apellido.

—Pues, por si acaso, a mí no me gustaría apellidarme Hitler. ¿Y a ti?

—Tampoco. —El hombre rio—. Aparte de todo, no debe resultar nada cómodo. ¿Te imaginas? Ir por ahí diciendo: «Soy Hitler»...

—Además, he comprobado el apellido Heins —continuó Nicole conteniendo la risa—. No es muy corriente, pero existe. La genealogía de algunos Heins que he encontrado se remonta muy atrás en el tiempo. Por ese lado no hay problema.

—Podríamos asegurarnos. Averiguar si realmente existió un coronel de las SS llamado Hans Heins.

—¿Y cómo?

—No sé. Quizá a través del Centro Simon Wiesenthal —añadió Jean tras una pausa—. Ya sabes, el cazador de nazis. Me suena que tienen una delegación aquí en París.

—Ajá. Parece una buena idea. Lo que no sé es si nos lo dirán aunque lo sepan. Imagino que sus archivos serán secretos.

—Puedes pedírselo disfrazándolo de consulta oficial. Hacerla a través del museo...

—¡Jean, no voy a involucrar al Louvre en nuestras pesquisas! Me cortarían la cabeza.

—Caramba, sólo se trata de que te contesten sí o no. No parece mucho pedir.

—También pueden decirme que no lo saben.

—Cierto. A lo mejor si les dices que es para tu programa de televisión... Seguro que te habrán visto alguna vez.

Nicole se quedó unos momentos pensativa.

—Bueno, ya se me ocurrirá algo. Te toca ocuparte de confirmar lo de la delegación aquí en París y de conseguirme el teléfono. De momento, daremos por bueno que se apellidaba Heins. —La mujer parecía reacia a aceptar que se pusiera en duda su brillante conclusión.

—Aceptémoslo. —Jean le dirigió una sonrisa—. Estoy convencido de que has acertado. Bien, tenemos el apellido y el banco. Sólo nos falta una cifra de seis dígitos. Si no la adivinamos, podemos elegir una al azar. Tenemos una posibilidad entre un millón de acertar.

—Nah. Prefiero jugar a la lotería. Hay que descubrirla.

—«Siempre la tenía próxima». —Jean repitió las palabras del manuscrito

—. «Podía recordarla con facilidad allí donde fuera...».

—No es por tanto una cifra que él conociera, como la fecha de su nacimiento o algo parecido. Quizá su tarjeta de identidad...

—O el carné de conducir. O el pasaporte... Tendría sentido lo de recordarla allí donde fuera.

—Quizá. Pero en cambio no encaja con lo de tenerla siempre próxima. Yo no llevo el pasaporte todo el rato encima. ¿Y tú?

—Pues no. —Jean estaba tomando notas en el mismo papel que Nicole había dejado sobre la mesa—. Nos quedamos con tarjeta de identidad y carné de conducir. Habrá que preguntar a *madame* La Fontaine. Quizá los sepa.

Nicole se había levantado para sacar una cartera del bolso y la abrió para buscar en su interior.

—El número de identidad tampoco parece muy prometedor —dijo sacando su permiso de conducir—. Yo creo que todos nos lo sabemos de memoria. Te lo piden tantas veces... Y el carné de conducir tiene ocho cifras. Mira. — Señaló, mostrando el suyo a su prometido.

—A lo mejor el de Hans tenía seis. No sé. Habrá que preguntar a nuestra amiga.

—De acuerdo. Te ha tocado. Seguramente bastará con que la llames por teléfono. Y bien —continuó la mujer tras una pausa mientras empujaba los papeles a un lado—, tenemos otro tema tanto o más importante.

—¿Cuál? —preguntó él con gesto de curiosidad.

—Nuestra boda, Jean, nuestra boda. Mi madre no para de preguntarme por la fecha. Y ya sabes lo pesada que puede llegar a ponerse.

XX

PARÍS, AÑO 2003

—No tiene una vital importancia, como le digo; simplemente se trata de confirmar la autenticidad y el origen de una pieza que podría interesar al museo. Parece ser que en su momento pudo estar en poder de un miembro de las SS, el Standartenführer Hans Heins... Sí, se lo deletreo. —Nicole procuraba que su voz sonara desenfadada, pero se sentía tensa. Jean le había buscado el número de teléfono de la sede en París del Simon Wiesenthal Holocaust Center y en ese momento hablaba con David Fridman, uno de sus responsables, que la escuchaba atento.

—No, no —respondió a la pregunta del hombre—. Simplemente en el historial de que disponemos figura esa contingencia y sería interesante para nosotros saber si esa persona realmente existió.

—Aquí no poseemos esos datos —fue la respuesta—. En todo caso, en la central de Jerusalén. Si me da un tiempo, puedo intentar responder a su pregunta.

—Se lo agradecería de verdad. Puede llamarme al museo. Pida que le pasen con la sección de egiptología... Sí, Nicole Pascal. Muchas gracias. Buenos días.

Colgó el teléfono con un suspiro de alivio y cruzó los dedos. La verdad es que aquel hombre parecía amable y no era nada extraordinario lo que le había pedido. Decidió volver a llamarle si en un par de días no lo había hecho él. David Fridman —pensó—. Caramba, no había duda de que su nuevo amigo era judío.

Lo que Nicole no supo es que el nombre de Hans Heins ya había aparecido en el ordenador de su interlocutor cuando ella se lo dio. Y con unas

instrucciones muy concretas para el caso de que alguien preguntara por él. Nada más colgar a Nicole, David Fridman llamó al número de teléfono que figuraba en la pantalla. La orden era hacerlo de inmediato.

* * *

—Mayo es un mes maravilloso —estaba diciendo *madame* Pascal—. Tu padre y yo nos casamos en mayo, Nicole, y nos fuimos de viaje de novios a la Riviera. ¡Ah, qué tiempos! —Los ojos de la mujer se iluminaron—. Y nueve meses después naciste tú —añadió con una risita—. Coged un calendario y buscad fecha, que ya va siendo hora.

Nicole dirigió una sonrisa a Jean, que se sentaba junto a ella en el sofá del salón familiar de la granja de sus padres. Era sábado y habían ido a comer con ellos. «Hace tiempo que no vamos y ya sabes que mamá se lo toma muy a pecho —le había dicho a su novio el día anterior—. Y si no se te ocurre nada mejor... Pero vete preparado, ya sabes que hablaré de la boda...».

Y allí estaban, tomando café tras una excelente comida mientras escuchaban a *madame* Pascal exhortándoles a hacer lo que, según ella, ya tenían que haber hecho tiempo atrás: casarse.

—Por otro lado, la fecha hay que fijarla con mucho tiempo, porque si no, no hay manera de encontrar iglesia o sitio donde celebrarla, ¿no crees, Jean?

—Pues sí —fue la respuesta del arquitecto—. Creo que tienes toda la razón y que mayo es un mes estupendo. ¿Qué te parece, Nicole?

Ésta creyó en un principio haber oído mal y abrió unos ojos como platos, porque las respuestas de su novio cuando se hablaba de la boda eran más bien evasivas. Hasta el padre de Nicole, que silencioso en su sillón daba pequeños sorbos a su copa de coñac, dio un respingo.

—Pues sí..., claro. Es ideal. Pero... ¿de verdad, Jean, te parece bien?

El hombre asintió en silencio mientras la tomaba cariñosamente de la mano.

La única que pareció encontrar que no había nada de qué extrañarse fue *madame* Pascal, que se volvió hacia su marido pidiendo un calendario.

—No te preocupes, mamá, yo tengo —dijo Nicole, echando mano a su bolso en busca de la agenda.

Poco después quedaba fijada la fecha: sábado 18 de mayo.

—Si encontramos sitio en la iglesia. Aunque con tanto tiempo...

—Seguro que sí, mamá. Faltan aún siete meses. —Nicole estaba radiante—. Ya lo verás.

Y abriendo la pluma que le había regalado Jean escribió en la agenda 18-05-02. Y envolvió las cifras en un círculo.

—Fíjate, Jean, un número de seis dígitos, como el que buscamos —dijo colocando el capuchón en su lugar. Y, de repente, su mirada quedó fija en la vieja estilográfica que tenía entre los dedos—. ¡Seis cifras, Jean! El número que figura en la pluma... ¡Podría ser!

Él entendió perfectamente a qué estaba refiriéndose Nicole, porque tendió la mano con urgencia.

—Déjame ver. —Y, ya con ella en su poder, la estudió de cerca—. Puede leerse Simple, y parece que pone Original Montblanc. Está medio borrado. —Jean llevó la pluma bajo la luz de una ventana—. Y debajo está escrito D.R.P. y un número. Cuando te la regalé te dije que debía de ser el número de serie. ¿Te acuerdas? Empieza por 508, pero luego es difícil de leer. Yo diría que después viene un cero... Nicole —añadió visiblemente emocionado—, cumple los requisitos: un objeto que Hans siempre llevaba con él y con seis cifras grabadas.

—«La pluma abrirá la puerta...» —La joven repitió en voz baja las palabras que había pronunciado *madame* La Fontaine durante la última visita.

—¿Se puede saber de qué estáis hablando? —La voz de *madame* Pascal sonó aguda. Resultaba evidente que a la mujer no le gustaba actuar de comparsa en una conversación.

—Es largo de explicar —repuso Nicole, que había cogido la pluma de manos de su novio y la estaba mirando—. Anda, mamá, déjame tus gafas de cerca.

Un rato después todos habían estudiado la estilográfica y el veredicto había sido unánime: cinco-cero-ocho-cero y dos dígitos más, pero éstos casi habían desaparecido, probablemente por el uso. El primero podía ser un cinco o un seis y el segundo era aún más tenue: un cero, un tres, un ocho...

—Demasiado aleatorio —dijo Nicole, visiblemente desilusionada—. Suponiendo que éste sea el número, Hans no debió de darse cuenta de que iba desapareciendo con el tiempo...

—Quizá no sea un número de serie —dijo el padre de Nicole, que hasta entonces había hablado poco—, sino un número fijo, como el de una patente o algo parecido.

Los tres lo observaron en silencio hasta que su hija palmoteó con alegría.

—¡Qué listo eres, papá! Seguro que tienes razón. Sobre todo, espero que la tengas... La «P»... podría ser de patente, o como se diga en alemán. Seguís sin tener Internet, ¿verdad? —añadió, mirando con urgencia a su alrededor.

—Afortunadamente, hija, afortunadamente —fue la rápida respuesta de *madame* Pascal—. Y ya que de momento no podéis hacer nada más, espero que me contéis de qué demonios va todo esto. —Y arrellanándose en el sillón, la mujer cruzó beatíficamente las manos sobre su regazo.

* * *

—Tendremos que salir el viernes temprano. El banco cierra a las cuatro y media de la tarde y los sábados no abre. ¿Puedes escaparte?

—Espero. Mi padre se va a Nueva York, o sea que no tendré que explicarle por qué el viernes no voy a trabajar.

—Es una suerte —convino Nicole, que sabía lo estricto que el padre de Jean podía llegar a ser—. Lo malo es que se entere después.

—Ya no tendrá remedio. Y te propongo que aprovechemos y nos quedemos allí la noche del viernes. Podemos visitar la ciudad. Creo que es preciosa.

—De acuerdo. Lo malo es que la veamos desde un ventanuco de la cárcel. Arrestados por caraduras.

—Ten fe. —El hombre rio—. Ya te han confirmado que el nombre existe y que su dueño trabajó a la sombra de Himmler. Y la clave..., te apuesto diez euros.

—Acepto. Al menos tendré para sobornar al guardián.

A pesar de sus palabras, Nicole estaba eufórica. Esa misma mañana había recibido la llamada de un atento David Fridman que le confirmó la existencia del Standartenführer Hans Heins.

—De la oficina de Himmler —le había dicho—. Muy próximo a él. Paradero desconocido. Le agradeceríamos cualquier información que pudiera obtener sobre ese hombre.

—No creo que viva. Pero descuide, le llamaré si surge algo nuevo. Justa reciprocidad. —Y Nicole cruzó los dedos pidiendo perdón por su mentira.

La clave la habían dado por buena el mismo sábado anterior, cuando llegaron a su casa en Saint-Germain-en-Laye tras un apresurado viaje.

Finalmente, *madame* Pascal los había dejado marchar, sólo satisfecha a medias con sus explicaciones, pero aceptando la urgencia de su partida.

—Te llamaré, papá —fueron las últimas palabras de la joven mientras subía al coche—. Y te diré si tenías razón. Ojalá sea que sí.

Y la posterior llamada confirmó que 508.058 era el número de una patente de Montblanc, de 1929, que protegía la invención del sistema de carga. Nicole también le contó a su padre que D.R.P. significaba *Deutsches Reich Patent*[44].

—Todo muy lógico —fue aquella noche el comentario de Nicole mientras observaba la pluma con veneración—. Fue tonto que pensáramos en el carné de identidad o en el de conducir. Esos números pueden averiguarse con facilidad y cualquiera que hubiera tenido acceso al manuscrito podría haber dado con el número de la cuenta. Y está claro que eso era algo que Hans quería evitar. —Tomó la pluma y la levantó en el aire—. Lo tuve delante todo el tiempo, igual que lo tenía Hans, y no me di cuenta.

—No te mortifiques. Los números estaban medio borrados, y lo que ahora te parece evidente no lo era en absoluto. Además, lo has adivinado, que era de lo que se trataba, ¿no?

—Esperemos que sí. —La respuesta había venido acompañada de una mirada de agradecimiento...

* * *

—... Me apetece conocer Berna, ¿y a ti? —Nicole sonreía ahora al recordar el momento en el que la pantalla del ordenador había dado el visto bueno a D.R.P. 508.058—. Y que esa misma noche podamos empezar a leer la segunda parte del manuscrito. Por cierto, llama otra vez al banco y pregunta si con la llave, el nombre del propietario y la clave es suficiente. Imagínate que te digan que no... ¡Jean! —El súbito sobresalto de la joven al cambiar de tema fue evidente—. *Ich*, ¿te acuerdas? ¡Escribí varias veces *Ich* con la pluma! Pero ese «yo» no se refería a mí. ¡Era la pluma la que hablaba! Repetía yo... yo... ¡Me estaba diciendo que era ella la que tenía la solución...! Dime que no me estoy volviendo loca —añadió tras unos momentos de silencio, llevándose las manos a la cara—. Es increíble...

XXI

BERNA, AÑO 2003

Jean y Nicole paseaban por la parte antigua de la ciudad cogidos de la mano, felices como dos niños el día de Navidad. Y es que su regalo viajaba en una cartera que Jean llevaba firmemente aferrada. El día era espléndido, la temperatura suave y la zona antigua de la capital suiza, envuelta en un meandro del río Aar, estaba revestida de una singular belleza.

Habían ido al banco pasadas las tres de la tarde y sus miedos habían quedado pronto aparcados. El empleado de la sucursal apenas les había prestado más atención que la necesaria para cubrir los trámites y había restado importancia al hecho de que la clave pudiera estar equivocada.

—Verá, mi tío no había dejado claro en sus papeles cuál era la contraseña —le dijo Jean—. Esperemos que sea la correcta.

—Lo deseo por ustedes —fue la respuesta—. Si no tendrán que volver otro día.

También fue Jean quien se encargó de escribir los seis números en un teclado que sólo quedaba a la vista de quien lo estuviera utilizando. Nicole llevó las manos a su espalda y cruzó los dedos.

—De acuerdo —dijo el empleado tras ver la respuesta que le daba el ordenador. Caja 127. Tendrán la llave, ¿verdad?

Y pocos minutos después, el hombre les llevaba la caja a un pequeño cuarto al que les había conducido previamente.

Cuando se quedaron solos, Jean le pasó la llave a Nicole.

—Es tuya —dijo.

Y allí estaba. En todo similar al volumen que les había entregado *madame* La Fontaine, aunque el color del papel era más blanco, como si acabase de ser

fabricado. En el pequeño cofre no había nada más.

—No sé si saben que su caja de seguridad está pagada hasta final de 2005 —les informó el empleado cuando volvió para hacerse cargo de ella—. Si lo desean, pueden prorrogar ahora el plazo.

—Pues... ya lo pensaremos, gracias. Por cierto, ¿qué habría pasado con el contenido de la caja si nadie lo hubiera reclamado para entonces?

—Pasaría a ser propiedad del Estado. Aunque al contratarla se puede especificar que lo que contenga sea destruido. Desconozco cuáles fueron las indicaciones de su tío.

Nicole y Jean abandonaron despacio el banco y esperaron a dar la vuelta a la esquina para abrazarse alborozados.

—Vaya, cualquiera diría que acabamos de llevarnos las joyas de la corona. —Rio la muchacha alborozada.

Y, todavía abrazados, emprendieron el camino a lo largo de la orilla del río en dirección al casco antiguo.

Detrás, en la sucursal de la Schweizer Kreditkasse, el mismo empleado que acababa de atenderlos hablaba por teléfono. Como ya le sucediera unos días atrás a David Fridman del Simon Wiesenthal Holocaust Center, el nombre de Hans Heins había encendido una señal de alarma en su ordenador. Y a pesar de la garantía de seriedad y privacidad de que hacía gala la banca suiza, la orden de llamar al número que figuraba en la pantalla no podía ser desobedecida.

—... Sí, claro, tengo los datos de la persona que ha abierto la caja. Se los transmito...

XXII

MANUSCRITO SUIZO DE HANS HEINS

CAPÍTULO UNDÉCIMO

Confío, lector, en que seas la misma persona que ya conoce los diez capítulos anteriores. Querrá decir que lo que imaginé va siguiendo su curso y que mi querida Helga ha decidido que eres alguien en quien se podía confiar. Si es así, y mi mujer aún vive, transmítele por favor el inmenso cariño que siempre he sentido por ella. Nunca he sido especialmente efusivo ni persona dada a airear sus sentimientos, y quizá, durante los años que llevamos casados, he pecado de no decirle con frecuencia cuánto la amo. Aunque creo que ella lo sabe. Es la mejor esposa que un hombre puede imaginar. También para ti, lector, mi enhorabuena por haber solucionado los pequeños acertijos que puse en tu camino.

Por el contrario, si este manuscrito es nuevo para ti y desconoces las páginas que lo preceden, algo habrá fallado, pero nada puedo hacer.

La tercera opción, si nadie lo reclama y el banco suizo cumple mis órdenes, es que nadie lea jamás estas líneas. Aparte de mí, claro está. No me gustaría que pasara eso. Un escritor desea tener su público.

Bien, volvamos a 1933, el año del definitivo acceso al poder del NSDAP. O mejor sería decir de Adolf Hitler, porque, aunque había pocas dudas al respecto, el Führer pasó a asumir en su persona la toma de todas las decisiones que, durante doce años, harían funcionar al partido y, en consecuencia, a Alemania y a los alemanes.

Creo que la mejor forma de gobierno sería que Dios eligiera en cada momento al dictador que habría de dirigir cada país. Pero también pienso que la peor es la del dictador que se elige a sí mismo. Aunque he de reconocer que yo no veía entonces así a Hitler. Era el líder del partido más votado y lo

habíamos elegido libremente. Nos ofrecía lo que queríamos oír y desde el primer momento, pareció no sólo dispuesto, sino también capacitado para cumplir sus promesas. Por ende, los alemanes no solemos cuestionar el principio de autoridad y él era mi jefe.

No quiero convertir estas páginas en una historia de cómo ejerció Hitler el poder. Se ha escrito mucho sobre ello y poco hay que no se conozca de aquella época.

Por tanto, seguiré como hasta ahora, contando simplemente lo que fue mi vida durante aquellos años. Quizá sean sólo flecos de la implacable maquinaria que entonces se puso en marcha, pero pienso que dan fe de cómo pensaban y en qué creían algunos de los más relevantes personajes que la pusieron en marcha. Fueron acontecimientos que yo viví muy de cerca.

En marzo de 1933, Himmler fue nombrado presidente de la policía de Múnich y, en abril, jefe de la policía política de Baviera. Nuevos compromisos que añadía a su quehacer diario y que contribuirían a convertirlo en el hombre más poderoso del Reich después del Führer. Parecía imposible que pudiera abarcar tantas responsabilidades, pero un mérito que nadie puede negarle era el de ser un gran organizador y otro, el de saber delegar. Prácticamente su primera orden fue la de que se iniciara la construcción del campo de concentración de Dachau.

Fue en ese año, 1933, cuando conocí a un hombre al que, aún hoy, me cuesta describir. Y comprender. Sigo sin saber si era un genio, un impostor o simplemente un loco. Himmler lo encumbró y acabó prescindiendo de él. Seguramente el Reichsführer tuvo las mismas dudas que yo.

—Hans —me dijo aquel día en el que me llamó a su despacho—, te presento a Karl Maria Weisthor. El Tercer Reich y las SS esperan mucho de él. En su memoria ancestral está almacenado el pasado de nuestra raza. Juntos formaréis un gran equipo.

Y tras estas enigmáticas palabras, me quedé a solas con él. Iba vestido con el uniforme de SS Standartenführer y recuerdo bien que la primera impresión que en aquel momento me produjo fue la de un hombre ya mayor. Tenía la frente despejada —puede que como consecuencia de su calvicie—, mirada amable y una voz profunda. Lucía un pequeño bigote similar al de Hitler, aunque menos acusado porque las canas lo suavizaban. Me extrañó no haber oído hasta entonces hablar de él, dada su alta graduación, aunque pronto me enteré de que el nombramiento había sido decisión directa de Himmler

saltándose todo el escalafón. Es cierto que su uniforme estaba impecable y parecía recién estrenado. Unos días después me enteré, por su ficha, de que había cumplido ya los sesenta y siete años.

Con el tiempo también supe —mejor diría que aquel mismo día, pues Karl Maria se encargó rápidamente de narrarme su vida— que había sido algo así como un héroe en la Primera Guerra Mundial, de la que había salido con múltiples condecoraciones y el grado de coronel, categoría que el Reichsführer decidió respetarle. Era austriaco, nacido en Viena, y ariosofista convencido.

Pero lo que me dejó aquella mañana realmente asombrado fue su pretensión —quizá real, quién sabe— de que su memoria guardaba grabados los archivos de lo que había sido la historia de la raza germánica. ¡Y desde hacía doscientos treinta mil años, nada menos!

En aquella época —me contó— nuestro planeta estaba alumbrado por tres soles y habitado por diferentes razas que abarcaban tanto inmensos gigantes como traviesos enanos. Lamentablemente, los recuerdos del nuevo Standartenführer no eran demasiado claros al respecto.

Se emocionó al hablarme del irminismo, la religión que fue revelada a los pueblos germánicos hace unos catorce mil años y que debía su nombre a Irmin, el dios principal. Otro de sus dioses, Krist, dio lugar al Cristo de religiones posteriores. En fin, me bombardeó con revelaciones que, lo confieso, aquel día sobrepasaron mi capacidad de comprensión, aunque después podría oírlas repetidas veces, con lo que terminé por asimilarlas.

Según Weisthor, el wotanismo fue un cisma dentro del irminismo, que desvirtuó la verdadera esencia de la religión revelada a nuestros antepasados. No me pareció que aquello lo enfureciera demasiado. Por quien sí manifestó en cambio muy poco aprecio fue por Guido von List, creador del armanismo y wotanista convencido.

—Un despreciable hereje —fueron sus palabras al referirse a él.

Yo me guardé de contarle la admiración que otros altos jefes nazis sentían por el desaparecido armanista y, como resultaba que uno de ellos era mi poco querido Baldur von Schirach, preferí aceptar como buena la tesis de mi nuevo jefe.

En estos momentos, mientras escribo lo que antecede, me he tomado unos instantes para analizar cómo podía yo entonces escuchar y hasta dar por buena semejante sarta de incongruencias. ¿Juventud, momento histórico,

quizá el ambiente que me rodeaba? Me lo pregunto y no hallo la respuesta. Tal vez un poco de cada cosa...

Lo cierto es que escuché a Weisthor y no se me ocurrió pensar, como ahora lo hago, que fuera un demente. Quizá una locura general se había adueñado durante aquellos años de todos nosotros... Puede que no sea descabellado creer, como he tenido ocasión de oír, que el Anticristo había regresado desde su reino para aposentarse en nuestro mundo. Aunque seguramente pensar así sea también una forma de locura.

Más adelante me enteré de que su verdadero apellido era Wiligut, y que Weisthor fue el seudónimo con el que deseó figurar en las SS. Así se lo propuso a Himmler y éste aceptó. Nunca le pregunté a Karl Maria por la razón del cambio, aunque pienso que simplemente prefería ocultar su nombre por los motivos que más adelante, poco antes de comenzar la guerra, se descubrieron.

Himmler no le dio mayor importancia en una ocasión en la que lo comentamos.

—Un divertimento[45] —me dijo.

El mismo día en el que lo conocí supe por Karl Maria que Himmler había aceptado crear para él un departamento dedicado a investigar y documentar la historia de la raza aria, tanto en épocas antiguas como prehistóricas, departamento que sería uno más entre los que integrarían el RuSHA, sección de las SS que también había sido recientemente formada.

Al menos habrá que aceptar que los nazis no ocultamos entonces nuestras intenciones, lo que también da en cierto modo fe de nuestro asumido sentimiento de superioridad. RuSHA era el acrónimo de Rasse- und Siedlungshauptamt[46], denominación que ofrecía pocas dudas acerca del propósito —por otra parte sobradamente manifestado— de añadir nuevos territorios al Reich. Claro que, por aquel entonces, la principal función del RuSHA se circunscribía a controlar la pureza de nuestros militantes y la de las mujeres con las que pretendían —y en ocasiones se les aconsejaba— casarse.

—Espero que tú y yo tengamos muchas ocasiones para trabajar juntos —me dijo amablemente Weisthor—. El Reichsführer me ha hablado de tu extraordinaria capacidad para entrar en contacto con nuestros antepasados.

Recuerdo que entonces le sonreí y, cuando pude, me retiré a la tranquilidad de mi despacho con un suspiro de alivio. Pero, ciertamente, me esperaba una

estrecha relación con aquel curioso personaje.

Poco tiempo después —debía de ser a mediados de abril, pues en los prolegómenos de aquel encuentro hablamos de la primavera que acababa de comenzar—, fui llamado de nuevo a casa de Haushofer. Como ya he dicho, nuestras sesiones espiritualistas, como las denominaba el geógrafo, eran cada vez menos frecuentes, entre otras cosas porque resultaba difícil que los participantes habituales se encontraran al mismo tiempo en Múnich, incluido nuestro amable anfitrión. La toma del poder había convertido a los nazis de alto rango en incansables viajeros.

Pienso que la reunión de aquel día fue convocada para dar la bienvenida a Weisthor, a quien todos los presentes dedicaron especial atención. Personalmente agradecí la ausencia de Von Schirach, que andaba por Alemania aleccionando a las Juventudes Hitlerianas.

Tampoco estaba Rosenberg, recientemente nombrado jefe del Servicio de Asuntos Extranjeros y que pasaba la mayor parte de su tiempo en Berlín.

Así pues, Hess, Himmler, Weisthor y yo formamos el reducido grupo que se situó próximo al sillón abatible que habitualmente ocupaba Haushofer. Junto a él, Joachim Gebelt, el psiquiatra, nos pidió silencio cuando las luces del salón se apagaron para dar paso a la suave iluminación rojiza.

Antes, mientras tomábamos la merienda que nuestro anfitrión siempre nos preparaba, Weisthor nos explicó el origen de Wiligut, su verdadero apellido. Según él databa de decenas de miles de años, cuando los *wiligotis*, o reyes del hielo descendientes de la unión de los dioses del aire con los dioses del agua, crearon un centro de culto en el lugar conocido como Externsteine, en el noroeste de nuestro país. Todo ello figuraba documentado en su memoria ancestral. Así pues, Karl Maria sería un descendiente directo de aquellos reyes-magos de gran sabiduría cuyos orígenes se perdían en el tiempo. Himmler, quizá deseoso de no quedar atrás, nos recordó cómo, según manifestaciones del propio personaje en aquel mismo salón en el que nos encontrábamos, él sería la reencarnación del rey Enrique I.

Fue finalmente Haushofer quien cortó aquella inmersión en el pasado indicando que era ya hora de iniciar la sesión.

Como es de suponer, me tocó repartir mis manos entre el Reichsführer y Wiligut, y los dos se vieron recompensados, pues tanto Enrique I como uno de aquellos *wiligotis* —de nombre Sigurth— nos honraron con su presencia.

Enrique el Pajarero nos habló de nuevo, en su extraño alemán teñido de

giros franceses, del futuro de Germania, de la unión frente a los enemigos, de la pureza exigible a nuestra raza y del talismán que la lanza sagrada supondría a quien la tuviera en sus manos. «La tuve en mi poder —dijo—, supe de su fuerza y ahora podrá ser vuestra, Heinrich», concluyó en alusión directa a Himmler, cuya mano yo notaba oprimiendo fuertemente la mía.

Y, tras el silencio que siguió a su marcha, una voz extraña brotó de la garganta de Haushofer. Si Wiligut —prefiero llamarle por su verdadero apellido— tenía razón en sus pretensiones, aquellas palabras surgidas de otra dimensión parecieron darle un sólido espaldarazo. He de confesar que ninguno de los presentes entendió nada de aquel lenguaje gutural, que arrastraba las «erres». Ninguno a excepción de Wiligut, que asistía envarado y con los ojos brillantes a las frases que surgían de la boca del geógrafo.

El ectoplasma que envolvía al profesor se había hecho más denso y parecía palpitar al ritmo de aquellas entrecortadas sílabas.

Reconozco que yo mismo me sentí profundamente impresionado y que un escalofrío recorrió mi espalda. No puedo ahora decir cuánto permaneció aquella presencia entre nosotros, pues hasta el tiempo pareció detenerse. Tal fue el extraordinario clímax que nos envolvió aquella tarde.

Cuando se hizo el silencio, pasó un rato antes de que nadie hablara, pues no sabíamos si el visitante se había despedido o todavía seguía entre nosotros.

—Es... es extraordinario —dijo al fin Wiligut mientras mantenía mi mano aún aferrada—. Era Sigurth, uno de los reyes del hielo, uno de los *wiligotis*... Se ha referido a las cinco edades previas a su existencia, cuando el mundo todavía no era de hielo. Y ha hablado de Gôt y de sus nueve concepciones...

Y Karl Maria continuó su discurso durante mucho rato. Nos enteramos de que Gôt era algo así como la esencia creadora, de la cual habían surgido Irmin y los otros dioses, y también los *wiligotis* y todos nosotros...

Es cierto que la voz que habló a través de Haushofer repitió varias veces la palabra Gôt. Gôt y Wodan —imagino que se refería a Wotan— fueron discernibles en diversas ocasiones. El resto resultó ininteligible, excepto —al parecer— para Wiligut.

Repito que no sabría cuantificar el tiempo durante el que la presencia permaneció entre nosotros, pero aseguraría que menos que el que Karl Maria dedicó a traducirnos lo que había dicho.

Haushofer, ya repuesto de su trance, aunque parecía más cansado que en otras ocasiones, lo miraba gravemente y sin pronunciar palabra mientras

sorbía una taza de té. Hess escuchaba inmutable y Himmler seguía la disertación aparentemente encandilado, con la boca entreabierta. Por su parte, Gebelt, el psiquiatra, parecía menos preocupado por lo que oía que por cerciorarse de que nuestro anfitrión se hallara totalmente recuperado.

—Ha sido una experiencia única que ha reverdecido lo que guarda mi memoria —concluyó el hombre pomposamente—. Gracias a todos. Gracias.

La noche era fresca, pero como no llovía preferí volver a casa dando un paseo —largo, porque Sophie y yo no vivíamos cerca de Haushofer— que me permitiera una reflexión sobre la visita de Sigurth. La realidad es que no llegué a ninguna conclusión sólida, pero reconozco que mi respeto por Karl Maria Wiligut salió fortalecido. Algo que sin duda también les había sucedido a los demás.

Durante las tres semanas escasas en las que, en junio, pude tomar vacaciones, Sophie y yo viajamos a Italia. Himmler me llamó pocos días antes a su despacho y me hizo un doble regalo.

—Toma, Hans, una lista de personas a las que puedes dirigirte en tu viaje. Se ocuparán de haceros la estancia más cómoda —dijo tendiéndome una pequeña carpeta. Comprendí entonces el porqué del interés que había mostrado cuando un día le hablé de la ruta que pensábamos seguir. Me sentí profundamente agradecido, porque era cierto que al Reichsführer no le sobraba tiempo para ocuparse de pequeñas cosas como aquélla.

—Ah, y como estar casado y además viajar cuesta dinero, te comunico que a partir de mañana disfrutarás de un aumento de sueldo. Aunque no creas que muy grande —añadió con su sonrisa de conejo.

Así fue cómo me enteré de mi nuevo ascenso.

Sophie se dedicó feliz a coserme las insignias de Sturmhauptführer^[47] en las diferentes piezas de mis uniformes de las SS, aunque yo le decía que no había prisa porque a Italia viajaría de paisano. Ella reía alegre, deseosa de que llegara la fecha de la partida.

Cuando rememoro mis viajes, no demasiado frecuentes, comprendo que me encantaba conocer lugares nuevos y gentes diferentes. Sentía también una gozosa sensación de libertad que luego echaba de menos cuando volvía a mi rutina habitual. Nuestras vacaciones en Italia no fueron una excepción y sigo recordándolas como una de las etapas más felices de mi vida. Qué pena que los momentos cumbre no puedan prolongarse para siempre, aunque quizá, entonces, perderían su significado.

No utilizamos la lista que me dio Himmler; fundamentalmente porque no la necesitamos, aunque nos daba seguridad el llevarla con nosotros. Preferimos ser dos seres anónimos en un país maravilloso habitado por gentes espontáneamente afables.

A la vuelta, apenas había tenido tiempo para reencontrarme con mi trabajo cuando Wiligut se presentó un día en mi despacho para pedirme que le visitara en el suyo cuando tuviera un momento. Si aspectos de su personalidad pueden resultar criticables, de ninguna manera puedo quejarme del trato afable que siempre me dispensó. Ni la diferencia de edad ni su superior rango fueron nunca motivo para que yo me sintiera en inferioridad o sometido a su voluntad.

—Hans —me dijo cuando fui a verle—, el Reichsführer me ha hecho un encargo muy especial. Quiere crear un centro de culto para nuestras SS. Un lugar que sirva tanto de sede para nuestros ritos como de foco de inspiración para nuestros jefes y oficiales. Que nos permita meditar y fortalecer en nosotros el legado que hemos recibido de nuestros antepasados mientras absorbemos su fuerza y la de los dioses, que allí podrán llegarnos sin trabas, como si un gran pararrayos las recogiera. —Yo ya me había ido acostumbrando al lenguaje grandilocuente del hombre—. El Reichsführer y yo hemos coincidido en que los dioses ya han elegido por nosotros. Allí confluyen las líneas de fuerza que atraviesan Alemania. Allí los arios pudieron defender, como último reducto, la invasión de los hunos. Allí reposa, esperando despertar, la sabiduría de quienes fueron nuestros ancestros.

»Estamos convencidos, sí, pero el Reichsführer quiere que antes lo visitemos. Tú y yo, Hans, porque él sabe de tu capacidad para poder sentir la presencia del pasado. No tengo duda de que te sentirás transportado a tiempos remotos. Tiempos gloriosos para nosotros.

Y así fue como, por primera vez, oí hablar del castillo de Wewelsburg.

XXIII

BERNA, AÑO 2003

—Caramba con el bueno de Wiligut —dijo Jean depositando con cuidado el manuscrito sobre la mesa. Había sido él el encargado de leer las páginas que componían aquel primer capítulo mientras Nicole lo escuchaba tumbada en la cama con la almohada como respaldo. Tras pasear por la parte antigua de Berna habían tomado una cena temprana y se habían dirigido, ya con cierta ansiedad, a la habitación del hotel, deseosos de comenzar la lectura. Ambos habían acordado dilatarla hasta ese momento, como quien recibe un regalo, pero se resiste a abrirlo para poder disfrutar durante un tiempo sabiendo, simplemente, que es suyo.

—Sí. Era una especie de disco duro ambulante —convino Nicole sentándose en el borde de la cama—. Y de considerable capacidad para poder guardar la historia de doscientos treinta mil años. Eso dice, ¿no?

Jean hojeó las primeras páginas.

—Sí, exactamente. Y teníamos tres soles. Supongo que nunca se haría de noche. Por cierto, ¿qué opinas de los espíritus? Me refiero a los que se presentaban en el salón de Haushofer. Ya sabes, Enrique el Pajarero, luego ese rey de los *wiligotis*...

—Pues me producen, ni más ni menos, la misma credibilidad que los otros espíritus que los visitaban. Me da lo mismo que hayan muerto hace diez años que treinta mil, como el rey *wiligoti*. Ya lo hemos comentado. Me cuesta creerlo, pero no me jugaría el cuello.

Jean la miró sonriente.

—No es exactamente lo mismo, pero tú también recibiste en sueños la visita de un dios maya. Chan K'uh se llamaba, ¿no?[48]

La mujer lo escrutó con el ceño fruncido, no sabiendo si su novio estaba intentando tomarle el pelo.

—Sabes bien que es cierto que lo soñé, Jean. Lo que no está tan claro es que fuera real.

—Pero lo que te dijo Chan K'uh se reveló auténtico y os condujo hasta la máscara...

Nicole se encogió de hombros.

—Sí. Pero quién sabe. Quizá fuera todo un cúmulo de casualidades.

—No me imagino a Haushofer haciéndose pasar por todos esos personajes. Parece que era un hombre serio. Por otra parte, Hans describe en más de una ocasión el ectoplasma que lo envolvía. Y Gebelt, el psiquiatra...

—Puede que no fuera sino autosugestión. Y unas evidentes capacidades físicas, o psíquicas, como prefieras. No parece fácil que lleguemos a conocer la verdad, aunque yo diría que es más divertido pensar que fue cierto. Te diré que yo tampoco creo que Haushofer o Hans fueran unos farsantes.

—Hay que reconocer, como dice Hans en el manuscrito, que sus visitantes eran de lo más florido: nobles, reyes...

—Sí, pero todavía hay grados —repuso Nicole, haciendo un mohín—. Piensa que si ante ellos se aparecieron reyes, a mí vino a verme un dios.

XXIV

MANUSCRITO SUIZO DE HANS HEINS

CAPÍTULO DECIMOSEGUNDO

Viajamos rumbo a Wewelsburg avanzado el otoño de 1933. Nos acompañó Manfred von Knobelsdorff, discípulo de Wiligut e irminista convencido. Manfred era un hombre recién entrado en la cuarentena, de aspecto distinguido y de ascendencia noble. No me quedó muy claro cuál era su ocupación habitual, si es que tenía alguna, aunque de lo que sí me enteré rápidamente fue de su parentesco con Walther Darré, nuestro ministro de Agricultura y buen amigo de Himmler. La mujer de Manfred, Ilse, era hermana de Darré.

Por entonces Von Knobelsdorff aún no había solicitado su ingreso en las SS, aunque lo haría pronto, y a partir de entonces su destino y el del castillo correrían parejos durante unos años.

Era un hombre callado con el que no resultaba fácil mantener una conversación, salvo que se hablase de irminismo o de nuestros antepasados arios. Estaba claro que admiraba a Wiligut, a quien hacía frecuentes preguntas que ponían a prueba su memoria ancestral. Como a Karl Maria no parecía molestarle el mostrar sus conocimientos, nos pasamos la mayor parte del viaje hablando de *wiligotis*, de Wotan y del dios Irmin y su corte. O, mejor dicho, escuchando a Wiligut disertar sobre ellos. Debo reconocer que el hombre mostraba pocas lagunas y contradicciones en las historias que contaba y que lo hacía de forma amena. Recuerdo que pensé que, a ese paso, yo acabaría siendo un experto irminista.

El castillo de Wewelsburg estaba situado —y de momento sigue estándolo— junto al pueblo de su nombre, al sur de Paderborn, en Westfalia. Conservo perfectamente nítida su imagen cuando, tras superar una curva que ponía fin a

una densa arboleda, apareció ante nosotros. Yo iba en el asiento delantero, junto al conductor, y tuve una visión plena del castillo.

Faltaba poco para el anochecer y una fría neblina se había adueñado del paisaje. Era poco espesa, pero dotaba a cuanto nos rodeaba de un aspecto fantasmagórico. Quizá fuera eso, unido a lo que había oído hablar de Wewelsburg, lo que me causara la profunda impresión que aún hoy siento cuando rememoro aquel momento.

La fortaleza se alzaba, gris y majestuosa, sobre una pequeña colina de un verde intenso que a aquella hora tenía tintes oscuros. Yo veía en ese momento su torre norte y las fachadas que se abrían hacia el sur en busca de las dos torres gemelas. Pensé que aquella construcción estaba dotada de vida, pues a pesar de permanecer inmóvil, como es lógico, daba la impresión de poder despertar en cualquier instante. Tal vez fuera la cambiante perspectiva que yo tenía desde el automóvil lo que me produjo esa sensación, pero he de decir que no pude separar los ojos del castillo.

—Es magnífico, ¿verdad? —La voz de Wiligut me apartó por un momento del encantamiento—. Estoy seguro de que ya puedes percibir su fuerza.

No respondí, aunque no tuve más remedio que asentir en mi interior.

La entrada se encontraba en el muro este, próxima a una de las torres del sur. Debo explicar que el castillo tiene una forma triangular, con torres en sus vértices. La del norte es la de mayor diámetro y las situadas al sur son gemelas y están rematadas por sendas cúpulas. El lado que limitan éstas es el más corto de los tres.

El automóvil se detuvo en el patio interior, donde había gente esperándonos. Wewelsburg era por entonces propiedad del distrito de Büren, que lo había acondicionado como museo local, centro de reuniones y albergue para visitantes y excursionistas.

Tras los saludos de rigor —se había acercado al castillo el alcalde de la cercana ciudad de Paderborn—, nos condujeron a nuestras habitaciones.

—Os propongo un rato de descanso, una cena y un buen sueño —dijo Wiligut—. Mañana estaremos más frescos para visitar el castillo... y para percibir su mensaje —añadió esto último mientras me sonreía—. ¿Os parece bien que en media hora nos encontremos abajo?

Me sentí feliz ante la idea de poder pasar la noche allí, rodeado por muros de piedra y siglos de historia, y he de reconocer que, tal vez sugestionado por los relatos de Karl Maria, creí sentir una vivificadora sensación de fuerza

dentro de mí. Me pareció que no estaba solo, que «otros» me acompañaban, pero aquella extraña impresión no me resultó molesta.

Sea como fuere, está claro que Wewelsburg no me dejó indiferente.

La mañana siguiente amaneció esplendida, y desde la ventana de mi habitación, situada en el piso superior del ala oeste, pude contemplar un extraordinario paisaje. A mis pies se extendía, en todos los tonos de verde, una interminable llanura salpicada de bosques y prados. Encerrado día tras día en mi oficina de Múnich había llegado a olvidar lo atractiva que podía llegar a ser la naturaleza. Y qué sensación de paz era capaz de transmitir. El lejano sonido de unas campanas, probablemente colgadas del cuello de unas vacas, me hizo sonreír.

No es de extrañar que, en tal estado de ánimo, la visita al castillo, que iniciamos poco después, llenara todas mis expectativas. Wewelsburg me subyugó.

Hicimos la visita acompañados por el director del centro, aunque fue Wiligut quien más habló, bien es cierto que sin interrumpir o quitar protagonismo a nuestro guía. Pero quedó claro que Karl Maria ya miraba cuanto le rodeaba como si fuera algo suyo.

El castillo databa de principios del siglo XVII, aunque ya antes habían existido sobre la colina construcciones fortificadas. La primera sirvió, hacía más de mil años, para detener el avance de los hunos por tierras germanas.

—Nuestra historia nace en este lugar —nos decía Wiligut mientras caminábamos por el patio—. Muy cerca de aquí, nuestros antepasados vencieron a los romanos en la batalla del bosque de Teutoburg. Fue a principios del siglo I. Y, como ya sabéis, los *wiligotis* eligieron Externsteine como su lugar más sagrado. Entonces, cuando los reyes del hielo moraban aquí, nada era como ahora lo vemos, pero el lugar permanece. Se encuentra muy próximo. Podríamos ir a visitarlo.

Como ya he dicho, el castillo se utilizaba en la época de nuestra visita como museo de historia local y albergue de viajeros, y estaba en magníficas condiciones. Yo seguía el recorrido con gran interés y pensaba que, efectivamente, era perfecto para los planes que Himmler imaginaba para él.

Nuestro guía, seguramente de acuerdo con Wiligut, había dejado la torre norte para el final, y yo entré en ella absorto en mi contemplación de cuanto me rodeaba, sin una especial conciencia de que pudiera estar adentrándome en un lugar especial. Quiero decir con ello que yo ya había olvidado la

referencia que en Múnich había hecho Karl Maria sobre mi capacidad para poder «sentir» el pasado y que en absoluto me hallaba predispuesto o mínimamente alerta ante lo que me iba a suceder.

La torre situada al norte tenía tres alturas, como el resto del castillo, que poseía asimismo una planta inferior y otra aún más abajo con sólo algunas dependencias. Nosotros penetramos en la torre por la puerta que se hallaba a nivel del patio. La estancia era amplia y redonda, con estrechas ventanas en todo su alrededor, que daban tanto al exterior como al interior del castillo.

Yo caminé por ella y, al llegar a su centro, me alcanzó de lleno aquella tremenda sensación. Y digo tremenda sobre todo por lo inesperada. Fue como si de pronto lo que me envolvía se desvaneciera. Wiligut, Von Knobelsdorff, nuestro guía, las paredes..., todo. Pude entrever a mi alrededor el paisaje que nos rodeaba, tal como lo había hecho esa mañana desde la ventana de mi habitación, y también sentí otras presencias humanas, aunque sin lograr distinguir ninguna con claridad. Pero estaban allí y venían de otros tiempos.

No obstante, fue la impresión de fuerza lo que me dejó anonadado. Era como si me hallara sumido en un plasma vivo, que latía con pulso propio y cuyo poder se hallaba por encima de toda comprensión humana. Por momentos llegué a sentirme como si fuera un dios para, de inmediato, caer en la cuenta de mi absoluta nimiedad. Y la sensación fue la de que «aquello» se extendía en vertical, hacia arriba y hacia abajo, como si pudiera tocar por igual el cielo o los infiernos...

No puedo recordar el tiempo que duró mi trance. Sé que, cuando se desvaneció, pude ver a mis tres compañeros rodeándome, mientras Wiligut me asía con fuerza de la mano.

—¿Qué sucede, Hans, qué sucede? —Su voz sonaba preocupada.

Por un momento pensé en callar, pero comprendí que, por lo menos a Karl Maria, le debía una explicación.

—Nada... Bueno, unas extrañas sensaciones. Más tarde te lo contaré. Ahora necesito serenarme.

Wiligut pareció comprender. Su mano apretó ligeramente la mía y me dirigió una sonrisa.

—Sí, Hans, ya me lo contarás. Ha sido Wewelsburg, ¿verdad? —añadió tras una pausa, observándome ansioso. Luego paseó los ojos por la estancia —. Nadie puede permanecer inmune a su poder.

Hasta ese día, cada una de las visiones que yo sufría había necesitado de

mi contacto con algo o con alguien que fuera capaz de desencadenarlas, pero en el castillo no estaba tocando nada, si exceptuamos el suelo de la torre sobre el que nos hallábamos. Cuando más tarde, y ya a solas, lo comenté con Wiligut, éste pareció cariñosamente extrañado de mi falta de perspicacia.

—¡Pues claro que la tocaste, Hans! Estaba allí y te rodeaba. ¡Te envolvió por completo! ¡La fuerza, Hans, la fuerza de nuestros ancestros...!

Para Karl Maria aquello no ofrecía discusión, entre otras cosas porque era algo —me dijo— que él ya sabía.

—No es casualidad que la torre norte esté donde está —continuó—. En ella confluyen los ríos telúricos de miles de años de conocimientos y de poder. Es territorio sagrado. Los romanos, los hunos..., nadie pudo pasar de aquí. Y nadie lo hará jamás. ¡La magia de nuestros antepasados nos protege!

Algo así fue lo que me comentó Wiligut aquella tarde, mientras veíamos ponerse el sol desde la ventana de mi habitación. Si ahora sus palabras me parecen melodramáticas, debo admitir que entonces me llenaron de emoción. Acababa de sufrir aquella extraordinaria visión, Wewelsburg ejercía sobre mí una innegable influencia y Karl Maria era maestro en hacerte creer que lo imposible podía llegar a ser real.

De vuelta a Múnich, pasaron apenas horas antes de verme sentado en el despacho de Himmler, tratando de hacerle sentir aquello que yo había vivido.

—¿Y a quién viste? Dices que notaste otras presencias...

—Nadie en concreto —me disculpé—. Eran espíritus sin forma ni apariencia. Pero estaban allí. Y eran fuertes, muy fuertes...

Unas semanas después, Wiligut vino a verme.

—Ya es nuestro, Hans. De las SS. Himmler lo ha conseguido.

No necesitó decirme que se refería al castillo de Wewelsburg. Poco después me enteré de que la cesión había sido por unos simbólicos cien marcos al año y que duraría un siglo.

—Menos mal que ya no pertenecía a la Iglesia —había añadido Karl Maria—. Pueden ponerse muy pesados. Tenemos grandes planes. Y cuento con tu colaboración.

Aquel día no me lo dijo, pero pronto supe que la persona elegida para dirigir el que iba a convertirse en centro espiritual de nuestra orden no era otro que nuestro acompañante durante la visita al castillo, Manfred von Knobelsdorff.

* * *

En noviembre tuvo lugar una ceremonia que me emocionó profundamente. El recién creado SS Leibstandarte Adolf Hitler^[49] iba a ofrecer su incondicional fidelidad al Führer. Fue a medianoche, frente al Feldhernhalle, en recuerdo a nuestros héroes que allí habían muerto durante el fallido *putsch* de 1923, del que entonces se cumplían diez años. Himmler tomó juramento, en presencia de Hitler, a los cientos de SS que llenaban la Odeonplatz en impecable formación. Lo hizo bajo la luz trémula de innumerables antorchas que cubrían la plaza y yo tuve la suerte de que el Reichsführer me invitara personalmente. Presencí todo el acto desde el estrado principal, muy cerca de Hitler y de Himmler, y el recuerdo aún hoy me turba.

Fue como una oración lanzada al unísono al cielo por aquellos centenares de gargantas. Himmler, con casco y botas altas, iba recitando el juramento y todos, como un solo hombre, lo repetían. En ocasiones posteriores la fórmula se amplió ligeramente, pero aquella noche fue breve: «Te ofrezco en juramento a ti, Adolf Hitler, lealtad y valor. Te prometo obediencia hasta la muerte. Que así sea, con la ayuda de Dios».

Ya he dicho que aquella noche sentí una gran emoción, y he de reconocer que en mi fuero interno me uní de corazón a aquellas palabras. No me importa decirlo ahora porque realmente así sucedió.

* * *

Evoco 1934 de manera muy especial. Si hasta ahora, para escribir estas memorias, he tenido en ocasiones dudas sobre fechas y momentos, lo que sucedió durante aquel año se me presenta con rigurosa precisión, pues todo gira en torno al antes y al después de un hecho que sacudió a Alemania y al partido nazi, pero que, sobre todo, y en lo que a mí respecta, me produjo una gran conmoción personal. Me refiero a la que ha pasado a la historia como Noche de los Cuchillos Largos.

Las SA de Röhm habían crecido, desde nuestra llegada al poder, de forma desmesurada. Sus afiliados habían pasado de menos de cien mil en 1931 a más de cuatro millones en 1934. Y sus dirigentes, con Röhm a la cabeza, parecían cada vez más dispuestos a cobrarse su cuota de poder. Hitler, por su parte, necesitaba del apoyo de industriales y militares para consolidarse, y

Röhm y sus SA no eran la mejor fórmula para lograrlo. Su origen en los pendencieros *Freikorps* y sus continuos enfrentamientos callejeros con judíos y comunistas no ofrecían la imagen que el Führer quería dar. Tampoco el ejército podía tolerar la existencia de unas fuerzas paramilitares de tanto poder y que podían llegar a amenazar su propia existencia.

Pero quizá los peores enemigos los tenía Ernst Röhm dentro de su propio partido. Era notorio el desprecio que Göring sentía por él y sus desavenencias con Himmler venían de antiguo.

—¡Ese maldito maricón! ¡Acabará sabiendo que conmigo no se juega! — Fueron las palabras que un día oí pronunciar al Reichsführer ante una carta en la que Röhm le pedía explicaciones sobre el funcionamiento de las SS. Nuestra dependencia de las SA era algo que Himmler nunca aceptó.

El hecho de que Röhm fuera un homosexual declarado pesaba también en su contra. Así como el que también lo fueran varios de los jefes de su organización. «Ese nido de mariquitas» eran palabras que no se decían precisamente en voz baja en los conciliábulos de las SS para referirse a los camisas pardas.

A todo ello sólo le faltaba un detonante que justificara a Hitler en su decisión de actuar. Y lo fue el pretendido propósito de Röhm y su camarilla de orquestar un golpe de estado que depusiera al Führer y creara en Alemania un estado de dictadura socialista. Gregor Strasser, líder del ala más a la izquierda de nuestro partido, sería, según esos rumores, el nuevo canciller.

Verdad... Mentira... No lo sé. Me cuesta creer que alguien que fue siempre fiel a Hitler pretendiera de pronto su desaparición, pero también he aprendido que en las mentes humanas cabe cualquier propósito, por absurdo que pueda parecer.

Reinhard Heydrich, jefe del *Sicherheitsdienst*^[50], facilitó un dossier con los nombres de las personas que podrían estar implicadas en el complot y a las que, según oí decir a Himmler algún tiempo después, «era necesario eliminar». Su número nunca ha quedado claro, pues Gestapo^[51] y SS se encargaron de silenciarlo. Yo tampoco me atreví a preguntarlo, aunque en el seno de nuestra organización se hablaba, en voz baja, de más de ciento cincuenta.

La acción se orquestó con el secreto y la eficiencia que nos eran propios. La noche del sábado 30 de junio, Himmler y Göring en Berlín, y el propio Hitler y Rudolf Hess en Múnich, tomaron el mando de las operaciones. Se

supo después que el Führer había pactado la no intervención del ejército hasta que todo hubiera concluido.

Röhm y parte de la plana mayor de las SA se encontraban ese fin de semana en Bad Wiessee, balneario junto al lago Tegern en los Alpes bávaros, al sur de Múnich. Era para ellos habitual lugar de reunión a la par que servía, se decía, para sus encuentros homosexuales.

Hitler pasó primero por Múnich, donde a últimas horas de la tarde habían sido ya detenidos varios de los teóricos conspiradores. Se desplazó a continuación junto a Hess a Bad Wiessee, donde miembros de las SS tenían ya tomado el balneario. Se cuenta que Hitler entró personalmente en el dormitorio de Röhm, donde éste se puso a sus órdenes. El Führer se limitó a decirle dos veces: «Estás detenido», para a continuación abandonar la habitación. Edmund Heines, lugarteniente de Röhm y uno de sus supuestos amantes, fue sorprendido en la cama con un joven que no llegaba a los veinte años. Heines se negó a obedecer la orden de vestirse para ser trasladado y Hitler, informado de los hechos, ordenó su inmediata muerte.

Las personas hechas prisioneras en Múnich y Bad Wiessee fueron llevadas a la prisión de Stadelheim, próxima a nuestra ciudad, para ser sumariamente ejecutadas por miembros de las SS. Recuerdo que ese domingo, 1 de julio, Sophie y yo salimos de excursión hacia el sur, totalmente ajenos a cuanto estaba sucediendo. Cierto es que vimos movimiento de tropas vestidas con nuestro uniforme negro, pero como aquello no era inusual, no le dimos mayor importancia. Almorzamos en Gmund, en la orilla norte del lago Tegern, a muy pocos kilómetros del balneario. Por la tarde dimos un paseo pensando que vivir era algo maravilloso.

Esa mañana, temprano, Hitler había llamado a Himmler para que iniciara las detenciones en Berlín. Fuerzas de las SS y de la policía se echaron a la calle buscando personas y paraderos concretos. La suerte de los detenidos fue la misma que la de los de Múnich. Me contó un camarada de las SS que cuando, al día siguiente, el Führer aterrizó en Berlín, Himmler y Göring le esperaban al pie del aparato con una lista en la mano. Hitler se detuvo un rato a mirarla mientras la recorría con el dedo, deteniéndose de vez en cuando ante algún nombre.

—El Führer parecía apesadumbrado —me dijo mi compañero—. Göring y Himmler le hablaban sin cesar mientras movían la cabeza afirmativamente con énfasis.

En cuanto a Ernst Röhm, se cuenta que Hitler planeó perdonarle la vida, pero fue disuadido. Finalmente ordenó que se le llevara una pistola a su celda conteniendo una sola bala. Pasados quince minutos sin que el jefe de las SA la utilizara, dos oficiales de las SS entraron con las armas en la mano y lo mataron. Uno de ellos era Theodor Eicke, jefe del campo de concentración de Dachau. Eicke era persona de confianza de Himmler y yo lo había visto en más de una ocasión en el palacio Barlow, nuestro edificio central.

Desde el lunes por la mañana, todo fueron rumores y comentarios en nuestra sede. Mi primera reacción fue de incredulidad.

—Röhm ha muerto. Lo han matado. A él y a otros jefes de las SA. —La noticia me la dio Helmut Niessen, compañero de despacho, cuando volvía de tomarse un café.

—Pero... ¿quién?

—Nosotros, Hans. Las SS... Hitler.

Poco a poco fui sabiendo la verdad, aunque la noticia no se hizo pública hasta pasadas dos semanas. En el palacio Barlow no se hablaba de otra cosa y los compañeros que habían participado en la operación se veían asediados por todos los demás. Nadie quería quedarse sin saber.

«Röhm murió gritando “*Mein Führer*”», contaba uno que se hallaba próximo a Eicke durante la ejecución. O: «Al que estaba con Heines en la cama también lo despachamos allí mismo. No debería quedar un solo marica» fue otra de las cosas que oí en uno de los conciliábulos.

Se nos pidió oficialmente que no hiciéramos ningún comentario fuera de nuestro entorno, aunque, como es lógico, los rumores ya empezaban a correr.

Yo lo hablé con Sophie, porque necesitaba hacerlo con alguien ajeno a las SS. Lo sucedido me había impresionado de manera profunda. Yo conocía personalmente a algunos de los desaparecidos y a Ernst Röhm lo había visto varias veces, la última el día en que nuestro partido asumió el gobierno de Baviera, apenas un año atrás. Estaba entonces pletórico y, mientras esperábamos la llegada del presidente Held, lo recuerdo en un largo aparte con Himmler. Y ahora él y muchos otros habían muerto... y nosotros habíamos sido sus verdugos.

Confieso que entonces me costó entenderlo, aunque en este momento, con muchos más años y el conocimiento de todo lo que sucedió después, ya no me resulta tan extraño.

En mi casa, con mis padres y con Grossmutti, llegó el momento en el que

lo sucedido fue comentado y enjuiciado. Y se me pidió mi opinión, como si mi cargo de SS Sturmhauptführer me hiciera de alguna forma responsable o partícipe de ello. Y puede que tuvieran algo de razón.

Hitler había esperado hasta el 13 de julio para, desde la tribuna de oradores del Reichstag, comunicar la purga que, entre los «enemigos de Alemania», había tenido lugar. Según él, fueron setenta y cuatro los ejecutados.

—Y si alguien me pregunta por qué no llevé a los traidores a los tribunales de justicia —fueron las palabras del Führer—, mi respuesta es ésta: ¡en esa hora yo era el responsable del destino del pueblo alemán y esa razón por sí sola me convirtió en el juez supremo del pueblo alemán!

Y lanzó un aviso a todos aquellos que en un futuro trataran de oponerse a los designios del Estado: «Que sepan que la muerte cierta es su única esperanza».

—Ese hombre está loco, se cree Dios —fue el comentario de Grossmutti cuando el domingo 15 de julio Sophie y yo fuimos a almorzar a casa de mis padres. El tema casi único durante nuestra visita (e imagino que lo mismo sucedería en todo el país) fue la Noche de los Cuchillos Largos, como el propio Hitler la había denominado en su alocución al parlamento dos días antes.

Mi padre trataba de buscar una explicación que acallara su conciencia y mi madre permanecía en silencio. Nos observaba a todos desde su silla, con las manos cruzadas sobre la falda. Me pareció ver tristeza en sus ojos.

—Estaban a punto de dar un golpe de Estado y pretendían acercar a Alemania al comunismo, ¿verdad, Hans? —Mi padre me escrutaba como si yo pudiera ser su tabla de salvación.

—No, no al comunismo. —Yo bien sabía del odio que SA y comunistas se profesaban—. Sí a una forma más estricta de socialismo, más acorde con los principios del partido y con las necesidades de los alemanes, según ellos.

—¡Bah! Eso acaba siendo comunismo. Y significa el total olvido de nuestra historia y de nuestras costumbres —insistía mi padre.

—No estamos hablando aquí de ideologías ni de historia —intervino con énfasis mi abuela, muy seria. Hacía tiempo que yo no la veía sonreír, al menos de la manera franca a la que desde pequeño me tenía acostumbrado—, sino de Alemania, de nuestro futuro... O mejor del vuestro, porque a mí ya no me queda mucho. Desde el momento en el que un hombre se declara a sí mismo juez supremo, capaz de decidir por sí solo sobre la vida y la muerte, y

el pueblo al que dirige lo acepta sin una protesta, yo os digo que sólo calamidades nos esperan. Era algo que se veía venir —añadió en voz más baja, casi para ella misma.

Un silencio fue la reacción a sus amargas palabras. Yo la tenía sentada a mi lado y cogí una de sus manos, que mantenía sobre el regazo. Su respuesta fue un suave apretón y una triste sonrisa.

Ya he dicho que a mi abuela jamás le gustó el partido nazi ni el rumbo que tomaba Alemania. Estoy convencido de que a mi madre tampoco, aunque nunca lo expresó en voz alta ni yo se lo pregunté.

Sophie fue para mí una extraordinaria ayuda durante aquellos días. Yo habría agradecido unas vacaciones para poder alejarme de todo, pero ese año no me correspondían hasta mediados de septiembre. De modo que me refugié en mi mujer.

Ella me escuchó y encontró acertadas palabras con las que confortarme.

—No sufras, Hans —me dijo—, por aquello de lo que no eres responsable ni has podido evitar. Vivimos tiempos convulsos y difíciles y el ser humano es agresivo y en ocasiones parece no conocer la piedad. Mira hacia el frente y haz en todo momento lo que creas justo. Y no creas que lo que te pido es fácil.

Siempre he sido dúctil y he aceptado los consejos ajenos. En ocasiones quizá en exceso. Pero está claro que las palabras de Sophie me ayudaron.

Así, poco a poco, lo sucedido dejó de atormentarme y hasta intenté convencerme de que Hitler, Himmler y los demás debían de haber tenido serios motivos para actuar como lo hicieron. El Reichsführer, cuando días después apareció de nuevo por Múnich, me trató con la cordialidad de siempre. Nada en su aspecto ni en sus maneras hablaba de que se sintiera de alguna forma afectado. Nunca sacó a colación la Noche de los Cuchillos Largos en mi presencia y yo tampoco lo hice.

Hitler premió a sus principales peones. Reinhard Heydrich fue ascendido a Gruppenführer, el equivalente en el ejército a teniente general, y Theodor Eicke, el ejecutor de Röhm, fue nombrado inspector general de los centros de internamiento.

En cuanto a Himmler, el Führer le dio el espaldarazo definitivo para convertirlo en el número dos. Se hizo oficial la total separación entre SS y SA y el Reichsführer fue nombrado jefe de la Gestapo. Pocos meses después asumía el total control de la policía y de los campos de concentración. Su

poder a finales de 1934 era inmenso. Y así seguiría siéndolo hasta el final de la guerra.

En 1935 se produjo la que podríamos considerar como inauguración oficial del castillo de Wewelsburg. La pretensión inicial de que sirviera como escuela para futuros mandos de las SS había sido ya olvidada. Himmler lo había visitado por vez primera en noviembre de 1933 y había pensado en darle ese uso, pero, a pesar de disponer de múltiples dependencias y habitaciones, se habría quedado pequeño ante el vertiginoso crecimiento de nuestra orden. Himmler —Wiligut tuvo mucho que ver en la elección— prefirió preservarlo como algo más íntimo y dedicarlo a centro de investigación que profundizara en el estudio y documentación de la historia de nuestra raza. Y que fuera al mismo tiempo una especie de sanctasanctorum de las SS. Pienso que mi experiencia en Wewelsburg pesó en su decisión. Como también influyó el manifiesto rechazo de Wiligut a ver el castillo lleno de jóvenes oficiales de las SS.

—No puede ser, Hans —me había dicho en una ocasión—. Wewelsburg es mucho más que eso.

Fue a finales de la primavera de 1935 cuando una comitiva de varios automóviles pasó bajo el portón del castillo para detenerse en el patio. Manfred von Knobelsdorff estaba esperándonos al frente de cuantos se ocupaban del mantenimiento del edificio, todos ellos pulcramente alineados junto a una de las paredes laterales. A mí me pareció todo ello un poco exagerado, pero a Himmler debió de gustarle, pues se bajó del coche con una amplia sonrisa.

Junto al Reichsführer, Wiligut y yo, viajaron algunos oficiales de las SS y dos de las personas que a partir de septiembre pasarían a dirigir alguno de los departamentos de investigación que tendrían su sede en el castillo. Eran Karl Lasch, que se ocuparía de profundizar en nuestra historia medieval y en tradiciones populares, y Walter Franzius, quien venía dispuesto a quedarse unos días en Wewelsburg, pues, aparte de ocuparse del departamento encargado de potenciar el pensamiento nacionalsocialista, tenía la intención de estudiar el castillo y el pueblo cercano con el objeto de una posible ampliación y reestructuración futuras.

En el castillo habría otros departamentos y campos de estudio, algunos de marcado carácter místico, pero lo que Himmler dejó claro mientras cenábamos la primera noche fue que parte de las habitaciones y algunas salas

debían quedar libres y a disposición de altos jefes de las SS, pues pensaba celebrar allí reuniones periódicas. «Debemos imbuirnos del espíritu de Wewelsburg», añadió.

Y desde luego la sala redonda de la torre norte y la gruta que se encontraba directamente debajo debían ser respetadas, pues sería él quien decidiría personalmente su destino.

Por la tarde habíamos visitado el castillo y Himmler había dado su aprobación, con sólo pequeñas variantes, a las obras que se habían hecho y al planteamiento que Von Knobelsdorff había decidido. Pero, al entrar en la torre norte, hizo un gesto al director para que se mantuviera aparte y me llamó a su lado.

—Fue aquí, ¿no, Hans?

Yo di por sobreentendido que se refería a la extraña visión que tuve durante mi primera visita a Wewelsburg. Ya mientras nos acercábamos a la torre yo me había sentido inquieto, pues aquel tipo de experiencias nunca me resultaron agradables.

—Sí, aquí. Más o menos al llegar al centro de la sala —respondí—. Y ya ahora siento, desde que hemos entrado, que esa misma atmósfera late a nuestro alrededor. Preferiría no tener que repetirlo —añadí haciendo un gesto y señalando el punto central de la estancia.

Himmler me contempló unos momentos, con sus ojos miopes fijos en los míos. Luego asintió y dio en solitario un paseo alrededor de la habitación mirando a través de alguna de sus estrechas ventanas.

—Sigamos —dijo finalmente.

Pero aquel día no me libré de verme de nuevo rodeado por invisibles espíritus tras ser atrapado otra vez por aquella turbadora sensación de fuerza.

Fue al entrar en la planta más baja de la misma torre norte. Lo hicimos desde el exterior y, como íbamos hablando, yo no fui consciente de que justo encima se hallaba la estancia de las ventanas donde Himmler acababa de preguntarme por mi pasada experiencia. Y nuevamente, al caminar por aquella especie de gruta circular y acercarme al centro, la visión se apoderó de mí. Fue similar a la de la primera vez, aunque me asustó menos, seguramente porque ya la conocía. También, quizá por ello, presté mayor atención a los detalles. Podía ver de nuevo el paisaje que nos rodeaba, como si las paredes no existieran, aunque esta vez desde más abajo. Y sentí la misma sensación, para la que no encuentro palabras. Nada que yo haya

experimentado se le asemeja. Podría decir que Dios y el diablo se hallaban junto a mí y que yo formaba parte de ellos. Era sublime y a la vez aterrador.

Y había otros seres en aquel pequeño entorno. No sé si habían sido humanos o eran ángeles y demonios. Pero estaban allí, también fuertes, también inmortales. Iban y venían, subiendo y bajando por aquella columna de infinito poder.

Fue Wiligut quien me separó del centro de la gruta, según me narraron después. Y la visión desapareció. Yo me había quedado allí plantado, inmóvil, aunque mi cabeza y mis ojos se movían sin cesar de un lado a otro. Karl Maria así me lo contó. Le agradezco que tirara de mí, pues dudo que yo hubiera sido capaz de alejarme por voluntad propia.

Fue Himmler quien monopolizó el interés por lo que me había sucedido. Tuve que relatarle varias veces cada una de mis sensaciones hasta que pareció darse por satisfecho. Wiligut asistía sonriente y hacía de vez en cuando movimientos afirmativos con la cabeza, como si todo aquello fuera algo que él ya supiera.

Durante la cena de aquel mismo día, como ya he comentado, Himmler le dijo a Von Knobelsdorff que el destino definitivo del castillo le sería comunicado, sobre todo en cuanto al uso de determinadas habitaciones y salas que debían quedar exclusivamente a disposición de los altos mandos de las SS.

—Y la torre norte es algo muy especial y no debe hacerse nada en ella sin mi permiso —concluyó dirigiéndose con tono autoritario a Von Knobelsdorff—. En ella late el espíritu de nuestra raza.

Mis experiencias en los dos niveles de la torre seguro que le habían convencido de que así debía de ser. No puedo decir que en aquel momento ello me envaneciera, aunque, como más adelante se verá, el futuro de Wewelsburg estuvo en buena parte ligado a ellas.

* * *

La presión y el maltrato sobre los judíos aún no había alcanzado en Alemania una mínima parte de lo que llegaría a ser, pero sí eran cada vez más frecuentes los hechos que, de aislados, pasarían a convertirse en costumbre. Con sus antagonistas los comunistas prácticamente desaparecidos o, al menos, poco beligerantes, las SA y también una parte de las SS habían

dirigido sus puntos de mira hacia la comunidad judía, que no podía esconderse o negar sus orígenes, aunque algunos de sus miembros lo intentaran.

Entonces los ataques aún no pasaban de pintadas en los comercios propiedad de los judíos, de enfrentamientos aislados o de diatribas contra ellos en los medios de comunicación controlados por el partido, que eran la mayoría. Pero estaba claro que aquello sólo era el principio, y entonces yo pensé que, si hubiera sido judío, habría hecho lo posible para abandonar un país tan marcadamente hostil. Pero quizá sea un pueblo acostumbrado históricamente a convivir con el rechazo de quienes no son como ellos o bien, simplemente, se negaban a aceptar en aquellos momentos que su raza y su vida pudieran llegar a hallarse en grave peligro. Siempre me llamó la atención la docilidad con la que los judíos aceptaban los agravios, incluso cuando su integridad se veía amenazada.

Pude, a finales de aquel año de 1935, ayudar a uno de ellos y a su familia. Lo hice de corazón, porque los conocía y me lo pidieron, pero he de reconocer que el futuro me premió con más de lo que yo entonces di. Podría asegurar que si no hubiera sido por Jakob Miller, mi destino habría sido otro y, sin dudarlo, mucho menos placentero. Le estoy profundamente agradecido. Sobre todo porque cuando fui yo quien solicitó su auxilio no dudó un solo instante en tenderme la mano, aun a riesgo de su propia seguridad. Y nadie le habría pedido cuentas si hubiera hecho lo contrario.

Jakob había pertenecido al mismo batallón de mi padre durante la Gran Guerra y había sido su asistente. Cuando se firmó la paz tenía el grado de sargento. Mi padre le prestó entonces el dinero que le faltaba para instalar un modesto taller, cerca de la sinagoga, en donde continuar con la profesión de tapicero que era ya tradición en su familia. Su padre había muerto mientras él se hallaba en el frente y su madre había tenido que vender el local que utilizaban como taller. También era necesario renovar parte de la maquinaria. Además, Jakob tenía otras dos bocas de las que ocuparse: su mujer y un hijo, también de nombre Jakob y que había nacido unos pocos años después que yo.

Ya he comentado el poco aprecio que mi padre sentía por los judíos, algo que de alguna manera me había transmitido, pero también he de decir que nunca dejó de estar pendiente de quienes le habían demostrado lealtad. Y, según me comentó, Miller lo había hecho en grado sumo.

Pues bien, cuando mi padre me llamó para pedirme ayuda, Jakob hijo había sido detenido apenas un mes atrás. La acusación, enemigo político del Tercer Reich, y su destino, el campo de concentración de Dachau.

El joven Jakob trabajaba con su padre en la tapicería, aunque completaba la jornada laboral en una imprenta próxima. En ella había sido apresado, junto al dueño y el otro único empleado, porque en sus máquinas se habían editado unos panfletos de corte comunista en los que supuestamente (no llegué a leer ninguno) se animaba a la revolución.

—Ni el muchacho es comunista ni siquiera tenía idea de que los panfletos se hubieran impreso allí. Su único problema reside en que es judío. Por favor, Hans, mira a ver lo que puedes hacer.

Ésas fueron las palabras de mi padre cuando me telefoneó. Y no pude por menos que sonreír, pues sabía del poco aprecio que mi padre, con la quizá única excepción de quien había sido su asistente, tenía por los judíos.

Y yo me ocupé. El lugar en el que trabajaba y mi graduación en las SS me permitieron obtener una rápida información. Jakob Miller se hallaba efectivamente en Dachau, en principio para cinco años, y los cargos contra él respondían a lo que me había contado mi padre.

El KZ[52] de Dachau fue el primero de los campos de internamiento que el régimen nazi estableció. Situado a tan sólo dieciséis kilómetros al noroeste de Múnich, fue abierto en marzo de 1933, apenas dos meses después de la llegada de Hitler al poder. Su misión —cuando menos la inicial y para la que fue concebido— era albergar y reconducir prisioneros políticos.

Como ya he relatado, Theodor Eicke, el verdugo de Röhm, había sido su comandante casi desde el inicio y fue él quien diseñó las normas y métodos por los que había de regirse. Cuando Eicke fue nombrado inspector general de todos los campos de concentración, éstos copiaron y se atuvieron a la normativa impuesta en Dachau. En otoño de 1935, cuando yo visité el lugar para interesarme por Jakob, el comandante era el Oberführer Heinrich Deubel.

Fue ya entrado diciembre cuando me dirigí a Dachau con la orden de liberación de Jakob en mi poder, aunque también llevaba la de su extrañamiento. Fue lo que pude conseguir de un Himmler que no me dio facilidades.

—Hans, es un preso convicto y acusado de graves cargos —me dijo hojeando el breve dossier que yo le había preparado—. Puede ser verdad o no

que él desconociera la actividad subversiva de su jefe, pero eso nunca lo sabremos. Y encima es judío, y ya sabes que ellos están siempre maquinando algo contra nosotros. Cuantos menos judíos anden sueltos, menores serán nuestros problemas.

Yo le hablé de su padre y del aprecio que el mío sentía por él.

—Luchó por Alemania, Reichsführer. Creo de verdad que son buena gente.

Himmler me miró durante unos instantes en silencio.

—Puedo cambiar la prisión por el extrañamiento —me dijo, y yo comprendí que estaba haciéndome una concesión—. Debe abandonar Alemania y no volver jamás. Y sería bueno que su familia lo acompañara.

Le di las gracias y salí de su despacho, contento en el fondo con la solución que me ofrecía. Yo estaba convencido de que no eran buenos tiempos para los judíos en nuestro país y de que pronto serían peores. Lo que no tenía claro era que la familia Miller pensara de la misma manera. Como ya he comentado, los judíos parecían no darse por enterados hasta que ya no había remedio.

Pero no fue ése el caso. En pocos días mi padre me llamó de nuevo para decirme que toda la familia estaba dispuesta a viajar a Francia. Tenían en Provins, población próxima a París, un primo de Jakob padre, quien más de una vez les había animado a reunirse con él. Por lo visto, era dueño de una explotación agrícola y podía proporcionarles trabajo. El matrimonio Miller hablaba bastante bien el francés, pues el origen de la familia se situaba en el país vecino. Jakob hijo apenas sabía algunas palabras, pero era joven y aprendería rápido. En resumen, la respuesta era sí: la familia estaba dispuesta a dejar —y olvidar— Alemania.

Ya en un par de ocasiones había yo hablado por teléfono con Deubel, el comandante de Dachau, con motivo de la situación del joven Jakob. Desde el primer contacto dejé caer que la llamada provenía de la oficina del Reichsführer y Deubel se mostró en todo momento muy amable. Pienso que no lo hizo sólo por ese motivo, porque cuando por fin lo conocí en persona me pareció afable y deseoso de colaborar. A mi llegada a Dachau me recibió inmediatamente, dio por sentado que almorzaría con él y se mostró dispuesto a ser mi guía en una rápida visita al campo. Yo acepté sonriente, aunque por mi gusto me habría limitado a hacerme cargo del joven Miller, emprender el viaje de regreso a Múnich y acabar de una vez con todo aquel asunto.

El KZ Dachau ocupaba el terreno y las instalaciones de la que fuera una

importante fábrica de municiones que tiempo atrás había sido abandonada. Deubel me explicó que, a instancias de Theodor Eicke, el campo se dividía en dos zonas bien diferenciadas: la que servía de acomodo a las numerosas tropas de las SS y aquélla en la que habitaban los prisioneros que, en aquella época, rondaban los seis mil. Esta última estaba severamente protegida por estrictas medidas de seguridad.

—Procuro que las condiciones de vida de los internos sean las mejores posibles —me comentó Deubel durante nuestro recorrido—. Pero son ellos quienes deben procurárselas conservando en todo momento las instalaciones en perfecto estado. Una buena parte del horario de trabajo se dedica al mantenimiento.

El comandante me confirmó que la gran mayoría de los reclusos lo eran por motivos políticos, aunque también había gitanos, homosexuales y hasta internos por motivos religiosos, como algunos pertenecientes a la secta de los testigos de Jehová. Pienso que quizá estos últimos fueran el resultado de una concesión de Hitler al partido Zentrum, aliado del NSDAP en la legislatura de 1933 y de marcada y confesada raigambre católica. Aunque pronto el Führer perdería todo el respeto que hubiera tenido —o simulado— hacia esta confesión religiosa.

Debo reconocer que salí bien impresionado de mi estancia en Dachau. Nada que ver con la visita que años más tarde haría a Auschwitz o con lo que, según me enteré, acabó siendo con el tiempo el propio Dachau.

Los presos tenían aspecto saludable e iban pulcros y aseados, todos con el pelo muy corto y, eso sí, con el común uniforme a rayas blancas y azules que Eicke impondría para todos los campos de internamiento. Ninguno nos dedicó a Deubel y a mí más que una breve mirada. Se ve que estaban acostumbrados a la constante presencia de uniformes de las SS a su alrededor.

Pienso que quizá el comandante me hizo visitar el campo con el objetivo de que yo informara positivamente una vez de vuelta en Múnich. Por si acaso, me mostré convenientemente impresionado y le prometí comunicarle lo que había visto al Reichsführer, como de hecho hice. Espero que mi informe no fuera contraproducente, pues poco tiempo después Heinrich Deubel fue apartado de su cargo. El motivo, según pude enterarme, el de ser especialmente indulgente con los presos.

Guardo un buen recuerdo de Deubel y de las breves horas que pasamos

juntos. Años después de terminada la guerra me enteré de que, en 1945, había sido detenido por las fuerzas americanas y retenido como criminal de guerra. Finalmente, en 1948, fue liberado por falta de cargos. Creo que fue un buen hombre y me agrada pensar que no fue una excepción entre los altos mandos de las SS.

Durante el regreso a Múnich, el joven Miller se mostró exultante. Quedó claro que la idea de pasar cinco años en Dachau lo tenía aterrizado. No cesó de darme las gracias y de proclamar su inocencia. Yo intenté tranquilizarlo, pero también le dejé claro que si volvía a Alemania y era detenido, su futuro sería aún más negro del que había imaginado. Por la cara que puso comprendí que no tenía que insistir: Jakob no veía el momento de abandonar nuestro país. Iba vestido con unos pantalones demasiado cortos y una vieja chaqueta que le venía grande. Imaginé que no eran suyos, pero no se lo pregunté.

Dos días después acompañé a la familia Miller a la estación. En parte para certificar su marcha y en parte, además, porque quería despedirlos. También vino mi padre. Me llamó la atención lo exiguo del equipaje que subieron al tren. Los tres llevaban salvoconductos para la travesía de Alemania. Su definitivo paso a Francia nos sería comunicado por la policía de la frontera.

Nunca me ha gustado ser el centro de atención ni que me abrumen con muestras de gratitud, pero los tres miembros de la familia Miller me hablaron y me miraron como si Dios me hubiera enviado en su ayuda.

Jakob padre, justo antes de subir al tren, me cogió las dos manos y me contempló emocionado.

—Nuestra deuda es inmensa. Espero que algún día podamos pagarla, aunque sólo sea en una pequeña parte.

Años después lo harían.

XXV

SAINT-GERMAIN-EN-LAYE, AÑO 2003

—Jean, vas a pensar que soy una histérica, pero juraría que alguien ha entrado en casa.

Con esas palabras recibió Nicole a su novio el lunes por la noche, al día siguiente de su regreso de Berna. La joven había decidido volver sola desde París a Saint-Germain, porque a Jean aún le quedaban horas de trabajo en el estudio. Había cogido el RER y había paseado despacio desde la estación hasta la casa que compartía con el arquitecto. Era el mismo camino que había realizado casi a diario durante la época en la que tuvo alquilada una vivienda justo enfrente de la que ahora ocupaban, y había recordado con una sonrisa el momento en el que, ¡por fin!, había logrado abandonar el asfixiante apartamento de París para irse a vivir a la tranquila localidad de Saint-Germain. Se confesó que adoraba el lugar.

Al entrar en casa no notó nada extraño y dejó caer el abrigo sobre el sofá del recibidor, como siempre hacía. Pero luego, al pasar al salón y más tarde a su dormitorio, tuvo la impresión, más sentida que meditada, de que algo no cuadraba. Y finalmente comprendió que era debida a que había cosas que no estaban en su sitio, o al menos no en el mismo lugar o en la misma posición en que ella recordaba. No habría podido asegurarlo, pero la sensación estaba allí.

—No, no falta nada —respondió ante la alarma de Jean—. Nada importante o que yo recuerde. —Y le explicó su sentimiento de que varias cosas estaban fuera de su lugar habitual.

—Entre ellas, la primera parte del manuscrito, la original —dijo, señalando hacia la mesa del salón—. Ayer la hojeé antes de acostarme, y juraría que la

dejé enfrente del sillón, porque ahí estuve sentada. Y ahora está en el lado del sofá. Y tú ya estabas en la cama. Acuérdate de que me gritaste que iba siendo hora de dormir. —El joven asintió, aunque sin mostrar mucho convencimiento—. No, si ya sabía que ibas a pensar que estaba loca —dijo Nicole, haciendo un gesto con la mano—. Puede que me equivoque, pero ya sabes que mis sensaciones suelen ser de fiar.

Ahora Jean asintió con mayor convicción.

—Pero... no falta nada, dices, y la alarma estaba puesta, ¿no?

—Sí, sí, todo eso es cierto, pero la idea no hay quien me la quite. Y te confesaré que prefiero estar equivocada. He llamado a la asistenta, por si había venido hoy sin ser su día, pero me ha dicho que no.

—Pues no tiene gracia —convino Jean.

—Pensemos que son imaginaciones mías. —Nicole se encogió de hombros—. He traído la segunda parte del manuscrito fotocopiada, para que cada uno tenga la suya. Y... —Frunció el ceño—... ¿Si fuera el manuscrito lo que buscaban? Menos mal que esta entrega no estaba en casa... —concluyó deshaciendo el envoltorio. Ahora el hombre la miró verdaderamente sorprendido—. Ya, ya. No me lo digas. Otra corazonada tonta. Pero hazme un favor. Cuando salgamos de casa, cada uno se lleva su copia. Por si acaso.

—De acuerdo. Pero ¿y si salimos a dar un paseo? ¿Cargamos con ellas?

—Pues... Bueno, ya se nos ocurrirá algo. De momento lo que hay que hacer es terminarlo rápido y guardarlo en sitio seguro. De modo que vamos a seguir leyendo. Me muero de curiosidad. Oye, y hablando de misterios, ¿has pensado en la solución para el enigma de los piratas y su botín?

—La verdad es que no —repuso Jean—. Le di algunas vueltas cuando terminamos la primera parte del manuscrito, pero luego vino todo el lío de adivinar el apellido de Hans y la clave de la caja de seguridad. Eso sí que fue un enigma.

—A mí me ha pasado lo mismo —asintió ella—. Y te diré que casi había olvidado a los piratas. Pero tenemos que pensar en la solución. Si no damos con ella, Hans va a sentirse defraudado...

XXVI

MANUSCRITO SUIZO DE HANS HEINS

CAPÍTULO DECIMOTERCERO

Evoco las Navidades de 1935 como especialmente gratas. Mi hermana vino desde Hannover a pasar unos días con nosotros y la familia pudo reunirse al completo. Hacía siete años que ella vivía en la ciudad del norte y la habíamos visto muy esporádicamente. La acompañaron su marido y sus dos hijos, el mayor ya de cinco años. Su esposo me siguió pareciendo, tal como lo recordaba, un tanto altanero y presuntuoso —dedicó bastante rato a relatarnos sus éxitos como médico—, aunque he de reconocer que a mí me dirigió numerosas preguntas y me escuchó con atención. Mi pertenencia a las SS y mi proximidad al Reichsführer debieron de impresionarlo. Yo le hablé de las molestias de estómago de Himmler —con el tiempo se agudizarían— y de su posible tratamiento. Me dijo que tendría que hacerle análisis —la posibilidad pareció gustarle—, pero que no eran algo extraño en un hombre con su actividad y preocupaciones.

—Lo malo es que esos dolores ponen de mal humor y a lo mejor te toca sufrirlo —concluyó con una risita—. Dile que una cucharadita de bicarbonato con el desayuno probablemente le ayudará.

Aquellos días volví a ver aparecer la sonrisa en el rostro de Grossmutti, sobre todo cuando sus bisnietos se acercaban a ella, aunque también es cierto que su avanzada edad se había hecho de pronto presente. Mi abuela tenía ya el aspecto de una persona anciana y su gran personalidad de carácter parecía haberse ido para ya no volver. Hablaba poco y parecía pasar las horas sumida en sus recuerdos, pues de pronto el asomo de una sonrisa o un leve encogimiento de hombros alteraban su quietud. Me dio pena verla así, pues la quería mucho, pero pienso que ella estaba más a gusto en su universo del

pasado que viviendo los tiempos presentes. Como ya he dicho, ni Hitler ni el futuro que intuía para Alemania le gustaban lo más mínimo.

La noche de fin de año salimos, al igual que otros cientos de miles de habitantes de la ciudad, a divertirnos. Múnich y Alemania entera habían recuperado la alegría, la esperanza y también el orgullo de ser alemanes. La depresión había quedado atrás, encontrar trabajo ya no era un problema y el futuro que nos prometía Hitler se veía como algo maravilloso... y posible.

La ilusión duraría poco.

Fuimos a celebrar el nuevo año Sophie y yo, mi hermana y su marido y una pareja de amigos. Ella lo era de mi mujer desde que iban al colegio. Yo preferí esa noche no acudir a ninguna de las fiestas que las SS o el partido organizaban. Elegimos una conocida sala de fiestas y lo pasamos muy bien. Así dimos la bienvenida a 1936.

* * *

1936. Año en el que el NSDAP se volcó para que el mundo fuera testigo de sus logros. Correspondía a Berlín la organización de los Juegos Olímpicos y el Führer decidió que no había un mejor escaparate para que todos conocieran la Alemania del Tercer Reich. Y los alemanes colaboramos con ilusión, pienso yo que contentos al poder contemplar cómo nuestro país era día a día más pujante. Claro está que yo hablo desde la perspectiva de quienes estábamos en el poder. Imagino que otros no pensarían igual.

Himmler parecía olvidado del castillo de Wewelsburg, como también Wiligut, aunque éste aludiera a él a veces cuando nos veíamos. Karl Maria pasaba en esa época más tiempo en Berlín que en Múnich, y estaba por entonces más ocupado en dar lustre a su departamento de historia antigua, el cual, por orden de Himmler, mantenía una estrecha colaboración con la recién fundada Ahnenerbe, algunos de cuyos integrantes, que procedían del ámbito universitario, no parecían muy dispuestos a dar excesivo crédito a las historias de los *wiligotis* y los tres soles. Pero las órdenes del Reichsführer eran de escuchar a nuestro amigo. La Ahnenerbe llegó a ser con el tiempo una complejísima maquinaria con más de cuarenta departamentos de todo tipo, algunos de marcado carácter esotérico y místico.

Por ello me sorprendió una nueva convocatoria para ir a casa de Haushofer, pues hacía tiempo que no nos reuníamos con el profesor.

Tuvo lugar un sábado de finales del invierno. Aún la tengo presente, pues fue aquélla una sesión muy especial. Múnich estaba nevado y hacía frío, y yo habría preferido quedarme en casa con Sophie o ir a un cine que teníamos cerca. La verdad era que las sesiones espiritistas —o espiritualistas, como las llamaba Haushofer— habían ido poco a poco, como ya he relatado, perdiendo interés para mí. E imagino que también para los demás. Pero aquella tarde gélida y gris todo fue diferente.

Ya de entrada vi que el lugar en el que nos situábamos para iniciar las sesiones estaba cambiado. El asiento reclinable del profesor seguía allí, al igual que el sofá y las butacas que utilizábamos, pero todo estaba más apretado, con los muebles más próximos entre sí. Una mesa pequeña, cercana al sillón de Haushofer, exhibía dos gruesas velas, negras. Y también me di cuenta de que habían retirado la alfombra que habitualmente ocupaba esa zona. Y de que en el suelo podían verse dibujadas unas líneas blancas.

Cuando llegué, aparte naturalmente del profesor, ya estaban allí Gebelt, Hess y Rosenberg, al que hacía tiempo que no veía, puesto que, desde su nombramiento como jefe del Servicio de Asuntos Extranjeros, residía en Berlín.

Haushofer no nos dio pista alguna sobre la extraña disposición de su salón y se limitó, como avezado anfitrión que era, a interesarse por nuestras respectivas actividades. No fue hasta que Himmler y Wiligut se incorporaron a la reunión —lo hicieron casi al mismo tiempo— que el profesor, tras un gesto con el que pareció pedir atención, se dirigió a todos nosotros:

—Sólo otra vez en mi vida he aceptado participar en una sesión del tipo que hoy os propongo. Fue hace ya tiempo, durante mi estancia en Japón. Lo hice a propuesta de terceras personas y acepté por curiosidad. Lo que entonces viví me desagradó, aunque he de reconocer que fue una experiencia de la que no me arrepiento. Hoy consiento en repetirla porque pienso que vosotros también tenéis derecho a vivirla... si decidís hacerlo. Las conclusiones que al final saquéis serán únicamente propias de cada uno. —Tras esa introducción, que consiguió acaparar toda nuestra atención, Haushofer prosiguió—: Se trata de entrar en contacto con otro tipo de espíritus. Espíritus puros, que nunca han sido humanos, pero cuya potencia yo no cuestiono. En aquella otra ocasión pude percibir su extraordinario poder. Pero también quiero adelantaros que no son espíritus bondadosos. —Hizo una pausa mientras meditaba sus siguientes palabras—. Si Dios y el

diablo existen, o aunque sean simplemente nombres que damos al bien y al mal, os diré que estos espíritus militan en las fuerzas del mal. Forman parte de la cara oscura del universo.

El silencio fue general. Apenas nos atrevíamos a mirarnos unos a otros. Yo busqué los ojos de Himmler y recibí un mudo mensaje de tranquilidad. Tuve la certeza de que el Reichsführer ya estaba sobre aviso de las intenciones de Haushofer.

—Os preguntaréis qué puede aportarnos la presencia de estos seres — continuó éste—. Pues bien, la respuesta es sencilla: son los únicos que pueden hablarnos del futuro. O al menos los únicos que están dispuestos a hacerlo.

El hombre calló e hizo un gesto como animándonos a tomar una decisión.

—No pueden causarnos daño, ¿verdad? —Entonces pensé que era una pregunta que Himmler tenía preparada.

—No. —Haushofer negó con la cabeza—. Son espíritus y se hallan en otra dimensión. Pero lo que digan puede no resultar agradable.

—Entonces adelante. —Las palabras del Reichsführer sonaron como una orden.

Haushofer levantó la mano.

—No sé si aparecerá alguno. Mi experiencia es mínima y en Japón fueron otros los que prepararon el escenario. Veréis que en el suelo he dibujado un pentágono. Todos debemos situarnos dentro de él. Forma parte del ritual.

—¿Y por qué? —pregunté yo.

—Nos acerca a su dimensión. —El profesor se encogió de hombros en un gesto que le era característico—. Y no debemos salir de él mientras el espíritu esté con nosotros. Se rompería... el equilibrio.

Con el tiempo me enteré de que el pentágono servía también de protección para quienes se colocaban en su interior. Los posibles visitantes no eran pues tan inofensivos como Haushofer nos había contado. Pero entonces le creí, y me dirigí, junto con los demás, hacia el escenario que el geógrafo —imagino que con el auxilio de Gebelt— había preparado.

—Las velas darán la única luz que tengamos —dijo el psiquiatra tomando unas cerillas y encendiéndolas—. Hoy no usaremos la luz roja.

Me pregunté la razón del color negro de la cera, pero no expresé mi pensamiento en voz alta y, como nadie más lo hizo, desconozco el motivo. Parte también del ritual, supongo.

Gebelt se ocupó a continuación de cerrar todas las cortinas, aunque ya era de noche, y de apagar una por una las lámparas de la habitación. Ahora sólo las velas daban algo de luz. Ésta era trémula y hacía que las sombras pareciesen seres vivos. Un escalofrío recorrió mi espalda.

Me instalé en el sofá, entre Himmler y Rosenberg. Hess y Wiligut ocuparon sendos sillones y el psiquiatra se sentó, como siempre, junto a Haushofer. Pero, como ya he dicho, aquel día estábamos todos más cerca unos de otros. La mesa con las velas se hallaba al alcance de mi mano.

Haushofer entró en trance tan rápidamente como siempre —no debía de estar especialmente nervioso— y Gebelt pidió en voz alta que se manifestaran los espíritus que estuvieran dispuestos a ello.

Con posterioridad me he reído muchas veces al recordar lo que entonces sucedió. Incluso lo hice esa misma noche cuando, ya en casa, le relaté lo sucedido a Sophie. Pero en aquel momento yo no estaba precisamente para risas. Y estoy seguro de que tampoco ninguno de los demás.

Porque, efectivamente, un espíritu se presentó sin que tuviéramos que esperar demasiado. Pero no vino precedido de ruidos atemorizantes ni nos habló con voz cavernosa, como yo me temía.

—Hola, soy Ursel. Hacía tiempo que no podía venir a estar con vosotros. Y lo lamentaba, porque vuestras reuniones me resultan muy agradables.

Yo miré a Himmler, sorprendido, y el mismo Gebelt dio un respingo.

¡En lugar de un espíritu del mal, recibíamos la visita de nuestra amiga Ursel, la locuaz austriaca que vivió en Salzburgo en el siglo XVIII!

Pero su presencia duró poco. Ella misma debió de darse cuenta de que allí sobraba, pues casi a renglón seguido se despidió de forma abrupta.

—Eh... Perdón. Yo... debo irme. —Y no dijo más.

Gebelt volvió a preguntar si algún espíritu quería entrar en contacto con nosotros. Durante un rato, el silencio fue la respuesta.

Pero entonces sucedió. Todo se hizo oscuro... y frío. Aquella tarde contemplé cómo la luz de las velas se volvía negra, aunque parezca un contrasentido. Yo seguía percibiendo lo que me rodeaba, pero en negro. Todo era de ese color, aunque aun así podía verlo...

Y el frío... Fue como si de repente hubiéramos salido al aire libre en una noche nevada. Al menos todos así lo notamos. No habría sido necesaria la advertencia de Haushofer de mantenernos dentro del pentágono. En aquellos instantes yo estaba tan aterrorizado que habría sido incapaz de moverme.

Menos mal que nuestro visitante no habló con voz de ultratumba, tal como yo había temido cuando el profesor nos propuso sus intenciones para aquella velada. Ni hubo ruidos inesperados ni objetos que caían al suelo.

La voz que nos habló fue la de Haushofer, clara y sin inflexiones, aunque sus labios apenas parecían moverse. Y un ectoplasma, también negro, comenzó a formarse a su alrededor, surgiendo desde su nariz. No entiendo cómo pude distinguirlo, pues todo en aquel salón, hasta la misma luz, era del color del azabache; pero lo hice.

—¿Qué deseáis, vosotros que me convocáis?

—Sabemos que vienes de un mundo en el que todo es eterno. —Fue Gebelt quien habló—. En el que pasado y futuro se confunden. Háblanos de lo que está por venir.

—Nada es eterno. Todo comienza y termina, aunque pueda renacer. —En la voz, aunque era la de Haushofer y se expresaba de forma monótona, pareció dejarse sentir un deje de desprecio—. Repito, ¿qué deseáis?

—¿Entonces el universo —el psiquiatra no pareció amedrentado— tiene principio y fin?

—El universo existe porque no puede ser de otra manera. El universo es el resultado de la imposibilidad de la nada. La nada no puede imponerse porque entonces ni ella misma tendría sentido.

—¿Puedes hablarnos del futuro? ¿De lo que le espera a Alemania y al Tercer Reich?

—Ya he dicho que todo lo que comienza tiene que acabar. No importa su condición.

—Me refiero a un plazo breve. Al plazo de una vida humana.

—Ese tiempo es tan corto que no es trascendente. Pero leo en vuestras mentes y sé a lo que te refieres. Veo fuego y lucha, veo muerte y desolación. El más fuerte triunfará. Pero su éxito, como vuestra vida, será efímero. Nada más puedo decirte.

Y el espíritu, sin más, se fue. No debió de encontrarnos interesantes. Noté su marcha en que la luz volvió a ser la amarillenta que habitualmente daban las velas y en que el gélido ambiente dio paso de nuevo a la agradable temperatura del salón del profesor. Yo creo que todos dimos un suspiro de satisfacción.

Vi que Gebelt observaba de cerca a Haushofer, cuyo rostro me pareció extraordinariamente pálido en aquella luz mortecina.

—Debo despertarlo —dijo—. Su respiración es agitada. Hans, por favor, ve encendiendo las luces.

Y así concluyó aquella extraña sesión en la que nuestro invitado, por muy espíritu de primera que fuese, nos dejó tan *in albis* como nuestros habituales contertulios. Pero todos nos quedamos sobrecogidos. Quizá fuera porque las velas siguieron encendidas, pero me pareció que Himmler estaba pálido. Wiligut permaneció en silencio, algo raro en él, y Rosenberg tampoco se mostró dispuesto a comentarnos sus impresiones.

* * *

En ese año de 1936 sí pude elegir las fechas de mis vacaciones y las utilicé, de acuerdo con Sophie, para pasar unos días en Berlín coincidiendo con los Juegos Olímpicos. Como fuimos en nuestro coche, aprovechamos también para hacer un recorrido por el norte de Alemania.

Aunque pueda parecer extraño, ni mi mujer ni yo habíamos estado nunca en Berlín, y he de confesar que la ciudad nos impresionó. La nuestra, Múnich, era amable y acogedora, grande y muy bonita, pero la capital tenía un carisma especial, o así era para nuestros ojos. Quizá su historia, su simple nombre pesaban en nuestro ánimo. Visitamos el Reichstag y la Puerta de Brandemburgo, paseamos cogidos de la mano por Unter den Linden y recorrimos en barco el río Spree.

Pero lo que aún hoy guardo en mi memoria es el estadio olímpico.

Himmler había vuelto a demostrarme que sabía ocuparse de los que le eran afines y me había dado un nombre y la dirección de la oficina olímpica, desde la que Hans von Tschammer und Osten, la persona directamente designada por Göbbels para cuidar del desarrollo de los juegos, se ocupaba de que todo fuera transcurriendo según lo previsto. Y pienso que realizó bien su trabajo, pues durante los días en que estuvimos en Berlín no pudimos por menos que sentirnos orgullosos de ser alemanes. La ciudad estaba preciosa, la organización fue perfecta y todo colaboró para crear un recuerdo imborrable en nuestras memorias.

El Reichsführer me hizo también otro regalo: pocos días antes de nuestra partida me comunicó sonriente mi ascenso a SS Sturmbannführer, grado equivalente al de comandante o mayor en el ejército, y me prometió que a mi vuelta tendría un despacho para mí solo, próximo al suyo.

Así que, con los nuevos galones rápidamente cosidos en mi guerrera y la perspectiva de unos días de vacaciones, Sophie y yo partimos felices rumbo a la capital.

Ya finalizada la guerra, he leído que durante aquellos días de agosto se retiraron de Berlín carteles y alusiones que pudieran ser vejatorios para los judíos, y que los gitanos desaparecieron de la ciudad simplemente porque fueron encerrados en un campo especial mientras duraron los juegos. Yo entonces no pensé en nada de todo ello y sólo recuerdo que personas venidas de todos los países convivían y reían juntas. Berlín era una continua fiesta en la que deporte y amistad se hermanaban. ¡Qué imposible parecía entonces la llegada del terror que en pocos años asolaría Europa!

Como no podía ser de otra manera, se había decidido que sólo alemanes puros pudieran representar a nuestro país. La idea era demostrar la superioridad de la raza aria y que el mundo fuera testigo de ello. La decisión a punto estuvo de costar el boicot de algunos países, entre ellos Estados Unidos, pero finalmente los juegos tuvieron un récord de participación y Alemania fue la nación que más medallas cosechó para satisfacción general.

Se ha dicho que a Hitler, espectador asiduo en el estadio olímpico, le sentaron mal las cuatro medallas de oro del atleta estadounidense Jesse Owens, por ser de raza negra. No lo sé, pero cuando, ya en septiembre, hablé de los juegos con Himmler, éste no pareció en absoluto molesto ni hizo referencia alguna al posible enfado del Führer.

—Están menos evolucionados y es lógico que algunos de ellos corran y salten más. Piensa que tienen que sobrevivir en la selva. Además son conscientes de su inferioridad y se conforman. —Hizo un gesto de desdén con la mano—. El peligro para nuestra raza no son ellos, Hans. Y no debes tener duda de que esa amenaza viene de los judíos. Lo que sí ha quedado claro es que somos los mejores —añadió con una media sonrisa—. Nadie puede discutirlo.

En Berlín asistimos fundamentalmente a las sesiones de atletismo que tuvieron lugar en el estadio olímpico. También llevé un día a Sophie a las finales de esgrima, disciplina que había practicado con cierto éxito durante mis años de estudiante en el Max. Yo disfruté mucho, pero tengo claro que Sophie se aburrió aunque tratara de disimularlo.

—Es que soy incapaz de saber quién ha matado a quién —me confesó al terminar. Al principio yo la miré sorprendido, pero momentos después los

dos reíamos como niños. Y debo admitir que no le faltaba razón.

Fueron unos días maravillosos.

Un día, durante nuestro recorrido por la Alemania del norte, nos acercamos a Travemünde, cerca de Lübeck, y nos sentamos en una preciosa playa blanca enfrentados al mar Báltico. La belleza del lugar nos sobrecogió y permanecimos un rato sin hablar, mirándonos y sonriendo de vez en cuando.

Finalmente fui yo quien rompió el silencio. Imagino que mis palabras de entonces llevaban tiempo gestándose en mí y que lo apacible del entorno colaboró a que aquel día afloraran.

—Sophie —dije—, no sé si lo que hacemos, lo que hace el partido y concretamente nosotros, las SS, es bueno. Ni siquiera sé si es lo mejor para Alemania. —Ella se limitó a asentir. Supongo que mis dudas ya le eran conocidas, aunque yo nunca las hubiera expresado con tanta claridad. Las mujeres siempre intuyen más de lo que nosotros, los hombres, podemos llegar a suponer—. Y por otro lado, pienso que no me entero de mucho de lo que realmente puede llegar a pasar —continué—. Estoy siempre entre cuatro paredes, rodeado de archivos... Claro que escucho cosas, y que pregunto, pero aun así... Sophie, el partido lo controla todo: la policía, la prensa, incluso la justicia... Y creo que eso no está bien. Los seres humanos no somos dioses.

Ella puso su mano sobre la mía y señaló con un gesto hacia el mar que teníamos enfrente.

—Hans, la historia de la humanidad está llena de luces y de sombras. No es más que un reflejo de lo que somos. La naturaleza es mucho más sabia. Mira ese mar... Lleva ahí miles de años, inmutable. Y es predecible. Lo que nosotros urdimos —me miró a los ojos— no lo es en absoluto. Y encima es efímero, porque siempre hay alguien dispuesto a demostrar que su idea es mejor. No te atormentes por aquello que no puedes cambiar. Ya lo hará de forma natural. Preocúpate sólo de ser fiel a ti mismo. ¿Crees que serviría de algo que te enfrentaras a lo que ahora es Alemania, a lo que ahora somos todos nosotros? ¿O que simplemente renegaras de lo que en este momento representas para encerrarte como un caracol? —Sophie guardó unos instantes de silencio y me sonrió con ternura—. Pero si eso es lo que deseas por encima de todo, hazlo —prosiguió—. Lo comprenderé y te seguiré. Aunque no creo que sea necesario. Bastará con que sigas siendo tú mismo y haciendo aquello que en cada momento consideres lo mejor. Porque eres una gran

persona, querido Hans. Y yo te quiero como eres.

Yo me emocioné y no pude responder. La tomé por el hombro y la atraje hacia mí. Nos quedamos mirando al mar que se nos ofrecía sereno, envidiablemente ajeno a todo.

XXVII

MANUSCRITO SUIZO DE HANS HEINS

CAPÍTULO DECIMOCUARTO

1937 fue un año tranquilo. Ése es el adjetivo que me viene a la mente cuando rememoro lo que entonces sucedió. Incluso el estado de agresiva exaltación en el que muchos de los jóvenes —y no tan jóvenes— alemanes se habían instalado durante los años anteriores pareció atemperarse.

Múnich vivía un frenesí de remodelación urbana, algo que se achacaba a un deseo personal del Führer y que la mayoría aplaudía. Y no era sólo nuestra ciudad. También Berlín, Núremberg y otras importantes metrópolis veían cómo día a día cambiaba su fisonomía. El ladrillo y el cemento se adueñaban de lo que antes habían sido jardines o simple tierra, y todo lo nuevo se construía bajo el denominador de lo monumental.

La Königsplatz y una enorme superficie a su alrededor que incluía la Braunes Haus, nuestra sede, se rehízo según las nuevas directrices, y debo reconocer que a mí el resultado me impresionó. Todo parecía mayor que antes. Supongo que ello formaba parte del espíritu que estábamos viviendo.

El Hitler que la propaganda nos presentaba era el de un hombre exclusivamente preocupado por la patria común y por nosotros, los alemanes. Bien es cierto que no se aireaba demasiado que el canciller llevaba ya tiempo haciendo oídos sordos a las condiciones que nos imponía el Tratado de Versalles y que, en contra de lo que estipulaba, nuestro poderío militar aumentaba de manera vertiginosa. Importantes contingentes de tropas estaban siendo concentrados en la región de Renania. Y ya empezábamos a aceptar como algo natural que Austria y Alemania fueran —o debieran ser— una unidad indivisible.

Hasta los judíos parecieron sufrir durante ese año una menor

animadversión. Era la falsa calma que antecede a la tormenta.

* * *

Quedlinburg, cerca de las montañas del Harz, en el corazón de Alemania, se había convertido por obra y gracia de Himmler en una de las ciudades señeras del nazismo. En ella estaban enterrados el rey Enrique I y su esposa Matilda, a la que la Iglesia católica consideraba santa. En 1936 se habían cumplido mil años de la muerte del rey y el Reichsführer decidió rendir homenaje a aquel hombre de quien se decía que había fraguado la unidad de Alemania. No en vano Himmler se creía su reencarnación.

En verano de ese año, un mes antes de los Juegos Olímpicos, un destacado grupo de las SS nos habíamos desplazado a la ciudad medieval, con nuestro jefe a la cabeza. Todo estaba preparado en el antiguo burgo para la visita, con sus calles cuajadas de banderas y las casas recién pintadas. Era una población preciosa y aún guardo nítidas imágenes en mi recuerdo. Ahora está en la zona comunista de Alemania. Sólo espero que la mantengan tal y como yo la conocí.

En la catedral bajamos hasta la cripta y allí, ante las tumbas de los reyes, Himmler nos dirigió un corto discurso. Iba vestido completamente de negro, con el casco militar y botas altas, y yo, que lo había escuchado en múltiples ocasiones, comprendí que se sentía emocionado.

—Enrique fue el impulsor del Reich de los mil años que hoy se cumplen. Mucho le debemos a él y a su memoria. Que este lugar y esta ciudad, desde la que se fundó nuestra gran nación, sean para todos lugar de culto. Un nuevo líder nos llevará ahora hacia otros mil años de gloria: nuestro Führer, Adolf Hitler.

Himmler, con el brazo extendido, pronunció el ritual *Sieg!* y todos respondimos con un emocionado *Heil!*, que reverberó potente entre aquellos muros también milenarios. Después el Reichsführer se dio la vuelta y permaneció largos momentos contemplando en silencio la tumba del rey.

Durante 1937 se acometieron obras para mejorar la ciudad y los sepulcros, y el antiguo monasterio medieval pasó a ser un santuario del nazismo. Tuvo muchos visitantes durante los años que siguieron, de lo que me alegro, pues la bella ciudad sin duda lo merecía.

En primavera de ese año realizamos otra visita a Wewelsburg. Himmler

dispuso que el castillo quedara a nuestra disposición durante un fin de semana. Sólo el director del centro, Von Knobelsdorff, y el personal necesario para garantizar nuestra comodidad durante la estancia permanecieron allí. Nos acompañó un nutrido destacamento de jóvenes SS cuya misión era velar por nuestra seguridad.

Hess, Haushofer, Von Schirach, Rosenberg, Wiligut y Gebelt el psiquiatra fueron los invitados, amén de Himmler y de mí. Por los nombres es fácil comprender que el propósito del Reichsführer no era otro que el de trasladar de lugar nuestras habituales reuniones en los salones del geógrafo. Y he de reconocer que el marco no podía ser más impresionante. Sin duda pretendía que todos lo conocieran, aunque pienso que el fin último era el de poder celebrar una sesión similar a las de la casa del profesor, pero con un escenario diferente, que no podía ser otro que la mágica torre norte. Sobre ello albergaba yo pocas dudas.

Ya poco después de nuestra llegada me comentó Wiligut que Himmler, con quien él había viajado en el coche, se había quedado extasiado cuando el castillo apareció ante su vista.

—Mira, Karl Maria. La torre. Es impresionante, ¿verdad?

Ésas fueron sus palabras. Y es que Himmler había asumido como propia la descripción que de ella había acuñado Wiligut: «En la torre se produce la confluencia de los ríos telúricos que canalizan la fuerza de nuestros ancestros».

La frase era rimbombante, digna hija de una mente como la de Karl Maria, pero no era yo, que ya había estado en dos ocasiones bajo sus efectos, quien podía decir que fuera exagerada. No sé si eran nuestros ancestros, o bien los *wiligotis* de nuestro amigo o quizá simplemente el entorno, que ejercía un especial influjo sobre mí, pero estaba claro que la torre norte de Wewelsburg me producía extrañas sensaciones.

Extrañas y desagradables, pues estar inmerso en un ámbito que te posee y en el que tienes la impresión de no ser nada frente a voluntades poderosas que te rodean —y que además te ignoran— había conseguido provocarme por dos veces una fuerte sensación de angustia.

Temía por tanto que el Reichsführer pretendiera llevarme de nuevo a esa situación en un intento de establecer contacto con aquellos seres. Haushofer y yo formábamos a todas luces el binomio perfecto a los ojos de Himmler.

Quizá por todo ello, el recuerdo que guardo de Wewelsburg sea agrídulce.

Por un lado, prima su indudable atractivo, la extraordinaria fuerza que transmitía y la sensación de poder que, con sólo estar entre sus paredes, podía yo llegar a percibir. Por otro, en cambio, estaba el sentimiento de que la vida propia que parecía tener el castillo discurría ajena a cuanto lo rodeaba, despreciativa incluso de todos nosotros, lo que hacía que me sintiera extraordinariamente intrascendente. Y sobre todo ello prevalece aquella dolorosa sensación de angustia que me atenazaba al acercarme al centro de la torre norte, sensación que aún hoy puedo percibir en la boca del estómago cuando la evoco...

Con todo, el recuerdo de aquellos días en Wewelsburg resulta placentero. El castillo había sido cuidadosamente remodelado y restaurado hasta en sus más pequeños detalles. El trato que recibimos fue difícilmente mejorable, y he de admitir que el hecho de ser uno más entre aquellos personajes tan importantes en el Tercer Reich se convirtió para mí en una agradable experiencia. En ningún momento me hicieron sentir incómodo, a pesar de mi inferior rango, y hasta Baldur von Schirach resultó un agradable compañero.

Las principales habitaciones y estancias del castillo habían sido renombradas en una mezcla de tradiciones germánicas y leyenda artúrica, y así coexistían los nombres *Gral* y *König Artus* con *Arier* y *Runen*[53]. También, cómo no, el rey Enrique I tenía su sala —que Himmler había reservado para sí—, al igual que le sucedía a otro Enrique, conocido como el León, que fuera duque de Baviera y Sajonia en el siglo XII. Westfalia y Orden Teutónica son otros de los nombres que recuerdo.

El castillo estaba decorado con el estilo un tanto grandilocuente que marcó aquella época y había lugares que parecían preparados para albergar una ópera de Wagner, con inmensos pendones que bajaban desde el techo. Música del compositor, del que tanto mi mujer Sophie como yo éramos admiradores, podía escucharse suavemente tamizada en momentos puntuales.

En verdad Von Knobelsdorff se había esmerado a la hora de preparar nuestra estancia.

El sábado por la mañana se organizó una partida de caza, actividad a la que Himmler era muy aficionado. A mí no me gustaba —la verdad es que tampoco la había practicado—, y si esa mañana disparé algún tiro, fue más que nada por no llamar la atención. Reconozco que la idea de matar me resultaba desagradable.

Almorzamos en el gran comedor con la música de Lohengrin de fondo y el

Reichsführer nos recomendó un descanso —nos habíamos levantado temprano— y nos anunció que la sesión con Haushofer tendría lugar alrededor de las siete.

—¡Qué mejor escenario que Wewelsburg! —dijo—. Confío en que los espíritus que habitan en la torre quieran darnos la bienvenida.

Durante la visita que habíamos hecho el día anterior estuvimos en la sala de columnas de la torre norte, a la que se accedía a nivel del patio. Himmler nos la mostró orgulloso y nos contó su intención de convertirla en un gran salón de reunión para los más altos mandatarios de las SS. *Obergruppenführersaal*[54] la denominó. Albergaría una mesa redonda de roble. La forma circular de la estancia, con doce columnas y doce ventanas alargadas, tenía una clara implicación artúrica, y pienso que a ninguno de los presentes nos resultó difícil imaginar a los caballeros de la tabla redonda tomando asiento, majestuosos, en aquel lugar.

En el centro del suelo de mármol de la habitación se había dibujado un sol negro, en mármol más oscuro. Dos círculos concéntricos encerraban al astro, del que surgían doce rayos que se quebraban al acercarse al círculo mayor. El diseño provenía de tiempos antiguos y pretendía representar una rueda solar con sus doce meses, pero el nazismo, y más concretamente las SS, lo habían hecho suyo y le habían dado su actual forma, que también podía interpretarse como una serie de esvásticas en abanico o como una repetición de la runa en forma de S que, duplicada, era el emblema de nuestra orden. Un símbolo, en suma, de marcado carácter esotérico y que cuadraba a la perfección con la denominación —la orden negra— con la que ya se nos conocía.

Yo me abstuve de acercarme demasiado a aquel sol un tanto inquietante, pues se hallaba exactamente en el punto en el que por primera vez me vi atrapado por el río telúrico —como lo denominaba Wiligut— que atravesaba Wewelsburg.

Karl Maria, en un aparte, me dijo que la idea de situarlo allí había sido suya, aunque Himmler, cuando nos lo mostró, no hizo alusión alguna a ello. Nunca se lo pregunté al Reichsführer, aunque, dado el interés de Wiligut por el castillo y su fijación por ese tipo de cosas, no tengo por qué poner su afirmación en duda. Mucho tiempo después he leído que el centro del dibujo, el que representaba el sol, había sido de oro. No sé si más adelante lo sería, pues mi última visita al lugar fue en 1939, pero en ella, así como en aquella primavera de 1937, era de mármol verde oscuro, como el resto del diseño.

Yo me imaginaba que la sesión «espiritualista» tendría lugar allí, pero Himmler nos reservaba otra sorpresa. Cuando poco antes de las siete nos pusimos en marcha desde el salón que usábamos como lugar de reunión, no nos llevó hacia la entrada que desde el patio conducía a la habitación de columnas, sino que salimos del castillo y, bordeándolo, descendimos hasta la puerta que, desde el exterior, daba acceso a la cripta situada inmediatamente debajo de la sala en cuyo centro se hallaba el sol negro. Ello no hizo que mis temores se desvanecieran, pues la estancia se hallaba en el mismo eje que la otra y en ella me había visto yo igualmente atrapado por aquel flujo indescriptible.

La cripta también había sido remodelada desde mi anterior visita. Adosados en círculo contra la pared, doce poyetes parecían preparados para servir de asiento a otras tantas personas —o caballeros de alguna real orden, a los que no costaba figurarse muy tiesos, sus dorsos apoyados contra el muro y colosales espadas en las manos—. Una luz rojiza se esparcía desde unas bombillas hábilmente disimuladas, aunque de momento su resplandor fuera dominado por la claridad del día que entraba por las altas y pequeñas ventanas que daban al exterior. Al entrar me fijé en que unas cortinillas negras, manejables desde abajo, permitían oscurecer la habitación.

En el centro del techo —era evidente que justo encima se hallaba el sol negro—, una esvástica extendía sus cuatro brazos, que también, al acercarse al borde, se quebraban como los del dibujo de la sala superior.

Dos cortos escalones permitían el acceso a la parte central del recinto, también redonda, y que se hallaba ligeramente más baja que la exterior. Y en mitad de ella un hueco, asimismo circular, no muy grande y que parecía destinado a albergar algún objeto. Ese día estaba vacío.

Aquella especie de nicho se hallaba en el centro mismo de la cripta, y por tanto de la torre norte, al igual que la esvástica del techo y el sol negro de la sala superior, por lo que procuré mantenerme lo más alejado posible de él.

—Wewelsburg será nuestro Walhalla y esta gruta, su lugar más sagrado —dijo Himmler una vez que todos hubimos entrado—. Tengo grandes planes para ella. Aquí permanecerá por siempre la esencia de nuestra orden. Y cada día que pase se hará más fuerte.

Más adelante Wiligut y el propio Himmler me comentarían con detalle sus propósitos. Desconozco los exactos motivos, pero creo que lo que planeaban nunca llegó a realizarse. Quizá la atención del Reichsführer se vio, con el

comienzo de la guerra, monopolizada por otros asuntos y también puede que la influencia de Karl Maria sobre él se fuera haciendo menos notoria. O tal vez le pareció suficiente el gran regalo que en 1939 le haría al castillo... Pronto llegaremos.

Aquel día, los únicos muebles que albergaba la cripta eran una butaca reclinable y una silla junto a ella. La butaca era en todo similar a la que utilizaba Haushofer en su salón de Múnich, hasta el punto de que pensé que pudiera ser la misma. Pero ésta parecía más nueva. Las dos estaban ubicadas en la parte más baja de la estancia, ligeramente más alejadas del nicho central que del borde que limitaba la zona exterior. Pronto quedó claro que el geógrafo y Gebelt se instalarían en ellas y que los demás lo haríamos en la bancada circular que limitaba la franja alta.

El lugar no parecía muy cómodo, pero yo respiré aliviado al ver que no se encontraba cerca del eje de la torre.

Gebelt fue cerrando las cortinas negras que se hallaban junto a las altas ventanas, con lo que deduje que había visitado previamente el lugar, probablemente en compañía de Haushofer. Éste estaba en un aparte conversando con Himmler, quien tenía una mano posada en su hombro. El profesor había estado esos días taciturno, menos comunicativo de lo habitual, y su rostro de rasgos serios tenía una indefinible expresión de tristeza, aunque había seguido siendo la persona educada y caballerosa que todos conocíamos.

La luz rojiza era ahora la dueña de la cripta, y sentí un ligero escalofrío al pasear la vista por aquellos muros silenciosos. Seguramente mis experiencias en la torre hacían que estuviera más sensibilizado que los demás, aunque todos, desde el momento en que transpusimos la puerta, empezamos a hablar en voz muy baja, como temerosos de poder molestar a los espíritus que habíamos ido a visitar.

Finalmente, Himmler se separó de Haushofer y nos hizo una seña para que nos sentáramos sobre el reborde de piedra, en la zona próxima al sillón que debía ocupar el profesor. A mí me dirigió un gesto pidiéndome que me instalara a su lado. A mi derecha se colocó Rosenberg.

El geógrafo se dirigió tranquilamente hacia su sitio, junto al que ya le esperaba Gebelt. No parecía que el lugar y la ocasión lo tuvieran preocupado, lo cual me asombró, pues yo casi podía escuchar el latir de mi acelerado corazón.

El comienzo fue como el de cualquiera de las sesiones precedentes, en las

que el psiquiatra ayudaba a nuestro médium a entrar en trance. Pero a continuación todo se aceleró.

Pudimos escuchar un rumor que iba en aumento, como el que produce el viento cuando se desata, aunque en el momento de nuestra entrada en la cripta la tarde transcurría en una apacible calma. No puedo confirmar que el susurro procediera del centro de la estancia, como más tarde aseguraría Wiligut. Más bien diría que aquel sonido nos envolvía. Un ectoplasma perfectamente visible rodeó a Haushofer, surgiendo en apariencia de su nariz, y se desplazó como si tuviera voluntad propia hacia el eje de la torre. La mano de Himmler oprimía fuertemente la mía.

El ectoplasma era oscuro, aunque al llegar a la vertical del nicho excavado en el centro de la cripta pareció emitir un destello de claridad. Luego permaneció quieto, a modo de un cordón umbilical que unía al profesor con aquella zona.

Haushofer, en su trance, dio un breve respingo, y yo también sentí un choque, como si algo, sin daño pero con contundencia, me hubiera golpeado. Himmler notó mi sobresalto, pues me dirigió una rápida mirada.

Y a continuación, sin apenas mover los labios, el geógrafo comenzó a hablar. Era una voz que ya conocíamos, pues se expresaba en una mezcla de alemán arcaico con giros franceses. Antes de que dijera su nombre, ya sabíamos que el rey Enrique I nos visitaba una vez más.

—Vuestra presencia aquí demuestra valor. Estáis en un territorio que pertenece a los espíritus y algunos pueden sentirse molestos. Soy Heinrich, duque de Sajonia y rey de los germanos —añadió con las mismas palabras que utilizó la primera ocasión en que vino a visitarnos—. Habéis encontrado un lugar en el que se unen los mundos —continuó—. Una puerta de poder. Imagino que no es casualidad. El nuestro es un universo invencible; somos invencibles. Y ello es así porque de donde estamos nadie puede movernos. Pero podemos influir en el vuestro; estas puertas nos lo permiten. Heinrich. —Tras una pausa, la voz sonó autoritaria y noté cómo Himmler se envaraba, casi dispuesto a ponerse en pie—. Tú eres parte de mi yo y tuya es la misión. Busca un instrumento de poder que permita fortalecer la unión. Y tráelo aquí. La puerta se abrirá y nosotros ayudaremos a que Alemania —utilizó la expresión antigua— siga unida e invencible. Pero no lo podemos todo, tenedlo presente.

—¿Un instrumento? ¿Qué instrumento? —La voz del Reichsführer sonó

extraña.

—Hay varios. Su fuerza radica en su historia y su capacidad de influencia va creciendo con el tiempo. Uno me perteneció, ya os lo he dicho, y supe de su fuerza. Me gustaría sentirlo otra vez cerca. Y no uséis este lugar para entrar en contacto con nuestro mundo. Ya os he dicho que es peligroso. Puede ocurrir que yo no esté cerca en ese momento y existen espíritus de gran poder que no se sentirían cómodos.

Y el rey se fue. Se podría decir que desconectó o que cerró aquella puerta a la que se había referido, pues de golpe el rumor de fondo cesó y el ectoplasma que unía a Haushofer con el eje de la torre se retrajo para regresar hasta el profesor y desvanecerse a continuación. Sólo quedaron la luz rojiza y un absoluto silencio.

Gebelt fue el primero en comprender que aquello había terminado o que no era conveniente prolongarlo. Despertó a Haushofer del trance siguiendo los pasos habituales.

—¿Qué pensáis? —La voz de Himmler sonó ronca.

—Que de momento debemos salir de aquí —dijo Rosenberg—. No sé a vosotros, pero a mí me gustaría un lugar más cómodo y una copa en la mano. —Y acompañando sus palabras con un encogimiento de hombros, se puso de pie.

—Sin duda se ha referido a la lanza. Nuevamente a la lanza... —Himmler casi habló para sí mismo cuando ya estábamos todos sentados en el gran salón de la planta baja con sendas bebidas a nuestro lado. Nos las habíamos servido nosotros mismos, pues el Reichsführer había despedido con un gesto a los camareros que estaban esperándonos.

—Si verdaderamente los espíritus saben lo que nos conviene —dije yo—, las alusiones a ella han sido varias. Ya el príncipe Von Thurn und Taxis habló de la lanza y de un nuevo Parsifal...

—Y por dos veces —convino Rosenberg—. Y también el rey Heinrich lo ha hecho. Convendría tomarlos en serio y hacer algo —añadió dirigiéndose a Himmler.

—Estoy convencido, amigos míos —dijo éste alzando su copa a modo de brindis—, de que pronto será nuestra. Y de que nos abrirá el camino para un nuevo Reich de mil años.

Todos correspondimos al brindis. Y añadiré que nadie pareció sorprendido por las palabras del Reichsführer, aunque para mí fue la primera ocasión en la

que lo oí referirse de forma tan explícita a la anexión de Austria.

XXVIII

SAINT-GERMAIN-EN-LAYE, AÑO 2003

—**S**e acerca la guerra —dijo Jean cuando comprobó que Nicole también había terminado el capítulo—. Es curioso leer una historia cuando sabes que de forma indefectible va a suceder algo concreto.

—Tienes razón, aunque, por el tono que ha mantenido hasta ahora, no creo que Hans se dedique a contarnos cómo fue la batalla de Inglaterra. Me apetece seguir. ¿Y a ti?

—Claro que me apetece —convino el hombre echando una ojeada al reloj—, pero es tarde y hay que madrugar. Y hoy no íbamos a terminar. —Hizo un gesto mientras parecía sopesar lo que les quedaba de manuscrito.

—Bueno —asintió ella no demasiado convencida—. ¿Crees que Wewelsburg puede tener algo especial?

—Nunca he estado, pero te diré que esa torre norte sí me produce algo de respeto. ¿Cómo la definía Wiligut? ¿Confluencia de ríos telúricos o algo así?

—Algo así. Nada que resulte agradable, desde luego.

—¿Y la lanza sagrada? Ya son muchas las referencias de Hans a ella. Me jugaría algo a que vuelve a aparecer.

—Casi seguro. Creo recordar que Hitler la requisó o que simplemente se la llevó. Mañana buscaré en el museo información sobre ella.

—Y me lo contarás...

—Si te portas bien.

XXIX

MANUSCRITO SUIZO DE HANS HEINS

CAPÍTULO DECIMOQUINTO

Si 1937 me trae imágenes placenteras, 1938 apenas puedo abarcarlo en mi memoria sin sentimientos encontrados. Sucedieron muchas cosas, tanto para Alemania como para mí. En lo personal el recuerdo es ingrato y, seguramente, ello hace que aquella etapa de mi vida se me presente con más sombras que luces. Grossmutti murió a principios de año y los primeros síntomas de la enfermedad de Sophie se manifestaron apenas comenzado el verano.

A veces pienso que mi abuela eligió aquel año para dejarnos porque lo que adivinaba en el futuro le resultaba odioso. Luego recapacito y comprendo que era ya una mujer muy mayor y que tenía que morir, pero el resultado es el mismo: cuando evoco aquel momento, me invade una profunda pena, la misma que me atenazó entonces.

De la enfermedad de mi mujer prefiero no hablar. Lo que entonces tomamos como un malestar pasajero se convirtió en un penoso sufrimiento tanto para ella como para mí. ¿Qué habría sido de nuestras vidas si en 1945 ella hubiera seguido viva? Es algo que no puedo imaginar.

En 1938 Hitler empezó a tensar la cuerda que un año después desembocaría en la Segunda Guerra Mundial. No me cabe ahora duda de que el Führer no sólo la planeaba, sino que la deseaba. Quería devolver la humillación a los países que habían deshonrado a Alemania y a punto estuvo de lograrlo.

En aquel año, el Führer se hizo con el mando del ejército. El ministro de la Guerra, el mariscal Von Blomberg, se vio obligado a dimitir tras su polémica boda con una prostituta, y su lógico sucesor, Von Fritsch, entonces al frente

de las fuerzas armadas, era un reconocido antinazi. Tras una campaña de desprestigio orquestada por Göring y Göbbels, también Von Fritsch anunció su retirada. Hitler aprovechó todo ello para asumir el caudillaje de las fuerzas armadas. El insignificante cabo del ejército que los militares pensaron poder controlar cuando Hindenburg lo nombró canciller pocos años atrás era ahora su jefe supremo.

En marzo tuvo lugar la anexión de Austria, algo que el Tratado de Versalles excluía tajantemente, pero que sólo recibió tímidas protestas diplomáticas por parte de los países aliados. Hitler hizo su entrada triunfal en Viena y, para acallar aquellas voces, organizó en abril un referéndum entre la población austriaca. El resultado oficial dio un 99,7 por ciento a favor de la unión. Fue el primer pulso importante que Hitler mantuvo con franceses e ingleses y su victoria fue rotunda. Pero éramos muchos los que sospechábamos que su afán expansionista no terminaría ahí.

En Alemania también se pisó con fuerza el acelerador. Los judíos volvieron a sentir sobre sí el acoso de una población intransigente alimentada por las consignas de nuestro partido. En mi ciudad la sinagoga fue derruida en el mes de junio, oficialmente por motivos circulatorios, aunque supe que la orden había provenido directamente de Hitler. Había sido levantada hacía más de cincuenta años. Similar camino siguió la iglesia catedral protestante. La cúpula del partido nunca vio con buenos ojos el cristianismo, aunque el Führer nunca dudó en recabar el apoyo de la Iglesia siempre que lo consideró necesario. Decían que los cristianos adoraban a un judío como hijo de Dios, y yo oí a Himmler referirse a ellos como «una banda de homosexuales de raíces semitas».

Ya he dicho que Sophie empezó a sentirse mal a comienzos de verano, a pesar de lo cual pudimos escaparnos unos días de vacaciones. Se trató apenas de dos semanas, pero durante ellas pareció olvidar su malestar y fue la mujer alegre y vital que yo siempre recordaré. Viajamos hacia el sur, buscando el frescor de los Alpes, e hicimos alguna escapada a la Italia que tanto nos había gustado. Fuimos felices, pero cuando ahora lo recuerdo siento una gran tristeza.

Septiembre y octubre fueron meses especialmente movidos. Hitler había amenazado con la invasión de los Sudetes, entonces parte de Checoslovaquia, si no se aceptaba por las buenas su incorporación al Reich. El motivo, según la propaganda nazi, el elevado número de alemanes que allí residían,

apartados por la fuerza de la que era su patria. En Alemania todos aplaudíamos —y yo no era la excepción— la firmeza que mostraba el Führer a la hora de reunificar nuestra nación. El apoyo de los alemanes era entonces prácticamente unánime.

La intervención de Chamberlain, primero, y de Mussolini después consiguió aplazar la guerra. El resultado fue la Conferencia de Múnich, celebrada a cuatro bandas entre Alemania, Francia, Gran Bretaña e Italia a finales de septiembre. Checoslovaquia ni siquiera fue escuchada y Hitler ya era el ganador antes de iniciarse las sesiones. Los aliados esperaban garantizar la paz a cambio de aquella concesión que —pensaban— calmaría nuestros afanes expansionistas. Grave error.

Yo estuve presente en el Führerbau, el impresionante edificio de la Königsplatz donde se celebró la conferencia, encargado de labores de protocolo. Vi llegar a Chamberlain, Daladier, Mussolini y Hitler. Y los vi salir. Eran personas acostumbradas a esconder sus emociones, pero la mirada de triunfo que exhibía el Führer no se me olvidará.

Chamberlain y Daladier vendieron en sus respectivos países el gran logro que había supuesto el tratado alcanzado y fueron aclamados por ello. El *premier* inglés habló de «paz para nuestro tiempo» y de la garantía de colaboración que se viviría en el futuro. Todos, pues, contentos, excepto —imagino— los checoslovacos.

Y poco tiempo después, en la noche del 9 al 10 de noviembre, los judíos de toda Alemania tuvieron que comprender de una vez por todas que su vida en nuestro país les iba a resultar extremadamente ardua, por no decir imposible. Aunque pienso que muchos siguieron con la venda sobre los ojos, porque el ser humano siempre cree poder encontrar una puerta que se abra a la esperanza.

Un judío francés, Herschel Grynzspan, había entrado en la embajada alemana en París y había matado a tiros al secretario de la embajada Ernst von Rath. El motivo fue el de hacer patente su protesta por la expulsión de diecisiete mil judíos de Polonia, entre los que se encontraban sus padres. Herschel tenía sólo diecisiete años.

Pienso que el joven nunca llegó a ser consciente de la coartada que puso en bandeja a la causa nazi. La muerte de Von Rath fue el detonante que, sabiamente orquestado —una vez más—, permitió que se desataran las iras alemanas contra los judíos. En Múnich, nuestro partido conmemoraba el

quince aniversario del fallido *putsch* de 1923, y de mi ciudad partió la orden —debidamente transmitida a todo el Reich— de dar una lección, seria y definitiva, a quienes de tal manera se atrevían a lanzarnos semejante afrenta.

En aquellos momentos no me sorprendió la reacción de mis compatriotas. Nuestro orgullo nacional había sido de nuevo atacado. Hoy me asombra cómo la acción individual en Francia de un judío polaco —casi un niño— pudo desatar aquella locura en Alemania.

Porque sinagogas y centros de culto fueron asolados, los comercios judíos y las viviendas de muchos de ellos, devastados, y la cifra oficial final fue de noventa y un muertos. Se ha llamado a aquélla la Noche de los Cristales Rotos, pues fue raro el establecimiento judío que los mantuvo incólumes.

El gobierno no hizo investigación alguna ni buscó responsabilidades. La declaración oficial, que el propio Himmler me adelantó a la mañana siguiente, fue dando por bueno el *pogrom*, pues no había sido otra cosa que el resultado de «la justa y comprensible indignación del pueblo alemán».

Un suceso de otra índole tuvo lugar a finales del verano de aquel 1938. No fue tan trascendente para la historia de Alemania como los anteriores, pero sí lo fue para mí, porque me convertiría en uno de sus protagonistas. Debo añadir que no deseado.

Resulta curioso que durante un tiempo me pasara desapercibido y que, cuando me enteré, no le diera mayor importancia. Sin duda el aparato de propaganda del Reich le concedió una notable publicidad, pero en aquella época teníamos otros asuntos de los que hablar.

Durante la noche del 29 de agosto, un tren especial había partido de Viena llevándose las joyas y atributos del Sacro Imperio Romano Germánico. Se hizo con el mayor secreto y su destino era Núremberg, la ciudad que los había custodiado durante siglos. Fue un deseo especial del Führer.

El 5 de septiembre se presentaron oficialmente en la gran sala del ayuntamiento, y al día siguiente fueron trasladados al que sería su destino previsto, la iglesia de Santa Catalina.

Joyas, vestimentas, símbolos del poder imperial y reliquias formaban parte de los atributos de los Habsburgo. Entre ellos estaba la lanza con la que, supuestamente, el centurión Longinos atravesó el costado de Cristo.

La lanza sagrada.

XXX

MANUSCRITO SUIZO DE HANS HEINS

CAPÍTULO DECIMOSEXTO

Sólo una vez en mi vida toqué la lanza. Y si no hubo más ocasiones, fue porque yo me propuse evitarlo, ya que la tuve a mi alcance durante un largo periodo de tiempo.

Pienso que probablemente sea yo la única persona que queda en el mundo que conozca su secreto. Y también sé que ya no puedo vivir mucho. Estas páginas contarán lo que entonces sucedió. El lector, si es que han llegado a manos de alguien, comprenderá ahora mi afán en ocultarlas. He confiado al destino el que sea la persona adecuada quien las encuentre. Tal vez alguno de los espíritus que conocí podrá ocuparse de ello. Me demostraron que podían ser muy poderosos.

Fue poco antes de Navidad cuando Himmler me pidió que lo acompañara a Núremberg.

—Quiero llevarte a una iglesia, Hans —me dijo—. Volveremos en el día. Y no te preocupes, que no te llevo a misa —añadió de buen humor.

Salimos dos fechas más tarde, después de comer, y viajamos en un avión del ejército. Ya la mañana anterior, Karl Maria Wiligut me anunció que vendría con nosotros.

—Si el Reichsführer no te ha contado nada, no voy a hacerlo yo —fue su sonriente respuesta a mis preguntas—. Seguro que quiere darte una sorpresa.

Y así fue como entramos en la iglesia de Santa Catalina de Núremberg cuando había caído la noche. Lo hicimos por una puerta lateral pues la principal ya estaba cerrada. El interior estaba muy bien iluminado y pude observar cómo miembros de las SS se hallaban apostados a intervalos regulares, aunque procurando hacer discreta su presencia. Las medidas de

seguridad que rodeaban a Himmler eran estrictas. La iglesia que sirviera de lugar de reunión a los maestros cantores que inspiraron la ópera de Wagner ya no estaba dedicada al culto, y ninguno de sus responsables había salido a recibirnos. El único sonido era el de nuestros pasos al caminar por aquellas naves. Himmler no se entretuvo en contemplar la belleza del recinto y nos llevó directamente frente a unos expositores situados bajo el coro, en lugar preferente y espléndidamente iluminados. Contenían las joyas e insignias de los Habsburgo que, como ya he contado, habían sido transportadas desde Viena. «Ya se encuentran donde deben, en el corazón de Alemania», me había dicho el Reichsführer cuando en una ocasión, algún tiempo después de completarse el traslado, salió a colación el tema.

Yo ya las había visto en la capital de Austria, durante mis vacaciones en la ciudad con Sophie, pero aquella tarde en Núremberg me parecieron mucho más impresionantes. Las habían dispuesto con evidente esmero, cuidando hasta el más mínimo detalle. Las vestimentas para la coronación parecían nuevas y con brillantes colores, la espada y la cruz imperiales lucían espléndidas y los costosos relicarios semejaban poder tocarse. En el centro, la corona despedía mil reflejos y el visitante tenía la sensación de que estaba preparada para ser colocada sobre su cabeza.

Himmler me permitió unos minutos de contemplación y luego me tomó por el brazo.

—Bien, Hans, aquí está. —Y me condujo frente a una de las vitrinas. Yo ya me había fijado en el objeto que el hombre me señalaba y ya sospechaba que aquél podía ser el motivo de nuestro viaje.

La lanza sagrada yacía solitaria sobre un fondo de terciopelo.

—Sabemos que ella tiene la fuerza y que puede convertir en invencible a quien la posea. —Habló en voz muy baja, a pesar de que sólo Wiligut y yo estábamos cerca de él. Pero el silencio en la iglesia era absoluto y daba la impresión de que cualquier susurro podía ser escuchado.

—Ahora está aquí para que todos los alemanes la visiten —continuó—, pero no podemos conformarnos tan sólo con eso. Mírala, Hans, porque llegarás a conocerla muy bien. Ya te explicaré nuestros planes.

Durante mi visita a Viena yo ya la había contemplado y ahora me fijé en ella con más detenimiento. No era bonita. Mediría medio metro (sólo era la parte superior; le faltaba el asta) y el hierro era oscuro y de trabajo tosco. Una especie de venda de oro aparecía en su zona central. Servía para tapar, según

me habían contado, la rotura en dos que había sufrido la lanza en su zona más estrecha. Me fijé entonces en algún detalle más que anteriormente no había observado. Lo que yo entonces no podía saber era que, en poco tiempo, llegaría a conocer con precisión cada centímetro de ella.

—No hemos venido aquí sólo para que la admire —me dijo casi al oído—. Ni para contarte su destino, que de ello tiempo habrá. Te he traído para que la toques, para que la tengas en tus manos. Y para que nos cuentes lo que veas y lo que sientas. —Yo me volví hacia él, sorprendido, y vi su rostro muy cerca del mío, con los ojos brillantes detrás de las gafas redondas y una media sonrisa curvando sus labios. Me aparté ligeramente y él debió de notar en mí un gesto de extrañeza—. Sí, Hans. La lanza ha sido testigo y protagonista de multitud de momentos históricos y tiene... —desvió su mirada hacia ella— un gran poder. No me importa si fue la que hirió el costado de Cristo o no, pero sí sé que ha estado en manos de personas que han escrito la historia, nuestra historia. Tú ves cosas. Recuerda cuando tuviste en la mano la *Blutfahne*. ¡Reviviste el momento de la muerte de Andreas Bauriedl! Tómala y cuéntanos lo que te dice —concluyó sacando una llave del bolsillo de la guerrera.

Yo contemplé con aprensión cómo Himmler abría el expositor en el que se hallaba la lanza. No esperaba aquello y la idea que me proponía no me resultaba atractiva. Cada vez que había estado en contacto con algún objeto o con alguna persona que me hubiera provocado visiones o sensaciones, éstas no habían sido agradables. Pero la petición del Reichsführer era una orden y me apresté a cumplirla. Karl Maria Wiligut observaba en silencio, aunque claramente interesado. Me dirigió un gesto de ánimo.

Himmler hizo un ademán señalando la lanza y luego cruzó los brazos en la espalda. Estaba claro que quería que fuera yo quien la tomara de la vitrina.

Cerré por unos momentos los ojos e hice una profunda inspiración. Luego aferré aquel objeto con ambas manos.

Después me contarían que ni siquiera llegué a sacarla de donde se encontraba; que tan sólo la levanté unos centímetros. Pero yo no lo recuerdo.

Cuanto me rodeaba se difuminó y la sensación, más tarde recordada, fue muy similar a la que experimenté en el centro de la torre norte de Wewelsburg. Estaba atrapado por algo infinitamente más fuerte que yo, que me ataba y me hacía suyo, pero que al propio tiempo me ignoraba. A diferencia de aquel día en el castillo, esa tarde sí tuve alguna visión más

precisa, que se escapaba al poco de concretarse, pero que dejaba su impronta, que luego recordaría como una sucesión de fotos fijas.

Vi figuras, todas ellas masculinas, ataviadas con ropajes que no eran de nuestra época. Vi momentos de lucha en parajes desconocidos... y vi sangre. Y también vi, aunque muy fugazmente, el momento en el que la lanza sagrada, porque era la misma que yo tenía entre las manos, se hundía en el costado expuesto y desnudo de un hombre inmóvil...

Según me relataron Himmler y Wiligut después, fui yo mismo quien finalmente la soltó, casi arrojándola, como si me quemara. Tampoco lo recuerdo.

—¿Qué? ¿Qué has visto? —El rostro del Reichsführer estaba de nuevo muy próximo al mío y sus manos me oprimían los brazos.

Tardé unos momentos en volver a la realidad y en recordar en dónde me hallaba. Después relaté lo mejor que pude todo lo que había sentido. El Reichsführer pareció satisfecho.

—Bien, Hans, bien. Es lo que esperaba. Lo que esperábamos. Su poder es... —Durante unos momentos calló, aparentemente buscando un adjetivo, pero no finalizó la frase. Luego, con aquella facilidad que le permitía pasar de un asunto a otro, miró su reloj y nos dirigió una sonrisa—. Regresemos a Múnich. Llegamos a tiempo para que os invite a cenar. Y tú, Hans, tienes que volver a contármelo todo. Punto por punto.

El coche que, a la llegada a nuestra ciudad, nos esperaba al pie del avión nos llevó directamente a la *osteria* Bavaria, un restaurante en la Schellingstrasse, cerca de la primitiva sede del NSDAP, que los miembros del partido visitábamos con frecuencia. El propio Hitler iba con asiduidad cuando se hallaba en Múnich y tenía su propio reservado, en el cual esa noche nos instalamos. Sophie y yo también habíamos almorzado allí algún sábado o domingo. La comida era italiana y a ambos nos apasionaba todo lo relacionado con el país mediterráneo.

Ya en el viaje de vuelta Himmler me había hecho repetir hasta la saciedad cuáles fueron las sensaciones que la lanza sagrada me había transmitido, con lo que durante la cena no volvió a sacar el tema. Tampoco se refirió a los planes para con ella a los que había aludido en la iglesia de Santa Catalina. Hablamos de Alemania, de la raza aria y de los judíos, y del espléndido futuro que nos aguardaba.

—Austria y los Sudetes son sólo el principio —fueron sus palabras

mientras brindábamos—. Pronto seremos mucho más grandes. —Y finalizó con un *Heil Hitler!* que Wiligut y yo coreamos de buen grado.

XXXI

SAINT-GERMAIN-EN-LAYE, AÑO 2003

—¡La lanza! —Jean levantó la cabeza del manuscrito y vio que Nicole le miraba expectante—. No nos equivocamos. Estaba claro que volvería a aparecer. Y Hans habla de un secreto, de un secreto que quizá, según él, debería permanecer oculto.

—Si de verdad lo creyera, no nos lo contaría. —La mujer se encogió de hombros—. Reconozco que estoy intrigada. Vamos a seguir leyendo.

—Espera... Quedaste en buscar información sobre la lanza. ¿Lo has hecho?

—Pues sí. —Nicole echó mano a su bolso y sacó un cuaderno pequeño que usaba habitualmente para hacer anotaciones—. Sobre ella se conoce bastante, pero, en el fondo, no se sabe nada.

—Cuenta.

—Primero te diré que hay varias lanzas sagradas que pretenden ser la auténtica, aunque es cierto que ésta es la que mayor notoriedad ha alcanzado. Otra de las lanzas se conserva en el Vaticano y le falta la punta, que según la Historia fue la parte que penetró en el cuerpo de Cristo. Una punta de lanza fue llevada como reliquia por Luis IX a París en el siglo XIII y se dice que era el extremo que faltaba en la del Vaticano. Lamentablemente, se perdió durante la Revolución francesa. Otra está en poder de los cristianos armenios y otra, de la que se habla como hallada durante la Primera Cruzada, se ha perdido. También hay dos copias de la de Viena hechas por el emperador Oto III para húngaros y polacos. Muchas lanzas, como ves.

—Pero ésta no puede ser la que hirió a Jesús. Hace ya tiempo leí que no tiene la antigüedad necesaria.

—Cierto. Ya en 1914 se hizo un estudio en la Universidad de Leoben, en Austria, y decidieron que era una lanza carolingia del siglo VIII. Puede que aquel dictamen no fuera definitivo, pero hace poco se ha realizado otro en la Universidad de Viena, con nuevas técnicas, más fiables, y el resultado ha sido el mismo: siglo VIII.

—Según eso, los nazis ya sabían que podía no ser auténtica.

—Hans dice que les daba igual. Que lo importante era el poder que atesoraba. Las manos, todas ellas victoriosas, a las que había pertenecido. La verdad es que su historia da que pensar.

—¿Qué se sabe?

Nicole consultó sus notas.

—Se cuenta que, tras la muerte de Cristo, la conservó José de Arimatea y que posteriormente Helena, la madre del primer emperador cristiano, Constantino, pudo hacerse con ella y con otras reliquias, que incluían la Sábana Santa, la corona de espinas, clavos utilizados en la cruz... Casi nada. Pero ahora ya sabemos que, de ser todo eso cierto, la lanza no puede ser la misma.

—Pero su historia sí se conoce, ¿no?

—Ajá. A partir del siglo IX. Se cuenta que estuvo en poder de Carlomagno, quien la llevó consigo durante casi cincuenta campañas victoriosas. Él ya pensaba que era un talismán de gran poder. A principios del siglo siguiente pasó a manos de otro rey, Enrique I, quien la recibió como regalo de Rudolf II el día de su coronación.

—¿Nuestro Enrique I? ¿El Pajarero?

—Sí. —Nicole se sonrió—. El que se reencarnó en Himmler.

—Vaya. Comprendo su interés en la lanza. ¿Y después?

—Espera. Parece que a Enrique I también le ayudó la lanza. Expandió sus territorios hacia el este y tuvo sonadas victorias, fundamentalmente contra los húngaros. Fundó la Casa de Sajonia, cuyos reyes la conservaron. Su sucesor, Oto I, también atribuyó sus victorias al poder de la lanza. Otro de ellos fue también un gran conquistador, Federico Barbarroja, pero con él ya empezó a cobrar forma lo que se ha llamado la maldición de la lanza.

—¿Una maldición? ¿Como la de los faraones?

—No, no. Simplemente que parece ser que la lanza es bastante exigente con los que son sus dueños. Carlomagno la dejó caer inadvertidamente un día y poco después murió. Lo mismo le sucedió a Federico mientras vadeaba un

arroyo en la isla de Sicilia. La lanza se fue al suelo y el pobre tardó sólo unos días en dejar este mundo.

—Menos mal que Hans no llegó a sacarla de la vitrina. Si se le llega a caer...

—Nos habríamos quedado sin manuscrito. —Nicole le dirigió un cariñoso guiño—. Con Carlos IV, en el siglo XIII —continuó la joven pasando la página de su cuaderno—, ya el papado se pronuncia y la acepta como la lanza del centurión Longinos. Incluso da como bueno que un fragmento alargado que tiene la lanza en su parte central, que es hueca, sea uno de los clavos utilizados en la cruz. Hasta se declara un día festivo todos los años dedicado a ella. En fin..., la lanza pasa a ser uno de los tesoros de los Habsburgo y así se venera desde entonces. La parte que se conserva, tal como la conocemos hoy, se partió en dos, no está claro en qué momento. Quizá la causa fuera la inclusión de lo que se supone que fue uno de los clavos, tal vez que le fueron quitando pequeños fragmentos para hacer copias que tuvieran como mínimo una pequeña parte del original... Enrique IV, a finales del siglo XI, cubrió la rotura con una envoltura de plata en la que se decía que había pertenecido a Mauritius, legionario romano del siglo III que se convirtió al cristianismo y fue martirizado.

—¿Pero no era la lanza de Longinos?

Nicole se encogió de hombros.

—Así se consideró dos siglos más tarde. A Mauritius la Iglesia lo hizo santo, pero debieron de pensar que era mejor relacionarla con Jesús que con un legionario, aunque estuviera en los altares. Puro *marketing*, pienso. Fíjate en que Carlos IV hizo cubrir la envoltura de plata con otra de oro en la que se explicaba que la reliquia era doble: *Lancea et clavus domini* dice: la lanza y el clavo del Señor.

—¿Y Carlos IV respetó la protección de plata?

—Sí, pero por si acaso la cubrió con otra. Y más cara... A principios del siglo XV, Segismundo la llevó desde Praga a Núremberg, su ciudad natal, junto con los demás atributos de los emperadores del Sacro Imperio Romano Germánico, y allí permaneció durante mucho tiempo, hasta que la invasión napoleónica aconsejó trasladarla a Viena. Hitler, como ya sabes, la devolvió a Núremberg. No sé si por deshacer un entuerto o por tenerla cerca. He leído que no apreciaba demasiado a los Habsburgo.

—Así es. Yo más bien diría que por lo segundo. Y parece que Hans tiene

ahora algo más que contarnos sobre ella.

—Sí. Algo que no está documentado. Dice que sólo él lo sabe. Bueno, y espero que pronto nosotros si dejas de preguntar. Anda, vamos a seguir leyendo.

XXXII

MANUSCRITO SUIZO DE HANS HEINS

CAPÍTULO DECIMOSÉPTIMO

La lanza sagrada que se encuentra en la cámara del tesoro del Hofburg de Viena es una copia. Nada he sabido, hasta el momento en el que escribo estas líneas, que me lleve a pensar lo contrario. Y no me refiero a que la lanza no fuera fabricada en el siglo I, o en el III, o que pueda tratarse de una antigua copia que no ha sido documentada. Sencillamente digo que no es la misma lanza que Hitler mandó traer desde la capital austriaca y que yo tuve en mis manos aquella noche en la iglesia de Santa Catalina.

Pasaron varios días desde nuestra visita a Núremberg antes de que el Reichsführer me mandara llamar. Fue un frío día de diciembre, poco antes de fin de año, y recuerdo ver caer la nieve por la ventana de su despacho cuando me senté frente a él. Fue una imagen de las que quedan grabadas en la memoria, no se sabe bien por qué. Mi jefe estaba sonriente, pulcro y atildado como siempre, y me observó relajado a través de sus redondas gafas de miope.

—Bien, Hans. Debes saber que el Führer conoce ya la experiencia que viviste en la iglesia de Santa Catalina cuando entraste en contacto con la lanza. Yo se la he relatado. Se sintió impresionado, pues también para él se trata de un objeto muy especial. De joven la contempló en Viena y sintió entonces, como tú lo has hecho ahora, su increíble poder. Me ha contado que, al verla, percibió como su sola presencia se imponía ante todo cuanto la rodeaba, y que pudo oír una vez más esa llamada del destino que lo convocaba de manera clara para ser el líder del pueblo alemán. Su espíritu y el de la lanza se fundieron en uno solo y por momentos se sintió transportado a un futuro en el que la raza aria se adueñaba de nuevo del lugar que le

correspondía. Ese lugar que pronto ocuparemos, Hans.

Yo asentí convenientemente impresionado y en el fondo halagado por el hecho de que Hitler hubiera oído hablar nuevamente de mí. Por unos instantes recordé con emoción aquellos largos minutos durante los que tuve su mano unida a la mía. En aquella ocasión, uno de los espíritus que nos visitaron hizo también una alusión a la lanza sagrada. Y así se lo recordé a Himmler.

El hombre hizo un gesto afirmativo, aceptando que yo me adelantara a las que iban a ser sus próximas frases.

—Sí. El príncipe Von Thurn und Taxis primero y Enrique I después. Y la referencia que el rey hizo a ella en Wewelsburg no admite más que una lectura: el lugar de la lanza está en el castillo, en el centro de su torre norte, donde su inmenso poder pueda nutrirse de los espíritus que allí conviven. Y ellos del suyo. El Führer no tiene tampoco ninguna duda. Wewelsburg fue erigido para albergar la lanza. Nuestra misión es hacerlo posible.

—Pero el pueblo alemán... —empecé yo.

—El pueblo alemán no tiene por qué saberlo. La lanza, junto a los demás atributos de los Habsburgo, permanecerá oficialmente en Núremberg. Sólo unos cuantos elegidos conoceremos su verdadero paradero. Será exclusivamente nuestra —concluyó, bajando la voz, como si quisiera hacerme partícipe de su gran secreto.

—¿Una copia? —aventuré.

El Reichsführer asintió sonriente.

—Así es, Hans. Y tú serás el encargado de que nadie sea capaz de distinguirla de la auténtica. Te he elegido para supervisar todo el proceso. Y ya hemos encontrado a la persona capaz de llevarlo a cabo. Es un judío, experto en metales. Se llama Daniel Hirschmann. Seguro que colaborará de buena gana. Después de todo, le va en ello la vida —concluyó con su sonrisa de conejo.

A continuación, me explicó que aquel hombre se hallaba recluido en un campo de concentración recientemente creado, cerca de Linz, en Austria.

—Mauthausen —me concretó—. Fue detenido por sus actividades subversivas. Lo conduciremos a Núremberg y allí se pondrá a tus órdenes. Tendréis cuanto necesitéis. El Führer quiere que la auténtica lanza esté en Wewelsburg lo antes posible. No le defraudaremos.

XXXIII

MANUSCRITO SUIZO DE HANS HEINS

CAPÍTULO DECIMOCTAVO

Daniel Hirschmann. Pienso que terminamos siendo amigos tras los más de tres meses que duró nuestra relación. O que por lo menos existieron un aprecio y un respeto mutuos. Aunque es difícil saberlo, porque Daniel vivía encerrado en sí mismo, quizá sabedor de que la vida iba a ofrecerle ya pocas oportunidades. Le dijimos que la copia que debía realizar era un regalo que Hitler deseaba hacer a un personaje importante y se encogía de hombros, como si no le importara. Pienso que él ya sabía, del mismo modo que yo lo intuía, que el poder nazi no iba a permitir que siguiera vivo alguien que fuera conocedor de algo que pretendíamos mantener tan en secreto.

Daniel había sido uno más de los judíos detenidos e internados tras la Noche de los Cristales Rotos. Tenía en Múnich un negocio destinado a la venta de utensilios diversos fabricados en distintos tipos de metal, que él mismo, ayudado por uno de sus hijos, diseñaba y construía en un taller que tenía en la zona judía.

Su especialidad eran las réplicas de objetos que habían alcanzado algún tipo de notoriedad y que iban desde espadas antiguas de personajes famosos al casco del mariscal Bismarck. Daniel era ingeniero especializado en metalurgia, pero su origen judío no le había ayudado a alcanzar cotas más altas. Hablaba con cariño de su tienda y de su taller, y pienso que fueron suficiente para sus aspiraciones mientras le dejaron ocuparse de ellos.

Fue acusado de permitir que en la trastienda de su negocio se realizaran reuniones subversivas. Desconozco si fue verdad, pues él nunca me lo comentó y yo evité preguntárselo. Y quizá no lo hice por miedo a la respuesta, pues sabedor de que durante un tiempo íbamos a convivir de

manera estrecha, procuré no implicarme demasiado con él.

—No te involucres para nada con ese hombre —me había advertido Himmler antes de mi partida hacia Núremberg—. Es sólo un judío, cobarde como todos ellos, y tratará de congraciarse contigo. Siempre quieren algo a cambio y nunca agradecerán nada. Recuérdalo bien, Hans.

Pero con Daniel Hirschmann el Reichsführer se equivocó. Es cierto que pretendió algo a cambio, pero fue una cosa tan humana como el enterarse de lo que había sido de su familia. Era un hombre de cuarenta y cinco años, casado y padre de tres hijos. El mayor, de veintiuno, era el que le ayudaba en el taller. Luego venían una joven de diecinueve y un niño de catorce. Su tienda había sufrido el vandalismo de la Noche de los Cristales Rotos y él había sido detenido dos días más tarde, mientras trataba de poner orden al caos sufrido por su negocio. No había vuelto a tener noticias de su mujer y sus hijos, y de ello, cuando finalmente nos conocimos en Núremberg un frío día de febrero de 1939, habían transcurrido ya cuatro meses.

Me doy cuenta, al describir esos momentos, que he utilizado palabras como vandalismo y caos. Con el paso del tiempo ha ido cambiando mi percepción de lo que entonces era Alemania, el partido nazi y las SS a las que yo pertenecía. No diré que entonces me pareciera bien cuanto acontecía, pero sí es cierto que todo formaba parte de un orden que yo aceptaba como bueno. Es increíble cómo la propaganda, el adoctrinamiento y el ambiente en el que uno vive pueden cambiar hasta extremos opuestos la percepción de lo sucedido. Desde mi actual perspectiva no me queda sino aceptar aquella época como lo que fue, y me satisface pensar que no causé un mal directo a nadie.

—Quiero saber lo que le ha sucedido a los miembros de mi familia, dónde están y cómo se encuentran. De ninguna otra manera colaboraré con ustedes —me dijo aquel día. Yo iba vestido con mi uniforme de Sturmbannführer y me esforzaba por aparentar un gesto adusto. Un SS armado montaba guardia junto a la puerta—. Y necesito asegurarme de que se encuentran bien —continuó—. Si no es así, pueden hacer conmigo lo que quieran, porque mi vida ya no tendría sentido. Y quiero pruebas.

Yo guardé unos instantes de silencio y luego me limité a asentir. Me impresionó la determinación que mostraba aquel hombre y comprendí que hablaba con el convencimiento de quien ha tomado una decisión irreversible.

Nuestro encuentro tuvo lugar en el que sería el lugar de residencia de

Daniel durante los próximos meses. Una pequeña casa de campo en las afueras de Núremberg, vallada y alejada de posibles miradas inquisitivas. Pertenecía al partido y sus usos habían sido diversos a lo largo de los años. Tenía un amplio cobertizo anejo que fue acondicionado como taller. Cuando yo visité la casa un par de días antes de mi encuentro con Daniel y entré en aquel lugar, tuve la sensación de sufrir un retroceso en el tiempo. Yo no era experto en metalurgia, pero los hornos, fuelles, yunques y forjas que se ofrecieron a mi vista parecían sacados de un antiguo grabado medieval. Lo mismo sucedía con los utensilios de hierro que yacían sobre la mesa de trabajo o que colgaban de la pared. Me enteré de que formaban parte de la lista que nuestro hombre había exigido y de que eran similares a los que él utilizaba en el que había sido su taller.

—Son los elementos que he utilizado siempre —me dijo cuando nos conocimos—. Si se pretende obtener una copia fidedigna, hay que trabajar como lo hicieron quienes fabricaron el original.

Según estudios realizados en Austria, parecía que la lanza había sido realizada en el siglo VIII, aunque Himmler me dijo que no resultaban definitivos, y Daniel había pedido material de aquella época para trabajar con él. Fue necesario rebuscar en museos de armas de Alemania y Austria para encontrar tres lanzas que se asemejaran a la original. Nuestro hombre había contemplado fotos de ellas antes de dar el visto bueno y había pedido que fueran más grandes que la que debía copiar. De todo ello se me informó poco antes de mi viaje a Núremberg, y cuando ambos nos conocimos, ya se hallaban las lanzas esperándonos en la casa.

—Sí, podemos verlas —me respondió cuando se lo propuse—, aunque sin la verdadera poco puedo decir. Pero insisto en que ustedes deben cumplir su parte del trato. Si no tendrán que buscarse a otro.

Decidí ser yo mismo quien averiguara el paradero de la familia Hirschmann y regresé al día siguiente a Múnich. Pedí a Daniel que fuera poniendo en orden su nuevo taller y que hiciera una lista con aquello que echara en falta. Comprendí que él había esperado a que todo estuviera en marcha antes de plantear su exigencia, y me di cuenta de que había hecho lo mejor para él. Ya se había convertido en nuestro hombre y sustituirlo llevaría tiempo. El problema era ahora que las noticias sobre su mujer y sus hijos no fueran buenas. Y la mentira no funcionaría, porque Daniel había pedido pruebas. El poco rato que había estado con él me había bastado para saber

que se trataba de un hombre inteligente. Y que su decisión era inquebrantable.

Preferí no hablar de momento con Himmler. Tiempo habría.

Mandé a unos SS de mi confianza a que indagaran en el barrio donde vivía Hirschmann. Les pedí que fueran vestidos de paisano y que se comportaran con suma amabilidad.

—Si se quieren obtener resultados, suele ser mejor la zanahoria que el palo—les dije cuando me miraron con extrañeza—. En este caso no se trata de detener a nadie, sino de saber algo. Decid que es Daniel Hirschmann quien quiere tener noticias de sus familiares y que él se encuentra bien.

Milagrosamente, los Hirschmann no habían sufrido ulteriores daños y seguían viviendo en la que hasta entonces había sido su casa. Incluso el taller había vuelto a funcionar. El hijo mayor continuaba ocupándose de fabricar las réplicas que le encargaban empresas a las que no parecía importarles su origen judío. Me alegré sinceramente, por ellos y por la misión que el Reichsführer me había encomendado. Decidí que lo mejor sería ir a visitarlos yo mismo y le pedí a Sophie que me acompañara. En parte para ganarme mejor su confianza y en parte, también, para ofrecer una distracción a mi mujer, cuya dolorosa enfermedad seguía su curso. Los análisis habían dictado un cruel veredicto y el tratamiento al que ella debía someterse era incómodo y extenuante. El que yo tuviera que pasar varios días de la semana en Núremberg no era tampoco la mejor ayuda. Debo reconocer que la actitud de Himmler ante la gravedad de Sophie fue ejemplar. Telefoneó personalmente al centro donde estaba siendo atendida y habló no sólo con el director, sino también con el médico que se ocupaba de su caso. Sophie se reía cuando me contaba las atenciones y la deferencia que le prodigaban. Lamentablemente, aquello no ayudó en el curso de la enfermedad, pero sirvió para que las visitas al hospital tuvieran un aspecto positivo.

La mujer de Daniel Hirschmann nos recibió como si viniéramos de los cielos a arreglar todos sus problemas. Se llamaba Ruth y nos produjo a ambos una gran ternura y, a mí en particular, una incómoda sensación al ver que ella me trataba como si yo fuera capaz de resolver el incierto futuro de su familia.

No habíamos avisado de nuestra llegada, pero Ruth se las ingenió para instalarnos alrededor de una mesa camilla y ofrecernos unos refrescos y una porción de bizcocho que ella misma había cocinado. Todo en aquella casa estaba inmaculadamente limpio. Yo iba preparado para mentirle sobre la

situación de su marido y procuré resultar convincente. Su caso se estaba considerando de nuevo, le dije, y en ese momento él se hallaba bien, en un lugar que yo no podía revelar, trabajando en favor de Alemania.

La mujer nos hacía más y más preguntas, e insistía en que le permitiéramos pasar unos momentos con su marido. Sophie había venido aleccionada por mí, pero en un momento no pudo contenerse.

—Podrán verse, ¿verdad, Hans? Tú podrás arreglarlo.

Comprendí que aquello no discurría como yo había imaginado y lamenté no haberle dado a aquella visita un carácter más oficial. Incluso había aprovechado mi paso por nuestra casa en busca de Sophie para cambiar mi negro uniforme por un traje de paisano. Me recriminé por ello.

—Nos encontramos ante una acusación seria contra su marido y, por desgracia, no todo puede discurrir según nuestros deseos. —Traté de que mi voz sonara autoritaria—. Pero de momento sí creo que usted puede escribirle una carta. Se la haremos llegar. También podemos mandarle una foto de todos ustedes para que él vea que se encuentran bien. —Lo dije como si la idea se me hubiera ocurrido en ese momento, como un favor a *Frau* Hirschmann, cuando en realidad esa fotografía era uno de los objetivos que me habían llevado a visitarla.

La mujer asintió encantada.

—Dígame un buen momento para que la familia se encuentre reunida. Enviaré a alguien para hacerles el retrato y recoger la carta.

Con ello terminó la visita y yo abandoné la casa con un suspiro de alivio. «No te involucres para nada con ese hombre», recordé la frase de Himmler. Lo malo era que ya me había involucrado; con él y con su familia. Y Sophie que, colgada de mi brazo, me observaba atenta, no iba a permitirme olvidarlo.

* * *

Daniel aceptó con una inclinación de cabeza la fotografía y el sobre con la carta. Él quizá imaginó que nosotros habíamos vuelto a cerrarlo tras leer lo escrito, pero fue algo que no hicimos. Por su rostro bailó el asomo de una sonrisa cuando miró la fotografía. Únicamente en otras dos ocasiones, más adelante, volvería a verlo sonreír.

El retrato mostraba a *Frau* Hirschmann rodeada por sus tres hijos. Los cuatro estaban recién arreglados con sus mejores trajes y lucían una amplia

sonrisa. Se habían situado junto a un mueble aparador en el que se veían fotos de la familia. Sophie lloró quedamente al verla, y a mí hoy se me humedecen los ojos al recordarlo. Por Sophie y por ellos; y también seguramente porque soy viejo.

Daniel puso manos a la obra. Yo le hacía algunas preguntas sobre el proceso, pero solía limitarme a verlo trabajar. En el taller había siempre un SS presente con órdenes estrictas de velar por la integridad de la lanza, que era diariamente recogida de la iglesia de Santa Catalina a las siete de la tarde, cuando ya sus puertas habían cerrado, y devuelta al amanecer del día siguiente.

Hirschmann había finalmente elegido una de las tres lanzas que habíamos buscado para él y, poco a poco, con una exquisita paciencia, fue moldeándola para convertirla en la réplica de la lanza sagrada. Trabajaba centímetro a centímetro, midiendo y cincelandó, calentándola con frecuencia al rojo vivo antes de darle tan sólo unos breves martillazos para, poco después, devolverla al fuego. A pesar de hallarnos en pleno invierno, en el taller hacía mucho calor, pues la fragua estaba siempre encendida.

Solía trabajar hasta las dos de la madrugada. Después comía algo y se iba a dormir. Durante el día leía, escuchaba música o paseaba por la finca cuando el clima lo permitía. Se había decidido que no pudiera oír la radio, con lo cual yo era su único vínculo con el exterior. Al principio no hablábamos mucho, pero poco a poco se fue tejiendo un lazo entre ambos. No sé si él llegó a considerarlo amistad, pero yo sí. Procuré que el contacto con su familia se mantuviera vivo e intercambiaban una carta con frecuencia semanal. Le expliqué que lo que él escribía debía yo leerlo, pues su trabajo era secreto, y pareció comprenderlo. Le aseguré que, en cambio, sólo él conocería el contenido de las misivas de su familia. No debió de pensar que ello fuera algo de excesiva importancia, por cuanto las guardaba en un cajón al que nosotros podríamos tener fácil acceso.

Llegó la primavera y las nieves del invierno dieron paso a un clima más benigno que permitió a Daniel pasar al aire libre muchas de las horas durante las que esperaba el regreso del objeto que debía copiar. Aunque poco más cambió para él. Yo asistía asombrado a la transformación de la lanza del siglo VIII en la que durante el día se exhibía en la iglesia de Santa Catalina. Nuestro hombre ya la había partido en dos, aunque aún no había fabricado las tres cubiertas que envolvían la rotura. Como ya he relatado, la primera, más

pequeña, era de hierro; la segunda, de plata; y la tercera, de oro. Esta última llevaba una inscripción que la identificaba como la lanza que hirió a Jesús. En la de plata, de finales del siglo XI, Enrique IV mandó escribir que un clavo de la cruz había sido añadido a la lanza. Para ello su hoja hubo de ser ahuecada, lo que se piensa que sucedió a finales del siglo X, y es probable que fuera entonces cuando se partió. Como digo, en la de oro, de tiempos de Carlos IV, en el siglo XIV, figuran las palabras *Lancea et clavus domini*, la lanza y el clavo del Señor.

Por debajo de la rotura, y para afianzar la hoja al vástago, una intrincada correa de cuero y otra inferior de hilo de plata envolvían la lanza. Ambas también debían ser cuidadosamente copiadas.

Fue poco antes de que Daniel comenzara a trabajar con las tres fundas cuando yo, asombrado por el sorprendente parecido del original con la copia, decidí hacer en esta última una señal que me permitiera reconocerla. En una de las pequeñas alas de la parte inferior le pedí a Hirschmann que hiciera una muesca, pequeña y difícilmente perceptible, pero con la que yo podría distinguirlas.

A mediados de abril, al llegar a la casa tras pasar el sábado y el domingo en Múnich, me encontré con los fuegos apagados. Daniel me dijo que tenía que hablar conmigo. Las dos lanzas reposaban sobre la mesa de trabajo y, junto a ellas, poco más que esbozadas, se hallaban las fundas.

—Antes de seguir, quiero garantías para el futuro de mi familia. Sé que ustedes pueden sustituirme, pero les resultará más sencillo hacer lo que les pido. Tenemos familia en Suiza y pretendo que los cuatro se trasladen allí. Junto con la maquinaria y los utensilios del taller. Mi hijo mayor podrá seguir trabajando. También deben buscarles un lugar donde puedan instalarse ellos y el negocio. Como ya ha podido usted comprobar, no hace falta mucho espacio. Y necesitarán asimismo algo de dinero para subsistir los primeros meses.

Lo dijo todo de carrerilla, como quien tiene memorizada la lección, y luego calló. Se quedó mirándome y procuró que sus ojos se mantuvieran firmes.

Yo no esperaba aquello, y por momentos no supe qué responder. Mi primer pensamiento fue el de que un judío estaba haciendo chantaje a las SS y que yo no podía aceptarlo. Luego recordé a Himmler preguntándome por la lanza y urgiéndome a terminarla. Pensé en razonar con Daniel, pero él, adelantándose a mis palabras, me espetó:

—No existe otro acuerdo posible.

Nunca he sido persona de reacciones bruscas, pero aquel día a punto estuve de hacer valer mi autoridad y decirle a Daniel Hirschmann lo equivocado que estaba. Que era precisamente su familia la que iba a servir de garantía, aunque no de la manera que él pensaba. Que si no colaboraba, serían su mujer y sus hijos los que sufrirían las consecuencias. Y que, en definitiva, todos ellos estaban en nuestras manos.

Pero me callé.

—Bien, Daniel —le dije con tono serio—. De momento le ruego que siga trabajando. Pronto le daré una respuesta. Pero lo que usted me pide es... muy complicado —terminé sin encontrar una frase más contundente.

No sé si fue un error o un acierto, pero al día siguiente regresé a Múnich y lo primero que hice fue contarle todo a Sophie.

—No hay ninguna posibilidad de que el Reichsführer acepte el trato —le dije—. Si transijo, tiene que ser sin que él lo sepa. Y te diré que no sé cómo Himmler lo consigue, pero al final acaba enterándose de todo.

Mi mujer se puso inmediatamente de parte de los Hirschmann y fue buscando soluciones a todas las objeciones que yo le iba poniendo. El poder facilitar su viaje a Suiza no suponía el mayor problema, en contra de lo que en aquella Alemania de 1939 pudiera pensarse, pues la concesión de visados de salida competía a mi departamento. El traslado del taller y del equipaje de la familia era más complicado, pero también podía solucionarse si Daniel aceptaba dejar atrás lo más voluminoso, como eran las fraguas y las grandes mesas de trabajo, y conformarse con herramientas y materiales. Lo peor era el dinero que nuestro hombre había pedido. Aunque yo disponía de un pequeño presupuesto para cubrir posibles gastos ocasionados por el proyecto, la cantidad que barajábamos iba a ser muy superior.

—Pues la buscaremos —afirmó Sophie con los ojos brillantes. Hacía tiempo que no la veía tan ilusionada por algo, y mi respuesta fue sentarme junto a ella y atraerla hacia mí. Permanecimos así un rato, muy juntos y sonriéndonos el uno al otro. Le cogí las manos y asentí.

—Por lo menos lo intentaremos. Vete pensándolo y yo hablaré con Daniel.

—Y permite que se vean, Hans. Daniel y su mujer. Antes del viaje a Suiza tienes que conseguir que estén a solas.

No pude rehuir la mirada de Sophie. Me limité a asentir.

XXXIV

MANUSCRITO SUIZO DE HANS HEINS

CAPÍTULO DECIMONOVENO

Daniel Hirschmann terminó la copia pocos días después de que su mujer y sus hijos se trasladaran a Suiza. Una carta de aceptación para acogerlos por parte de los familiares que tenían en Birmensdorf, pequeño pueblo próximo a Zúrich, me permitió firmar un salvoconducto para el viaje. Lo hicieron los cuatro en un camión grande en el que cargaron su equipaje y lo imprescindible del taller. Mi oficina mantenía relaciones con el consorcio de transportistas y nos facilitaron conductor y vehículo por un precio muy razonable. En cuanto al dinero, Daniel hubo de conformarse con bastante menos de lo que en principio me pidió.

—Lo que importa son sus vidas —afirmó, encogiéndose de hombros. Yo le había explicado que las SS nunca aceptarían pagar cantidad alguna y que, además, todo el trato tenía que circunscribirse a un acuerdo entre nosotros dos que no debía trascender. Imagino que supuso que el dinero lo había buscado yo, pues me pareció vislumbrar un asomo de aprecio en su mirada. Nunca lo preguntó.

La verdad es que fue más mérito de Sophie que mío. Ella tenía algo ahorrado y además les pidió un préstamo a sus padres. Yo desvié una cantidad del presupuesto del que disponía, para lo cual el hijo mayor de Daniel me facilitó una factura expedida por el negocio de unos amigos en la que constaba la compra de herramientas de segunda mano. Los utensilios nos los mandó el joven Daniel de su propio taller. Me alegré de que nadie les pasara revista porque estaban bastante viejos.

Algo que Hirschmann no me solicitó, pero que yo le propuse, fue que mantuviera un encuentro a solas con su esposa. No hace falta incidir sobre el

hecho de que fue una vez más Sophie la que me insistió en preparar la cita.

—Si yo estuviera en su lugar, nada sería más importante para mí que el poder volver a verte, y espero que a ti te sucediera lo mismo —añadió mi mujer con una pícaro sonrisa.

Aquello suponía una evidente trasgresión de mis atribuciones, pero en aquellos momentos mi principal objetivo era la felicidad de Sophie. De modo que se lo planteé a Daniel.

—Tiene usted que comprender que su trabajo aquí es secreto —le dije—. Nada debe trascender; ni siquiera su mujer puede saberlo.

El hombre asintió sin pronunciar palabra. Fue la segunda vez, desde el día en el que nos conocimos, en la que le vi esbozar una sonrisa.

Preferí no involucrarme más con los Hirschmann y evité hacer el viaje junto con la esposa. Ordené que fuera trasladada desde Múnich un martes por la mañana temprano. Le dije a Daniel que ese día no tendría que trabajar. En cambio, sí estuve presente en el momento del encuentro. Sophie me había pedido que le contara cómo transcurría todo.

Núremberg y Múnich se hallaban a algo menos de dos horas por carretera —una suerte para mí, que tuve que hacer el trayecto en repetidas ocasiones —, de forma que el matrimonio se halló frente a frente alrededor de las diez de la mañana. Es una imagen que nunca se me borrará. *Frau* Hirschmann se abrazó llorando a su marido y éste se limitó a acariciarla mientras le susurraba algo al oído.

Yo había dispuesto que se les dejara un desayuno preparado sobre la mesa del pequeño salón y dado la orden de que no se les molestara. Mientras ambos seguían abrazados, di media vuelta y me marché.

La lanza durmió esa noche en la nave de la iglesia y los Hirschmann tuvieron también ocasión de hacerlo juntos... por última vez.

Dado que la lanza no llegaba al taller antes de que hubiera anochecido, permití que ambos permanecieran el uno con el otro hasta después del almuerzo del día siguiente. No asistí a la despedida y esperé fuera junto al coche que debía trasladarla de nuevo a Múnich. Al salir, Ruth me dio impulsivamente dos besos en la mejilla. Aquello no me produjo alegría, sino que, por el contrario, hizo que me sintiera mal. Evité contárselo a Sophie.

Daniel continuó trabajando con el mismo esmero que había exhibido hasta entonces. Creo que debido a dos motivos: por una parte, a que era un excelente profesional al que le molestaba el trabajo mal hecho; y, por otra, a

que pensaba estar realizando una labor que pasaría a la historia y sería reconocida y estudiada por las generaciones futuras. En eso se equivocaba, al menos hasta el instante en el que escribo estas líneas; aunque, quién sabe... Quizá algún día se descubra que la lanza que se exhibe en el Hofburg de Viena ha sido obra suya.

Si Daniel Hirschmann es uno de esos espíritus que pueden evadirse de su mundo para asomarse al nuestro, tendrá la satisfacción de saber que muchos miles de personas se detienen año tras año a contemplar su obra maestra. Yo lo hice, hace ya una década, acompañado por Helga en un viaje que realizamos a la capital austriaca y, aunque un grueso cristal se interponía entre la lanza y nosotros, pude distinguir con claridad la muesca que Daniel hizo en ella. Sonreí y me emocionó el pensar que yo era la única persona que conocía su secreto...

Los Hirschmann se instalaron en Suiza a finales de mayo de 1939. Llegó una carta, enviada por la mujer a una dirección previamente acordada, que yo entregué personalmente a Daniel. Incluía una foto que él me mostró. En ella se veía a la madre y a los tres hijos sonrientes frente a la entrada de una casa. Pienso que aquellas líneas contenían alguna clave pactada por el matrimonio para certificar que todo había transcurrido según lo acordado. Yo así lo habría hecho.

—Me comenta en la carta que me mandará una foto del taller cuando esté instalado —me dijo—. Usted ha cumplido con su parte —añadió—. Yo lo haré con la mía. Puede estar tranquilo.

Y Daniel Hirschmann lo hizo. Tardó unas dos semanas en dar por terminado su trabajo. Aquel día yo contemplé asombrado las dos lanzas; y no habría sabido decir cuál era la verdadera si no hubiera sido por aquella pequeña marca secreta. Felicité efusivamente a Daniel y pienso que él se mostró complacido, aunque no sonrió.

—Espero poder volver a verle algún día en Suiza —le dije mientras estrechaba su mano y procuraba que la frase sonara convincente, aunque pienso que él albergaba pocas esperanzas sobre su futuro.

Durante aquellos meses yo había evitado hacer cualquier pregunta directa sobre los propósitos que las SS tenían para con nuestro hombre. No se la hice a Himmler, al que en aquella época veía poco, ni tampoco al comandante al mando de los hombres que se ocuparon de todo el proceso. Formaban parte de un destacamento procedente del campo de Mauthausen, lugar, como ya he

relatado, en el que Daniel había sido internado tras su detención. Lo habían trasladado a Núremberg, se habían ocupado de su estancia y de la vigilancia, y suya era la misión de llevárselo. El contacto que yo mantuve con ellos durante aquellos meses fue el único, en toda mi vida, con los comandos destinados a los campos de concentración. No surgió ningún problema en nuestra relación, aunque es cierto que faltaban todavía unos años para que los SS a cargo de los campos cobraran su macabra notoriedad.

Yo debía regresar a Múnich con las dos lanzas, para que Himmler diera su definitivo visto bueno. Dado que tenía que esperar a la hora de cierre de la iglesia al día siguiente para realizar el viaje, pues Daniel había dado por concluido su trabajo pasadas las doce de la noche, tuve ocasión, antes del almuerzo, de charlar largo rato a solas con él.

Durante nuestra conversación pareció olvidar los muchos días que había dedicado a la que era su gran obra, y me habló de su familia y de la esperanza en que conocieran un mundo mejor. No se explicaba el odio que los judíos habían despertado, allí donde estuvieran, a lo largo de la historia.

—Somos personas como las demás —me dijo—, y quizá sea ése el problema, porque el ser humano, Hans, no es bueno.

Nunca antes me había llamado por mi nombre. Me limité a encogerme de hombros, aunque debo decir que aquella breve frase me sirvió, en distintas ocasiones a partir de entonces, para encontrar sentido a muchas de las cosas que sucedieron, tanto en Alemania como en el resto del mundo.

Le propuse cerrar los meses de estrecha convivencia con sendas cervezas.

—Me tomaría hasta dos —me respondió con un inesperado rasgo de humor. Y le vi sonreírme por tercera vez.

Esa mañana, el comandante del destacamento había estado en la casa y me decidí, por fin, a preguntarle por el destino de Daniel Hirschmann. El comandante se llamaba Günter Herberg y tenía mi mismo rango en las SS, Sturmbannführer.

—Debe desaparecer —me dijo de manera directa—. Antes de que tenga ocasión de hablar con nadie. Son las órdenes.

No por esperada dejó de impresionarme la respuesta. Estábamos hablando de poner fin a la vida de un hombre que no había cometido delito alguno. Me obligué a rechazar el pensamiento, pues yo nada podía hacer.

—Te voy a pedir un favor, Günter. Hacedlo de manera que no se entere. Dile que lo devolvéis a Mauthausen y que su caso será revisado..., lo que se

te ocurra. Y que, cuando suceda, le coja totalmente desprevenido. No veo otra manera de agradecerle su comportamiento.

Herberg asintió con énfasis. Pienso que él tampoco era feliz con la orden que había recibido.

Me quedaba otro consuelo, y era el de saber que la familia de Daniel viviría a salvo. Durante nuestra conversación él había insistido en ello y me había hecho asegurarle que velaría por los cuatro. Se lo prometí y añadí que les echaría una mano si fuera necesario. No sabía si podría hacerlo, pero sí era consciente de que eso era lo que él quería escuchar.

Llegué al palacio Barlow pasadas las nueve de la noche. Himmler estaba esperándome, pues así lo habíamos acordado. Yo llevaba las dos lanzas, metidas en idénticas cajas de madera ligera. Había tenido buen cuidado, durante aquellos meses, de no tocar la verdadera. Puse las cajas, una al lado de la otra, sobre la mesa de reuniones y las señalé con un gesto, sin decir nada.

El Reichsführer las abrió con presteza, mostrando una mal contenida ansiedad, y a continuación se quedó un largo rato en silencio, observándolas.

—Es... extraordinario —acertó a decir, mientras las cogía y seguía mirándolas y comparándolas de cerca. Luego se volvió hacia mí, con cierta expresión de alarma en su rostro.

—Sabrás cuál es la auténtica, ¿no? No te la habrá jugado el judío, ¿verdad?

Sonreí y le hablé de la marca secreta. Tuvo que dar la vuelta a la lanza para encontrarla.

—La hicimos mucho antes de que la copia estuviera terminada, de modo que no hay posibilidad de error.

—Bien, Hans, bien —me dijo posando una mano en mi hombro—. Aunque la verdad es que no sé por qué me preocupo —añadió mientras una sonrisa divertida iluminaba su cara—; basta con que tú las cojas, ¿no? Enseguida sabrás cuál es la verdadera.

—He tenido buen cuidado de no hacerlo —repuse riendo. Aquella noche me invadía un ligero sentimiento de euforia, y pienso que lo mismo le sucedió a Himmler.

—Bien, bien —repitió, dándome una palmada—. Tengo que organizar rápidamente el traslado a Wewelsburg. La copia tiene que regresar esta misma noche a Núremberg. A partir de mañana, el mundo estará contemplando con adoración un inmenso fraude. —Pareció recapacitar sobre

lo que había dicho y soltó una alegre carcajada. Luego devolvió su atención a las lanzas, que, como dos hermanas gemelas, esperaban sobre la mesa—. Hay que reconocer que ese judío ha hecho bien su trabajo —dijo casi para sí—. Después de todo, sirven para algo.

 Mi euforia se desvaneció ante el recuerdo de Daniel Hirschmann.

XXXV

MANUSCRITO SUIZO DE HANS HEINS

CAPÍTULO VIGÉSIMO

Si Himmler tuvo alguna vez conocimiento de mi intervención en la marcha de la familia Hirschmann a Suiza, jamás me comentó nada. La idea que tengo de mi jefe directo es la de que era un hombre pragmático, y que no indagaba si algo había salido según sus deseos. Tampoco recibí objeción alguna a las cuentas que presenté tras aquellos meses de contacto con Daniel y con la lanza. Si el Reichsführer era persona estricta, más aún lo era en asuntos de dinero. Pienso que nunca le guio el afán de lucro, hasta el punto de que, tras la separación de su esposa, se vio obligado a pedir un préstamo al partido para poder mantener a ambas familias.

Yo conocí a sus dos mujeres. La primera, Margaret Boden, era algunos años mayor que él, y el primer proyecto del matrimonio, como ya he relatado, fue el de crear una granja avícola. Himmler pronto lo dejó en manos de ella y, poco a poco, el matrimonio fue distanciándose. Como suele suceder, la sustituta la encontró en alguien muy próximo a él: Hedwig Potthast, su secretaria.

No hace falta decir que yo traté con bastante más asiduidad a Hedwig que a Margaret, con la que coincidí sólo en contadas ocasiones. Por el contrario, de las tres hijas que tuvo Himmler, sólo conocí a Gudrun, la única que nació de su primer matrimonio. Era una niña rubia, guapa y tímida; esto último, al menos, en los ambientes poco infantiles en los que yo la traté. Él sentía auténtica pasión por ella y la niña lo adoraba.

* * *

No pude resistirme a la tentación de ver la obra de Daniel Hirschmann expuesta en la iglesia de Santa Catalina, así que un primoroso sábado de comienzos de junio, Sophie y yo cogimos el coche y enfilamos la carretera con dirección a Núremberg. Habíamos decidido pasar la noche allí, pues la ciudad tenía, aparte de los atributos de los Habsburgo, muchas cosas interesantes que ver.

Yo procuraba que, durante los fines de semana en los que no tenía que quedarme en Múnich, Sophie saliera de casa y olvidara de algún modo las continuas visitas al hospital. Los médicos le habían prometido una pausa en su tratamiento durante los meses de julio y agosto y ella se sentía tan feliz como el niño que ve acercarse sus vacaciones. El ser humano parece ser capaz de poder encontrar momentos de alegría hasta en los trances más penosos.

En la iglesia de Santa Catalina, aguardamos nuestro turno para entrar a la exposición. Era sábado por la tarde y había bastantes visitantes. Allí estaba la lanza, en lugar preferente, y permanecimos largo rato contemplándola. Una pareja, a nuestro lado, comentó que no podía existir duda de que era la que hirió el costado de Jesús, pues transmitía un algo muy especial. Sophie y yo nos miramos y ella tuvo que hacer un esfuerzo por contener la risa. Luego ambos nos quedamos serios, recordando al hombre que la había fabricado.

Yo no había vuelto a preguntar por Daniel y me había propuesto olvidarlo. Escribí a Ruth, su mujer, diciéndole que él había regresado a Mauthausen, donde no podía recibir correo. No le di esperanzas, pero tampoco le pinté un panorama muy negro. Sophie y yo decidimos que era mejor dejar que el tiempo fuera pasando. En algún momento le diríamos que su marido había muerto, pues no dudábamos de que ella tuviera derecho a saberlo.

A mediados de junio, y con sólo dos días de antelación, me llegó el aviso de que debía trasladarme a Wewelsburg. La lanza iba a ser llevada allí para ocupar el que sería su destino definitivo. Me lo comunicó Wiligut y me dijo que no necesitaba incidir en el hecho de que todo había de hacerse dentro del más absoluto secreto.

—Ponte una mordaza por las noches —añadió riendo—, ni tu almohada debe enterarse.

No me dijo el lugar en el que descansaría la lanza, pero yo no necesité preguntarlo. No tenía duda de que sería en el centro geométrico de la torre norte. De lo que no estaba seguro era de si la elegida sería la sala de

columnas, con su sol negro en el suelo, o bien la cripta que se hallaba inmediatamente debajo, en la que tuvo lugar nuestra sesión espiritualista. La decisión le correspondía a Himmler y yo no tuve ocasión de hablar con él hasta mi llegada, dos días después, al castillo de Wewelsburg.

Lo hice a media tarde, todavía con luz natural, aunque el cielo estaba encapotado y caía una fría llovizna. Mi compañero de viaje fue Karl Maria Wiligut y el trayecto resultó ameno con sus relatos sobre nuestros antepasados y sus relaciones con los *wiligotis*. La verdad era que la memoria ancestral de aquel hombre —o su capacidad de invención— parecía inagotable.

Fuimos los primeros en llegar al castillo, y algunos de los restantes personajes que intervendrían en la ceremonia no lo harían hasta la mañana siguiente.

Esa misma tarde, mientras que Wiligut y yo nos tomábamos unas bebidas en el salón, aparecieron Karl Haushofer y Joachim Gebelt. El geógrafo volvió a darme la impresión de no hallarse en su mejor estado de ánimo, y tras saludarnos anunció que descansaría en su habitación hasta la hora de la cena. Gebelt sí se quedó un rato con nosotros, escuchando divertido el incesante parloteo de Karl Maria.

Por la noche, ya tarde, según él mismo nos contó al día siguiente cuando nos reunimos para desayunar, llegó Baldur von Schirach. Nos habló, con su ligero engolamiento habitual, de sus grandes logros al frente de las Juventudes Hitlerianas y de cómo en ellas anidaba la semilla imperecedera de la raza aria.

—Es emocionante —vino a decir—; esos muchachos son como una sola voz aclamando al Führer. De entre ellos surgirán los cuadros de mando que en el futuro llevarán a Alemania al lugar que siempre ha sido nuestro.

Yo me ahorré el comentario de que a ese lugar que la Historia nos tenía reservado debía ser Adolf Hitler quien nos condujera. Ésas eran las tesis de la propaganda de nuestro partido. Imagino que las palabras de Baldur no habrían dejado satisfecho al Führer, pero no iba a ser yo el que se las comentara.

A última hora de la mañana, próxima ya la hora del almuerzo, llegaron las estrellas de aquella puesta en escena. Hitler, Himmler, Hess y Rosenberg hicieron su aparición precedidos y acompañados por una nutrida fuerza de escolta. Venían desde Berlín en avión y habían aterrizado en un aeropuerto

próximo.

Salimos todos al patio a recibirlos, acompañados por Siegfried Taubert, quien era el nuevo comandante del castillo en sustitución de Manfred von Knobelsdorff. Taubert era un SS Brigadeführer, rango equivalente al de general, lo que da idea del interés que Himmler concedía a Wewelsburg. Taubert venía de trabajar durante tres años a las órdenes de Heydrich en el SD.

No puedo por menos que recordar aquel momento. Casi la totalidad de la plana mayor nazi se hallaba reunida en el castillo... y yo con ellos. Confieso que no me sentía cómodo, pero sí orgulloso. Himmler llevaba bajo el brazo una caja alargada de madera que reconocí inmediatamente. Me saludó con amabilidad. El Führer me saludó con su sequedad habitual, pero por la mirada que me dirigió deduje que me había reconocido. No en vano, tiempo atrás, mantuve largo rato su mano entre la mía.

Durante el almuerzo me fue dado de nuevo contemplar el respeto reverencial que todos sentían por Hitler. La impresión era la de que, sobre todo, lo temían.

El almuerzo comenzó tarde, debido a que los recién llegados pasaron un largo rato en sus habitaciones, y fue una comida silenciosa, en la que los sonidos de tenedores y cuchillos se imponían sobre los de las conversaciones.

Sólo Hess se dirigía al Führer en lo que podría considerarse un tono coloquial y Hitler llegó a reír un par de veces con lo que contaba. Himmler hacía esfuerzos por parecer distendido y ocurrente, pero yo, que lo conocía bien, comprendí que no lo lograba. Hitler realizó un almuerzo frugal y ello le dio tiempo, ya hacia el final de la comida, para dirigirse a todos nosotros en una larga charla. Pienso que era un hombre al que le gustaba hablar o, quizá mejor, escucharse, pues por momentos se enardecía como si estuviera en un mitin, aunque su voz no llegó a alcanzar los mismos registros agudos.

Habló, como era de esperar, de Alemania y de nuestro futuro, a todas luces esplendoroso, y añadió que nos hallábamos en puertas de conocerlo. A pesar de sus palabras, ni por un momento se me ocurrió pensar que en poco más de dos meses estaríamos de nuevo en guerra.

No se hizo ninguna mención a la lanza, es evidente, pues había numerosos camareros entrando y saliendo continuamente del comedor.

Finalizado el almuerzo, Hitler dijo, dirigiéndose a Himmler:

—A las cinco y media. Esta noche debemos estar de vuelta en Berlín.

Y sin más, se levantó y abandonó el comedor mientras todos nos poníamos en pie saludando con la mano en alto.

Faltaban algo más de dos horas, aunque el Reichsführer nos pidió que estuviéramos listos, en aquel mismo salón, como mínimo un cuarto de hora antes.

Yo subí a mi habitación, pero me hallaba demasiado expectante como para intentar dormir una siesta, y al poco rato la abandoné, decidido a dar un paseo por el exterior del castillo.

Una vez fuera, pude ver como Himmler y el nuevo comandante de Wewelsburg, Von Taubert, se dirigían, a lo largo del muro este, hacia la entrada de la cripta de la torre norte. El Reichsführer me vio, pero no me hizo ninguna seña, de manera que comprendí que no debía acercarme. Lo que también me quedó claro, desvaneciendo mis dudas, fue que aquél iba a ser el definitivo destino de la lanza sagrada.

Agradecí el paseo, que me ayudó a serenarme y a disipar el efecto del vino que había bebido, quizá en exceso, durante la comida.

Mi primera visita a Wewelsburg fue en otoño; la segunda, en primavera, y ahora estábamos casi a comienzos del verano. Me dije que en todas ellas el paisaje que se abrió ante mis ojos había sido espléndido. Traté de imaginarlo en invierno, frío y silencioso, con el verdor que ahora contemplaba cubierto por la nieve, y decidí que sería algo digno de verse. Por algún motivo, o quizá por la suma de muchos, el castillo me había hechizado. Nunca llegué a conocer Wewelsburg en invierno, pues aquella que ahora narro fue mi última visita.

No hay que decir que me presenté en el salón antes de la hora marcada por Himmler, aunque no fui el primero. Haushofer, Gebelt y Hess se hallaban ya en él, conversando. Por unas copas vacías que reposaban sobre la mesita junto a la que se encontraban deduje que, con bastante probabilidad, no se habían movido de allí desde el final del almuerzo. El geógrafo, quien desde su llegada ya he comentado que parecía más silencioso de lo habitual, era sin embargo quien hacía uso de la palabra, mientras los otros escuchaban.

—... La anexión de Austria ha sido algo natural, esperado y hasta deseado —estaba diciendo—, pero basta con conocer a nuestro pueblo, a nuestro partido y a nuestro Führer para saber que nuestra expansión hacia el Este es cuestión de tiempo. —Dirigió su mirada hacia Rudolf Hess, como pidiendo su aprobación, pero el hombre permaneció inmutable. Haushofer había

utilizado concretamente la expresión *Drang nach Osten*, habitual entre los nazis para referirse a la que, según la doctrina, iba a constituir la necesaria apertura de Alemania—. Lo que me asombra —concluyó casi para sí— es la absoluta falta de reacción por parte de Inglaterra y Francia. No puedo entenderlo.

—Simplemente nos temen —repuso Hess haciendo un gesto para dar por terminada la conversación—. Esperan que su silencio nos adormezca.

Rosenberg hizo su entrada en ese momento, con el atildado aspecto de quien acaba de concluir su aseo personal. Debo decir que nuestro ministro de Asuntos Extranjeros lució siempre una imagen elegante y mundana, propia de quien, en su fuero interno, se reconoce a sí mismo un paso por delante de los demás, pero que, al mismo tiempo, se ve en la necesidad de demostrarlo. El contraste de su personalidad con la de Rudolf Hess era marcado. La conversación se generalizó y, en el transcurso de un par de minutos, Wiligut, Himmler y Von Schirach se unieron al grupo. Sólo faltaba ya la presencia de Hitler.

El Führer hizo su entrada a las cinco y treinta y dos, según pude comprobar en el gran reloj de pie que ocupaba uno de los ángulos del salón. Dos minutos antes había dejado oír una única campanada que fue como un aviso para las ocho personas allí reunidas. Las conversaciones prácticamente cesaron y todos, inconscientemente, fijamos la mirada en la puerta del salón.

Himmler dio un paso adelante para darle la bienvenida, mientras que, con el brazo aún en alto, le decía:

—Todo está preparado, *mein* Führer. Cuando quieras.

Salimos al exterior a través del patio dirigidos por Himmler y bordeamos el castillo rumbo a la cripta de la torre norte. Cualquier pequeña duda que aún me quedara sobre el destino de la lanza sagrada se disipó. Hicimos el recorrido en silencio, imagino que expectantes ante lo que nos aguardaba, y también porque nadie se atrevía a romper el mutismo que Hitler exhibía. Recuerdo que me planteé dónde estaría la lanza, pues Himmler no la llevaba consigo.

En las proximidades de la entrada a la cripta, aunque convenientemente distanciados de ella, cuatro miembros de las SS montaban guardia. También pude observar la presencia de varios más en la zona que, por encima de nosotros, bordeaba el castillo.

Ni Hitler ni Hess ni Rosenberg habían estado antes en el interior de la

pequeña habitación circular, al menos que yo supiera, pero ninguno de ellos mostró mayor curiosidad que el resto de nosotros. Deduje que el Reichsführer les había descrito el lugar con precisión. Yo me fijé en que el decorado era similar al de mi última visita, con las mismas bombillas rojas encendidas, aunque la luz del sol de aquella tarde próxima al comienzo del verano dominara sobre ellas. Idénticas cortinillas negras esperaban a ser cerradas para impedir su entrada y el mismo sillón reclinable destinado a Haushofer, con una butaca a su lado, se hallaba próximo al nicho central.

Y, junto a éste, sobre un pequeño poyete cubierto por una tela también roja, se hallaba la lanza.

—Aquí la tienes, *mein Führer*. —La voz de Himmler sonó emocionada—. Está esperándote.

Si Himmler había previsto una puesta en escena similar a nuestras anteriores sesiones en la cripta, con Haushofer convocando a los espíritus presentes, Hitler se encargó de desbaratarla. Alzó la mano derecha, en un claro gesto exigiendo silencio, y dio dos pasos en dirección a la lanza. Yo me hallaba enfrente y podía observar con claridad su rostro. Puedo asegurar que se había transfigurado. La mirada se hallaba fija en aquel objeto y estoy convencido de que, en su mente, sólo ambos existían.

Tras unos instantes en los que permaneció contemplándola, tomó la lanza en sus manos. Lo hizo con gran cuidado, como temeroso de poder dañarla, y permaneció en aquella postura, mirándola de cerca, durante un largo rato. Luego la aproximó a su pecho y recorrió así el corto trecho que lo separaba del centro geométrico de la cripta, situándose encima del nicho allí excavado.

—*Du gehörst jetzt mir und wir beide sind eins*^[55] —murmuró casi para sí.

Creo que lo que sigue es fiel a lo que entonces ocurrió, aunque puede que en aquellos instantes me dejara llevar por la intensidad del momento y por ese extraño don que en ocasiones me permitía percibir lo que para otros ni siquiera era imaginable.

Hitler extendió ligeramente los brazos, no puedo decir si en un gesto de ofrecimiento o simplemente para tener una mejor visión de la lanza. Y en ese momento vi que una columna de materia lo envolvía. No era luz, pues el resto de la cripta permaneció inalterable, ni se trataba tampoco de algo sólido o que tuviera cuerpo, ya que la figura del Führer no se vio turbada. Estoy convencido de que sólo yo la percibí, pues ningún otro de los presentes mostró asombro. Y tampoco nadie hizo nunca alusión a ella, ni siquiera

Haushofer, aunque es cierto que el geógrafo era persona extraordinariamente reservada. Yo nunca lo comenté.

Pienso que fue una más de aquellas ocasiones en las que yo había podido sentir algo que a los demás había estado vedado. O quizá lo imaginé. Pero fue real, tremendamente real.

Aquello tenía una apariencia ligeramente azulada y se movía. Era una columna cilíndrica que surgía del nicho en el suelo y se perdía en el techo, rodeando la esvástica de brazos quebrados. O al revés, pues el flujo que se percibía en ella subía y bajaba, como si infinitos ríos de fuerza siguieran caminos inversos.

Tuve la clara sensación de que todos ellos se detenían un momento en la lanza, compartiendo su esencia con ella. Y ella adquirió un tinte especial, como si brillara, pero sin llegar a emitir luz. Es difícil de explicar y jamás he vuelto a ver o sentir algo parecido.

Hitler permaneció largo rato en aquella posición. Quizá él sí llegó a percibir aquel poder que lo envolvía, pues no tuve duda de que aquel plasma era el mismo que por dos veces me había atrapado. Y en ambas, mi sensación fue la de no ser nada frente a su inmensidad.

Finalmente, el Führer bajó los brazos y dio un paso atrás. Se agachó y depositó con cuidado la lanza en una caja rectangular de madera que había en el centro del nicho. Yo hasta ese momento no me había fijado en ella. Era pequeña, tan sólo ligeramente mayor que la lanza, y estaba perfectamente acoplada al hueco, de manera que su borde superior quedaba exactamente al ras de la superficie. Hitler permaneció por unos momentos con una rodilla apoyada en el suelo, con la cabeza baja, contemplando aquel objeto que tanto significaba para él. Vi como el Reichsführer se acercaba y le tendía una pieza rectangular hecha en madera oscura. Hitler la colocó sobre la abertura y la apretó ligeramente. Comprendí que se trataba de una tapa hecha a medida que encajó de forma perfecta. La lanza desapareció de nuestra vista. Para siempre.

Himmler acercó entonces un cubo que yo no había visto y que había permanecido adosado junto a una de las paredes. También le entregó al Führer una pequeña paleta de albañil. Hitler fue el primero en echar una porción de cemento fresco sobre el hueco. Me vino a la memoria la ceremonia a la que asistí de pequeño, cuando se instaló la primera piedra de un nuevo edificio en mi colegio. Recuerdo que aquel día metieron en el agujero, entre otras cosas, un periódico del día, algo que, a mi temprana edad,

me sorprendió. Hoy sólo la lanza sagrada iba a quedar encerrada en aquel su nuevo lugar de reposo.

Fuimos echando una paletada por turno, mientras Hitler, que se había retirado hacia atrás, nos observaba con su habitual gesto serio. Tenía los brazos caídos y las manos unidas por delante, en una postura que le era característica.

Fue Rudolf Hess quien terminó de rellenar con cemento el hueco que a partir de entonces estaba destinado a albergar la lanza. Lo hizo con movimientos precisos, mientras mantenía una rodilla apoyada en el suelo. Parecía que le gustaban las labores de albañilería, pues manejó la paleta con precisión. Alisó con ella el cemento y retiró con pericia el sobrante. No le llevó más que unos cuantos segundos. Al terminar, se puso de pie y dirigió un gesto a Hitler. No fue una petición de aprobación, sino una confirmación de que había terminado. Nunca percibí servilismo en la actitud de Hess hacia el Führer, algo que, sin embargo, siempre estaba presente en la relación que Himmler mantuvo con él. Estoy convencido de que ello era algo que el Reichsführer trataba a toda costa de evitar, pero que resultaba superior a sus fuerzas. La primera vez en la que lo noté fue un día en el que Hitler se presentó de improviso en nuestra sede. Era yo entonces un recién llegado y me sorprendió la atemorizada reacción de mi jefe. He llegado a pensar que los problemas estomacales que de manera constante sufrió Himmler tenían algo que ver con su patológica sumisión a aquel hombre.

El flujo que había envuelto a Hitler mientras permaneció en el centro de la gruta con la lanza en las manos hacía rato que había desaparecido. O ya no era visible para mí.

El Führer fue el primero en abandonar la pequeña estancia y todos lo seguimos en silencio. En el exterior nos aguardaba el sol del atardecer y su luminosidad fue el contrapunto de la atenuada penumbra que nos había envuelto.

La lanza sagrada quedaba atrás, destinada a una perpetua oscuridad. Yo había convivido durante un tiempo con ella y, como si fuera un ser vivo al que hubiera llegado a conocer bien, tuve la sensación de que se sentía a gusto en el lugar en el que la habíamos dejado.

XXXVI

SAINT-GERMAIN-EN-LAYE, AÑO 2003

Cuando Jean levantó la mirada del manuscrito, se encontró con los ojos de Nicole fijos en los suyos. Tenían un brillo especial.

—¿Te das cuenta de que la lanza puede ser realmente la que hirió a Jesús? ¿La auténtica lanza que blandió el centurión Longinos?

—Pero los estudios demuestran que es muy posterior...

—La que está en el Hofburg sí. Pero la verdadera, la de Wewelsburg... Todos los análisis recientes se habrían hecho sobre la copia de Daniel Hirschmann. —Se veía a Nicole realmente excitada—. Sólo existe un dictamen previo utilizando la lanza auténtica, pero fue hecho a principios del siglo XX y no se hizo con las técnicas actuales. Puede no ser concluyente...

Jean permaneció unos momentos en silencio. Luego habló intentando dar a sus palabras un tono reposado.

—Creo que ahora mismo hay algo mucho más importante. En lo que a ti y a mí respecta. Sobre todo a ti, Nicole Pascal, famosa arqueóloga. ¿Vas a contarle al mundo que Himmler hizo una copia de la lanza sagrada, que tú sabes dónde se encuentra la verdadera y que la que se venera en Viena es falsa?

—Vamos a ver, Jean Massard, a veces pareces tonto. Dime, si tú descubrieras de pronto el Arca de la Alianza, ¿se lo comunicarías al mundo o te darías media vuelta y mirarías para otro lado?

Jean dejó pasar por alto el tono acre de la mujer y meditó unos momentos.

—Nicole, tú no has descubierto que la lanza de Viena es falsa. Te lo han contado. Y casi en secreto de confesión. Sería Hans Heins quien tendría que opinar. Piensa que él calló durante muchos años.

—¡Faltaría más! ¿Te imaginas? Oigan, yo fui la mano derecha de Himmler y sé dónde se encuentra la auténtica lanza sagrada. Vengan, vengan conmigo que se la voy a mostrar. La mejor prueba de que quería que se supiese es que lo ha contado, ¿no? Con todo el secretismo que tú quieras, pero lo ha contado. Podía haberse callado, pero no lo ha hecho. ¡Bah!

Jean esbozó una sonrisa. Sabía de los prontos de su novia y sabía también que era mejor esperar a que pasaran.

—Ya lo hablaremos, Nicole. De momento ni siquiera estamos seguros de si lo que nos ha relatado Hans es cierto y de si, en caso de serlo, la lanza aún se encuentra enterrada en la torre norte.

—Vaya, por fin dices algo sensato. —La expresión de Nicole se suavizó ligeramente—. Es evidente que tendremos que comprobarlo. Es lo menos que se espera de una *famosa arqueóloga*, como con gran acierto acabas de definirme.

La sonrisa del hombre se ensanchó.

—Pero para eso tendrías que explicar tus sospechas. Y dar a conocer el manuscrito de Hans...

—Hay otros medios, querido. Al menos para saber si lo que pensamos es posible. Acuérdate de la estatuilla de Meretseger en la tumba de Seti[56].

—¿Un detector de metales? —Miró a su novia con admiración—. Caramba, podría funcionar. Aunque habría que entrar con él en la torre norte.

—Llevé uno hasta el fondo de una tumba egipcia, ¿no? Ya veremos cómo.

Jean se rascó pensativo una mejilla. Después hizo un gesto hacia los papeles que reposaban sobre la mesa.

—De momento, y con todos los respetos para una famosa arqueóloga, te propongo que terminemos de leer lo que nos queda de manuscrito. Estamos a punto de concluir. Y te diré que me muero de ganas.

—Vaya, otra cosa sensata. Parece que vas haciéndote mayor. —Nicole se esforzó en mantener el mismo tono de voz, pero ahora fue ella la que sonrió—. Manos a la obra.

XXXVII

MANUSCRITO SUIZO DE HANS HEINS

CAPÍTULO VIGESIMOPRIMERO

Al terminar de escribir cuanto antecede, hice una pausa, me apoyé en el respaldo de la silla de mi mesa de despacho y, por unos momentos, cerré los ojos. Hice un esfuerzo por evocar aquellos instantes en los que contemplé la lanza por última vez, aquellos momentos en los que fui uno más junto a Hitler, a Himmler, a Hess... Intenté volver a sentir la misma emoción... Pero fue inútil.

¿Por qué el paso del tiempo atempera nuestros recuerdos y los iguala, los buenos y los malos, como si ya poco tuvieran que ver con nosotros? Es cierto que intentamos, al volver la vista atrás, recrearnos en los que nos trajeron felicidad, pero lo hacemos más como un obligado ejercicio que por verdadera necesidad.

Digo esto porque la lanza sagrada fue muy importante para mí y, sin embargo, ahora que he terminado de escribir su historia, me he dado cuenta de que lo he hecho de un modo impersonal, como si tan sólo hubiera sido yo un cronista ajeno a lo que entonces sucedió. He tratado, sí, de transcribir lo que entonces sentí, pero lo he hecho más con el recuerdo que con el corazón.

Y es que la lanza llegó a ser para mí, en aquella época, como algo propio. Pienso que el motivo no es únicamente las muchas horas en las que conviví con ella, sino también, y sobre todo, que pude percibir su poder y que, por momentos, llegué incluso a contemplarla como si fuera algo vivo. De lo que tengo pocas dudas es de que la lanza sagrada es mucho más que un simple trozo de hierro.

Aunque quizá, como en otras muchas experiencias que ya he relatado, lo que mis sentidos vivieron fuera tan sólo producto de mi imaginación.

Te preguntará, lector, el motivo por el cual la lanza sigue donde está, envuelta en eterna oscuridad y sin que nadie en el mundo sepa de ella. Tú eres ahora el único que conoce su historia y el lugar donde encontrarla, porque cuando este manuscrito llegue a tu poder, yo ya habré muerto y ninguno de los que entonces me acompañaron en la gruta de Wewelsburg sigue, mientras escribo esta historia, con vida. Excepto Rudolf Hess, que con noventa años cumplidos languidece, ajeno ya a cuanto le rodea, en la prisión de Spandau. Su encierro en solitario a lo largo de cuatro décadas no es un ejemplo de misericordia humana, pero ya se sabe que son los vencedores quienes dictan las reglas. Por el recuerdo que tengo de Hess, pienso que habría preferido ser condenado a muerte, como la mayoría de los que, con él, fueron juzgados en Núremberg. Pero quizá esté equivocado y el hombre aún agradezca el saber que cada noche le traerá un mañana.

El último en morir fue Baldur von Schirach, en 1974. Se sentó también en el banquillo de los acusados de Núremberg y se arrepintió en público, llegando incluso a renegar de Hitler. Quizá fuera sincero, aunque, como ya he relatado, nunca tuve la sensación de que la inquebrantable lealtad fuera una de sus virtudes. Su confesión le valió cambiar la horca por veinte años de prisión, que compartió con Hess en Spandau. En 1966 salió en libertad. Y tuvo el buen gusto de no mencionar nunca el paradero de la lanza sagrada.

* * *

El 1 de septiembre, Hitler dio la orden de invadir Polonia. Dos días después, Francia e Inglaterra, junto con Nueva Zelanda, Australia, Sudáfrica y Canadá nos declaraban la guerra. Pienso que el Führer había alcanzado lo que pretendía.

El inicio de las hostilidades no pareció sorprender a nadie en Alemania. De alguna manera todos lo intuíamos. Hacía tan sólo veintiún años desde el final de la Gran Guerra y el pueblo alemán se veía embarcado en otra. Existía la esperanza (que según la propaganda del partido era firme convencimiento) de que nuestro país iba a devolver una por una todas las afrentas recibidas. No se puede negar que Alemania sentía odio por Francia e Inglaterra. Y ansias de revancha.

La lanza que dormía en Wewelsburg no tardó en demostrar que velaba por aquel que era su dueño. Fue la primera de las varias ocasiones en las que se

pretendió, sin éxito, acabar con la vida del Führer. Su aparente —y demostrable— invulnerabilidad hizo que la fe del hombre (y la de Himmler) en el poder de la lanza no cesara de crecer.

El 8 de noviembre de 1939, Hitler sufrió un atentado que habría resultado mortal si no hubiera sido por un detalle fundamental: a la hora en la que explotó la bomba el Führer no se hallaba en el Bürgerbräukeller, la famosa cervecería de Múnich que llevaba tiempo siendo uno de los símbolos del movimiento nazi. Todos los años, en esa fecha, se conmemoraba allí el fallido *putsch* de 1923 y se rendía homenaje a quienes entonces dieron su vida por el partido. Hitler venía acudiendo sin excepción a la cervecería para arengar a los presentes. Yo había asistido en varias ocasiones y aquel año también lo hice. El local estaba abarrotado porque todos queríamos apoyar a nuestro ejército y jurar lealtad a nuestro líder.

La hora del discurso se adelantó en el último momento. La explicación oficial fue la de que Hitler tenía que regresar aquella misma noche a Berlín, algo que todos aceptamos como lógico, dado que hacía poco más de dos meses que nos hallábamos en guerra. El viaje en avión era problemático debido a la niebla y la decisión fue la de realizarlo en tren. El Führer se presentó en la cervecería a las ocho —una hora antes de lo inicialmente programado— y la abandonó pocos minutos después de las nueve. Debo decir que yo lo hice casi inmediatamente, junto con la plana mayor nazi. Göbbels, Hess y Heydrich habían estado presentes y salieron del salón al mismo tiempo que Hitler. Yo me fui con ellos.

Nos libramos por algo más de diez minutos. El temporizador de la bomba estaba programado para las nueve y veinte.

Hitler no tuvo noticia del atentado hasta que su tren hizo una parada en Núremberg. Para él debió de ser como una revelación: Núremberg y la lanza habían estado siempre unidos y fue en esa ciudad en la que se enteró de que había salvado su vida por una decisión de última hora debida a que la niebla amenazaba la ciudad de Berlín. Su imaginación seguramente voló hacia el castillo de Wewelsburg y sus labios murmuraron unas palabras de gratitud.

Tuve ocasión de hablar con Himmler dos días después. Sus primeras palabras fueron: «¡La lanza, Hans, la lanza!», para después expresarme su convencimiento de que la inteligencia británica estaba detrás del atentado.

—Nadie puede organizar algo así sin apoyo exterior, pero lo único que han conseguido es indignar aún más al pueblo alemán. Tendrán su merecido.

Pero el Reichsführer se equivocaba. Como poco a poco fue quedando claro, el frustrado magnicida era un alemán corriente, que de joven había coqueteado con el comunismo, pero al que no se le conocían filiaciones ni amistades contrarias al partido. Se llamaba Georg Elser. Y había actuado solo.

Los motivos por los que Elser decidió asesinar a Hitler nunca quedaron claros. Quizá fue su manera de rebelarse contra una vida de la que no había obtenido mucho. Ni en sus relaciones personales ni en sus distintos trabajos había tenido éxito. Pero demostró amar la perfección y disponer de tiempo para alcanzar su objetivo.

Tras haber viajado a Múnich un año antes para estudiar sobre el terreno el Bürgerbräukeller, se trasladó definitivamente a nuestra ciudad más de un mes antes de la celebración del *putsch*. Y lo que hizo a partir de entonces fue increíble.

Todas las noches iba a la cervecería y, al acercarse la hora del cierre, se escondía en un trastero y esperaba a que el local se vaciara. Después horadaba concienzudamente una de las columnas que se hallaban próximas al lugar en el que se instalaba el podio desde el que Hitler hacía su discurso. Tenía que trabajar despacio, sin ruido, y haciendo desaparecer cuidadosamente cualquier vestigio de su labor. Luego reponía la cubierta de madera que adornaba la columna y abandonaba el local por una puerta lateral. Y así, día tras día, durante casi un mes.

Luego colocó la bomba que él mismo había fabricado, instaló el temporizador y, al día siguiente, emprendió viaje a Suiza. Esa misma noche del 8 de septiembre, Elser había previsto que Hitler muriera.

El estallido provocó una decena de muertos y numerosos heridos. La zona desde la que Hitler se había dirigido a todos nosotros quedó arrasada. Si el Führer hubiera estado allí, habría muerto con toda seguridad.

Elser fue detenido en la frontera suiza cuando se disponía a cruzarla. Al principio nada hizo sospechar de él, pero no tardó mucho en delatarse. Quizá le impulsó a ello ese humano afán de que nuestros logros sean reconocidos. Permaneció vivo hasta 1945, casi cuando la guerra estaba a punto de terminar, internado en el campo de Auschwitz, donde fue ejecutado. El motivo de tan largo cautiverio no fue otro que la esperanza de obtener de él más información. La jerarquía nazi seguía sin poder aceptar que el atentado hubiera sido exclusivamente obra de una sola persona.

Yo también quise creer que la lanza había tenido algo que ver. Quizá porque deseaba que nuestros esfuerzos —y el mío en particular— hubieran servido para algo; quizá también porque yo había tenido ocasión de sentir su poder.

Hablando de ello con mi mujer, su primera reacción fue de incredulidad.

—¿De verdad crees, Hans, que un trozo de metal, por mucha historia que tenga, puede salvar vidas? ¿Y la de Hitler en concreto?

No traté de disuadirla. La enfermedad de Sophie seguía su curso y raro era ya el día en el que se encontraba bien. No le quedaba mucho de vida y ella parecía intuirlo.

Pero a continuación se quedó pensativa y finalmente me sonrió.

—Aunque quién sabe... Cada vez estoy más convencida de que casi todo es posible. Y tú, querido Hans, bien puedes asegurarlo. Las situaciones que tú has vivido no se las creería nadie. Y lo cierto es que sabemos tan poco...

Pero lo que también es cierto es que Hitler sufrió otros muchos intentos de asesinato a lo largo de los siguientes seis años. Todos milagrosamente fallidos. Y que fue él quien pudo elegir el momento en que poner fin a su vida. Y que la lanza sagrada permaneció durante todos esos años en su recóndita urna de Wewelsburg, en el lugar en el que el Führer la había depositado.

Y que allí sigue mientras escribo estas líneas. Y que allí seguirá si tú, lector, no decides lo contrario.

* * *

Aquí voy a poner fin a esta segunda parte del manuscrito. Hay una tercera. En contra de lo que seguramente esperas, en ella no se relata lo que les sucedió a mi país y al mundo durante la Segunda Guerra Mundial. Todo ello es de sobra sabido y mis conocimientos no añadirían nada. Además, no me gusta la guerra y ésta en concreto no me trae más que malos recuerdos. Y no sólo por la derrota de mi país.

En esa tercera entrega encontrarás, si es que llega a tus manos, la clave para completar el enigma numérico que te planteaba al final de la primera. Y su solución te llevará a un descubrimiento inesperado.

Pero no voy a adelantar nada. De ti va a depender el poder leerla o que estas páginas sean lo último que sepas de mí. Si eres la persona que yo he

confiado encontrar, tendrás acceso a ella. Aunque te adelanto que esta vez no hay acertijos ni pistas que resolver. Simplemente si, según los cánones que te he exigido, creo que la has merecido, llegará a ti.

Comprendo, al releer la frase anterior, que lo que te digo suena doctoral y ligeramente prepotente. También enigmático. Seguramente tienes razón, pero tengo que decidir sin conocerte y he de poner unas condiciones.

Has llegado ya hasta aquí y eres poseedor de un gran secreto. Sólo puedo pedirte que hagas buen uso de él.

Hans Heins.

XXXVIII

SAINT-GERMAIN-EN-LAYE, AÑO 2003

Cuando Jean terminó no se encontró con los ojos de Nicole fijos en él, como era habitual cuando ella acababa antes la lectura. Esta vez la mirada de la joven se dirigía sin ver hacia un rincón del salón y su frente estaba fruncida. Pero se dio cuenta de que el hombre la observaba.

—No sé qué decirte, Hans. Estoy hecha un lío. ¿Jean, te has dado cuenta? —añadió casi de inmediato—. ¡Te he llamado Hans! ¡Estoy obsesionada!

—Las dos palabras significan lo mismo. Peor habría sido que me hubieras llamado Adolf o Heinrich. —Le dirigió una cariñosa sonrisa—. ¿Y qué es lo que te obsesiona? ¿La lanza? ¿La tercera parte del manuscrito?

—Todo un poco, pero sobre todo a quién me debo. Si a mi formación como arqueóloga o a este hombre que murió hace años.

—Y que quizá nos esté observando. Piensa en lo bien que se manejaba por los mundos de los espíritus.

—Calla, Jean. Sé que es una tontería, pero no creas que no lo he pensado. Su insistencia en que la tercera parte llegará a nuestras manos según nos comportemos... ¡Da a entender que desde la tumba puede decidir!

—La idea que tengo de él es la de un hombre muy sensato. No creo que fiara el destino de sus memorias a la posibilidad de influir sobre el mundo de los vivos una vez muerto. Dice que esta vez no hay pistas ni acertijos, pero sí pienso que sus palabras contienen un mensaje.

—Que no desvele el paradero de la lanza. Parece evidente. Que la dejemos en su nicho de Wewelsburg. Para él es importante, muy importante. Pero no veo cómo va a poder saber si lo hacemos o no.

—Quizá su mujer. En ella confió para la primera parte del manuscrito.

Podríamos hablar otra vez con *madame* La Fontaine.

—Buena idea. La merienda estaba muy buena. Y ya hemos aprendido que tenemos que esperar un rato para no quemarnos la lengua con el té.

—Lo que sí podemos ir planeando es la visita a Wewelsburg. Tengo verdadera curiosidad. Y con tu plan del detector de metales...

—... Al menos podremos saber si hay algo enterrado en el centro de la gruta —concluyó ella—. Imagínate que la aguja no se mueva. Hans nos habría estado tomando el pelo.

—Todo es posible, pero no lo creo. Bueno, al menos —continuó mientras se encogía de hombros y hacía un gesto vago con las manos— tenemos dos cosas que hacer y mientras tanto puedes posponer tu decisión. El tiempo es el mejor consejero.

XXXIX

PARÍS, AÑO 2003

—**P**ues no, queridos. No puedo ayudaros en nada más. En este momento sé tanto como vosotros. —Helga La Fontaine les dirigió una cariñosa sonrisa mientras depositaba sobre la mesa la bandeja con las tazas y la tetera que Jean y Nicole miraron con ligera aprensión—. Mejor dicho, menos que vosotros, pues según me contáis os habéis hecho con la segunda parte del manuscrito.

—Que es muy interesante —apostilló Nicole, aunque poco dispuesta a hablar de la lanza sagrada—; su marido da una magnífica visión de lo que fue la Alemania de preguerra, concretamente hasta 1936. Pero dice que hay una tercera entrega. Y no proporciona ninguna pista. Sólo algo bastante difuso; añade que la tendremos si somos buenos o si nos la merecemos... En fin, algo parecido. Pensamos que quizá usted podría abrirnos los ojos...

La mujer mayor permaneció unos instantes en silencio, con la mano apoyada en el asa de la tetera.

—Lo siento, pero no se me ocurre nada —dijo al fin—. Ya habréis descubierto que Hans era amante de los enigmas; pero también sabréis que era una persona muy inteligente. Y sobre todo muy concienzuda. Meditaría cada palabra del mensaje que os ha dejado. Si habéis llegado a conocerle, sabréis interpretarlo. —Y con una nueva sonrisa, vertió el té en cada una de las tazas.

—Sí, sin duda. —Nicole tomó una galleta de la bandejita mientras observaba el humo que se escapaba de su taza—. No sólo creemos que hemos llegado a conocerlo, sino que además pensamos que era un hombre extraordinario. La sencillez con la que cuenta todo es... maravillosa. Además, rara vez juzga, simplemente cuenta lo que vivió.

—Sí, sí, así era Hans. En pocas ocasiones le he oído criticar a alguien. Se limitaba a hacer un leve gesto o a mover dubitativamente la cabeza. Pero os aseguro que se daba cuenta de todo.

—¿Entonces ninguna idea, nada que nos pueda ayudar a descubrir cómo llegar a esa tercera parte? —Ahora fue Jean quien habló—. Su marido dice que en ella no hablará de la guerra, pero adelanta que nos conducirá a un descubrimiento inesperado. Creo recordar que ésas son exactamente sus palabras.

—Tampoco en eso puedo ayudarlos. —Helga La Fontaine sorbió de su taza sin aparente problema—. Hans fue siempre muy reservado en todo lo que concierne a su etapa en las SS. Pienso que no tanto porque quisiera olvidarlo, sino porque era consciente de que era algo de lo que no convenía hablar. Seguramente por ese motivo resolvió escribirlo. Y esconderlo...

Nicole se decidió a probar el té y se sorprendió al no encontrarlo tan abrasador como esperaba. La mezcla era realmente buena.

—Gracias, Helga. Seguiremos meditando sobre las palabras de su marido, aunque le confieso que va a ser difícil que se nos ocurra la manera de hacernos con esa tercera entrega. Su marido dice textualmente: «Llegaré a ti», lo que parece excluir el que tengamos que buscarla. Pero no se me ocurre el modo con el que Hans pretende hacérsela llegar.

—Mmm... La verdad es que a mí tampoco. Pero Hans lo preveía todo. Y, además, tuvo mucho tiempo para meditarlo.

XL

CASTILLO DE WEWELSBURG, AÑO 2003

Wewelsburg. Ya el simple hecho de pronunciar el nombre traía resonancias mágicas. Jean y Nicole lo iban dejando atrás mientras emprendían el viaje de regreso. Ambos se despidieron efusivamente de la mujer que los acompañó durante la visita y habían subido al automóvil que pocas horas antes dejaron estacionado en el patio central.

Desde entonces no habían pronunciado palabra, cada uno sumido en sus pensamientos, aunque ambos sabían bien lo que el otro sentía.

Durante más de cincuenta años, Alemania había tratado de olvidar y de borrar cualquier recuerdo de Hitler y del nazismo, pero Jean y Nicole no habían podido sustraerse al ambiente y a la historia del castillo.

—Fue tremendo. —Nicole rompió el silencio—. Sobre todo al entrar en la gruta sentí un escalofrío. Te juro que pude imaginarlos uno por uno allí reunidos. Y hasta me pareció que me miraban...

—Hombre, yo habría hecho lo mismo. —Rio Jean—. La verdad es que todos ellos eran bastante feos. Y tú... Espera, espera —se apresuró a añadir al ver el gesto de su novia—, era una broma. Te aseguro que yo sentí algo parecido. Me dio la sensación de que no estábamos solos. Aparte de Jutta, claro...

—No sé... —Nicole se recostó de nuevo en el asiento—. Pienso que nos hallábamos demasiado influidos por el manuscrito de Hans.

—Y lo seguimos estando. Tengo miedo de girar la cabeza porque temo encontrarme con Hans y con Himmler en el asiento de atrás.

—Tranquilo, no están. —Nicole miró por encima de su hombro—. Se han quedado en Wewelsburg.

—Con la lanza, Nicole. Está allí.

La joven asintió con la cabeza.

—Eso ha dicho tu localizador de metales.

—Ahá —convino Jean—. Lo tenemos registrado. A las quince cuarenta y cuatro. No sé si será la lanza, pero en el centro de la gruta, bajo el suelo, hay algo metálico. No hay duda. —Habían detenido el automóvil en cuanto perdieron de vista el castillo. Ambos estudiaron ansiosos las lecturas del localizador.

—¿Piensas que Jutta ha sospechado algo?

—No creo. La tenías muy entretenida con tus aventuras por Egipto. Ni me miró cuando colocaba la bolsa con el medidor en el suelo.

Las visitas a Wewelsburg estaban regladas, sobre todo las que incluían la torre norte con la gruta y la sala situada inmediatamente encima. Los movimientos neonazis les daban una especial significación, algo que el gobierno alemán no estaba dispuesto a tolerar. Nicole había tenido que solicitar el permiso para la visita, amparada en su condición de arqueóloga con sede en el Museo del Louvre. El motivo había sido ambiguo: estudiar los castillos renacentistas de Westfalia.

Jutta había sido una excelente anfitriona. Les enseñó el castillo y les habló de su historia. Nicole llevaba una grabadora con la que aparentaba tomar nota de todo mientras Jean hacía fotos. Cuando les habló de las SS y de los planes de Himmler para el castillo, ambos aparentaron estupor.

—No está claro lo que Himmler pretendía hacer con el castillo. Y con los terrenos que lo rodean —había añadido su anfitriona—. ¿Un centro de culto, una escuela para altos mandos de las SS, un lugar de reunión para los generales? No se sabe. Afortunadamente, será para siempre un misterio, aunque lo que no admite duda es que pretendía construir una pequeña población alrededor. Hay planos...

—Por cierto —Nicole habló sin desviar su vista de la carretera—, deberíamos tratar de echar un vistazo a esos planos. Aunque sólo sea por curiosidad. Y como el arquitecto eres tú, podrías encargarte.

—Lo intentaré. Pero sigues sin decirme qué decisión piensas tomar. ¿Vas a decirle al mundo que sabes dónde está la auténtica lanza sagrada o te lo vas a callar?

La joven tardó unos instantes en responder.

—No lo sé, Jean. Tenemos que hablarlo. La decisión es de los dos. Tú has

tenido tanto que ver como yo en todo esto.

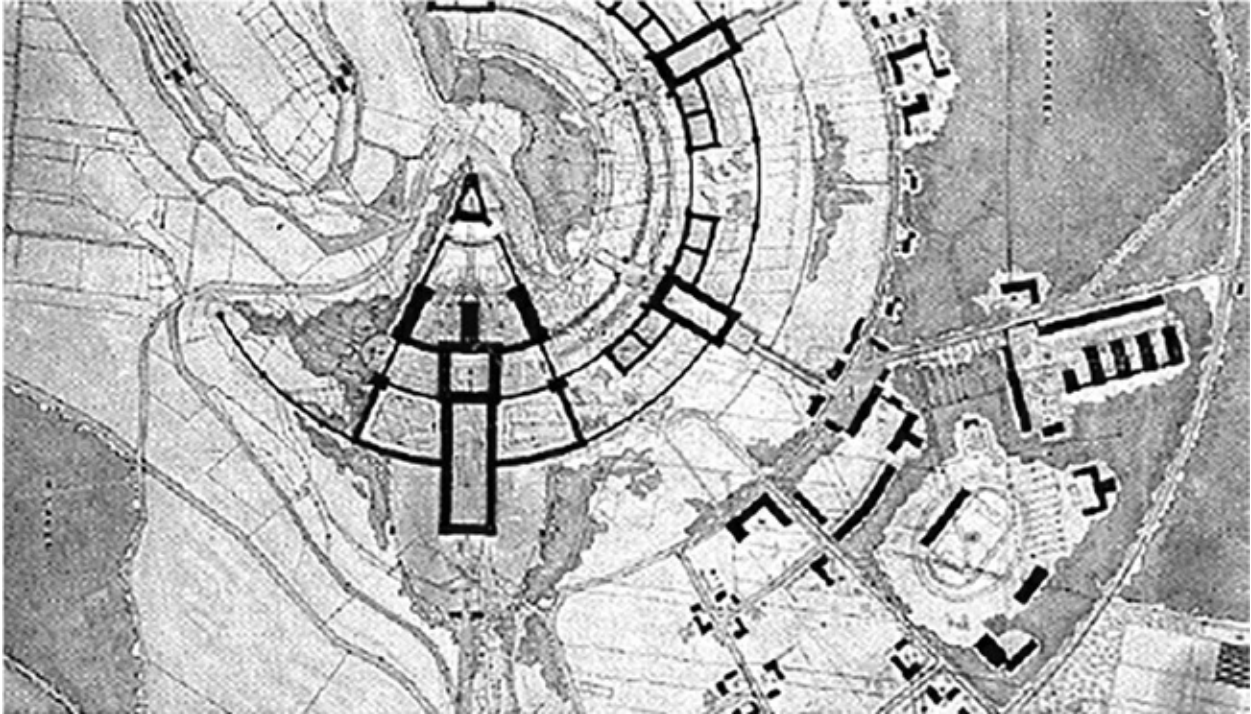
XLI

PARÍS, AÑO 2003

—**M**ira, Nicole, es extraordinario. Es la lanza. Himmler pretendía decir al mundo dónde se hallaba, aunque nadie pudiera llegar a imaginarlo.

Se habían citado en una cafetería próxima al Museo del Louvre y los dos miraban asombrados el plano que Jean había extendido sobre la mesa. Su llamada había hecho que Nicole pospusiera una reunión con miembros de su departamento.

—No te lo vas a creer. —La voz del hombre había sonado excitada en el teléfono—. No, no. No voy a adelantarte nada; tienes que verlo por ti misma —había añadido cuando ella le pidió una explicación.



Y allí estaban, contemplando absortos los planos que Heinrich Himmler había encargado para el castillo de Wewelsburg y sus alrededores.

—Sí, Jean, es la lanza —murmuró Nicole—. Incluso con el astil cortado, como la original. Y la punta coincide exactamente con la torre norte del castillo.

—Cuando encontré el plano en Internet, pensé por un momento que alguien estaba tomándome el pelo... Pero no, se trata del proyecto que Himmler encargó en 1944. Lo he comprobado. Si nos quedaba alguna duda sobre la veracidad del relato de Hans...

—Se ha disipado —continuó ella—. ¿Sabes? Casi había ya olvidado que sólo tú y yo conocemos en el mundo el verdadero paradero de la lanza. Y que durante muchos años, millones de personas han venerado lo que no es más que una copia. Y te diré algo más —guardó unos momentos de silencio—: Me divierte que sea así. Otra duda que se ha disipado. No se lo vamos a contar a nadie. Que se fastidien. Además, se lo debemos a Hans.

XLII

PARÍS, AÑO 2003

El verano estaba ya próximo y todo en París hablaba de su llegada. Había más gente por las calles, las terrazas y los cafés se llenaban al atardecer y la vegetación se mostraba en todo su esplendor. La Ciudad de la Luz hacía honor a su nombre.

Era mediodía y Jean se hallaba en su despacho, inclinado sobre la mesa de dibujo y aparentemente concentrado, aunque su mirada viajaba con frecuencia hacia la gran ventana abierta que dejaba entrar el cálido aire y los sonidos de la primavera de la ciudad. Y también algo en su interior le decía que la nueva estación llegaría pronto en todo su apogeo.

El sonido del teléfono lo cogió desprevenido y, por un instante, se sintió culpable, como cuando en el colegio el maestro lo sorprendía con la mente puesta en otro lugar.

Era Nicole, y enseguida notó, por su tono, que estaba excitada.

—Me parece que lo tenemos, Jean. Hay que reconocer que Hans era un genio.

Había pasado ya un mes desde el día en el que, alborozados, salían del banco de Berna con la segunda parte del manuscrito bajo el brazo, pero el joven arquitecto no dudó de que su novia le estaba hablando de la tercera entrega.

—¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Dónde está?

—Acaban de llamarme de una notaría de aquí, de París. Tienen orden de hacerme llegar un paquete cerrado que hace ya años depositó Jean La Fontaine. Me han dicho que se habían cumplido las condiciones que su cliente impuso.

—¿Pero qué dices? ¿Qué condiciones? Si en la notaría no te conocían...

—Vaya, lo mismo les dije yo. Parece ser que tenían que recibir la llamada de un banco, esperar un mes y cerciorarse de que no saltaba una noticia de alcance mundial hablando de la lanza sagrada. Sólo entonces podían llamarme. Te diré que la persona con la que hablé parecía entender aún menos que yo de qué iba todo ese lío, pero me dijo que se limitaban a cumplir lo que les habían encargado.

Jean permaneció unos instantes callado.

—¿Y a qué esperas? ¿Quieres que te acompañe?

—No seas tonto. Ya estoy en marcha. Me han dicho que cierran a la una. ¿Quedamos para el almuerzo?

El arquitecto dirigió la mirada a su mesa llena de planos y papeles, luego de nuevo a la ventana abierta y, finalmente, decidió que estaba dilatando lo inevitable.

—¡Pues claro que sí! ¿Dónde te viene bien?

XLIII

PARÍS, AÑO 2003

—*E*t... *voilà!* —Nicole depositó sobre la mesa el legajo que acababa de extraer de un sobre marrón—. Te juro que aún no he empezado a leerlo, aunque ganas no me han faltado. —Jean miró aquellas hojas con veneración. Reconoció enseguida el tipo de papel y la escritura de máquina de escribir antigua a los que ya se había acostumbrado, aunque poco más pudo ver, pues la mujer las tomó con cuidado y volvió a introducir las en el sobre—. Las leeremos a la vez, como siempre. Tenemos que hacer las fotocopias.

El arquitecto se encogió de hombros, sonriente.

—Pues almorcemos rápido. Estoy dispuesto a olvidarme de los planos que he dejado en la mesa.

—Pero yo no puedo. —Nicole compuso un gesto de disgusto—. A las cuatro hay reunión de departamento y tengo que acudir. Me encargo de las fotocopias. Calculo que a eso de las seis puedo estar libre. Recógeme.

Jean encogió sus hombros de nuevo.

—Está bien. Yo también había quedado en reunirme con mi padre. Y ya sabes cómo las gasta. Llámame para confirmar la hora.

El hombre se mantuvo unos instantes en silencio mientras contemplaba a su novia.

—Nicole, ¿pasa algo? No sé, es una sensación, pero no te veo todo lo eufórica que deberías estar.

Ella apartó por unos momentos la mirada y la posó sobre el mantel, aunque pronto la fijó de nuevo en los ojos de su interlocutor.

—No sabía si contártelo por dos motivos. El primero era para no preocuparte y, el segundo, para que no pienses que estoy loca, pero tengo la

impresión de que me han seguido. —Lo soltó de sopetón, sin apenas alterar el tono de voz.

Jean permaneció inmóvil, con la boca ligeramente entreabierta. Luego hizo un ademán de interrogación y se giró hacia atrás, escudriñando las mesas que había a su espalda.

—No, no. —La joven hizo un gesto con las manos—. Aquí no están, tranquilo. Y la verdad es que tampoco puedo jurarlo, pero mi sensación es de que han vigilado mi visita al notario. A la salida vi un coche ocupado por dos personas que llegó al mismo tiempo que yo. Me fijé en él al bajar del taxi. Y me pareció que apartaban la vista cuando los miré al irme. Entonces empecé a andar hacia ellos, pero pusieron el coche en marcha y se largaron. Bueno —añadió tras una pausa—, ya sabes que desde que tuve la impresión de que habían entrado en casa me he vuelto un poco neurótica. —Lo dijo en voz baja, como en tono de disculpa.

El arquitecto sonrió con cariño y tendió una de sus manos sobre la mesa para coger la de ella.

—Tengo absoluta fe en tus intuiciones, querida. Nunca han sido erróneas. Y las has tenido de todos los colores. De modo que tendremos que andar con cuidado. En todo caso, no perdemos nada. Y mil ojos con el manuscrito. Sin duda es lo que interesa a quien quiera que sea.

—Te quiero. —Nicole sonrió agradecida.

—Y ahora, por de pronto, vamos a comer. Tengo hambre.

XLIV

TERCER MANUSCRITO DE HANS HEINS

CAPÍTULO VIGESIMOSEGUNDO

Al iniciar estas líneas, no puedo dejar de plantearme, una vez más, que lo más probable es que nadie, aparte de mí, las lea jamás. Tendrían que haberse producido demasiadas coyunturas, ninguna de ellas sencilla, para que fuera de otra manera. Aunque puede que llegue a suceder aquello que yo he imaginado. Nunca lo sabré.

Por otra parte, quizá no sea oportuno que lo que ya he relatado y lo que aún me queda por contar sea conocido por alguien más. Ya he pedido a mi hipotético lector que permita a la lanza sagrada reposar en el lugar en el que la depositamos. Y probablemente también será lo mejor que permanezca asimismo en el olvido el relato de lo que posteriormente aconteció.

¿Para qué llevo entonces tantos folios escritos y para qué sigo ahora sentado delante de mi máquina de escribir? ¿No será, como creí intuir en Daniel Hirschmann, que me puede la idea de pasar a ser recordado por la Historia? ¿Que me arrastra el deseo de que todo llegue algún día a conocerse y el mundo se conmueva de nuevo, muchos años después de la desaparición del nazismo? ¿Que el nombre de Hans Heins y el relato de su vida no sean nunca olvidados?

Puede ser. Me digo a mí mismo que no es así, pero quizá me engañe. Debes ser tú, lector, si es que existes, quien decida. Como ya lo has hecho, si ahora mismo estás leyendo estas páginas, sobre el destino de la lanza. Y te agradezco tu silencio. Vuelvo a insistir en que creo que su lugar de reposo está en la oscuridad del nicho de Wewelsburg. Tuve entonces la impresión, cuando Hitler la acercó al centro de la cripta, de que la lanza encontraba el lugar de descanso que llevaba siglos buscando. Cuando se lo comenté a

Sophie me sonrió indulgente, pero no me lo negó. Tal vez por cariño o quizá porque ella también empezaba a creer que era algo más que un simple objeto.

Bien, estábamos en una guerra que aborrecí desde su comienzo. Por suerte, no tuve que ir al frente, y no lo digo por cobardía, sino porque detesto la idea de provocar una muerte. Y el simple pensamiento de dejar sola a Sophie me habría resultado insoportable. Murió en noviembre del cuarenta y dos y entonces me planteé la idea de pedir a Himmler que me enviara al campo de batalla. No me habría importado que una bala enemiga acabara con mi vida. Pienso que en aquel momento lo deseaba.

El Reichsführer venía poco por Múnich en aquella época. Lo hizo cuando se enteró del fallecimiento de mi mujer y estuvo muy cariñoso conmigo.

—Hans, tu labor aquí resulta irremplazable —me respondió cuando le comenté la idea de mi posible traslado. Me cogió por los hombros y me miró de cerca con sus ojos miopes—. No te quepa duda de que así debe ser. Hazlo por Alemania... y también por Sophie. Ella estaría feliz de ver que tu vida sigue adelante.

Ya he dicho que el comienzo de las hostilidades no pareció sorprender al pueblo alemán. Durante un tiempo, Múnich continuó manteniendo su ritmo de vida como si nada hubiera cambiado. Ciertamente el tema casi exclusivo de conversación eran la guerra y las buenas noticias que día a día llegaban a Alemania, pero siempre alrededor de una jarra de cerveza y con buen humor. El dar su merecido a ingleses y franceses no disgustaba a nadie.

En noviembre de 1939, poco después del inicio de la contienda, fui ascendido a Obersturmbannführer, el equivalente a teniente coronel en el ejército. Me ocupaba, y así seguí durante los años de guerra, del contingente de las SS adscrito a nuestra demarcación. Unos años después iba a recibir mi último ascenso y con él pasaría a ser el máximo responsable del control de nuestro personal en Baviera. Mi misión era la de llevar los ficheros exactamente al día y saber en cada momento dónde se encontraba cada hombre y quiénes se hallaban disponibles. El movimiento, tanto de nuevas altas como de traslados de tropas, se había incrementado, como era de esperar, de manera considerable.

Poco más de un mes después, con la llegada de las Navidades de aquel 1939, le regalé a Sophie un cachorro de Dachshund. Fue Wiligut quien, tras preguntarme por la salud de Sophie, me dio la idea.

—Cómprale un perro, Hans, no lo dudes. Le hará mucha compañía y ella

tendrá de quién ocuparse. Aparte de ti, claro —añadió con una risotada—. Y si me quieres hacer caso, que sea un Dachshund. Son inteligentes y cariñosos, sobre todo con las personas que están enfermas.

No le pregunté por el origen de su información, pues temí que acabara dándome una larga charla que uniera a los Dachshund con sus antepasados los *wiligotis*. Karl Maria había cumplido ese año los setenta y tres y se le notaban. En agosto había abandonado el servicio activo dentro de las SS y aquella mañana se encontraba en nuestro cuartel general porque había venido para hacernos una visita. Yo hacía tiempo que no lo veía, concretamente desde el día en el que la lanza pasó a reposar en la torre norte de Wewelsburg. En 1935 el hombre había pasado a residir en Berlín, lugar más adecuado, según él, para continuar con sus investigaciones sobre los orígenes de nuestra raza.

El motivo oficial de su baja había sido el de la edad, pero se había sabido, y Himmler me lo confirmó, que en 1924 permaneció por un tiempo encerrado en un manicomio de Salzburgo. Comportamiento inestable, malos tratos y amenazas de muerte a su mujer, todo ello dentro de un diagnóstico de esquizofrenia acompañada de manías persecutorias y de delirios de grandeza. Himmler prefirió silenciarlo, pero exigió a Wiligut su baja de las SS. No parecía oportuno que quien unía el origen de la raza aria con espléndidos tiempos pasados hubiera estado loco. Ya he dicho en otra parte de este manuscrito que Karl Maria había cambiado su apellido dentro de las SS por el de Weisthor. Y pienso que ese cambio bien podría haberse debido a su deseo de ocultar esa parte de su pasado.

Una de sus últimas aportaciones al nazismo y a sus teorías raciales fue la de impulsar y colaborar en la expedición que se organizó al Tíbet en busca del origen de nuestros ancestros. La empresa fue sufragada por la Ahnenerbe, la oficina racial fundada por Himmler, y fue capitaneada por Ernst Schäfer, cazador, zoólogo y biólogo de cierta notoriedad en nuestro país. El objetivo era el de hallar la cuna de la raza aria, el mítico reino de Agartha, nuestro particular Shangri-La. No sé si Schäfer creía demasiado en todo aquello, pero se prestó encantado a viajar hacia el Tíbet, territorio que le atraía como un imán según él mismo confesaba. Lo había explorado ya en dos ocasiones, en 1930 y en 1934, bajo las órdenes del norteamericano Brooke Dolan, pero ahora iba a ser él el jefe y contaría con un presupuesto muy generoso. Regresó con varias especies animales hasta entonces desconocidas y que él

mismo cazó, y con numerosas mediciones de la configuración craneal de los nativos, a quienes se suponía, según nuestras teorías raciales, descendientes de los mismos ancestros que nosotros. Pocos años después se estrenó la película *Geheimnis Tibet*[57], en la que Schäfer colaboró y que contribuyó a dar mayor lustre a su nombre. El estreno tuvo lugar en Múnich, en enero del cuarenta y tres, y yo asistí. Pero poco más dio de sí la expedición, al menos en cuanto a aclarar de una vez por todas nuestros remotos orígenes.

En cuanto a Wiligut, no voy a entrar ahora a juzgarlo. Conmigo fue siempre amable y pasé buenos ratos en su compañía. Su último consejo, el de comprarle un perro a mi mujer, se reveló acertado en grado sumo, de modo que no puedo tener hacia él sino palabras de agradecimiento.

Al perro le pusimos de nombre Fritz, una elección no demasiado ocurrente, pero que nos satisfizo a ambos. Lo propuso Sophie y ambos reímos un buen rato mientras el pequeño cachorro de grandes orejas nos miraba sorprendido y por completo ajeno al hecho de que acabábamos de bautizarlo. En la tienda en la que lo compré me dijeron que era bueno que el nombre del perro fuera corto, pues así el animal lo comprendería antes. Con el tiempo he llegado a pensar que a los que verdaderamente nos cuesta comprender es a los seres humanos, aunque entonces seguía pensando que Hitler y las doctrinas del partido eran tan ciertos y elementales como el nombre del bueno de Fritz. El cachorro lo oía pronunciar todo el santo día y pronto se hizo a él. Algo parecido sucedía en Alemania, donde únicamente escuchábamos lo que el partido quería que creyéramos. Y pocos se atrevían a expresar alguna duda.

Fritz fue un bálsamo en el crispado ambiente en el que vivíamos. Cada día yo deseaba el regreso a casa para encontrarme con su amable recibimiento, pero, sobre todo, para ver cómo después de unos cariñosos lametones, volvía junto a Sophie, de la que parecía no querer separarse. Y ella reía encantada mientras que yo aparentaba hallarme ligeramente celoso. Bendito Fritz; él consiguió llenar las horas de los días que le restaban a Sophie. Diariamente lo sacaba a pasear como mínimo dos veces y, con frecuencia, si yo no llamaba para decir que me iba a retrasar, me esperaba para dar el último paseo los tres juntos. Y continuó haciéndolo hasta pocos días antes de su definitivo ingreso en el hospital. En noviembre del cuarenta y dos, cuando ella murió, Fritz acababa de cumplir los tres años. Durante aquellos días —afortunadamente pocos, pues el deterioro final de Sophie fue muy rápido— que ella pasó en el hospital, las orejas del perro, ya de por sí próximas al suelo, llegaban a

rozarlo de tan baja como llevaba la cabeza. Cada vez que yo regresaba a casa, él esperaba ansioso detrás de la puerta y, al ver que llegaba solo, se dirigía cabizbajo a ocupar su lugar junto al sillón de ella. Y me miraba sin comprender por qué su ama lo había abandonado. Nunca he vuelto a ver un cariño tan profundo y desinteresado.

Pero estoy entristeciéndome y mis ojos se humedecen al recordar aquellos años. Me prometí a mí mismo no hablar de la guerra ni de Sophie, pero todos somos rehenes de nuestros sentimientos. Sobre todo cuando ya somos viejos.

Se quedaron con Fritz unos primos de mi mujer a los que veíamos con cierta frecuencia. Tenían un hijo de seis años que se abrazó al perro nada más verlo. Y éste movió suavemente el rabo después de muchos días de no hacerlo. Para mí fue un consuelo y también esboqué una sonrisa que creía olvidada. Pero evité el volver a ver a Fritz. Inevitablemente, sus ojos grandes y sus orejas lánguidas me habrían traído recuerdos que prefería olvidar.

Por suerte, tanto la familia de mi mujer como la mía se portaron maravillosamente con nosotros durante la larga enfermedad de ella. Sophie siempre se encontró acompañada y querida. Gracias de corazón a todos ellos. Y a Fritz.

El 23 de octubre de 1940 fue una fecha que será recordada por un doble motivo: Hitler se entrevistó con el general Franco en Hendaya y Himmler visitó el monasterio de Montserrat. Del primer suceso se sabe casi todo; del segundo, prácticamente nada.

Recibí la llamada del Reichsführer desde Berlín ya entrado el mes de octubre. Himmler fue conciso:

—Hans, has de estar el día 22 en el hotel Ritz de Barcelona. Tendrás habitación a tu nombre. Al día siguiente, me acompañarás a Montserrat. Seguro que has oído hablar de las montañas y de su monasterio. Quién sabe, puede que estemos hablando del Monsalvat de Eschenbach. Tal vez tú nos lo digas.

De momento todo aquello me resultó extremadamente confuso, pero sabía que a Himmler no le gustaba dar demasiadas explicaciones y, además, aquel día noté urgencia en su voz. Tampoco me apetecía el que pudiera dudar de mi inteligencia. Por tanto me despedí con un: «Nos veremos en Barcelona».

Cuando recapacité sobre sus palabras no tardé en comprender el significado. Una de las leyendas sobre el Grial hablaba de que los cátaros lo habían puesto a buen recaudo antes de que fueran exterminados por sus

creencias heréticas. Wolfram von Eschenbach, mezcla de caballero, monje y trovador, se había hecho eco de ello en su poema *Parzival* a principios del siglo XIII, y situaba el Grial en un mágico castillo o lugar llamado Monsalvat. Y algunos pensaban que el Monsalvat de Eschenbach no era otra cosa que el Montserrat de Cataluña.

Evidentemente, algo había oído yo de todo ello, por un triple motivo: Eschenbach era bávaro, natural del pueblo de igual nombre situado cerca de Múnich; el Grial y su inmenso poder habían sido más de una vez objeto de conversación dentro del grupo de los que frecuentábamos la casa de Haushofer y, por ende, el poema *Parzival* había inspirado la ópera *Parsifal*, del inmortal Wagner, obra que todos conocíamos.

La lanza y el Grial eran los máximos símbolos terrenos del poder. Y la lanza ya era nuestra...

Sonreí al comprender el razonamiento que había llevado a Himmler a convocarme a tan extraña cita. Si el Grial se hallaba en Montserrat, el lugar se revelaría como un extraordinario centro de poder, como lo era Wewelsburg. Y si yo había sido sensible a la manifestación de esa fuerza en el castillo que ahora albergaba la lanza, con igual o mayor motivo lo sería ante la proximidad del Grial, fuera éste lo que fuese.

Y mi reflexión se reveló exacta, tal como pocos días después podría comprobar cuando Himmler, en un aparte y bajando la voz, me tomó por el hombro.

—Quizá hoy mismo poseamos el Grial, Hans. Y entonces seremos aún más invencibles. Dime si se encuentra en Montserrat.

Estas palabras me las susurró la mañana de aquel 23 de octubre. Yo había llegado a Barcelona la tarde anterior, tras atravesar la Francia ocupada. He de reconocer que el hecho de recorrer el país con mi uniforme de las SS y comprobando que los franceses bajaban la mirada me causó satisfacción. Era mucha la animadversión que los alemanes sentíamos por la nación vecina.

En España, en cambio, me sentí acogido con la veneración que se dispensa al vencedor. Desde mi llegada a la capital de Cataluña recibí halagos y deferencias rayanos en la sumisión.

Cuando llegaron Himmler y su séquito al hotel, todo ello se multiplicó. Tanto las personas que lo recibieron como los empleados del Ritz corrían de un lado para otro dispuestos a atender su más mínimo deseo. Para aquellos españoles que acababan de salir de una guerra fratricida, Alemania era

entonces la nación que podía devolverlos a la prosperidad. Y las noticias que iban desgranando la contienda nos retrataban como los indiscutibles vencedores.

El Reichsführer venía desde Madrid, en donde había ultimado los detalles del encuentro entre los dos jefes de Estado que iba a tener lugar ese mismo día en Hendaya. Mucho se ha especulado sobre la extraña visita de Himmler a Montserrat, para la que tuvo que hacer una innecesaria escala en Barcelona en su regreso a Berlín. Lo que nadie sabe es que Himmler se ofreció a ocuparse personalmente de acordar los flecos finales de la entrevista entre Hitler y Franco —algo que evidentemente no entraba dentro de sus obligaciones— precisamente porque la tarde de ese día 23 quería estar en Montserrat.

O, más exactamente, quería que estuviese yo.

XLV

TERCER MANUSCRITO DE HANS HEINS

CAPÍTULO VIGESIMOTERCERO

Montserrat significa monte serrado. Y realmente pareciera que los dioses se hubieran entretenido esculpiendo aquel paisaje que pasaba de afiladas cumbres a profundas quebradas con repetida y pertinaz insistencia. El 23 de octubre almorzamos en el Ritz de Barcelona. Lo hicimos antes de las dos, pues Himmler quería llegar a la montaña con suficientes horas de luz diurna, aunque una importante parte de mi misión se desarrolló en la oscuridad de las innumerables cuevas subterráneas que horadaban aquel inquietante macizo. Cerca de las tres y media, la comitiva se puso en marcha.

El monasterio se halla a unos cuarenta kilómetros de la ciudad y, aunque la carretera era en ocasiones estrecha y con marcadas curvas, no tardamos mucho en llegar porque un dispositivo policial se ocupó de que encontráramos franco el camino. Viajamos acompañados del gobernador militar de Cataluña y de significados jefes de la llamada Falange Española, una formación política a la que el general Franco protegía y que tenía — según ellos mismos se esforzaban en recalcar— profundas similitudes con nuestro partido.

A la llegada, como era de esperar, nos aguardaba la plana mayor del monasterio, aunque el abad excusara su presencia por motivos de salud. Años después he leído que lo cierto fue que no quiso recibir a quien con tanta saña perseguía a la Iglesia en Alemania. Desconozco la verdad, pero sí sé que a Himmler no le importó. Él no había ido allí a mantener discusiones teológicas con un abad benedictino.

El monje que nos hizo los honores se llamaba Andreu Ripol. Tenía entre treinta y cuarenta años y una mirada viva que sus gafas no ocultaban.

Hablaba un muy correcto alemán y fue quien se mantuvo junto al Reichsführer durante la visita. Himmler me presentó como un oficial de las SS experto en geología y arqueología a quien le interesaba conocer a fondo los intrincados corredores, pasadizos y cuevas que horadaban la montaña. Pidió a Ripol que alguien que se manejara bien en ellos me acompañara mientras el resto de la expedición visitaba el lugar y ascendía hasta una de sus cumbres.

Yo le dije a Ripol que me expresaba correctamente en francés y que alguien que conociera la lengua me sería de gran ayuda.

—Parece que Nuestro Señor tenía previstos sus deseos, *Herr* Himmler. — Dirigió una mirada cargada de intención al Reichsführer tras poner especial énfasis en la alusión a Dios—. Puesto que el hermano Bosch habla correctamente ese idioma y es al mismo tiempo nuestro mejor conocedor de los pasadizos que horadan el macizo. Sin duda será un perfecto guía para *Herr* Heins.

El monje que se acercó a nosotros tras la llamada de Ripol superaba los cincuenta años y era menudo, con un aspecto pulcro. Tenía una frente amplia y despejada, impresión que hacía aún más patente su avanzada calvicie. Escuchó mis deseos con atención y luego sonrió amable.

—Será un placer. Disfruto cada vez que puedo perderme en los subterráneos. Aunque no se preocupe: sé regresar. —Su francés era reposado, con un acento cantarín que lo hacía muy agradable.

Tras despedirnos, me dirigí en pos del pequeño monje.

—Usted es geólogo y arqueólogo —me dijo—, así que conocerá bien la historia y las características de este lugar. Por lo tanto, me resulta extraño que quiera visitar las grutas y los pasajes subterráneos. Son innumerables y la mayoría están aún por explorar. ¿Cuál es su deseo exactamente, *monsieur*?

Yo había leído en Múnich lo que había podido sobre el macizo, sus características y su historia. Sabía que era uno de los más notables ejemplos de paisaje cárstico, en el que las aguas llevaban milenios horadando y modelando las formaciones de roca caliza que conformaban la montaña. Sabía también que era no sólo imposible conocer cada uno de sus recovecos, sino también peligroso intentarlo sin los debidos conocimientos y precauciones. Por ello mis esperanzas en lograr algo positivo eran claramente menores que las del Reichsführer. Aparte de que él tenía una confianza en mis dotes que yo estaba lejos de compartir.

—Buena pregunta, padre. —La verdad era que yo no sabía si debía llamarle padre o hermano, pero él no me corrigió—. Me gustaría ver los lugares más directamente relacionados con la espiritualidad de Montserrat. Y no me refiero a los situados en la proximidad de las construcciones más recientes, sino a aquellos que pudieran ser considerados sagrados en tiempos pasados, cuando comenzó aquí la veneración por la Virgen.

El padre Bosch permaneció un rato callado, aunque no por ello su paso se hizo más lento, con lo que supuse que sabía adónde me llevaba.

—¿Algo así como la Baja Edad Media? ¿Siglo XIII, por ejemplo?

Yo me sentí como un alumno cogido en falta. Fue en ese siglo cuando se suponía que los cátaros, ante la proximidad de su final, podían haber buscado un escondite para el Santo Grial que custodiaban.

—Está usted pensando que me guía el interés por el Grial, ¿verdad? Que pienso hallarlo aquí y trasladarlo a Alemania. —Me reí aparentando buen humor, aunque no sé si mi actuación resultó muy convincente—. No, no, padre. Reconozco que la leyenda del cáliz me atrae y que de alguna manera forma parte de mi interés, pero lo que me ha traído a este lugar, aparte de acompañar al Reichsführer, es conocerlo, tanto por mi condición de geólogo como por la de arqueólogo. Y es precisamente por esta segunda por lo que lo acontecido en tiempos recientes no me llama de forma especial la atención. Me atrae lo antiguo, lo que está olvidado y por redescubrir.

Mi acompañante se limitó a sonreír mientras hacía un leve gesto de asentimiento.

—Bien —respondió—, le llevaré en primer lugar a la Santa Cueva, el lugar en el que se apareció la Virgen. Las personas que han venido con usted también la visitarán, pero primero deben ver la basílica y la estatua de la Virgen Negra. No habrá nadie cuando lleguemos. Vamos.

Un funicular que se puso en marcha para nosotros nos trasladó, a lo largo de un paisaje inolvidable, hasta nuestro destino. Una pequeña ermita, suspendida en la ladera, marcaba el sitio en el que, a finales del siglo IX, los pastores se sintieron atraídos por la llamada de la Virgen.

La visitamos brevemente y yo no sentí la presencia de ninguna fuerza, como me había sucedido en Wewelsburg. El padre Bosch abrió un pequeño armario del que sacó dos antorchas de madera encerada.

—Ya le he dicho que todo el macizo se encuentra atravesado por innumerables pasajes subterráneos —recalcó mi guía mientras me guiaba por

la ladera—. Voy a mostrarle los que mejor responden a su interés. Sabrá usted que toda la montaña y sus grutas fueron habitadas desde tiempos prehistóricos. Aún se encuentran vestigios en algunos lugares.

Y el padre Bosch me condujo, con la seguridad de quien ha deambulado infinitas veces por los mismos lugares, a través de grutas, pasadizos y corredores en el interior de Montserrat. Comenzamos por los próximos a la Santa Cueva, para luego regresar a los alrededores del monasterio y, finalmente, ascender mediante otro funicular hacia las cumbres. La visita tuvo mucho de fantasmagórico, con luces y sombras dibujando caprichosas figuras a la luz de nuestras antorchas, pero en ningún momento sentí ninguna presencia especial.

—Comprenderá usted —me dijo cuando descendíamos en el funicular— que hemos visitado sólo una mínima muestra del entramado que recorre esta montaña. También le confesaré que yo he explorado personalmente una parte bastante más amplia. Desde siempre me ha gustado descubrir cosas nuevas, pero nunca he hallado nada que hable de presencia humana en la época que a usted le interesa.

Cerca ya de la plaza del monasterio, y antes de unirme a la comitiva que vi a lo lejos y que también parecía haber concluido la visita, me detuve para despedirme de mi amable guía.

—Ha sido un gran placer, padre —le dije tendiendo la mano—, y una admirable demostración por su parte de...

No pude concluir la frase porque, cuando mi mano entró en contacto con la suya, sentí una conmoción similar a la que ya había tenido en otras ocasiones y que tan poco agradable me resultaba. La realidad que me rodeaba desapareció para dar paso a una sucesión acelerada de imágenes que se superponían unas a otras y en las que el padre Bosch se me revelaba más con su fuerza espiritual que con su naturaleza humana. Es difícil explicar lo que percibí y comprendo que la descripción que he dado se queda extraordinariamente corta. Debieron de ser sólo unos segundos, pues nuestras manos se separaron rápidamente, pero supe más del padre Bosch en esos fugaces instantes que si hubiera convivido con él durante largos años. Y me quedé hondamente impresionado por el mensaje de bondad que aquel breve contacto me transmitió.

—Veo que tenemos similares capacidades —me dijo esbozando una ligera sonrisa y claramente mucho menos turbado que yo—. Y eso explica varias

cosas. En cuanto al Grial —su sonrisa se amplió—, puede dar por seguro que yo nunca he percibido su presencia ni la de cualquier otro extraño poder en mis excursiones subterráneas. Montserrat sólo me produce sensaciones de paz.

Comprendí que él también había tenido un atisbo de mi interior mientras nuestras manos se mantenían unidas y tuve claro que, en lo que él notó, mi interés por el Grial no le había permanecido oculto.

Sonreí a mi vez.

—Padre, está usted muy cercano a Dios. Siga así. Le diré que me produce una gran envidia.

* * *

No tuve ocasión de mantener un aparte con Himmler hasta ya comenzada la recepción que en nuestro honor dio aquella noche el cónsul alemán en Barcelona.

—¿Y bien, Hans? Imagino que si hubiera habido algo, ya me lo habrías dicho.

—Así es. El Grial no se encuentra en ese lugar; o yo no he sido capaz de captarlo. Y tampoco lo ha hecho, durante todos los años que lleva allí, el padre Bosch. Es el monje que me acompañó. Tiene... capacidades parecidas a las mías.

Himmler me miró de hito en hito durante unos momentos.

—Hmm... ¿Y si te hubiera mentido?

Comprendí que iba a ser difícil convencerlo de mi certeza de que no había sido así y me limité a sonreír.

—No lo creo —dije—. Después de todo, mentir es pecado, ¿no? Y aquel hombre respiraba... ¿Cómo dicen los cristianos? ¿Aroma de santidad?

El Reichsführer se echó a reír con ganas.

—¿Sabes, Hans? Te diré que no esperaba demasiado de esta visita, pero era necesaria. Como tampoco confiaba en el encuentro de nuestro Führer con Franco. He hablado con él hace un rato. Hemos conseguido buenas palabras y muchos ánimos, aunque poco más. Pero era algo que también había que intentar.

Y, haciéndome un gesto con la copa que tenía en la mano, me lanzó un sonoro *Prost!*[\[58\]](#)

XLVI

TERCER MANUSCRITO DE HANS HEINS

CAPÍTULO VIGESIMOCUARTO

1942 fue el año en el que nuestro victorioso camino por Europa tuvo su punto de inflexión. Así lo percibimos los alemanes y no nos equivocamos. La llamada Operación Barbarroja, que debía llevarnos al control de la Unión Soviética y que de manera tan brillante había comenzado en el verano de 1941, se vio bruscamente detenida por el crudo invierno de aquel año. Nuestras tropas se hallaban a escasos kilómetros de Moscú, pero nunca llegaron a conquistar la ciudad y los frentes se estabilizaron hasta prácticamente el final de la guerra, con un tremendo desgaste para nuestros soldados. Hitler destituyó de forma fulminante al general Guderian por retirar sus tropas y no ordenar el avance final sobre la capital. Guderian insistió en que las condiciones climáticas, con temperaturas de hasta cuarenta grados bajo cero, habían hecho imposible la operación. Nunca sabremos lo que habría sucedido si el general hubiera actuado de otra manera. En su defensa debo decir que era él quien en esos momentos se hallaba sobre el terreno y que su prestigio como militar estaba bien cimentado. Pero también es cierto que la Operación Barbarroja fue el detonante que nos llevó a la derrota.

En enero de ese año 1942 tuvo lugar una conferencia a la que yo en aquel entonces no di demasiada importancia. Se organizó en un edificio del lago Wannsee, muy próximo a Berlín, y en ella habrían de sentarse las bases de lo que Heydrich, a la sazón jefe de la Oficina Central para la Seguridad del Reich, denominaba *Endlösung der Judenfrage*, Solución Final a la Cuestión Judía.

Lo que en ella se acordó fue mantenido en riguroso secreto, aunque con el tiempo quedó claro que se abordó y se sistematizó todo lo concerniente al

futuro del pueblo judío tanto en Alemania como en los países ocupados: su deportación hacia campos de concentración situados en el Este, su utilización como mano de obra en auxilio de nuestros intereses militares y, finalmente, su sistemática eliminación.

Nada de lo acordado fue hecho público y ni una palabra trascendió a quienes no hubieran de ocuparse de ello de una manera directa. Yo, como un miembro de alto rango de las SS, sólo recibí la noticia de que se preparaba una ampliación de los campos de concentración y que para ello sería necesario desviar una parte importante de nuestro personal experimentado cubriendo sus bajas con nuevas incorporaciones.

No voy a negar que todos los alemanes éramos conscientes del trato que Gestapo y SS daban a los judíos. También sabíamos que eran órdenes que venían de arriba y que su origen último se situaba en Hitler. Pero estábamos en guerra, llevábamos años oyendo las maldades que aquel pueblo era capaz de perpetrar y, sobre todo, no podíamos hacer nada.

No pretendo argumentar en mi defensa ni en la de mis compatriotas. Sólo quiero exponer los motivos que a una inmensa mayoría nos llevaron a mirar hacia otro lado y a no hacer demasiadas preguntas. No estoy orgulloso, pero tampoco me culpo hasta un extremo que me resulte insoportable. Supongo que el ser humano aprende a excusarse y a justificarse a sí mismo.

Ya he relatado que en noviembre de 1942 murió Sophie. Guardo aquella época en una especie de bruma de la que surgen, en cambio, instantes que rememoro con hiriente claridad. También he contado que Himmler vino a Múnich nada más conocerse la noticia —también he dicho asimismo que en aquellos días el Reichsführer aparecía ya poco por nuestra ciudad— y estuvo especialmente pendiente de mí, consciente del estado de postración en que me hallaba. Fue entonces cuando le dije que me gustaría ir al frente y fue entonces cuando él me propuso —más una sugerencia que una orden— que me ocupara de una labor —me dijo— de mucha mayor importancia para Alemania.

—Hans, en el campo de Sachsenhausen se prepara una operación fundamental para el desarrollo de la guerra. El secreto es absoluto y necesito de una persona de máxima confianza que vaya allí y me informe de si todo marcha según lo previsto. Sin duda esa persona debes ser tú. —Y sin darme tiempo a preguntar ni a responder, cambió inmediatamente de tema, en un nuevo intento (pienso) de ayudarme a alejar mis pensamientos de la pérdida

de Sophie—. Y, Hans, ¡la lanza sagrada sigue cuidando del que ahora es su dueño! El Führer ha escapado de un nuevo intento de darle muerte. Ha sido saboteado el tren en el que los polacos pensaban que podía acudir a Berlín para los funerales de Heydrich. Pero él no se encontraba a bordo, aunque ciertamente podía haber estado. Fue la lanza una vez más, Hans. Ella cuida de él.

Ciertamente, aquellas frases cumplieron su objetivo y me encontré pidiendo detalles a Himmler, que me miraba satisfecho con sus ojos que las gafas hacían parecer pequeños. En Múnich habíamos escuchado la noticia de que un tren alemán había descarrilado en territorio polaco mientras se dirigía a Berlín. La Resistencia del país vecino había levantado los rieles poco antes de su paso y a continuación había abierto fuego contra los soldados alemanes —un contingente de las SS— que viajaban en él, huyendo después. Pero nada se había dicho de que el objetivo fuera Hitler.

—Sí —continuó el Reichsführer—, Hitler se encontraba en Rastenburg, en la Wolfschanze[59], y planeó su traslado a Berlín por la muerte de Heydrich. Si hubiera venido, habría estado en ese tren.

Reinhard Heydrich había muerto tras un atentado organizado por la Resistencia checa cerca de Praga. Las heridas no parecían mortales, pero su deseo de ser atendido por médicos alemanes provocó un retraso en atenderle e hizo que contrajese una septicemia que acabaría por resultar fatal.

Heydrich había sido el hombre de confianza de Himmler y, desde 1939, había ocupado el puesto de director del RSHA, la poderosa organización que centralizó los cuerpos de policía y la Oficina de Seguridad del Reich. Hitler lo apreciaba en grado sumo y se dijo que fue el propio Himmler, celoso de su ascenso y de su popularidad, quien dispuso su traslado a Bohemia y Moravia como gobernador de los terrenos conquistados en sustitución de Von Neurath, a quien se acusó de una actitud en exceso permisiva. Desconozco si fue ése verdaderamente el motivo del nuevo destino de Heydrich, pero es acorde con la personalidad de Himmler. Mi jefe directo sentía una absoluta veneración por Hitler y también, como he dicho, un irreprimible temor. Heydrich, de alta clase social, trataba al Führer sin ningún complejo y era correspondido por nuestro canciller. Ello era algo que el Reichsführer envidiaba. Le habría gustado que Hitler sólo confiara en él. Y no toleraba que nadie le hiciera sombra.

—Y volviendo a Sachsenhausen, Hans, te confiaré que Heydrich había

puesto en marcha una ambiciosa operación que puede resultar muy importante para nuestros intereses.

Himmler continuó hablando y así fue como oí por primera vez mencionar uno de los secretos mejor guardados del Tercer Reich: la existencia de la oficina 6-F-4 y de la llamada Operación Krüger.

XLVII

TERCER MANUSCRITO DE HANS HEINS

CAPÍTULO VIGESIMOQUINTO

Llegué al campo de Sachsenhausen a mediados de diciembre de 1942. Llevaba en mi guerrera la hoja de laurel de Standartenführer de las SS, grado equivalente al de coronel en el ejército. Fue el regalo de Himmler tras la muerte de Sophie. Estoy convencido de que tomó la decisión al comprobar el estado de abatimiento en el que me hallaba, pensando que sería un acicate para mi recuperación. Probablemente tuvo razón, pues el viaje al campo de concentración y mi nuevo rango ayudaron a olvidar lo que ya no tenía remedio. O yo me esforcé en que así fuera.

—Nadie debe poner en duda tu autoridad en la misión que te encomiendo —me dijo—. La mejor manera es que todos te deban obediencia. Irás a Sachsenhausen como Standartenführer.

Aquella fue su manera tímida de confirmarme mi nuevo ascenso. Le sonreí agradecido.

El comandante del campo era el Obersturmbannführer Anton Kaindl. Llevaba escasos meses en el puesto, aunque Anton era un experto en la puesta en marcha y en el funcionamiento de los centros de internamiento. Durante años formó parte de la sección administrativa del Servicio de Inspección de los campos y, finalmente, le habían otorgado el mando de uno. Sachsenhausen era por entonces el buque insignia. Se construyó en 1936 y estaba en Oranienburg, a escasos treinta kilómetros al norte de Berlín. No fue proyectado como destino para los judíos, aunque en sus comienzos y, posteriormente, hacia el final de la guerra, también ellos fueron conducidos allí. Se concibió como centro de internamiento de prisioneros políticos, rusos en su mayoría, tras el comienzo de las hostilidades con el país comunista.

Pero, como ya he adelantado, no fui a Sachsenhausen para conocer un campo de internamiento. Fui allí porque, en el barracón 19, el Sturmbannführer Bernhard Krüger se hallaba al frente del más ambicioso plan nunca llevado a cabo para la falsificación de papel moneda.

Krüger era ingeniero textil. Había nacido en 1904, menos de un año antes que yo, y congeniamos desde el primer momento. Poseía una aguda inteligencia que se manifestaba en una constante búsqueda de la perfección y también en algo que yo siempre he apreciado sobremanera: sabía escuchar, lo que, unido a su amplia cultura, hacía que cualquier conversación con él fuera sumamente estimulante. Recibió del propio Heydrich el encargo de ponerse al frente de la operación que había de llevar su nombre, y ese nombramiento nadie lo cambió tras la muerte del jefe de seguridad del Reich.

Las órdenes que Krüger recibió eran claras: crear el más perfecto y productivo centro de falsificación jamás concebido, con un objetivo principal: el de fabricar tantas libras esterlinas como fuera posible para inundar con ellas Inglaterra y provocar el colapso económico del país enemigo. Muy pocas personas en Alemania llegaron entonces a conocer la existencia del proyecto y yo fui una de ellas. Ni siquiera el comandante del campo, Anton Kaindl, tenía claro lo que hacían los internos del barracón 19.

—Y prefiero no saberlo —me dijo en más de una ocasión—. Bastante tengo con lo que tengo.

Kaindl era de Múnich, como yo, y con frecuencia sacaba el tema de nuestra ciudad a colación. Pronto me resultó evidente que Anton añoraba Múnich y Baviera, y que el puesto de jefe del campo no era en absoluto de su agrado.

—¿Sabes, Hans? —me decía—. Echo mucho de menos nuestros bosques, nuestros lagos y nuestras montañas, pero sobre todo el poder sentarme al aire libre con una jarra de cerveza en la mano y escuchar música.

Al igual que él no quería involucrarse en lo que sucedía en el barracón 19, yo tampoco quise interesarme por lo que sucedía en el resto del campo. Sabía que estábamos en guerra, que la llegada de nuevos prisioneros a Sachsenhausen era constante y que con los rusos la palabra piedad no existía, porque ellos —así al menos rezaba la doctrina nazi— no la tenían con nosotros.

Mi llegada al campo coincidió con el comienzo del invierno, y no necesito incidir en el hecho de que el norte de Alemania es en esa época frío y

desapacible. El pequeño cuarto que me asignaron era cómodo, pero la humedad estaba continuamente presente. Necesariamente, las condiciones de alojamiento de los presos en aquellos innumerables barracones habían de ser bastante peores. En mis visitas a Sachsenhausen, que fueron numerosas a lo largo de algo más de dos años, rara vez dormí en la que era mi habitación. Prefería trasladarme a Berlín al llegar la noche y pernoctar en el cuartel general de las SS. No tanto por buscar una mayor comodidad como por alejarme del influjo que el campo me producía. Allí todo era negro y gris, y rara vez se escuchaba una voz humana como no fuera para dar órdenes. Aquel ambiente te repelía, pero también tenías la sensación de que con el tiempo podía llegar a hacerte suyo.

Kaindl me explicó que los internos salían diariamente a trabajar en fábricas próximas, en las que colaboraban tanto en nuestros proyectos de guerra como en la fabricación de materiales de construcción destinados a la remodelación que Albert Speer tenía planeada para Berlín. Sus entradas y salidas por el portón principal, que en alguna ocasión pude observar, eran tan silenciosas y opresivas como lo era la vida diaria en el interior del recinto. Sólo estaban presentes el rítmico golpeteo de los pies sobre el asfalto y alguna voz seca que de tanto en tanto impartía una orden...

Más de una vez Kaindl y Krüger viajaban conmigo a Berlín, sobre todo si era sábado, y dormían en la capital. Ellos también parecían necesitar de aquellas escapadas y se convertían en personas diferentes cuando dejábamos atrás los muros de Sachsenhausen. Kaindl tenía un contagioso sentido del humor y una velada con él, y teniendo unas copas delante, podía resultar muy agradable. Yo apuraba mis estancias en Sachsenhausen, pues la idea de regresar a la soledad de mi casa en Múnich me producía desazón. Pero me veía forzado a volver, pues mis obligaciones en la capital bávara requerían de mi presencia. Mi madre siempre estaba pendiente de mis regresos y, cuando yo estaba en la ciudad, venía casi diariamente a visitarme, en ocasiones acompañada por mi padre. A veces me la encontraba en casa al atardecer, a mi regreso de la Braunes Haus. Ella tenía la llave y me esperaba sentada en el mismo sillón que había sido de Sophie, haciendo punto, leyendo o escuchando la radio. Yo me alegraba al verla allí, en la butaca que habían ocupado las dos personas que yo más había querido. Pero dejemos esos recuerdos.

Bernhard Krüger llevaba ya algunos meses embarcado en la puesta a punto

del proyecto de falsificación. Se había decidido que los artesanos y obreros que habían de tomar parte en él fueran presos que tuvieran los conocimientos necesarios de fotografía, grabado, papel moneda e imprenta. Krüger los fue reclutando de cárceles y campos de concentración y, en su práctica totalidad, eran judíos. El principal motivo de ello fue el del absoluto secreto que había de rodear la operación. El control sobre obreros alemanes que, al terminar el día, regresaran a sus casas no se podía garantizar.

Por ello, el barracón 19 de Sachsenhausen era como un gueto dentro del campo. Absolutamente rodeado de alambradas que llegaban a unirse con el tejado de las edificaciones fue, para los más de ciento cuarenta reclusos que allí trabajaron, algo así como una inmensa jaula de la que no se les permitió salir durante años. Tenían sus propios cocineros, médico y barbero. Los SS que los vigilaban habían sido cuidadosamente elegidos y habían jurado mantener un absoluto secreto. El barracón, que poco después hubo de ser ampliado con la edificación de un segundo, estaba situado en la parte exterior del complejo, de modo que los demás internos nunca llegaron a saber de su existencia.

—Han recibido la promesa de un trato mejor, con lujos en su vida diaria que hasta hace poco no podían imaginar —me narró Krüger en nuestro primer encuentro—. Y, sobre todo, se les ha garantizado la vida.

Yo me limité a mirarle, pero él comprendió mi mensaje y se encogió de hombros. No pude evitar evocar durante unos instantes a Daniel Hirschmann. Él también era judío y también tuvo que colaborar en otro proyecto de falsificación ideado por Himmler. Algo aún más secreto, si cabe, que lo que Bernhard se traía entre manos en aquellos momentos. Y también se le garantizó su vida. Al menos Daniel obtuvo el premio de un futuro mejor para su familia.

Mi misión, ya lo he dicho, era la de informar directamente a Himmler, sin intermediarios ni oídos no deseados, de la marcha del proyecto y de sus avances. El Reichsführer ocupaba la mayor parte de su tiempo en Berlín, y yo, antes de mi regreso a Múnich, pasaba, en cada ocasión, a relatarle personalmente lo acontecido desde mi anterior visita al barracón 19.

—Hay que darse prisa —me urgía—. La guerra no va a ser eterna y esta operación puede ser fundamental. Hay que dejar a Inglaterra fuera de juego.

Himmler nunca fue un hombre que expresara con viveza sus emociones, pero yo, que lo conocía bien, sabía que su optimismo sobre nuestras

posibilidades de ganar la guerra había menguado considerablemente. El fracaso de la Operación Barbarroja y el estancamiento del frente en el Este habían supuesto un duro revés. Como también lo fue la entrada de los Estados Unidos en la contienda.

—Los alemanes somos muchos y valemos mucho —me dijo en una ocasión a solas en su despacho—, pero difícilmente vamos a poder con todos.

Fue la única crítica que le oí en aquellos años, aunque la endulzó con una sonrisa, como quitándole importancia. Más adelante, ya en los meses finales de la guerra, sus palabras se hicieron abiertamente más críticas y su desesperanza, palpable. Llegaría incluso a poner en cuestión la figura de Hitler y sus decisiones, algo que, dada su rendida admiración por el Führer, podría parecer imposible.

En Sachsenhausen me mostraron, como es lógico, las instalaciones del campo, los lugares de trabajo de los reclusos y me explicaron las estrictas medidas de seguridad y de régimen interno. También vi el lugar destinado a las ejecuciones, una gran trinchera que descendía desde la superficie del terreno y que tenía paredes y fondo forrados de troncos de madera. Conectaba directamente con el depósito de cadáveres. Su ubicación bajo el nivel del suelo era, según me explicó Kaindl, para ahogar el ruido de los disparos.

Ya he relatado que Kaindl no se hallaba a gusto con el puesto que le había correspondido ejercer. En marzo de 1943 recibió la orden de instalar en el campo cámaras de gas y hornos crematorios supletorios. Recuerdo que se tornó taciturno y menos comunicativo. Su habitual sentido del humor desapareció casi por completo.

Bernhard procuraba mantenerse ajeno a todo lo que no fuera su gente y su proyecto, y tengo la impresión de que llegó a disfrutar con el trabajo que llevaba entre manos y con los logros del equipo.

Fui conociendo a las personas que lo integraban, y él me hablaba de sus vidas y de los motivos que le habían llevado a reclamarlos para el barracón 19. Tengo el convencimiento de que llegó a sentirse orgulloso de todos ellos.

Supe también que la idea de falsificar papel moneda, fundamentalmente libras esterlinas, era un proyecto que llevaba años gestándose. De hecho, ya en 1939, recién empezada la guerra, Krüger fue llamado por Heydrich para ponerlo en marcha. Se denominó entonces Operación Andreas. Desde el primer momento resultó evidente que el principal obstáculo para lograr unas falsificaciones perfectas era el de conseguir fabricar un papel que fuera

idéntico al utilizado por los ingleses.

—No lo creerás, Hans —me comentó Bernhard—, pero nos llevó meses de análisis. Está fabricado con una mezcla de pulpa china de hierbas fibrosas y de lino de la más alta calidad.

Me explicó que el estudio se había llevado a cabo en la factoría Hahnemühle, nuestra más prestigiosa fábrica de papel, y que, finalmente, el RSHA había traído la pulpa de China y el lino de Turquía.

—La marca de agua no ha supuesto un mayor problema, aunque estoy preocupado por el resultado final —concluyó—. Bajo la luz ultravioleta, nuestro papel da una luminiscencia diferente al del inglés. Y no sabemos qué hacer.

Aquéf fue el talón de Aquiles de nuestra falsificación, aunque con el tiempo se reveló de poca importancia. Era impensable que un aparato tan sofisticado para esa época, como lo era una lámpara de radiación ultravioleta, pudiera convertirse en algo de uso común para establecer la autenticidad de un billete de cinco libras.

Pero, en cualquier caso, el proceso de envejecimiento ayudó a nuestros propósitos. Ante la luz ultravioleta, el billete con apariencia de usado se parecía más al original.

La numeración de los billetes fue otro de los problemas con los que hubo que enfrentarse. El Banco de Inglaterra lo hacía de una forma determinada en cada emisión, que nunca superaba los cien mil ejemplares, de modo que un número puesto al azar permitiría descubrir la falsedad del billete. Hubo que imprimirlos siguiendo esas normas, con lo que, inevitablemente, los nuestros tendrían su duplicado en los que ya se hallaban en circulación. Afortunadamente, nunca tuvimos constancia de que alguien hubiera detectado dos billetes impresos con la misma numeración.

Krüger trataba con mimo a los integrantes del equipo, que llegaron a ser ciento cuarenta, como ya he dicho. Los conocía por sus nombres y procuraba mantener con cada uno de ellos conversaciones periódicas, interesándose por sus familias o, simplemente, por temas de apariencia intrascendente, como podían ser las costumbres de su lugar de origen o si eran aficionados a algún deporte. En eso era un consumado maestro y sabía cómo mantener alta la moral del equipo.

Durante la primera mitad de 1943 se produjo un parón en las actividades del barracón 19, porque en la fábrica Hahnemühle buscaban con ahínco la

manera de mejorar la marca de agua. Los presos llegaron a pensar que la operación llegaba a su fin y que su destino y su vida, siempre inciertos, iban a seguir el mismo camino. Una mañana de primavera, Bernhard los reunió y, exhibiendo un billete de cinco libras, les dijo:

—Este billete, junto con muchos otros, ha circulado en Inglaterra y ha pasado por sus bancos. ¡Todos lo han dado por bueno! ¡Enhorabuena! ¡Sois los mejores!

Y, como premio, mandó instalar en el barracón altavoces por los que se podía escuchar la radio alemana. La reacción de los internos fue asombrosa: su estado de felicidad podía compararse con el de niños recibiendo su regalo de Navidad y su dedicación al trabajo se incrementó de forma unánime.

—Es increíble, ¿verdad? —me comentaba Krüger ante una jarra de cerveza—. En situaciones extremas nos mostramos receptivos a cualquier detalle que cambie nuestras expectativas, por pequeño que sea. Da que pensar.

Bernhard era un ser profundamente reflexivo. Todo lo analizaba y ponderaba antes de llegar a una conclusión, aunque no era una persona dogmática que pretendiera hacerte partícipe de sus creencias.

—¿Sabes, Hans? —me dijo en una ocasión mientras tomábamos una copa en un cabaré de Berlín—. Creo que el partido se equivoca al condenar las religiones, sea cual sea su origen. Convengo en que no son racionales, pero ayudan a muchas personas a ser más felices. Que nadie me oiga. —Rio dando un nuevo sorbo a su bebida—. Pero en eso Karl Marx acertó de pleno: las religiones son el opio del pueblo. Pero —añadió— también él, como nosotros, se equivocó al tratar de erradicarlas. Si sabes utilizarlas, te ayudarán a manejar al pueblo.

Y luego concluyó, como para sí mismo: «De eso se trata, ¿no?».

Como toda persona que está al frente de una congregación cerrada, Bernhard tenía sus favoritos, aunque se esforzaba en no demostrarlo. Uno de ellos era Artur Springer, un judío checo experto en la fabricación de papel y en la manera de tratarlo, y que funcionó como un capataz al que sus compañeros respetaban.

Otro fue Solomon Smolianoff.

De origen ruso, Solomon había estudiado arte en su país, antes de tener que salir huyendo ante el éxito de la revolución bolchevique. Ya en Alemania se reencontró con uno de sus profesores, Ivan Miassojedoff, artista de gran talento, y juntos emprendieron la lucrativa tarea de falsificar billetes de

banco. Lo hicieron con extraordinaria pericia, pero en 1939 Solomon fue arrestado y llevado a prisión. Su captor fue Bernhard Krüger.

—Imagínate. —Bernhard sonreía al recordarlo—. Lo mandé a la cárcel y luego lo rescaté para traerlo aquí. Me costó encontrarlo. Estaba en Auschwitz. Era un delincuente y, encima, judío. Pocas esperanzas, ¿no? Pero no me he equivocado: lleva la falsificación en la sangre y es de los mejores. Te diría que aquí está feliz, aunque se nos haga difícil el creerlo.

Fue Smolianoff quien, próximo ya el verano de 1943, se permitió retar a Krüger. Sobre una de las mesas de trabajo depositó varios billetes de cincuenta libras y desafió a su jefe a descubrir cuál era el falso. Bernhard se tomó su tiempo, según me relató. Los estudió con una lupa y dio su veredicto.

Smolianoff se acercó lentamente a la mesa, contempló los billetes y, con una gran sonrisa, señaló uno distinto al que Krüger había elegido. Los internos, que llenaban la sala, prorrumpieron en una inacabable algarabía. Krüger, también sonriente, se volvió hacia ellos y aplaudió.

—Te confesaré —me dijo Bernhard el día en el que me relató los hechos— que no pude distinguir el billete falso. Por lo tanto elegí el que más auténtico me parecía. Tenía que dejarles claro que eran los mejores.

XLVIII

TERCER MANUSCRITO DE HANS HEINS

CAPÍTULO VIGESIMOSEXTO

Aquel verano de 1943 fue el primero, que yo recuerde, en el que no me tomé unos días de vacaciones. Seguía añorando a Sophie y, sencillamente, no podía concebir una temporada de asueto sin ella a mi lado. No habría sabido qué hacer.

Tampoco el momento era el más adecuado. Todos comprendíamos que la guerra se hallaba en un punto de inflexión y que nuestra obligación era la de dar todo lo que podíamos. Yo informaba regularmente a Himmler de los avances del equipo —que llegué a considerar como algo mío— y él afirmaba gravemente con la cabeza en señal de aprobación. Semanalmente, Krüger llevaba a Berlín los billetes que habían recibido la calificación de perfectos. Lo hacía los sábados y, por lo general, aprovechaba para quedarse en la capital. Los domingos habían sido declarados día libre para los internos, algo absolutamente único en los campos de concentración. Fue otra de las acertadas concesiones de Bernhard.

Los billetes, una vez impresos y envejecidos, pasaban un duro control en el que se buscaban sus imperfecciones y, como resultado, se clasificaban en cinco categorías. La primera era la de los virtualmente perfectos y se utilizaban en el pago de colaboracionistas de «primera» y de espías alemanes introducidos en los más altos niveles, así como para pagar transacciones consideradas como «delicadas». La segunda y la tercera se destinaban a compras hechas en países neutrales. La cuarta, y más numerosa, se almacenaba con el propósito de inundar Inglaterra lanzando esos billetes desde el aire y así poner en jaque su economía. Fue ése uno de los objetivos principales de la Operación Krüger, aunque nunca llegó a puerto. La

Luftwaffe se hallaba cada vez más mermada y las incursiones sobre Inglaterra suponían un coste demasiado elevado. Por último, los billetes de quinta categoría eran destruidos.

Avanzado 1943 se hizo una prueba más sobre la calidad de los billetes falsificados. Se envió a Suiza una considerable cantidad de ellos, de los de primera categoría, mezclados, aunque en menor proporción, con billetes auténticos. Se ingresaron en diversas cuentas numeradas y se pidió, en algunos casos, su conversión en francos suizos. No hubo el menor problema, y es de suponer que algunos de ellos acabarían en los bancos ingleses. Fue el espaldarazo definitivo a la Operación Krüger y a la discreción con la que había sido llevada. En esta ocasión, los internos no fueron informados.

A esas alturas, una muy importante cantidad de libras esterlinas fabricadas en el barracón 19 de Sachsenhausen circulaban ya por Europa.

* * *

Recuerdo el año 1944 como el del principio del fin. La sensación de que, por segunda vez en pocos años, íbamos a perder una guerra era ya palpable, aunque al pueblo alemán se le transmitieran continuamente mensajes de optimismo. Himmler, que ya en alguna ocasión me había insinuado su desesperanza, trataba ahora de mostrar un optimismo que, evidentemente, no sentía. Yo lo conocía bien y creo que sabía juzgar sus estados de ánimo. Un día, tras relatarme nuestros supuestos avances bélicos, me dijo, como si en ese momento se le ocurriera, algo que habría de resultar determinante para mi futuro:

—Por cierto, Hans, serás consciente de que por tus manos pasan cientos de miles de libras esterlinas. O si no directamente por ellas, al menos muy cerca. —Esbozó una sonrisa cómplice—. Hasta que no entran en circulación no son de nadie, por lo que no haríamos ningún mal si pusiéramos a buen recaudo una pequeña parte de ellas. No sabemos qué va a ser de Europa en un futuro. Creo que me entiendes, ¿no? —añadió, visiblemente incómodo—. Puede colocarse una importante cantidad de dinero en bancos neutrales de la que pudiéramos disponer llegado el caso. Nadie como tú para hacerlo con discreción.

Tras mantener esa conversación yo partía hacia Múnich, con lo que tuve tiempo, en el viaje, de rumiar lo que el Reichsführer me había propuesto. Ya

he relatado que, en cuestiones de dinero, él era una persona de absoluta rectitud, por lo que descarté que pretendiera hacerse rico a espaldas de la Alemania que había colaborado a crear.

Las conclusiones a las que llegué fueron evidentes:

1. Himmler tenía claro que la guerra podía perderse y que nuestros enemigos no iban a tener ninguna condescendencia con nosotros.

2. Si ello sucediera, su salvación (y probablemente la mía) sería la de buscar un lugar anónimo en el que residir. Para ello era necesario el disponer de una nueva identidad, de un plan cuidadosamente trazado y de mucho dinero.

3. Era nuestra vida la que estaba en juego.

Pasé unos días abrumado ante el alcance de la decisión que había de tomar. Una voz en mi interior me decía que, de aceptar, iba a convertirme en un delincuente no mejor que Smolianoff y que, encima, me aprovecharía, sin riesgo, del trabajo de otros. Otra voz, que yo ya intuía que iba a acabar triunfando, me hablaba de la obediencia al Reichsführer del partido, del origen inocuo del dinero (no se lo habíamos quitado a nadie) y del deber que la naturaleza impone a todo ser vivo: el de mantenerse con vida a toda costa. También influyó la sensación que yo tenía —no tanto comprobada como intuida— de que Krüger llevaba haciendo lo propio con los billetes que diariamente pasaban por sus manos.

En fin, que no me siento orgulloso de haber aceptado la sugerencia de Himmler, pero que sí lo considero como algo que resultó inevitable.

* * *

Recuerdo que a principios de aquel año 1944, cuando mi vida, monótona, discurría en un ir y venir entre Múnich y Berlín, tuve un breve reencuentro con Klaus Haushofer. Coincidí con él en Múnich, en un concierto de la orquesta estatal de Baviera al que asistí. Mi afición por la música no había decaído y, ahora que apenas tenía compañía, ella seguía representando la posibilidad de escapar durante un tiempo a la realidad y de poder viajar a un mundo más placentero. Fui con mis padres, algo que hacíamos de vez en cuando.

Creo que a Haushofer le hizo ilusión verme. Él se hallaba solo y compartimos el tiempo del entreacto mientras mis padres esperaban su turno

en la cola que se había formado para tomar algo en el bar. Mi padre no sólo era ya una persona mayor, sino que además lo parecía. Su gran suerte fue la de que mi madre vivió siempre pendiente de él. Se había tornado silencioso y taciturno, y a veces parecía vivir alejado de nuestro mundo. Pero siempre que mi madre le hablaba, sus ojos revivían para mirarla con devoción. Y con inmenso cariño. Fue algo que siempre me emocionó y que encima envidiaba.

Habían pasado un par de años desde la última vez que viera a Haushofer, y la impresión que sentí fue la de que hubieran pasado muchos más. Al igual que le había sucedido a mi padre, la vejez se había adueñado de él en muy poco tiempo. Sus ojos se habían hundido aún más en su rostro huesudo y todo él ofrecía un aspecto ajado, como si un infinito cansancio se hubiera adueñado de su alma.

—Me alegra volver a verte, Hans —me dijo estrechando con formalidad mi mano.

Cuando lo hizo, sentí que me transmitía, aunque mucho más atenuada, la misma corriente que el día ya lejano en el que lo conocí en el hotel Vier Jahreszeiten. Y, al igual que entonces, tuve una fugaz visión de lo que el geógrafo guardaba en su interior. Fue todo muy rápido, pues él retiró la mano enseguida, pero pude sentir la angustia que embargaba a aquel hombre. Y percibí que era profunda. Y dolorosa.

—Habíamos olvidado que no debíamos entrar en contacto —comentó mientras intentaba componer una sonrisa—. Ven, vamos a sentarnos.

Y como si hubiera comprendido que yo ya había adivinado parte de sus sentimientos o quizá simplemente porque necesitaba sincerarse con alguien, empezó a hablarme con aquella voz suya profunda, que seguía manteniendo un toque doctoral. Pienso que por momentos llegó a olvidar que yo me encontraba a su lado, pues sus ojos permanecieron fijos en un punto lejano que miraba sin ver y su tono se hizo tan bajo que tuve que esforzarme para escucharlo.

—Alemania camina hacia su perdición. —Aquellas palabras fueron el comienzo de su monólogo. Las recuerdo con claridad porque me sorprendieron. Por venir de quien venían y por la rotundidad con la que fueron pronunciadas. Se detuvo un instante, como sopesando la gravedad de lo que había dicho, pero no me miró—. Se diría que, en lo que va de siglo, los alemanes nos hubiéramos empeñado en hacer las cosas mal —continuó—. Un pueblo como el nuestro... Aunque quizá la causa esté precisamente en ese

sentimiento de superioridad con el que miramos a los demás. Ni conduce a nada ni está justificado. Pero así somos... Así es el ser humano. Y yo me siento en parte culpable de lo que está pasando. El *Drang nach Osten*, el *Lebensraum*... Tantas veces lo hablé con Hitler y con Hess en la prisión de Landsberg... Tantas veces trazamos las fronteras de la Gran Alemania... Y yo les decía lo que querían oír, porque también lo creía... —Guardó unos segundos de silencio y se miró las manos, frotando una contra otra, como si sintiera frío—. Pero han ido más lejos, mucho más lejos, sin darse cuenta de que el resto del mundo no lo iba a permitir, de que todos unidos son más fuertes que nosotros. Si nos hubiéramos conformado con menos... Pero ahora Alemania se hunde e incluso mi familia...

Aquí se detuvo y, por primera vez, pareció darse cuenta de que yo me hallaba junto a él. Me miró y bajó los ojos, aparentemente avergonzado, y a mí me dio lástima ver a aquel hombre mayor que, atribulado, parecía querer huir de la realidad. Y sentí pena por él. Y por Alemania. Y también por mí mismo.

—Profesor, nadie puede sentirse culpable. La responsabilidad es de quien toma las decisiones. O, en último extremo, si lo prefiere, de todos los que hacen posible que así sea. Y en este caso somos muchos millones. Tengamos confianza.

Su expresión no varió con mis palabras. Simplemente levantó la mirada y buscó la mía.

—Son tiempos difíciles, Hans. Para todos.

Permanecemos un rato más sentados, sin hablar, hasta que el aviso del comienzo del segundo acto nos hizo levantarnos. Me despedí de él con afecto, aunque no caímos en el error de volver a darnos la mano. Karl Haushofer fue un ser extraño al que nunca llegué a conocer bien, pero del que pienso que, fundamentalmente, era una buena persona.

Lo que yo desconocía en aquel momento era que a aquel hombre afligido le quedaban todavía por vivir los momentos más difíciles de su vida.

XLIX

TERCER MANUSCRITO DE HANS HEINS

CAPÍTULO VIGESIMOSÉPTIMO

A raíz de la orden —disfrazada de sugerencia— que me dio Himmler de poner dinero en lugares seguros y anónimos comencé, a partir de la primavera de 1944, a viajar con cierta frecuencia fuera de Alemania, fundamentalmente a Suiza y a España, aunque también deposité cantidades importantes en distintos lugares de Francia, donde me reencontré con una persona a la que siempre deberé profunda gratitud. Gracias a ella pude cimentar la nueva personalidad que me creé una vez finalizada la guerra. Me devolvió con creces lo que yo en una ocasión hice por él y por su familia. Pero no quiero adelantar acontecimientos.

El dinero en libras esterlinas que yo sacaba de Alemania lo recogía directamente de la oficina del Reichsführer. Imagino que era el propio Himmler quien lo retiraba de los envíos que semanalmente le hacía llegar Krüger. Cuando yo regresaba de mis viajes le daba cumplida cuenta de los bancos y lugares en los que lo había depositado, siempre con preferencia en cajas numeradas que podían ser abiertas sin tener que dar nombres.

Con el tiempo, ya pasado el verano, Himmler me entregó también importantes cantidades de oro, siempre en pequeños objetos, como monedas, anillos, pulseras o cadenas. Su origen parecía claro, aunque preferí no preguntarlo.

—Nuestras libras esterlinas son perfectas, Hans —me dijo la primera vez en la que me dio la bolsa llena de oro—, pero el oro es universal.

En el barracón 19 no sólo se falsificaban billetes de banco, sino que también veían la luz todo tipo de documentos, incluyendo pasaportes y cartas de identidad de muchos países, y que básicamente se utilizaban para facilitar

las coberturas adecuadas a quienes trabajaban infiltrados en ellos.

Bernhard Krüger colaboró con extraordinaria discreción en facilitarme diversos documentos que podían permitir a quien los presentara el asumir una nueva personalidad.

—Sólo hay que añadir la foto —me decía al entregármelos. Y generalmente me daba un sello de caucho con el que estampillarla indicándome el color de la tinta que había que utilizar—. No te olvides de devolverlo —añadía con una sonrisa.

Ahora soy yo quien sonrío al recordar que la mayor parte de esas falsas identidades que entonces creamos correspondían a nombres de ascendencia judía. Pensábamos que era el mejor salvoconducto para ser aceptados si Alemania era de nuevo derrotada. Correspondían casi siempre a personas reales cuyo origen podía ser rastreado, pero que llevaban tiempo fuera de sus lugares de origen y habían perdido por ello los lazos familiares o personales que pudieran poner al descubierto la falsedad de los antecedentes en el caso de una rigurosa investigación.

Y debo añadir que todas eran personas fallecidas en nuestros campos de concentración, de cuyos archivos recibíamos la información necesaria, incluyendo una fotografía en la que buscábamos también que el parecido fuera aceptable. Cada documento falso, una vez terminado, iba acompañado de un dossier que recogía todos los datos conocidos de la persona suplantada. Yo se los iba entregando a Himmler según salían del barracón 19 y él los guardaba sin hacer comentarios. La foto que había de figurar sobre ellos sólo la sabía el Reichsführer. Yo nunca pregunté y él jamás me dijo nada. No me avergüenza reconocer que yo me fui quedando con los que para mí mejor me parecieron. Finalmente fueron tres, aunque sólo llegaría a utilizar dos.

Más avanzado 1944, a mediados de julio, en una de mis regulares visitas a la Cancillería, habría de encontrarme con un Himmler que aún hoy, con la perspectiva que facilita el paso del tiempo, me resulta difícil de definir. El Reichsführer había sido siempre —o ésa era mi impresión tras muchos años de conocerlo— un hombre metódico, de decisiones calculadas y que nunca dejaba traslucir sus sentimientos más íntimos. Rara vez lo había yo visto emocionarse por algo y, en caso de hacerlo, siempre cuidaba de no dejar entrever a los demás un estado de ánimo ajeno a esa parquedad que lo caracterizaba y que —pienso— él mismo se había impuesto. Pero aquel día Himmler me recibió alborozado, algo que, dados los sucesos que me relató,

no parecía en exceso coherente. Entonces me dejé llevar por su euforia y lo hice de corazón, pero hoy pienso que lo que me contó fue sólo una prueba más del fin próximo del nazismo. Y especialmente grave por haberse gestado desde nuestras propias filas.

Claus von Stauffenberg, coronel de la Wehrmacht[60], atentó contra la vida del Führer el 20 de julio. Lo hizo durante una visita a la Wolfschanze, en Prusia, a la que acudió para asistir a una reunión del Estado Mayor presidida por Hitler. Depositó una cartera conteniendo una bomba con temporizador junto a la mesa en la que se habían desplegado los mapas y unos minutos antes de la hora programada abandonó la sala de reuniones. Pudo escuchar el estallido e inmediatamente abandonó la Wolfschanze, convencido de que Hitler y otros altos cargos de las SS y del ejército alemán habían muerto.

—Pero no fue así, Hans, no fue así. —La voz de Himmler sonaba emocionada al relatármelo—. El Führer salió ileso porque una vez más la lanza lo protegió. No hay otra explicación, porque la bomba estalló casi junto a él.

Como mínimo cuatro personas murieron en la explosión y todas las presentes resultaron heridas. A Hitler hubo que extirparle decenas de pequeñas astillas que se le habían clavado en las piernas y sus pantalones quedaron hechos jirones. Pero pocos más daños había sufrido el Führer, aunque una incipiente sordera que se le presentó meses después fue achacada a la explosión.

—¿Sabes, Hans, las palabras que constantemente repetía al salir de la sala de reuniones? «¡Soy inmortal!», decía. «¡Soy inmortal!».

El fallido intento de Von Stauffenberg preveía un inmediato golpe de Estado destinado a la toma del poder por parte de la oposición al Führer, pero el golpe, ante las noticias que llegaban de Rastenburg y una decidida reacción por parte del ministro de Información, Joseph Göbbels, no llegó a cuajar. Importantes mandos de la Wehrmacht estaban involucrados como se descubrió en poco tiempo.

Von Stauffenberg fue detenido y ejecutado sumariamente al día siguiente por orden del general Fromm, quien de ese modo pretendió alejar posibles sospechas sobre él, pues era uno de los implicados en el golpe. No consiguió su objetivo. Acabó siendo detenido y también fusilado meses después.

—Yo mismo pude haber estado ese día en la reunión —me comentó Himmler—, pero está claro que la lanza vela por quienes nos ocupamos de

ella. ¡El Tercer Reich es invencible!

En ningún momento, al menos aquel día, expresó el Reichsführer su preocupación por el golpe ni por las evidentes implicaciones que arrojaba sobre la debilidad de nuestro jefe supremo. Que una operación de tal envergadura y en la que tenían que estar involucradas personalidades del régimen hubiera estado a punto de lograr su objetivo no pareció preocuparle. Quizá en ese momento, recién cometido el atentado, no fuera consciente de las profundas ramificaciones que, por fuerza, los golpistas tenían que tener dentro del entramado nazi, aunque ello no fuera difícil de intuir. Junto a Claus von Stauffenberg, Fromm había mandado fusilar al general Olbricht, al coronel Albrecht Mertz von Quirnheim y al teniente ayudante de Von Stauffenberg, todos por su implicación en el fallido intento. Resultaba evidente que tenía que haber más gente al tanto de lo que se perpetraba. Se ha llegado a hablar de más de cinco mil personas involucradas, muchas de ellas ejecutadas sumariamente en los meses siguientes. No sé si el número fue tan elevado, pero sí sé que hubo nombres muy relevantes que colaboraron, como los generales Von Kluge y Von Stülpnagel, el conde Berthold von Stauffenberg, hermano de Claus, y el almirante Canaris. El mariscal Rommel, al que se supuso enterado del golpe, aunque no participara directamente, fue conminado al suicidio. Fue algo de lo que me enteré más adelante por boca del propio Himmler, que sentía una viva antipatía por el mariscal. Su muerte fue anunciada como el resultado de un derrame cerebral a consecuencia de las graves heridas que había recibido durante el ataque que sufrió su vehículo por cazas ingleses poco tiempo atrás.

Y Albrecht Haushofer, hijo de Klaus. El joven geopolítico había sido asesor de Hess y del propio Hitler en temas internacionales. Moriría fusilado pocos días antes del final de la guerra. Cuando me enteré de su implicación recordé las palabras de su padre durante el entreacto que hacía poco tiempo habíamos compartido en el concierto de nuestra orquesta estatal. «Hasta mi familia...» fue su frase inconclusa poco antes de despedirnos. Estábamos hablando del incierto destino de Alemania y ahora no me cabe duda de que el profesor conocía, o intuía, el profundo desacuerdo que su hijo sentía con la última etapa del nazismo. Y quizá a él le pasaba lo mismo.

Olvidando los íntimos momentos que altos jefes del partido, Hitler entre ellos, habían vivido con él, el anciano profesor fue objeto del desprecio y de la animadversión nazis. Fue encarcelado en Dachau, liberado al final de la

guerra y, finalmente, se suicidaría en 1946, a los setenta y siete años, cuando tampoco los vencedores mostraron piedad hacia él.

Ahora, al escribir estas líneas, me doy cuenta de lo terrible que fue el final de aquellos años, que una gran mayoría de alemanes pensábamos que iban a constituir el comienzo de una etapa gloriosa para nuestro país. Creo que entonces, avanzado 1944, aquella dolorosa sensación ya estaba latente en mí, aunque el ser humano siempre encuentre un razonamiento evasivo en el que ampararse.

Aquel intento de acabar con Hitler, y también con el nazismo, se gestó en las clases altas de la sociedad alemana. Basta con fijarse en los apellidos de los principales implicados. El Führer siempre despreció a la aristocracia, fundamentalmente porque nunca llegó a ser aceptado por ella. En consecuencia, se puede pensar que el sentimiento fue mutuo, aunque, con la llegada del nuevo régimen, tuvieran que necesitarse el uno y la otra.

—Esa gente nunca ha sido de fiar —me dijo un día Himmler poco después del atentado—. Se creen mejores que nadie y nunca han demostrado nada.

No me atreví a responderle que quizá ése era el peor de los defectos del pueblo alemán: el sentimiento de superioridad que nos caracterizaba y sobre el cual se había edificado el nazismo. Pero seguramente la respuesta ni se me ocurrió. Primero, por respeto; y, segundo, porque yo era entonces un producto más de las consignas del partido; aunque, como sin duda les sucediera a tantos alemanes en aquellos momentos, mi fe en él comenzara a resquebrajarse.

L

SAINT-GERMAIN-EN-LAYE, AÑO 2003

—**S**on casi las nueve y media, Jean. Tendríamos que parar para comer algo.

—Nicole había esperado un par de minutos hasta constatar que su novio había llegado al mismo final de capítulo que ella—. Aunque no sé si voy a poder. Tengo el estómago un poco encogido. ¿Te pasa a ti igual? —continuó la joven.

—Pues no sé. La verdad es que yo sí tengo hambre.

—Bah..., los hombres. No tenéis sentimientos. Estás asistiendo al final de una época, a las tremendas dudas y al sufrimiento de alguien que es ya casi de nuestra familia y te quedas tan fresco.

—Pero, Nicole, todo eso sucedió hace ya muchos años.

—Da igual. Para mí es como si fuera real. Venga, vamos a prepararnos algo —concluyó enfurruñada.

—Bueno, perdona —dijo Jean mientras la seguía hacia la cocina—. Yo también me pregunto qué va a ser de él. Pero no es algo que me quite el apetito. Por cierto, ¿cómo te lo imaginas?

—¿A Hans? —Jean asintió—. ¿El de entonces o el que escribió el manuscrito?

—El de entonces. Trato de ponerle cara, pero no lo consigo.

—Es lógico —dijo ella—. Nada en su manera de ser parece especialmente destacable, aunque todo lo que ha ido contándonos sea del todo consecuente con un comportamiento lógico... Y predecible. Un alemán típico.

—¿Alemán típico?

—Sí. Alemán de clase alta, respetuoso con sus orígenes, con su familia y con su país. Con un gran corazón. Y muy obediente con sus superiores. Me

habría gustado tenerlo como amigo.

—¿Rubio y de ojos azules?

Nicole se volvió hacia su novio y sonrió.

—Muy bien, he captado la ironía. Pues sí, rubio y de piel clara. Sin rasgos especialmente característicos. Y recuerda que eres tú el que ha preguntado.

—Y me alegro de haberlo hecho. Me ha gustado tu descripción.

—Pues es bastante difusa. Anda, corta el pan y prepara las bandejas. Te diré que también me está entrando hambre. Y tenemos que seguir leyendo.

LI

TERCER MANUSCRITO DE HANS HEINS

CAPÍTULO VIGESIMOCTAVO

Estaba ya avanzado el otoño de 1944 cuando, en uno de mis viajes fuera de Alemania para colocar en lugares seguros dinero y joyas — fundamentalmente oro—, decidí hacer una parada en un pequeño pueblo muy próximo a la capital francesa. El pueblo se llamaba y sigue llamándose Provins y ya entonces era conocido y visitado por su extraordinario patrimonio medieval. El motivo de mi visita fue el de entrevistarme con la familia Miller. Si quien ahora me lee tuvo en su poder la segunda parte de este manuscrito (confío en que así sea, porque si no algo se habrá torcido), recordará que en 1935 ayudé al joven Jakob Miller a salir del campo de internamiento de Dachau y facilité, a él y a su familia, el poder abandonar Alemania para viajar a Francia.

A partir del momento en que nuestro país vecino pasó a ser territorio ocupado, solicité información acerca de ellos y transmití a nuestros sucesivos jefes policiales en la zona el deseo de que no se les molestara. Es cierto que en Francia los judíos no sufrieron una masiva persecución por nuestra parte, pero siempre surgían casos en los que algunos de nuestros hombres decidían recordarles el desprecio que el nazismo sentía hacia ellos. Nunca quise que los Miller supieran de mi interés, pero cuando fui comprendiendo que Alemania se acercaba a una nueva derrota, egoístamente volví a acordarme de aquella familia y pensé que quizá se aproximara el momento en el que ellos pudieran ayudarme a mí.

—Nuestra deuda es inmensa. Espero que algún día podamos pagarla, aunque sólo sea en una pequeña parte. —Fueron las últimas palabras que me dirigió Jakob padre en el momento de subir al tren.

En mis viajes fuera de Alemania, yo y la escolta que me acompañaba íbamos vestidos de paisano y tratábamos de pasar desapercibidos, aunque ello no resultara fácil. Nos desplazábamos en automóviles potentes y nuestro aspecto era muy alemán. Los franceses siempre han tenido un olfato especial para reconocernos.

Entré en Provins pasado el mediodía. Fui solo, en uno de los dos automóviles con los que habíamos partido de Berlín. Durante los viajes no los limpiábamos y en pocos días conseguimos no llamar demasiado la atención. Aparqué en una plaza a la entrada del pueblo y seguí a pie. Conocía la dirección de los Miller y había estudiado un mapa para saber cómo llegar. Hacía una mañana fría, pero soleada, y el corto recorrido por el magnífico pueblo resultó muy agradable. Me acordé de Sophie y pensé en cuánto nos habría gustado a ambos hacer aquel paseo juntos.

Cuando me acerqué a casa de los Miller, traté de centrarme en lo que iba a decirles. Mi intención era saludarlos a todos, pero era con Jakob padre con quien deseaba hablar. Sentí un leve nerviosismo al ver, por el rótulo fijado en lo alto de la esquina, que había llegado a su calle. No sabía lo que podría resultar de aquella visita y ni siquiera estaba seguro de que fuera conveniente.

Tuve la gran suerte de que *Frau* Miller estaba en aquel momento en la calle, con un bolsón en la mano y charlando con otra mujer. Aunque habían transcurrido casi nueve años, la reconocí con facilidad. Incluso tuve la sensación de que el paso del tiempo no la había castigado. Ella giró la cabeza en mi dirección y luego continuó su conversación, pero de pronto enmudeció y volvió a mirarme. En su expresión pude distinguir asombro y una sombra de temor. Yo me había quedado quieto, a unos cuantos metros de distancia, pues no me decidía a abordarla en presencia de aquella otra persona. Le dirigí una sonrisa.

Vi cómo *Frau* Miller dirigía unas rápidas palabras a la otra mujer y luego venía hacia mí, no sin antes comprobar que su amiga no la seguía. Cuando estuvo a mi lado se quedó unos momentos indecisa, contemplándome, y finalmente me dijo en voz muy baja:

—¿Pasa algo malo, *Herr* Heins?

Lo dijo en alemán, mientras miraba a su alrededor cerciorándose de que nadie la había escuchado.

—Todo lo contrario —fue mi respuesta en francés—. Sólo pretendo visitarlos y comprobar que todo marcha bien. Estoy en París y he decidido

venir a verlos.

La mujer esbozó una sonrisa, en apariencia ya más sosegada, aunque estaba claro que el encuentro seguía produciéndole desazón.

—Bueno..., ya sabe, son malos momentos, pero no podemos quejarnos. Aquí la vida es bastante tranquila. Aunque quizá —continuó, ya en francés, tras unos instantes de incómodo silencio— a usted le interese hablar con Jakob, mi marido.

Asentí, devolviendo su sonrisa.

—Sería un placer. ¿Está en casa?

Ella me señaló un portón que daba a la calle, unos metros más abajo.

—Está en la tapicería. Ya sabe... Es su profesión.

Yo desconocía que Jakob hubiera retomado la que era la ocupación familiar y pensaba que trabajaba en la explotación agrícola que tenía el primo que los había acogido.

—¿Y Jakob, su hijo?

—Trabaja a medias con su padre y con su tío. Es un buen muchacho.

—No lo dudo.

—¿Sabe? Se ha casado. Y ya tiene un hijo. Jakob y yo somos abuelos.

—¿Otro Jakob? —pregunté yo.

—Sí —respondió sonriendo y ya más distendida—. Y todo gracias a usted. Que Dios le bendiga.

Yo no supe qué contestar. Tomé una de sus manos entre las mías y la besé.

—Me alegro tanto, *Frau* Miller. Espero volver a verla. Gracias.

Ella se quedó mirándome mientras yo caminaba calle abajo en dirección al lugar que me había señalado. Luego dio media vuelta y penetró en la casa.

La tapicería de Jakob Miller tenía una amplia entrada, flanqueada por dos portones de madera que se encontraban abiertos. Me asomé al interior, que estaba iluminado por bombillas encendidas, pues a pesar de que el hueco que daba a la calle era grande y permitía la entrada de la luz, el lugar era oscuro ya que carecía de ventanas. En tiempos había servido como lugar de almacenaje.

El hombre me daba la espalda, inclinado sobre unas telas que estaba cortando.

—Señor Miller... Jakob —dije yo en francés.

Se volvió con curiosidad, que pronto se trocó en asombro, pero su mirada no demostró temor.

—*Herr Heins...* ¡Qué sorpresa! ¡Y también qué alegría! —Había dicho *Herr* en alemán, aunque en voz baja, para luego proseguir también en francés. Dejó la gran tijera sobre la mesa y se acercó a mí con las manos extendidas.

—Jakob, estaba en París y he decidido visitarles. Ya me he encontrado con su mujer y me ha dicho que son abuelos.

—¡Oh, sí! —La cara del hombre resplandeció—. Es un niño muy guapo.

Los dos permanecemos unos momentos en silencio.

—Me gustaría que habláramos —dije yo—. Saber de ustedes, de su vida en Francia...

Jakob se quitó un mandil que llevaba y lo colgó en un perchero próximo a la puerta.

—Vamos. Hay una taberna aquí cerca y es buena hora para tomar una cerveza.

Íntimamente agradecí su disposición y lo fácil que estaba resultando nuestro encuentro. Quizá él ya intuía que mi visita no era de pura cortesía y que en esta ocasión era yo el que podría necesitar ayuda.

Mientras caminábamos por el pueblo no pude evitar una íntima sonrisa. ¡Un coronel nazi estudiando, nervioso, la manera de abordar a un anónimo judío!

Releo estas últimas líneas que he escrito y me asombro del detalle con el que he relatado aquel encuentro. Todo lo que sucedió aquella mañana sigue muy vivo en mi memoria, seguramente porque fue algo que se apartaba de la monotonía de mi día a día. Pero sobre todo porque fue el inicio de mi segunda vida.

Estuvimos poco tiempo en la taberna, pues aunque a aquella hora no había mucha gente, lo que yo tenía que decirle a Jakob era muy personal.

Paseamos por el pueblo, con calma, mientras yo hablaba y él escuchaba, aunque al final, cuando nos acercábamos nuevamente a su casa, fue él quien tomó la palabra.

—Yo también creo que esta guerra llega a su fin. Y no puede imaginar cuánto lo deseo y con qué fuerza se lo pido a Dios. Y no tengo que decirle, aunque sea alemán como usted, que rezo por la derrota de mi país y por la desaparición del nazismo. —En aquel momento no pareció preocuparle el hecho de que yo fuera un coronel al servicio de lo que tanto odiaba. Se detuvo y me miró a los ojos—. Pero usted es algo aparte —continuó—. Mi

familia y yo haremos cuanto esté en nuestra mano para devolverle lo que hizo por nosotros. Si no lo hiciéramos así, Dios no nos perdonaría.

—Veo que cree usted en Dios, amigo mío.

Seguíamos parados en la acera, recibiendo el sol de mediodía.

—*Herr Heins* —me respondió con una media sonrisa—, ¿qué nos quedaría a los judíos si no tuviéramos fe en nuestro Dios?

—Le envidio por ello, créame, Jakob. Le envidio por ello.

Una vez en la tapicería, saqué de los bolsillos de mi abrigo dos sobres no muy grandes, pero sí gruesos.

—Son francos franceses, Jakob. Una suma respetable. No quiero que piense que son una muestra de mi futuro agradecimiento ni un regalo que les traigo desde nuestro país. En absoluto. Le diré, egoístamente, que pienso también en mí cuando le pido que los tome. Quizá, si volvemos a vernos pasado un tiempo, necesitaré una parte. Si no fuera así, considérelos suyos y disponga de ellos como le plazca. Puede que a su nieto le abran un camino hacia una vida mejor.

Jakob pareció dudar por unos momentos. Luego tomó los sobres y asintió.

—Confío en que volvamos a vernos —dijo—. En un mundo mejor en el que los dos tengamos cabida.

Me despedí y emprendí el camino de regreso. Lo hice despacio, recreando mi encuentro con Jakob y añorando de nuevo a Sophie.

Y ahora, mientras escribo estas líneas, pienso: ¿cómo habría discurrido mi vida si ella no hubiera muerto?

* * *

Las Navidades de 1944 fueron las últimas que pasé en Alemania. Nos reunimos en casa de mis padres el día de Nochebuena, los tres solos, pues mi hermana y su marido no vinieron. Fue una velada melancólica, en la que ni siquiera el intercambio de regalos consiguió alegrarnos. Mi padre hacía tiempo que vivía encerrado en un mundo aparte, cada vez más alejado del nuestro, al que sólo mi madre le unía.

Yo había llevado desde Berlín medio cordero lechal ya precocinado y abundante salmón y bacalao del norte. No eran productos fáciles de conseguir en Alemania en aquellos momentos. Mi madre se ocupó de darle a todo ello el toque final.

—Llevo desde esta mañana preparando las salsas —comentó sonriente.

Lo que más me alegró fue ver que mi padre disfrutaba con aquella cena. Creo que los tres lo hicimos.

Después mi madre y yo tocamos el violín. Bueno, ella tocó y yo acompañé como pude. En los últimos años casi no había practicado, aunque me satisfizo comprobar que mis dedos no se equivocaron demasiado.

Poco antes de medianoche, ella descolgó un calendario de esos que tienen muchas ventanitas de cartón numeradas con los días del mes de diciembre y que se van abriendo conforme pasan, hasta llegar al veinticinco. Debajo iban surgiendo diversos motivos navideños.

—Toma, abre tú el último, como cuando eras pequeño.

Recuerdo que aquel calendario representaba un paisaje nevado con una granja y diversos motivos en los que se abrían las distintas ventanas. La única que permanecía cerrada, la del día veinticinco, era doble y mayor que las demás. Formaba lo que era la puerta de entrada a la granja. La abrí y debajo estaba, como no podía ser menos, un Niño Jesús en su cama de paja. Me emocioné.

* * *

Comenzó 1945. Pienso que aquel fin de año fue el más triste que hemos pasado los alemanes. Quizá al término de la Gran Guerra sucedió algo parecido, pero yo era entonces demasiado joven como para preocuparme por nada. Si la sensación de una nueva derrota era ya imparable en el ejército y en el partido, no me cabe duda de que lo mismo sucedía en el castigado pueblo alemán, por mucho que la propaganda orquestada por Göbbels anunciara lo contrario.

Yo seguí con mi trabajo, soportando el intenso frío de aquel invierno en el norte de Alemania. Continuaba viajando con cierta regularidad entre Berlín y Múnich, aunque a partir de mis frecuentes entrevistas con Himmler, la conclusión obvia era la de que el Reichsführer empezaba a preocuparse más por su propio futuro que por el más que dudoso porvenir del nacionalsocialismo. En su favor debo decir que en ningún momento, sin embargo, abandonó alguna de sus obligaciones ni dejó de ser el trabajador incansable que todos conocíamos.

Cuando el tiempo mejoró, retomé mis viajes fuera de Alemania para seguir

colocando dinero y oro en los países próximos. España fue, en aquel tramo final, mi destino principal. Hacía seis años que había concluido su guerra civil y la nación se recuperaba con lentitud. Aunque en lo militar no llegó a integrarse en el Eje, sus simpatías estaban con nosotros y, lo más importante, sus bancos no discutían el origen del dinero que les llegaba.

La gran novedad fue que introduje en España una importante cantidad de dólares americanos, muchos auténticos, pero la gran mayoría fabricados en las prensas de Sachsenhausen.

El proyecto de fabricar dólares se lo propuse yo a Himmler pasado el verano de 1944, aunque no hiciera sino transmitirle la idea de Bernhard Krüger.

—Hans —me dijo éste un día—, sería bueno diversificar nuestra producción. El dólar es ahora una moneda más segura que la libra y fácil de falsificar. Podríamos intentarlo.

Más adelante, y relajados mientras tomábamos unas cervezas, no me ocultó que su propuesta escondía un doble propósito.

—Me preocupa mi gente, Hans. Les he prometido mucho y ellos no me han fallado. No quiero ser yo el que lo haga ahora. Si iniciamos un nuevo proyecto, estoy alargando sus expectativas. Ganando tiempo, tú me entiendes. Si llegara de repente la orden de desmantelar nuestra pequeña fábrica, su suerte estaría echada. Nadie quiere testigos incómodos. Pero si ponemos en marcha la falsificación de dólares, y los hacemos perfectos, el barracón 19 de Sachsenhausen seguirá adelante. Y quién sabe hasta cuándo.

Ya he relatado que uno de los reclusos, Solomon Smolianoff, había sido falsificador de papel moneda, concretamente de dólares americanos. Imprimía billetes de alta denominación partiendo de los de un dólar.

—Estos americanos son tontos —era el comentario de Smolianoff que me transmitió Krüger—. A nadie se le ocurre hacer todos los billetes del mismo tamaño. Basta con lavar la impresión de los pequeños para poder convertirlos en grandes.

En Sachsenhausen se fabricaron dólares por el doble sistema: con billetes de dólar lavados y con otros impresos sobre papel moneda falsificado que nos facilitaba la factoría Hahnemühle.

Al principio, el problema con los de papel auténtico fue que, después de lavados, dejaban una luminiscencia bajo la luz ultravioleta, pero ciertos procesos químicos consiguieron eliminarla casi del todo. Llegamos a fabricar

billetes prácticamente perfectos.

Y de ellos, por orden de Himmler, fui haciendo un buen acopio, aunque la producción de los billetes americanos fue muy reducida.

—Repártelos en bancos, Hans. En cuentas numeradas o en cajas de seguridad. Aunque ganemos la guerra, necesitaremos dinero en una moneda fuerte fuera de Alemania.

Resultaba evidente que si éramos los vencedores, no tendríamos problemas. Pero asentí, en apariencia convencido.

Así como de las libras esterlinas falsas se había hecho buen uso, los dólares no llegaron a pasar de nuestras fronteras. Alemania se encontraba cada vez más debilitada, nuestros agentes en el extranjero habían disminuido considerablemente y la Luftwaffe, que podría encargarse de darles salida, era ya tan sólo testimonial.

En comparación con la producción de libras esterlinas, la de dólares americanos fue, como ya he dicho, escasa en Sachsenhausen. Hubo problemas con la fabricación del papel y de las tintas necesarias para su impresión. Durante el periodo de guerra no llegaron a circular, lo que los hizo aún más interesantes para nosotros, ya que nadie, fuera de un entorno muy reducido, sabía de su existencia.

Una parte de los dólares pasó por mis manos, con destino a los países próximos; la otra, más importante, quedó en poder de Himmler, imagino que para viajar a lugares como Argentina, fundamentalmente, donde había una buena relación con el peronismo, y también hacia otras naciones del hemisferio sur.

Yo nunca oí hablar de ODESSA[61] en aquel tiempo, pero doy por hecho que sus cimientos ya existían y que agentes de nuestra organización trabajaban en países «no enemigos» para crear la red que serviría de ayuda a aquellos de nosotros que pudieran necesitarla.

Y, finalmente, pienso que Bernhard Krüger se hizo también con una pequeña fortuna en billetes ingleses y americanos. Habría sido una estupidez no hacerlo y Bernhard no era ningún estúpido. La producción diaria pasaba por su oficina y sólo él era el encargado de darle salida.

En febrero de 1945 comenzó a correr entre los reclusos el rumor de que los barracones que ocupaban iban a ser desmantelados y todo el conjunto de hombres y maquinaria trasladado a otro lugar en el que seguiría la producción. La orden de que así fuera era cierta, y tengo el convencimiento

de que fue el propio Krüger quien la extendió entre los presos. Y quizá resultara acertado el que la noticia les llegara con algo de tiempo para poder hacerse a ella. Encontrarse de un día para otro con la noticia del cierre les habría llevado a pensar que no sólo su trabajo, sino también sus vidas llegaban a su fin.

Bernhard siempre procuró hacer partícipes a los trabajadores de cuáles eran los planes inmediatos. Quería tener su confianza y estoy convencido de que lo logró. Fue uno de sus méritos.

A mediados de marzo llegó la orden de desalojar el campo y trasladar hombres y maquinaria hacia un nuevo destino. La noche previa a la salida, Bernhard y yo nos encerramos en su despacho, sabedores de que, con una alta probabilidad, jamás volveríamos a vernos. Bebimos algo más de la cuenta y era casi medianoche cuando por fin nos fuimos a dormir.

—Nos ha tocado vivir una época convulsa, Hans —me dijo cuando ya nos levantábamos—. Y los dos hemos sido protagonistas de ella. No es la que yo imaginaba cuando era joven, pero no nos han dejado elegir —añadió con una sonrisa dando un último sorbo a su copa—. De lo que no podemos quejarnos es de que haya resultado aburrida.

—Se escribirá mucho sobre ella —asentí yo.

—Sí, aunque ya sabes que la historia la escriben los vencedores. —Levantó la copa a modo de brindis antes de dejarla sobre la mesa—. Hans, hemos llegado a conocernos bien y pienso que nuestro aprecio es mutuo —continuó mientras mantenía la mano sobre el picaporte, pero sin abrir la puerta—. He pasado muchos meses en este campo, sin casi ver a nadie que no perteneciera a él. Te agradezco de verdad tu amistad porque me lo ha hecho más llevadero. Te deseo lo mejor.

Nos dimos un abrazo y luego permanecimos unos instantes mirándonos, como si cada uno quisiera adivinar los pensamientos del otro.

Jamás volví a ver a Bernhard Krüger. Un coche me esperaba para llevarme a Berlín, pues la puesta en marcha del traslado estaba prevista para el día siguiente temprano y a mí no me apetecía estar presente. Nunca me ha gustado ser testigo del final de algo de lo que he formado parte. Es en esos momentos cuando nos damos cuenta de que la vida pasa y de que no hay marcha atrás. O yo lo siento así. Y me produce una gran desazón.

Sí supe, con el tiempo, que la producción de billetes falsos nunca se reanudó. El equipo pasó por el campo de Mauthausen y por el de Schlier y,

finalmente, tal como temía Krüger, la orden de eliminar a todos los trabajadores del barracón 19 llegó por fin a finales de abril.

La decisión, por fortuna, no pudo llevarse a cabo dada la proximidad de las tropas enemigas. Quizá Bernhard tuvo algo que ver. No lo sé. Grandes cajones con los billetes falsos que habían sido trasladados desde Sachsenhausen fueron arrojados, junto con documentación secreta, al lago Toplitz, en los Alpes austriacos, por un escuadrón de las SS. Allí la Armada alemana había realizado pruebas de armamento naval y de torpedos para los submarinos. Se dice que durante un tiempo, una vez finalizada la guerra, pudieron pescarse en el lago billetes de cinco libras.

Bernhard Krüger fue detenido por los ingleses al finalizar la guerra. Unos años después fue declarado inocente y puesto en libertad. Los testimonios de los hombres cuyas vidas ayudó a salvar resultaron decisivos. Me hizo gracia leer que había pasado a trabajar en la factoría Hahnemühle, la misma que le surtió de papel mientras duró la operación que llevó su nombre.

LII

TERCER MANUSCRITO DE HANS HEINS

CAPÍTULO VIGESIMONOVENO

Hitler se suicidó el 30 de abril. La guerra estaba perdida y no existía duda sobre el alcance de la clemencia que los enemigos podrían albergar hacia el nacionalsocialismo. Aunque no pienso que fuera ése el motivo último que le llevó a poner fin a su vida y a la de Eva Braun. Simplemente le repugnaba un mundo en el que no fuera él quien marcara las pautas.

El día antes, había dado Himmler la orden de demoler el castillo de Wewelsburg. Quizá aquella decisión fuera el detonante de la muerte del Führer, pues se cumplía una vez más la maldición de la lanza: aquél que, siendo su dueño, perdía el control sobre ella, moría en un plazo muy breve.

La destrucción del castillo fue tan sólo parcial. El comando, bajo las órdenes del Sturmbannführer^[62] Heinz Macher, no contaba con los explosivos suficientes ni podía demorarse, pues las tropas norteamericanas se hallaban ya muy próximas. Volaron parte de una de las dos torres situadas al sur y permitieron que el incendio se extendiera por el castillo, aunque no llegó a causar daños irreparables. Tan sólo un año antes Himmler me había mostrado el plano de su proyecto para la zona que rodeaba Wewelsburg. La imagen de una lanza que conformaban las construcciones, con la punta en la torre norte del castillo, no dejaba lugar a dudas sobre las intenciones del Reichsführer al encargar el diseño.

—Tengo grandes planes para Wewelsburg —me dijo entonces—. Y tú formas parte de ellos. La lanza nos hará invencibles.

Luego bromeamos sobre un campo de fútbol que los arquitectos habían situado al este del castillo.

—Los alemanes siempre hemos destacado cuando formamos un equipo —

comentó sonriente—. Por eso jugamos muy bien al fútbol.

Himmler nunca llegó a conocer el fracaso de otro intento de matar a Hitler. Fue urdido por el general Von Tresckow y su ayudante Von Schlabrendorff en 1943, cuando se las ingeniaron para introducir una bomba en el avión que había de llevar a su objetivo desde Smolensk a Rastenburg. Ambos estarían también posteriormente implicados en el fallido intento que Claus von Stauffenberg llevó a cabo en julio de 1944 cuando colocó una bomba en la Wolfschanze. Ya he relatado que entonces Himmler se mostró exultante, convencido de que la lanza sagrada cuidaba de la vida del Führer. La fracasada tentativa de provocar la explosión del avión en pleno vuelo no habría hecho sino cimentar aún más su convencimiento.

Los conspiradores habían conseguido que el coronel Brandt, que viajaba con Hitler, aceptara llevar un regalo para otro militar alemán, el coronel Stieff. En teoría se trataba de dos botellas de licor, pero lo que la caja contenía era un explosivo de considerable potencia.

Se piensa que un detonador defectuoso o el intenso frío que hizo en el avión, al que se le averió el sistema de calefacción, impidieron la explosión. Himmler no habría vacilado al diagnosticar la verdadera razón. Y tengo que confesar que a mí también me embarga un fuerte sentimiento de duda. No en vano había sido testigo de situaciones inexplicables relacionadas con ese pequeño objeto de metal.

De aquel intento no se supo hasta bastante después de finalizada la guerra, cuando Von Schlabrendorff, que salvó milagrosamente su vida tras los juicios que siguieron al atentado de 1944, lo dio a conocer.

También milagrosamente, Von Tresckow consiguió recuperar la caja dos días después, antes de que hubiera sido abierta.

* * *

La última vez que vi a Himmler fue el 3 de mayo. Tras la muerte de Hitler el almirante Dönitz había asumido la jefatura del Reich, tal como el Führer había decretado poco antes de su suicidio.

—Voy a viajar a Flensburg para entrevistarme con el almirante. El partido y las SS no pueden quedar fuera del nuevo gobierno. Colaboraré en pactar con nuestros enemigos una paz honrosa para Alemania.

Sentí verdadera pena, pues comprendí que aquel hombre había perdido por

completo todo sentido de la realidad y que se resistía a aceptar el futuro que le esperaba si caía en manos de quienes, una vez más, habían derrotado a Alemania. Había trascendido su intento, a través de Cruz Roja, de ponerse en contacto con el Alto Mando americano y pactar con Eisenhower nuestra rendición. Se supo después que, en el nuevo orden, su pretensión era la de conservar el control de la policía en nuestro territorio. No sólo Eisenhower negó la menor posibilidad de llevar a cabo cualquier trato, sino que declaró expresamente que Himmler era un criminal de guerra y que su arresto era un objetivo prioritario de las fuerzas aliadas.

Su intento de traición fue también conocido por Hitler, quien lo repudió y ordenó su muerte. Como venganza, y pocos días antes de suicidarse, el Führer mandó ejecutar a Hermann Fegelein, su contacto con Himmler en el búnker de Berlín. Fegelein, que esperaba un hijo, estaba casado con una hermana de Eva Braun, la amante de Hitler.

Evidentemente, yo no tuve conocimiento directo de todos estos detalles, que se supieron pasado un tiempo, y no puedo dar constancia de su exactitud. Los relato porque, dado el estado de abatimiento que reinaba entre los jefes del partido, bien pudieron ser ciertos y, en todo caso, no son ajenos a la idiosincrasia y la manera de actuar del que durante tantos años fuera nuestro jefe supremo.

Aquel 3 de mayo no quise escenificar mi despedida en el despacho del Reichsführer. Él iba a partir pronto hacia Flensburg, pequeña ciudad situada junto a la frontera con Dinamarca, y yo ya tenía decidido abandonar Alemania. Pero no se lo dije.

No había sido una decisión fácil, pero se había abierto camino en mí con la fuerza que confiere la lógica. No estaba dispuesto a ponerme en manos del ejército aliado como un chivo expiatorio y tener que pagar por delitos que no había cometido. Ciertamente pertenecía a las SS, que era uno de sus oficiales de alto rango y que intervine en asuntos que debían permanecer en secreto. Pero en modo alguno me consideraba un criminal y pensaba que había cumplido honradamente con mi deber.

Aunque quizá cayera entonces en ese defecto tan humano que es el de no ser capaz de juzgarse a uno mismo.

Una semana antes había viajado a Múnich, en la que sería mi última visita a la ciudad que me vio nacer. Fue una estancia breve y doblemente triste. Primero porque los bombardeos de la aviación aliada la habían marcado con

heridas que me dolieron como si fueran propias, y segundo porque vi a mis padres por última vez. Y yo sabía que no podría haber más encuentros.

Se lo dije a mi madre tratando de quitarle importancia, pero ella siempre había intuido la verdad que se escondía bajo los intentos de hacerla parecer distinta y me interrumpió antes de que pudiera finalizar mi torpe alegato.

—Tienes que irte, Hans —me dijo—. Tú lo sabes y yo lo sé, pero no se lo digas a tu padre. Él vive en el pasado y parece que no presta atención a lo que sucede, pero lo hace y le duele profundamente. Tu hermana Hildegard está pendiente de nosotros —continuó—. Me telefonea con frecuencia y está dispuesta a llevarnos a vivir con ella, a Hannover, de modo que no te preocupes. Aunque mientras pueda permaneceremos en Múnich. Para tu padre es importante. Y a mí también me costaría acostumbrarme.

Le prometí que siempre sabrían de mí, aunque, evidentemente, no podría permitir que alguien me localizase.

—Para ti me llamaré Nachtigal[63] —le dije—. Y cada vez que me oigas cantar sabrás que soy yo y que sigo con vosotros.

* * *

A lo largo de las dos primeras semanas de mayo las tropas alemanas fueron rindiéndose incondicionalmente en los distintos frentes. Yo aún pude viajar a través de mi país sin encontrarme con problemas. Lo hice como alto oficial de las SS, pero cuando crucé la frontera con Francia, Hans Heins había dejado de existir. Me vestí con ropas usadas de civil y pasé a llamarme Karl Meyer, nombre que figuraba en los documentos que llevaba en el bolsillo de mi vieja chaqueta.

Mi nueva personalidad había sido cuidadosamente preparada, aprovechando las facilidades que el barracón 19 de Sachsenhausen me ofrecía. Elegí entonces convertirme en alguien difícil de rastrear, que hubiera pasado los últimos años desarraigado de su población y de su familia y que, incluso, tuviera un cierto parecido físico conmigo. Y que hubiera muerto sin que existiera una constancia de ello.

No había elegido convertirme en un judío, ya que ni estaba circuncidado ni conocía poco más que los rudimentos de su religión. Pasé a ser un ciudadano alemán, con apellido de posible origen judío, aunque ya no fuera practicante, y que, desde su lugar de origen, en un pequeño pueblo próximo a la frontera

francesa, había buscado trabajo en Múnich. Allí conocí a Jakob Miller, con quien había trabado una buena amistad, y trabajé en una fábrica de productos químicos próxima a la ciudad. La fábrica había cerrado a principios de 1945.

Todo era cierto en la historia del auténtico Karl Meyer, excepto su amistad con la familia Miller. Pero ello era algo que Jakob estaba dispuesto a confirmar si llegaba el momento, según acordamos en la visita que realicé a Provins meses atrás. Pensé, creo que con buen criterio, que no existiría mejor salvoconducto tras la victoria aliada que el reconocimiento de un judío expulsado de Alemania y cuyo hijo había estado en un campo de concentración.

Lo que yo me había ocupado de hacer desaparecer de los archivos de Sachsenhausen fue que, a mediados de 1943, Karl Meyer había sido detenido por motivos políticos y enviado al campo de internamiento, donde murió de disentería un tiempo después.

Con seguridad aquel hombre había formado parte de los escuadrones de trabajo que, en alguna ocasión, a mi llegada o salida del campo, yo me detenía a observar. Había visto a Karl sin verlo y sin saber que en poco tiempo pasaría a convertirme en él. Ya he comentado que contemplar a los reclusos atravesar el portón de entrada, marcando el paso en un silencio sólo roto por las órdenes de los SS a su cargo, era algo que sigo conservando con nitidez en mi memoria.

Llegué a Provins a bordo de un carromato que me había recogido en la carretera que, ya próxima y desde el sur, llevaba al pueblo. Hasta allí me había llevado un camión que transportaba alimentos a París. Recuerdo que todas las personas que traté en aquel viaje fueron muy amables y se hallaban visiblemente contentas. El fin de la guerra había despertado en ellas no sólo una palpable felicidad, sino también un contagioso amor hacia su prójimo.

Tengo por cierto que la placidez de mi traslado fue no sólo debida a la suerte, sino también a aquel peculiar estado de ánimo de la población. Los problemas parecían haber quedado por fin atrás y nadie quería ser el causante de uno nuevo. Por un tiempo pareció que la humanidad, por fin, se había convertido en una única hermandad. La *Oda a la alegría*, de Schiller, se había hecho realidad. Fue por poco tiempo, pero resultó gratificante mientras duró.

Una vez en Provins, me bajé del carromato a la entrada del pueblo y recorrí el mismo camino que ya me era familiar desde mi anterior visita. Entonces

era otoño y ahora primavera, pero no noté diferencia y me sentí a gusto. Es cierto que se veía a más gente por las calles y que el ambiente tenía mucho de festivo a pesar de ser un día laborable.

Esta vez no me encontré con la señora Miller hablando con una vecina a la entrada de su casa, pero vi, un poco más abajo, que las puertas de la tapicería de Jakob permanecían abiertas, como aquel día.

Llegué a ellas nervioso, sin saber lo que iba a encontrar ni lo que iba a decir. Las luces del interior estaban, como entonces, encendidas, y pude ver a Jakob trajinando alrededor de una mesa, de espaldas a mí.

—Jakob —le dije desde la entrada—, el pueblo está hoy de celebración; quizá no tendrías que estar trabajando. Podríamos ir a tomar una cerveza.

Pienso que reconoció mi voz, pues se dio la vuelta despacio, con una incipiente sonrisa en su cara que se amplió cuando nuestras miradas se encontraron.

—Bienvenido, Karl Meyer —dijo—, ¿qué tal el viaje?

—Tranquilo —respondí yo sonriendo.

LIII

TERCER MANUSCRITO DE HANS HEINS

CAPÍTULO TRIGÉSIMO

Permanecí en Provins poco más de año y medio. Fueron unos meses que rememoro con nostalgia: transcurrieron lentos y sin sobresaltos —excepto por el hecho que pronto voy a relatar— y me trajeron una paz que ya no esperaba.

Yo había llegado al pueblo francés en soledad, dejando atrás para siempre a mi familia, mi patria y todo aquello que me había rodeado durante tantos años. Me enfrentaba, además, a mi nueva vida como un proscrito, ocultando lo que era y con el temor, siempre latente, de ser descubierto. Yo trataba de que mi ánimo no decayera y de enfrentar todo ello con entereza, pero no es necesario explicar que mi espíritu estaba próximo a quebrarse.

Si no tardé mucho en poder superar todo ello, fue gracias, exclusivamente, a una persona extraordinaria: Jakob Miller. Me dio infinitamente más que lo que yo pude, en su momento, haber hecho por él.

Mi incipiente amistad se convirtió, en poco tiempo, en fraternal. Él era la única persona a la que yo podía hablar sin disimulos y era también el único lazo con mis más de cuarenta años de vida. Aparte de mis recuerdos, claro está. Y él lo comprendió y estuvo, durante aquellos primeros días, constantemente a mi lado.

Acostumbrado yo a convivir con personas para las que el día siguiente siempre se anunciaba importante, y que apenas eran capaces de prestar unos segundos para detenerse a contemplar cómo pasaba su vida, Jakob me abrió los ojos a otra manera de ver la realidad. Y tengo que decir que me pareció mucho más sabia. Las preocupaciones de aquel hombre eran su familia, sus amigos y, al final de cada jornada, poder acostarse sabiendo que había

cumplido con su trabajo y que había honrado a su Dios.

—Y te confesaré, Karl, que uno de los grandes momentos de cada día es cuando, al atardecer, nos sentamos tú y yo en la taberna a beber una cerveza y a jugar nuestra partida de dominó. Y hablamos. Es una gran suerte poder tenerte entre nosotros —me dijo en una ocasión.

Ése era Jakob Miller. Jamás me admitió una sola palabra de agradecimiento y, cuando yo lo insinuaba, se refería a la inmensa deuda que él y su familia habían adquirido conmigo. Aprendí de él a vivir más despacio, a distinguir pequeños detalles que antes me pasaban desapercibidos y a apreciar la amistad como algo mucho más profundo que una relación de conveniencia. Los ciudadanos de Provins nos saludaban amables cuando nos cruzábamos con ellos en nuestros largos paseos y pienso que llegamos a formar parte de su vida cotidiana del mismo modo que a nosotros nos complacía encontrarnos con ellos y poder devolverles el saludo.

Mi nombre Hans jamás volvió a ser pronunciado y me acostumbré a ser Karl.

Trabajaba a caballo entre la pequeña explotación agrícola del primo de Jakob, de nombre Samuel, y el taller de tapicería de los Miller, en donde pronto aprendí a usar la tijera y la gruesa aguja de coser.

Mis oxidados conocimientos sobre agricultura fueron bien recibidos por Samuel, a quien le dije que en mi pueblo había trabajado en una productora agrícola. Me pagaba con alimentos que yo llevaba a casa de los Miller. Y Jakob me pagaba —fue el acuerdo al que llegamos tras una divertida discusión— con el alojamiento que me facilitó.

Aunque me ofreció hacerme un hueco en su pequeña casa, yo le propuse, y él lo aceptó, colocar una pequeña cama plegable en la parte de atrás del taller, que disponía de unas pequeñas pero suficientes instalaciones sanitarias. Fue la mejor solución para todos.

Yo procuraba permanecer ajeno al aluvión de noticias que cada día traían la prensa y la radio. Relataban el hundimiento de Alemania y del partido nazi y no me agradaba escucharlas. Surgían héroes, desconocidos hasta entonces, que narraban cómo con su empeño y abnegación habían frenado el avance de los pérfidos alemanes ayudando al triunfo final. Nada que no pudiera esperarse y que, además, estaba acorde con lo que los alemanes pensábamos de la manera de ser de los franceses. «Estás en Francia y tienes que aceptarlo —me decía a mí mismo—; has perdido la guerra, pero piensa que sigues vivo

y en libertad».

Jakob eludía cualquier referencia a nuestra derrota y, por el contrario, me hablaba de la Alemania feliz que los dos habíamos conocido y del tiempo en que sirvió como ayudante militar de mi padre. Anécdotas de aquella época, para mí desconocidas, que me hicieron sonreír. Descubrí que Jakob admiraba a mi padre, al que describía como un militar seco y austero, pero dueño de un gran corazón, siempre pendiente de los soldados que se hallaban bajo su mando.

Jakob era trece años mayor que yo. Había nacido en 1892 y, cuando comenzó la Gran Guerra, contaba con veintidós. No dudó entonces en alistarse para servir a su país, porque, me dijo, ésa era su obligación.

—Y he recibido mi premio. No ganamos la guerra, pero conocí a tu padre y más adelante él y tú salvasteis a mi hijo. Y ahora tengo un nieto que lleva mi nombre.

* * *

El anuncio de la muerte de Himmler me cogió por sorpresa y, aunque me convencí de que había sido lo mejor para él, no pude evitar entristecerme. Habían sido muchos los años de convivencia.

Las primeras noticias fueron confusas, pero conseguí hacerme una idea de lo que había ocurrido.

Su intento de convencer a Dönitz de que lo incluyera en la propuesta de un nuevo orden para nuestra Alemania derrotada fue, como era de esperar, baldío. Tras la entrevista, Himmler había seguido viaje hacia el sur, en teoría de regreso a Múnich, aunque nunca sabremos cuál era su destino. El hecho de que hubiera adoptado una identidad falsa más bien parece indicar que había decidido desaparecer, lo cual era, además, lo más sensato. Pero ya he dicho que el Reichsführer, en los momentos finales de la guerra, no parecía razonar con claridad.

Fue detenido en un punto de vigilancia controlado por los británicos a la salida del puente que cruzaba el río Oste, en un lugar próximo a Bremervörde, en el norte de nuestro país. En ese momento iba acompañado por dos personas, que pasados unos años se supo que eran sus ayudantes Heinz Macher y Werner Grothmann, mayor y teniente primero, respectivamente, de las SS. Los tres llevaban papeles que los identificaban

como policías alemanes, en ese momento sin funciones, como es evidente.

Se ha dicho que fue precisamente lo impecable de su documentación lo que hizo sospechar a los británicos y que también influyó la actitud prepotente de los tres hombres. Tampoco se sabrá. El hecho es que fueron detenidos y conducidos al campo de prisioneros de Barnstedt, próximo a la ciudad de Luneburgo. Allí Himmler acabó por revelar su verdadera identidad y exigió ser llevado ante el general Eisenhower, con quien pretendió entrevistarse. Adonde lo trasladaron fue al cuartel general británico en la zona, en la ciudad de Luneburgo. Ha trascendido que le invitaron a vestirse con indumentaria del ejército británico ya que sus ropas habían sido confiscadas. Himmler se negó e hizo el viaje envuelto en una manta militar. Era el 23 de mayo de 1945.

Una vez allí un médico lo inspeccionó, ya que se sabía que los altos dirigentes nazis solían esconder en sus bocas cápsulas de cianuro, y no encontró nada. Himmler insistió en su pretensión de entrevistarse con el Alto Mando aliado y, ante su insistencia y la seguridad que el hombre demostraba, el coronel Murphy, oficial al mando, pidió al doctor que examinara nuevamente al detenido. Esta vez el médico vislumbró la cápsula de cianuro, pero Himmler, al ser consciente de ello, mordió la mano del hombre y a continuación reventó el envase de cristal.

Los intentos de evitar la acción del veneno, metiéndole repetidamente la cabeza en un cubo con agua para obligarle a ingerirla, fueron inútiles. Himmler había muerto.

El que había sido uno de los hombres más poderosos del Tercer Reich yacía desnudo en el suelo de la pequeña oficina del puesto de mando inglés en Luneburgo. Le vistieron el torso con una camisa militar, mientras que la parte baja de su cuerpo seguía cubierta por la manta con la que había viajado desde Barnstedt.

Así le tomaron las fotos que posteriormente salieron en la prensa. Y en todas ellas aparecía con sus gafas de montura transparente. Si sumergieron varias veces su cabeza en un cubo con agua, parece evidente que no podía llevarlas puestas. Pero la imagen del Reichsführer no era concebible sin ellas y los aliados no deseaban que se albergara ninguna duda sobre su identidad. No al menos tras su fracaso en haberlo capturado vivo.

Las órdenes que recibió el coronel Murphy fueron que, tras tomar las huellas, impresiones dentales y una máscara mortuoria del cadáver, éste fuera

enterrado en un lugar anónimo, del que jamás existiera constancia. Se eligió para ello la cercana Lüneburger Heide[64], un inmenso páramo deshabitado situado al oeste de la ciudad. Un mayor y tres sargentos del ejército británico fueron los designados para hacer desaparecer el cuerpo de Himmler. Lo recogieron por la mañana temprano, lo envolvieron en una lona que ataron cuidadosamente y lo introdujeron en un transporte militar. Su destino ha permanecido secreto desde entonces. Por lo menos oficialmente.

* * *

Permanecí en Provins hasta enero de 1947. Ya nadie en el pueblo se fijaba en mí excepto para desearme amablemente los buenos días. Yo sabía que tenía que irme, mejor temprano que tarde, pues los pueblos son pequeños y acaba sabiéndose todo, pero alargué mi estancia porque me encontraba a gusto. Había pasado de vivir unos meses turbulentos y angustiosos a un estado de laxitud, incluso de abandono, en el que nada parecía correr prisa.

Viajé un par de veces a España, para recoger dinero de cuentas seguras, aunque mi primera salida, al poco de llegar, fue a París, desde donde escribí una carta a mi madre. También la envié a Frankfurt, a la dirección de mi hermana, aunque confiaba en que mis padres seguirían viviendo en Múnich. Imagino su alegría al recibir noticias de Nachtigal. Yo ya no podía ayudarlos, pero confiaba en que se encontraran bien. Con el tiempo vería la manera de poder saber de ellos y buscaría la forma de enviarles algo de dinero.

Jakob me entregó, al día siguiente de mi llegada, los sobres con los billetes que yo le había dejado en mi anterior visita. Estaban intactos, algo que ni siquiera me dijo y que yo no necesité preguntar.

—No, Jakob, guárdalos y empieza a usarlos. Seguro que tienes que sustituir alguna herramienta en tu taller, comprar algo nuevo o arreglar cualquier desperfecto que haya en tu casa. O simplemente hazle un regalo a tu mujer. En gran parte la vida precisa de pequeñas alegrías y ahora puedes permitirte algunas. La primera será saber que, con ello, a mí me haces feliz.

Vi que el hombre se emocionaba, aunque intuí que se preparaba para rechazar mi oferta. Luego permaneció un rato en silencio y por último asintió lentamente.

—Gracias. —No dijo más.

Al cabo de unos días asistí a la llegada de una nueva máquina de coser.

—Es de segunda mano —explicó—, pero pocos tapiceros tienen algo parecido.

Y a la vuelta de una visita a la capital, su mujer me mostró ufana unos pendientes largos que lucía en sus orejas.

—Han sido un regalo de Jakob —me dijo—. Es nuestro aniversario de boda, ¿sabes? ¿Verdad que son preciosos?

Me acosté pensando lo mucho que a veces nos complicamos buscando satisfacciones en nuestra vida cuando lo cotidiano puede estar lleno de ellas.

Al cabo de unos meses obtuve mis papeles de empadronamiento en Provins. Karl Meyer ya era oficialmente ciudadano francés.

* * *

El 1 de octubre de 1946 se conocieron las sentencias del juicio que en Núremberg se había seguido contra los veinticuatro criminales nazis más representativos que los aliados habían conseguido detener. Realmente sólo veintitrés se sentaron en el banquillo, pues a Martin Bormann se le juzgó en ausencia al desconocerse su paradero. Fue condenado a muerte al igual que otros once de los imputados, aunque muchos años después se supo que había fallecido en Berlín en 1945. Resulta anecdótico que un cadáver fuera condenado a muerte. Pero también se siguieron juicios contra señalados médicos alemanes y los más importantes jueces. El castigo al nazismo tenía que ser ejemplar.

Ya he dicho que, tras el término de la guerra, procuraba mantenerme ajeno a las noticias que cada día se producían, pero no conseguí evitar enterarme de los pormenores del juicio, pues durante un tiempo no se habló de otra cosa. Y pude comprobar que ese estado de ánimo de la población al que he hecho referencia, en que todos parecíamos hermanos dispuestos a perdonar, comenzaba a desaparecer.

Escuché todo tipo de insultos hacia los condenados, exclamaciones de alegría y frases como: «Habría que matarlos a todos». Comprobé que el odio hacia el pueblo alemán se recrudecía y procuré pasar desapercibido, pues aunque ya llevara más de un año en Provins, los habitantes sabían que yo procedía del país vecino.

—No te preocupes, si yo fuera francés, seguramente pensaría de igual manera —le dije a Jakob una tarde en la que se mostró apesadumbrado por lo

que estábamos viviendo. Se limitó a encogerse de hombros, aunque hizo un movimiento negativo con la cabeza.

En Núremberg se manejaron criterios hasta entonces desconocidos a la hora de enjuiciar a un ser humano, como crímenes de guerra y crímenes contra la humanidad. Y ellos, basándose en doce personas, fueron condenadas a muerte, aunque sólo diez subirían al patíbulo dos semanas después. Aparte de Bormann, Hermann Göring se libró, pues se había suicidado el día anterior. Al igual que sucediera con Himmler, el mariscal fue capaz de disponer de su propia muerte. Confieso que me alegró su gesto, aunque no sepa razonar el motivo.

Nunca se supo el origen de la cápsula de cianuro que utilizó. Se ha hablado de soborno a algún guardián, de que la tenía escondida en un frasco de crema para la piel, de que consiguió pasársela su mujer durante una visita...

—Dicen que el suicidio es un acto de cobardía —me comentó Jakob cuando se conoció la noticia—, pero no puedo estar de acuerdo. Pienso que, por el contrario, es una muestra de valor.

Yo me limité a hacer un gesto ambiguo. No lo tengo claro, pero pienso que personas que conocí y que optaron por poner voluntariamente fin a sus vidas —Hitler, Himmler, Göring, Haushofer...— poseían un indiscutible coraje personal.

En cuanto a entrar a ponderar la oportunidad o la justeza de las distintas sentencias del tribunal de Núremberg, sería yo parte interesada si lo hiciera, del mismo modo que entonces lo fueron quienes abrieron un juicio al nazismo, pero hubo una que me dolió sobremanera. Fue la de Alfred Jodl, ahorcado como un criminal el 16 de octubre junto a los otros nueve reos que con él subieron al patíbulo.

Militar de carrera y por tradición familiar, el general Jodl fue un hombre no sólo admirado y respetado por las tropas bajo su mando, sino también por el pueblo alemán. Ciertamente obedeció órdenes del Alto Mando y que ese Alto Mando estaba coronado por Hitler, pero creo con firmeza que jamás traspasó las obligaciones exigibles a un militar de alta graduación que se encuentra en guerra. Él fue quien, el 7 de mayo en la ciudad de Reims, firmó la rendición del ejército alemán en Francia. Muy pocos días después fue detenido y encarcelado, para posteriormente ser juzgado y ejecutado. Y de forma ignominiosa para quien, por su condición castrense, merece como mínimo poder colocarse frente a un pelotón de fusilamiento.

No puedo decir que yo lo tratara, aunque coincidí alguna vez con él, pero repito que fue siempre un ejemplo a seguir para nuestro ejército.

Pasado el tiempo —creo recordar que fue en 1953—, cuando yo ya vivía en París y con otro nombre, leí que una corte alemana, constituida para ocuparse de procesos de desnazificación, lo exoneró de todas las culpas que llevaron a su condena. Ya durante el juicio de Núremberg, uno de los magistrados que lo presidieron, el francés Henri Donnedieu de Vabres, se mostró contrario a la sentencia, pero la opinión de los jueces rusos, ingleses y americanos prevaleció.

—No entiendo que unos hombres, por muy sabios que sean, puedan condenar a un semejante a morir —me dijo un día Jakob hablando sobre las condenas—. Entiendo las guerras y que los seres humanos se maten entre sí, porque así nos ha hecho Dios, aunque ello me resulte detestable. Pero que fríamente alguien decida que yo ya no debo vivir y su decisión se lleve a cabo lo encuentro aberrante.

Con el paso de los años han sido cada vez más numerosas las voces que han clamado contra la pena de muerte, pero en 1946 y recién terminada una contienda terrible, era algo que nadie cuestionaba. Con la excepción de Jakob Miller.

Era un hombre de arraigadas convicciones, fruto más de su experiencia y de su atenta observación de los hechos que de ideas preconcebidas o que le hubieran sido inculcadas durante su niñez. Con la excepción de la religión.

—Prefiero no planteármelo —me decía—. Es algo que llevo dentro desde mi infancia y que me ha ayudado en innumerables ocasiones. No sólo para hacer lo que debo, sino también para poder aceptar a los demás como son. La idea de Dios es fundamental para nosotros, los judíos. Y es importante que esa religión sea la nuestra y que no tengamos que compartirla.

»El ser humano no es bueno, Karl —añadió—. Me atrevería a decir que es malo por naturaleza, y comprendo que ese pensamiento va en contra de la idea de un Dios que nos ha creado, pero no es necesariamente opuesta. Y te diría que el peor defecto de nuestra especie es esa arrogancia, esa gran vanidad que cada uno de nosotros atesora.

Creo que siempre he sido un cómodo interlocutor. Y en ello no hay especial mérito, porque normalmente me han interesado los pensamientos ajenos y he procurado sacar de ellos enseñanzas. Los alemanes tenemos fama de ser cabezas cuadradas, sin capacidad de absorber aquello que no nos es

conocido. Puede que haya algo de verdad, pero pienso que no es mi caso. Aunque quizá la vanidad a la que aludía Jakob tenga algo que ver.

—Ese engreimiento es el que nos hace sentirnos mejores que los demás — continuaba—. El que nos convierte en intransigentes y ambiciosos, porque necesitamos demostrar nuestra superioridad. Y cuanto más arrogante es un ser humano más peligroso resulta.

Fueron múltiples las ocasiones en las que escuché a Jakob, pues cuando paseábamos o nos sentábamos a tomar una cerveza era él quien más hablaba. Era cómodo para los dos, pues cada uno estaba a gusto: él hablando y yo escuchando. Pero son concretamente estas ideas tuyas las que he transcrito porque, una vez razonadas, tuve que reconocer que llevaban una importante carga de verdad. Y que explicaban muchos de los desafueros que éramos capaces de cometer. Entre ellos las guerras.

El otoño de 1946 llegó sin brusquedades, aunque después el invierno habría de tener días muy fríos. Yo ya tenía decidido irme de Provins antes de finalizar el año. Ya he explicado que el lugar era demasiado pequeño y resultaba imposible pasar desapercibido. Sólo mi amistad con Jakob y mi agradecimiento hacia él habían impedido que me marchara antes. Me sentía a gusto. Pero ya tenía documentación francesa y nada me retenía en un pueblo en el que no podría aspirar a ser otra cosa distinta de la imagen que sus habitantes ya se habían formado de mí. En los viajes que me alejaban de Provins procuraba enviar cartas a mis padres y a mi hermana, siempre firmadas como Nachtigal. En ellas trataba sobre todo de transmitirles esperanza y la seguridad de que yo me encontraba bien.

Me había dejado bigote hacía algo más de un año y también había cambiado la forma de peinarme. A lo segundo me acostumbré, pero el bigote me resultaba molesto y adquirí la incómoda costumbre de arrancarme pelos tras aprisionarlos entre dos dientes.

Y fue a principios de octubre de aquel año cuando tuve el encuentro que entonces acepté sin hacerme demasiadas preguntas, pero que después, con el paso del tiempo, me ha hecho plantearme hasta qué punto no es el destino quien marca nuestra vida y nuestra historia. Un destino cuyos hilos aparentan poseer vida propia y, en todo caso, parecen responder a designios que no nos son conocidos.

LIV

TERCER MANUSCRITO DE HANS HEINS

CAPÍTULO TRIGÉSIMO PRIMERO

No recuerdo qué día de la semana fue, pero sí sé que era laborable y el clima, espléndido. Jakob y yo habíamos ido alrededor de la una a nuestra taberna habitual, donde tomábamos unas cervezas y hablábamos con los otros parroquianos. Era algo que hacíamos diariamente. Si yo no estaba en la tapicería, porque había ido a la explotación agrícola del primo de Jakob, me desplazaba desde allí a buscarle. Y él me esperaba. Me dirigía una sonrisa, colgaba con esmero su mandil y juntos nos dirigíamos hacia la taberna, distante apenas doscientos metros.

Aquel día estábamos ya saliendo para ir a casa de Jakob a almorzar, cuando la puerta se abrió justo delante de mí y un hombre entró apresuradamente. Tropezamos el uno con el otro y por unos momentos mi mano se apoyó en una de las suyas. Hacía mucho tiempo que el contacto con otra persona o con un objeto no había levantado en mí aquellas visiones tremendamente reales y que me dejaban anonadado. Yo pensaba que por fortuna no iban a volver a repetirse, pero aquella mañana en Provins me golpearon con especial fuerza.

Cuando logré separar mi mano de la suya y volví a la realidad, vi que aquel hombre me miraba con rostro preocupado y se dirigía a mí en inglés.

—*Sorry. Are you ok?*[65]

Jakob me contaría después que yo había permanecido durante varios segundos frente a aquella persona con la mirada perdida mientras agarraba su mano y que, después de soltarla, mi rostro se había convertido en una pálida máscara.

Asentí sin pronunciar palabra y acerté a salir de la taberna. Poco a poco fui

recuperándome y logré sonreír a Jakob, que me observaba preocupado.

—Tranquilo, no es nada, ya pasó —le dije cuando estábamos a punto de entrar en su casa—, pero tengo que hablar con ese hombre. Almorzad hoy sin mí y dile a tu mujer que me disculpe.

Jakob me miró extrañado mientras yo, abruptamente, daba la vuelta y me dirigía de nuevo hacia la taberna. Nunca me preguntó si había hablado con él ni sobre qué había versado nuestra conversación. Yo tampoco volví a sacar a relucir el tema. Por mucha confianza que tuviera en mi amigo, no era algo que pudiéramos compartir.

* * *

Unos diez días después, aquel hombre y yo nos pusimos en marcha para cubrir en total más de mil ochocientos kilómetros en una pequeña camioneta que yo había alquilado. Lo había hecho en París y allí había quedado con él para iniciar el viaje a las cinco de la tarde. Nuestro plan era llegar a nuestro destino poco después de amanecer. A Jakob le había dicho simplemente que se trataba de uno de mis habituales desplazamientos, en los que llegaba a permanecer tres y cuatro días fuera. En esta ocasión, mi idea era la de estar de vuelta lo antes posible.

De mi acompañante nunca supe nombre ni nacionalidad. Él me dijo que lo llamara Jack. Pertenecía al ejército británico y estaba recién licenciado, aunque todo ello me resultara indiferente.

Lo importante para mí era que se trataba de una de las cuatro personas que habían enterrado el cuerpo de Himmler en las Landas de Luneburgo.

Lo comprendí aquel día en que tropecé con él en la puerta de la taberna y toqué una de sus manos con las mías. Vi a Himmler tendido en una litera de la que era levantado para colocarlo en una camilla sobre la que reposaba una tela gruesa, probablemente de hule. Vi cómo lo envolvían, cerraban los extremos y ataban el bulto a la altura de la cabeza, cintura y pies. Y vi como lo sacaban del edificio mientras fuera aún era de noche. Todo ello en rápida sucesión, como si fueran fotos fijas pasadas a alta velocidad.

El hombre había retirado su mano en ese momento y la visión finalizó. Pero fue suficiente.

Cuando regresé a la taberna se hallaba apoyado en la barra, delante de una jarra de cerveza. Permanecí en un rincón, contemplándolo y sopesando la

forma en la que debía abordarlo. Y planteándome si, al hacerlo, no estaría cometiendo una absurda insensatez. Pero en mi fuero interno sabía que aquel encuentro no podía ser sólo fruto de una inmensa casualidad y que no debía ignorar el camino que me estaba señalando el destino.

Creo que a estas alturas de mis tres largos manuscritos quien me lee se habrá hecho ya una idea de cómo soy. Mi formación ha sido científica y en mi familia nadie ha creído nunca en mundos paralelos ni en experiencias paranormales, pero hay algo que no puedo poner en duda y que es absolutamente real, y es mi capacidad de vislumbrar, a través de un contacto con otras personas o incluso con determinados objetos, momentos que se han producido en el pasado.

Y también he sido testigo, tal como he relatado, del extraño fluido ectoplásmico que, partiendo de su cara, envolvía a Klaus Haushofer durante las sesiones que tenían lugar en su casa. Quizá todo ello tenga una explicación científica, pero yo la desconozco.

Mi postura ante esos hechos, en apariencia inexplicables, es la misma que la que Jakob Miller adopta frente a los misterios de su religión: los acepta sin cuestionarlos. Por ello no puedo poner reparos a las creencias del que fuera mi buen amigo.

Jack y yo nos turnamos al volante de la camioneta. Todavía existían controles militares en las carreteras alemanas, pero no tropezamos con ninguno. En cualquier caso, la acreditación de mi acompañante como miembro del ejército británico habría sido suficiente.

Hablamos poco durante el viaje. Jack era persona reservada y de carácter taciturno, aunque respondía con amabilidad a mis preguntas. Supe que había sido sargento y que se alegraba del final de la guerra. «Sueño con la vuelta a casa», me dijo. Evité preguntas íntimas porque no me importaban las respuestas, pero sobre todo porque no quería que él pensara que yo tenía interés en obtener datos sobre su persona.

Fue un acuerdo tácito que funcionó a gusto de ambos. Jack tampoco me preguntó quién era yo ni cuál era mi intención si lograba recuperar el cadáver de Himmler. Como tampoco profundizó en lo extraño que tenía que haberle resultado el hecho de que yo hubiera adivinado su intervención en la desaparición del cuerpo del Reichsführer. Sólo me hizo prometerle que no habría publicidad, al menos durante un tiempo prudencial.

—Puedo desaparecer —me dijo—. Pero necesito algo de tiempo y bastante

dinero.

Le prometí lo primero y le facilité lo segundo. Dos días antes de partir con él desde París visité la capital francesa, obtuve el dinero y se lo di. Fue la mitad del total acordado y una pequeña fracción la pagué en dólares y el resto en libras esterlinas. La mayor parte de la moneda americana era auténtica, pero no así la británica. Fue la primera vez en que utilicé una cantidad substancial de libras esterlinas fabricadas en Sachsenhausen, aunque también las mezclé, en parte, con billetes auténticos.

Yo no había estado nunca en las Landas de Luneburgo, pero sí las había estudiado de pequeño en la asignatura de geografía y sabía que formaban un reducto muy peculiar dentro de mi país, pobladas casi exclusivamente de brezos y de bosques de enebros. Las imaginaba monótonas e iguales a sí mismas, y así se lo dije a mi compañero de viaje cuando negociábamos nuestra marcha.

—¿Sabrá usted encontrar el lugar? Comprenda que no deseo hacer un viaje en balde.

—Si desde entonces no han cambiado los caminos, no habrá problema —me respondió—. Antes de enrolarme en el ejército fui *boy scout*. Mis jefes se fiaban más de mí que de los perros.

Jack no utilizó un tono presuntuoso al decirlo, entre otros motivos porque no formaba parte de su manera de ser, pero quizá por ello su respuesta me resultó convincente.

Llegamos a Luneburgo pasadas las siete de la mañana. Nos habíamos turnado en conducir y también en echar alguna cabezada, aunque habíamos dormido poco. Recuerdo que, a pesar de ello, yo no tenía ninguna sensación de sueño.

Jack quería iniciar la marcha desde la ciudad para poder repetir el mismo itinerario de aquel 23 de mayo. Desayunamos en un bar de las afueras y nos pusimos en camino.

—Ahí sucedió —me dijo Jack cuando la camioneta pasó por delante de una sobria construcción—. Ése era nuestro cuartel general.

Yo no pude evitar un estremecimiento al contemplar el edificio. Imaginé a Himmler entrando en él para nunca volver a salir con vida. Me pregunté si él ya lo habría intuido.

Fuimos despacio y yo no hablé durante el recorrido. Mi compañero conducía serio y concentrado, aunque en ningún instante pareció preocupado.

En un momento dado abandonó la carretera y se internó por un camino para, poco más adelante, tomar otro apenas perceptible en aquel terreno plagado de arbustos. No tardó mucho en detenerse.

—Aquí fue donde nos paramos —dijo. Abrió la portezuela y se bajó. Su voz sonó convencida y ello me reconfortó—. Ha cambiado poco —comentó mientras hacía un gesto con el brazo abarcando el paisaje que teníamos delante—. Aunque está todo más seco. ¿Ve ese árbol? —continuó señalando con el brazo extendido—. Lo tomé de referencia. Aquel día caminamos hacia él para luego desviarnos un poco hacia la derecha —continuó—. Anduvimos poco, porque cargábamos con el cadáver y cualquier sitio era bueno. Fue aquí. —Se detuvo y golpeó el suelo con uno de sus pies, no sé si señalando el lugar o buscando alguna diferencia con el terreno circundante.

De momento habíamos traído desde la furgoneta un pequeño azadón y dos palas. Fue él quien, tras arremangarse, dio el primer golpe en el suelo. Yo le dejé hacer mientras cavaba. Pronto cambió la azada por una pala.

El cuerpo se hallaba apenas a medio metro del lugar en el que Jack había comenzado su tarea. Noté cómo la pala chocaba contra algo y pronto una tela de hule negro comenzó a quedar al descubierto. Él siguió trabajando mientras que a mí me embargaba una inesperada emoción: en aquel momento estaba contemplando cómo el cuerpo de Heinrich Himmler era rescatado de su indeseada tumba. Por unos segundos paseé la mirada a mi alrededor, tratando de fijar en la memoria aquel momento y aquel entorno.

Aún hoy soy capaz de rememorarle y puedo sin problema evocar el frío de la mañana, el plano y monótono paisaje de aquella zona de las Landas y a Jack poniendo su pala a un lado mientras se dirigía hacia mí.

—Venga, vamos a sacarlo —me dijo.

El cuerpo estaba rígido y se me antojó pesado. Unas cuerdas envolvían la tela en tres zonas: los dos extremos y la parte central, en lo que supuse que podría ser la cintura. Quedaba claro qué extremo correspondía a la cabeza y cuál a los pies.

—¿No va usted a abrirlo? —preguntó Jack.

—No, ahora no. No de momento. —Fue mi respuesta.

Jack se fue para acercar la furgoneta hasta una distancia prudencial. No convenía aproximarla mucho, me dijo, pues aunque el suelo estaba duro, no era bueno dejar huellas.

Rellenamos el hueco con arena de pequeños sacos que habíamos traído

desde París y cubrimos de nuevo la superficie. Jack la apisonó y la cubrió con hojas y ramas sueltas. Incluso puso en el centro un pequeño arbusto que trasplantó cuidadosamente.

Colocamos el cuerpo en la furgoneta. Aún recuerdo aquella rigidez, como si transportáramos una tabla en lugar de un ser humano, aunque ya llevara mucho tiempo muerto.

A una distancia prudencial, unos cuatrocientos o quinientos metros, detuvimos de nuevo el vehículo.

—Éste puede ser un buen lugar —dijo mi acompañante, y yo asentí.

Lo que íbamos a hacer a continuación fue algo de lo que ya habíamos hablado. La idea había sido mía y a él le pareció bien. Incluso, cuando se la propuse, se permitió esbozar una aprobadora sonrisa, algo que no era frecuente en su adusto carácter.

En la furgoneta llevábamos lo necesario: unos maderos con los que fabricar una cruz y dos ramos de flores. Caminamos a través del brezal hasta encontrar un pequeño claro en la vegetación. Allí construimos y clavamos la cruz y yo dispersé parte de las flores alrededor y coloqué uno de los ramos bajo ella.

No nos habíamos alejado mucho del camino, con el objetivo de que la cruz fuera parcialmente visible para quien transitara por él. Contemplamos durante unos momentos nuestra obra y nos dirigimos un mutuo gesto de asentimiento. Aquél fue mi pequeño guiño hacia quienes habían decidido que el cadáver del Reichsführer descansara en ese lugar abandonado. También se debió, supongo, a mi propensión a dejar alguna constancia, aunque fuera engañosa, de aquellos hechos en los que yo había intervenido y que me parecían importantes. Prueba de ello son este manuscrito y aquella cruz. Pronto volvería a oír hablar de ella.

Eran poco más de las once de la mañana cuando iniciamos la segunda etapa del viaje, la que nos llevaría hacia el castillo de Wewelsburg.

LV

TERCER MANUSCRITO DE HANS HEINS

CAPÍTULO TRIGÉSIMO SEGUNDO

Jack condujo la mayor parte del trayecto en nuestra marcha hacia el castillo. Yo estaba cansado y le pedí que cogiera el volante. Dormité un par de horas que me hicieron sentir mejor.

Eran algo más de trescientos kilómetros que, afortunadamente, nos llevaban en la dirección de París, nuestro destino final. Cerca ya de Wewelsburg nos detuvimos un momento para que fuera yo quien se hiciera cargo de la camioneta. Poco después pudimos ver la silueta del castillo recortándose en el horizonte. Me emocioné. Desde esa distancia no eran apreciables los daños que la explosión había provocado en él. Seguía siendo el mismo edificio majestuoso que yo recordaba y al que tan unido me sentía.

Le pedí a mi compañero que se pusiera la venda alrededor de los ojos. Era algo que habíamos hablado y que él había aceptado como lógico: sólo yo podía conocer el punto exacto en el que nos detendríamos.

No me había fijado un destino premeditado; mi idea era buscar un lugar dentro de los bosques próximos al castillo en el que poder enterrar a Himmler sin ser vistos. Me dirigí, bordeando la fortaleza, hacia la zona situada al noreste. Tenía la intención de que su tumba se hallara próxima a la línea que unía Wewelsburg con Externsteine, el lugar situado en el corazón del bosque de Teutoburg y que albergaba las extrañas formaciones rocosas que el bueno de Wiligut señalaba como el mágico lugar de culto de sus (y, según él, también nuestros) antepasados los *wiligotis*. Como ya he relatado, en la espesura de Teutoburg se había librado la batalla en la que, dos mil años atrás, los germanos habíamos derrotado a los romanos poniendo fin a su avance por nuestro territorio.

—El eje que une los dos lugares almacena la inmensa fuerza de nuestros ancestros —me había dicho Karl Maria años atrás—. Y es especialmente poderosa en los dos extremos, Wewelsburg y Externsteine. Y tú lo has comprobado por ti mismo. Esa fuerza permanecerá ahí para siempre y nadie será capaz de vencerla.

Yo no había estado en Externsteine, a pesar de que Wiligut insistió en que debíamos visitar el lugar, pero sí era cierto que me había visto atrapado en dos ocasiones por la inexplicable energía que parecía atravesar verticalmente la torre norte del castillo. Himmler también creía en ella y en su origen sobrenatural que nos convertía en un pueblo invencible. Era verdad que habíamos sufrido dos amargas derrotas en pocos años, pero también era cierto que Alemania seguía viva.

Pienso que el Reichsführer habría elegido Wewelsburg como el lugar en el que deseaba ser enterrado, y concretamente en su torre norte, pero ello era algo que se hallaba fuera de mi alcance. La idea de que su tumba se ubicase cerca de la torre norte y en la línea que la unía con Externsteine me pareció la adecuada.

Conduje tratando de no perder la referencia de la torre, buscando un lugar que se hallara al noreste de ella y que me permitiera introducirme en el bosque sin ser visto. Era importante poder ocultar la furgoneta de quienquiera que pudiera pasar por la carretera.

Finalmente me decidí por un lugar en el que los árboles permitían el paso. Avancé con cuidado hasta tener la seguridad de que quedábamos ocultos y detuve el motor.

—¿Puedo quitarme la venda? —preguntó Jack. No había pronunciado una sola palabra mientras estuvo sin ver.

—Supongo —dije yo—. Estamos en la mitad de nada. Y hay que trabajar.

Me asombró de nuevo la habilidad de aquel hombre con la pala. Quizá en la guerra había ayudado a construir alguna trinchera, porque cavaba con seguridad y sin hacer ruido. Yo no podía evitar mirar a mi alrededor con preocupación, em alerta ante cualquier ruido, pues si bien es verdad que en las Landas habíamos estado aquella mañana mucho más al descubierto, la zona de Wewelsburg estaba considerablemente más habitada. De vez en cuando oíamos pasar algún vehículo por la cercana carretera, pero por fortuna seguían su camino.

Mientras abríamos el agujero, el cuerpo de Himmler había permanecido en

la camioneta, oculto bajo sacos y tablas, pero cuando Jack salió de la fosa y depositó la pala a un lado, comprendí que había llegado el momento. Me resistía a contemplar el cuerpo de quien había sido mi jefe, pero sabía que no quedaba más remedio.

Jack pareció comprender mi estado de ánimo, pues desde hacía un rato había tomado las riendas de aquella última fase de la operación.

Depositamos el cuerpo sobre la tierra, junto a su improvisada tumba, y mi compañero sacó una navaja plegable del bolsillo.

—Tenemos que cortar las cuerdas —dijo—. No tendríamos posibilidad de deshacer los nudos.

Yo me limité a asentir y le dejé hacer. Tardó un tiempo que a mí me pareció eterno en cortar las tres cuerdas que sujetaban el envoltorio de hule. Las puso a un lado y me miró.

—Hay que descubrir el cuerpo —sugirió.

Tuve que hacer un gran esfuerzo para agacharme y agarrar uno de los lados de aquella tela endurecida. Había algo de obsceno en lo que estábamos haciendo y aparte temía enfrentarme a lo que iba a ver. Mi corazón latía con fuerza.

Tengo la imagen grabada en mi mente, como si fuera una fotografía indeleble. La cara de Himmler, que era la parte visible de su cuerpo, seguía siendo la suya. Tenía los ojos cerrados y su expresión no era de sufrimiento. Hasta el tono oscuro de su tupida y afeitada barba era visible. Sufrí una profunda conmoción, pues aunque no sabía lo que podía encontrarme, la idea que me había formado era la de un cadáver en avanzado estado de descomposición.

Comprendí que el cuerpo había experimentado un proceso de momificación, quizá debido al peculiar clima de las Landas. No lo sé. Ello justificaba asimismo la rigidez del cadáver que yo ya había notado, aunque sin tratar de explicármela.

Una camisa militar del ejército británico le cubría el torso y una manta, la parte inferior del cuerpo. Cuando Jack la bajó ligeramente aparecieron sus manos, una sobre otra a la altura del estómago. Parecían vivas.

—¡Las gafas! —dije yo de pronto—. ¡Conserva puestas las gafas! —Hasta ese momento no me había dado cuenta de que las llevaba. Quizá debido a que yo siempre había visto a Himmler con ellas puestas y en mi mente habían pasado a formar parte de su personalidad. Inmediatamente pensé en lo

incongruente que resultaba contemplar un cadáver que había sido enterrado con las gafas puestas.

—El mayor nos dijo expresamente aquel día que no tocáramos nada; que ésas eran las órdenes. En el ejército no acostumbramos a discutir las.

—Por favor, quítele la camisa —le pedí yo, que me sentía incapaz de tocar el cuerpo. Era impensable que el Reichsführer pudiera yacer en su sepultura vistiendo una camisa del ejército británico—. Y también la manta.

Jack pareció comprender mi embarazo, pues no hizo comentario y procedió a hacer lo que le pedía. Yo mientras tanto desplegué junto al cadáver una amplia sábana blanca de hilo que había comprado en París.

El cuerpo estaba ya completamente desnudo, a excepción de las gafas, y, antes de moverlo desde la tela de hule, se las quité cuidadosamente, como si temiera hacerle daño. Me costó un considerable esfuerzo hacerlo, pero comprendí que no podía pedírselo también a Jack. Las guardé en el bolsillo superior de mi camisa.

Envolvimos el cadáver en su nuevo sudario y lo depositamos en la tumba con la ayuda de unas cuerdas que habíamos traído. La rigidez del cuerpo nos ayudó. Después rellenamos el hueco con tierra mientras íbamos apisonándola varias veces con los pies. Pensé que mi acompañante había enterrado cuerpos en alguna otra ocasión, pues lo hacía todo con rapidez y sin aparentes dudas. Al terminar esparció tierra suelta y hojas sobre la tumba y añadió el toque de algunos pequeños arbustos. La tierra sobrante la metimos en los pequeños sacos que habíamos llevado.

Le felicité, pues nadie que pasara por allí notaría algo extraño. Se limitó a asentir con la cabeza. Tuvimos cuidado en no dejar nada que pudiera delatar nuestra presencia y subimos a la camioneta. Yo tenía un sentimiento de aprensión por todo lo sucedido, y también de alivio, pues era evidente el peligro que habíamos corrido mientras estuvimos próximos al cadáver de Himmler. Jack se puso la venda sin necesidad de que yo se lo pidiera.

Llegamos a París bien entrada la noche. Cuando ya circulábamos por sus calles, le entregué a Jack una pequeña llave que había llevado conmigo.

—Tenga. Abrirá la puerta que le permitirá acceder a mi última parte en el trato. Corresponde a una taquilla de la consigna de la *gare* de Lyon.

Le acompañé hasta la estación y vi cómo abría la taquilla. Dentro había un sobre que contenía la mitad restante del dinero que habíamos acordado.

Jack lo abrió, le echó un vistazo y lo guardó.

—No necesito contarlo. Ustedes los alemanes se han equivocado en muchas cosas, pero no son unos truhanes. —Y me tendió la mano.

Yo la tomé con las mías y me quedé contemplándole. Afortunadamente, en esta ocasión no hubo ninguna visión que me perturbara.

—No sé si su suposición es totalmente cierta, Jack, aunque se la agradezco, pero yo sí puedo dar fe de que usted ha tenido que ser, sin duda, un magnífico sargento para el ejército aliado. Le deseo todo lo mejor.

Vi de nuevo un atisbo de sonrisa en aquel rostro por lo general inmutable y creí entender un mensaje de aprecio en su mirada. Después se dio la vuelta y emprendió el camino hacia la salida. Nunca volví a oír hablar de él. Ni yo ni otras personas interesadas en localizarlo, según pude enterarme algún tiempo después.

Esa noche dormí en París. A la mañana siguiente devolví la furgoneta y a media mañana estaba de vuelta en Provins. Lo primero que hice fue ir a visitar a Jakob en su taller.

—¿Qué tal el viaje? —me preguntó mientras me estrechaba efusivamente la mano.

—Tranquilo. —Fue mi respuesta—. Anda, quítate el mandil y vámonos a tomar una cerveza. Invito yo.

LVI

SAINT-GERMAIN-EN-LAYE, AÑO 2003

—¡Caramba con Hans! —dijo Jean mientras echaba una mirada a su reloj y fruncía el gesto al ver la hora—. ¿Te acuerdas de que antes de cenar decías que era un alemán típico, sin nada destacable en su personalidad? Pues hay que tener narices para hacer lo que hizo.

Nicole asintió.

—Sí, pero yo nunca dije que fuera cobarde. Y la decisión que tomó entonces tampoco va en contra de cómo imaginamos que fue su manera de ser. Respetuoso y obediente con sus superiores, creo que dijimos.

—Y una persona recta de buen corazón —convino Jean—. Pero hay que tenerlo muy grande para arriesgarse de esa manera...

—Pues mira, ya tenemos un rasgo más de su carácter, aunque la verdad es que no supone ninguna novedad. La conclusión es que Hans fue un hombre extremadamente agradecido. ¿Cuántas veces ha repetido en su manuscrito que Himmler siempre se portó bien con él? Simplemente hizo una vez más lo que pensó que debía hacer. Cada vez tengo más claro que me habría gustado tenerlo como amigo.

—Sí —asintió Jean—. Parece que es de los que no fallan. ¿Y nos dará más datos sobre el paradero del cadáver, igual que hizo con la lanza sagrada? Porque otro rasgo que lo caracteriza es que parece que le gusta contarle todo.

Nicole sonrió.

—Lo sabremos enseguida, salvo que exista un cuarto manuscrito —dijo. Sujetaba entre dos dedos las pocas hojas que faltaban para concluir la lectura—. Lo que es seguro es que Hans nos tiene algo reservado. Acuérdate de los números que nos dejó al final de la primera parte. De modo que vamos a ello

y no mires el reloj.

LVII

TERCER MANUSCRITO DE HANS HEINS

CAPÍTULO TRIGÉSIMO TERCERO

Me dolía irme de Provins, pero sabía que era necesario. Es probable que hubiera podido seguir siendo Karl Meyer hasta el día de mi muerte, pero me constaba que era peligroso. Decidí que había llegado el momento de perderme en una ciudad grande y anónima como París. Además, a Jack podía ocurrírsele en cualquier momento hablar del alemán disfrazado de francés que lo abordó en la pequeña ciudad medieval con la peregrina idea de desenterrar el cadáver de Himmler.

Mi despedida de los Miller fue agridulce. Prometí que los visitaría de vez en cuando, aunque yo sabía que eso no iba a ser cierto. Jakob también lo intuía, pero no dijo nada. Su mujer me dio un beso en cada mejilla y no pudo evitar echarse a llorar. Yo la abracé con cariño. Ellos me habían dado el calor humano necesario para sobrevivir en mi huida hacia una vida nueva en la que carecía de raíces. No basta sólo con sentirse libre si no se tiene cerca a alguien que te quiera.

No me cabe duda alguna de que la familia Miller hizo mucho más por mí que yo por ellos, aunque siempre lo negaran. Fueron mi familia cuando más necesitaba tener una.

Prometí que les escribiría de vez en cuando y se me ocurrió utilizar la versión francesa del seudónimo con el que seguía unido a mi verdadera familia, Ruiseñor. Para ellos sería Rossignol.

Mi último viaje como Karl Meyer tuvo como destino la ciudad de Barcelona. Allí, en un banco de la ciudad, guardaba la documentación que a partir de entonces pensaba utilizar. El nombre que en ella figuraba era el de Jean La Fontaine. Al igual que sucediera con mi otra identidad, aquel hombre

existió. Murió en Francia, al principio de nuestra ocupación, en un lugar alejado de su ciudad natal, Marsella.

Una explosión accidental en un taller de cromados fue la que puso fin a su vida, pero ante la posibilidad de que hubiera sido un atentado, fue la Gestapo la que se hizo cargo del caso. Jean La Fontaine simplemente pasaba por allí, según desveló la reconstrucción de los hechos, pero nadie reclamó su cadáver. Averiguaciones en su ciudad natal tampoco arrojaron más luz sobre su persona.

Jean La Fontaine llevaba cinco años muerto, pero no constaba en ningún sitio. La Gestapo recibió orden de remitir su dossier a Múnich y borrar cualquier referencia a su persona. Tenía aproximadamente mi edad.

Llegué a París ya con mi nueva personalidad. Se acercaba 1947. Me perdí en la gran ciudad y traté de ser uno más entre sus anónimos habitantes. Mi francés ya era fluido y no llamaba la atención.

Lo que fue sucediendo a partir de entonces es ya otra historia que no merece la pena ser contada aquí, aunque hasta ahora haya supuesto ya casi la mitad de mi vida. Conocí a Helga, de origen alemán como yo, y nos convertimos en marido y mujer. Maravillosa Helga. Ella ha sabido llenar con su amor y su ternura el vacío que dejó en mi alma Sophie. Lo que sentí por mi primera mujer es irrepetible, porque la juventud también lo es, pero Helga es ese ser con el que todos soñamos para tenerlo a nuestro lado. Bendita sea.

Disfruté enormemente con el artículo que, pasados unos años, publicó el periodista australiano Selkirk Panton en el que revivía los momentos que envolvieron la muerte de Himmler.

Panton había sido corresponsal de guerra en Europa y se encontraba en Luneburgo cuando Himmler fue apresado. Fue testigo de excepción de lo sucedido. Tras recordar con detalle todos los aspectos de la detención y posterior muerte del Reichsführer, concluía su artículo de la manera que voy a relatar a continuación. Al leerlo, me sentí gratificado. Creo que ésa es la palabra que mejor revela mi estado de ánimo; el de alguien que, aunque sea tarde y de forma anónima, ve reconocida su labor.

Panton contaba cómo, dieciocho meses tras la muerte de Himmler, la Inteligencia Británica daba parte de haber encontrado, en las Landas de Luneburgo, una cruz clavada en el suelo y flores esparcidas alrededor. La sospecha era que los seguidores nazis conocían el lugar en el que el Reichsführer había sido enterrado y que el culto hacia su persona había, de

alguna forma, comenzado.

Se dio orden de excavar en la zona que rodeaba la cruz, pero no se halló rastro del cadáver. La siguiente pregunta que se hicieron las autoridades británicas fue: «¿Dónde fue exactamente enterrado el cuerpo de Himmler?». Y para hallar la respuesta se decidió convocar de nuevo al equipo que se había hecho cargo de él. Los cuatro integrantes del comando hacía tiempo que habían abandonado Alemania. Se los localizó y se hizo que volaran hasta Alemania. Pero sólo a tres de ellos: el mayor y dos sargentos. El mayor había regresado a su vida civil y los otros dos hombres se encontraban uno en Malaya y el otro en Suez. Al tercer sargento fue imposible encontrarlo. Podría pensarse que se lo había tragado la tierra.

Me alegré por Jack. Por él y por mí. Había cumplido su palabra de desaparecer. Siempre pensé que sería así, pues era, ante todo, un magnífico profesional.

Vaya para él, allí donde esté, mi agradecido recuerdo, si es que sigue con vida. Confío en que sí.

El periodista terminaba su relato contando cómo el mayor y los dos sargentos, acompañados por un equipo de excavación, buscaron durante todo el día en la zona en la que ellos pensaban que habían enterrado el cuerpo. Y como colofón, tras decir que la búsqueda fue en vano, Selkirk Panton planteaba una pregunta retórica: ¿habían buscado en el lugar equivocado o bien fanáticos nazis habían desenterrado el cadáver para trasladarlo a un oculto mausoleo de las SS?

Lamento poner fin a este relato de lo que fue mi vida, primero como Hans Heins y después con el nombre de Karl Meyer. El escribirlo ha llenado muchas horas de mi tiempo y me ha obligado a recordar detalles que, si no, habrían muerto en el olvido. Ha servido para verme a mí mismo desde fuera, algo que he tratado de hacer de manera desapasionada, aunque lo importante no soy yo, sino los hechos que a lo largo de aquellos años sucedieron.

He conocido a muchas personas, algunas de ellas muy poderosas, y las he visto actuar y tomar decisiones en condiciones y situaciones muy variadas. Y lo que he ido viendo no me ha gustado. Me doy cuenta ahora, cuando puedo contemplar el pasado con la perspectiva de la distancia. Entonces, cuando los hechos sucedían, yo no me planteaba la bondad o maldad de aquellas actuaciones. Simplemente las aceptaba.

Una de mis conclusiones es que las personas bondadosas rara vez

despiertan admiración. La bondad no enamora, no seduce. La maldad, la ambición, el poder sí lo hacen, porque son los que mejor representan la condición humana.

Y para mi hipotético lector o lectora, un regalo. De alguna manera he de agradecer su fidelidad. Pero para llegar a él es necesario haber leído la primera parte de mi manuscrito. En ella, al final, había una larga serie de números que no encontrarán su sentido hasta unirlos a los que doy a continuación.

Hay que intercalarlos, uno por uno, primero los primeros. Y después interpretarlos. Indican un lugar en el que buscar mi regalo. El acertijo no es difícil y, una vez resuelto, la tarea se verá facilitada si se utiliza un detector de metales.

* * *

La posibilidad de que haya estado escribiendo sólo para mí y que nadie lea jamás estas líneas es muy alta, aunque confío en que no haya sido así. Es innegable que a un escritor le gusta tener público.

Cordialmente, a quien sea,
Hans Heins.

729873048.389234915302185396309203124

5012.245790312036249385604355123

LVIII

SAINT-GERMAIN-EN-LAYE, AÑO 2003

—¿Crees que nos está diciendo dónde buscar el cuerpo de Himmler? — preguntó Jean excitado.

Nicole reflexionó antes de responder.

—No, no lo creo. Reveló el escondite de la lanza porque no había sido idea suya. Entonces Hans se limitó a cumplir órdenes, pero ahora es distinto. Tomó una decisión personal, y te diría que muy peligrosa, porque consideró que estaba obligado. Que era algo que le debía a su jefe. Y no creo que esté dispuesto a compartirlo con nadie.

—Sí, seguramente tienes razón —convino su novio un poco decepcionado—. Pero entonces, ¿qué puede ser? Habla de un regalo.

—Confío en que lo averigüemos. Por de pronto hay que resolver el acertijo. —Se quedó mirando a Jean y luego echó un vistazo a su reloj—. Esta vez te ha tocado. Los números son cosa tuya. Y mejor espera hasta mañana. Es muy tarde y te diré que durmiendo surgen ideas nuevas. A mí me ha pasado.

El arquitecto asintió.

—Además, no tengo más remedio. Necesito la primera parte del manuscrito y la tengo en mi caja fuerte de la oficina. Si nuestro amigo quiere indicarnos un lugar y sólo tenemos números, imagino que será a través de unas coordenadas geográficas.

—Dice que no es difícil. Que hay que intercalar entre sí los números, empezando por el primero del primer manuscrito. Luego... estoy convencida de que te las ingeniarás —concluyó sonriente.

LIX

PARÍS, AÑO 2003

Nicole se hallaba en el Louvre, sentada a la mesa de su despacho, preparando la intervención en el programa de televisión. El sonido del teléfono la sobresaltó, aunque desde que llegó estaba nerviosa esperando la llamada.

—¿Jean? Venga, dime que te acercas a la solución.

—Creo que la tengo. —La voz del arquitecto sonaba alegre—. Como supusimos, Hans nos da unas coordenadas, escritas en formulación decimal. Y te diré que señalan un punto muy próximo al castillo de Wewelsburg, aunque el lugar se encuentra claramente al este, no al noreste, que es donde dijo que enterró el cadáver.

—Lo que parece confirmar que no es ése su regalo. Aparte del hecho de que regalar un cuerpo momificado no parece de buen gusto.

Jean rio.

—¿Quedamos donde siempre a la hora del almuerzo y te lo explico?

—Muy bien, a las dos. Y enhorabuena.

* * *

Jean había puesto sobre la mesa una cuartilla en la que sólo podían leerse números.

370219486793605428.531849720374296185

934052618815430976134079625053718264

753041629.28435071940736192808356
9274290348651670241385057162439

—Es el resultado de intercalar las dos listas de Hans. Fíjate —dijo— en que las dos líneas tienen un punto. En la primera, después de dieciocho caracteres y, en la segunda, de nueve. Detrás del punto hay cincuenta y cuatro en cada una. Todo ello múltiplo de nueve, lo que ya indica algo. Pero la clave surgió de los nueve primeros dígitos de la segunda línea, los que van antes del punto.

Y señaló las cifras que había escrito, ya aisladas, debajo de las primeras.

753041629

—¿Te dicen algo?

Nicole tomó la hoja y la estudió durante un rato.

—Bueno, pues que ningún dígito se repite... ¡Y que sólo falta el ocho! —añadió sobresaltada al darse cuenta.

—Justo, ahí está la clave, en el número que falta en cada grupo de nueve. Ése es el que vale. —Miró con asombro a su novia—. ¡Muy bien, Nicole! Te confesaré que a mí me llevó más tiempo ver que faltaba el ocho que a ti.

—Me lo pusiste fácil. —Sonrió ella.

—Aquí tienes el resultado después de separar los dígitos en grupos de nueve. Debajo he puesto el que falta —añadió Jean sacando otra cuartilla de su maletín.

370219486	793605428.	531849720	374296185
5	1.	6	0
934052618	815430976	134079625	053718264
7	2	8	9
753041629.	284350719	407361928	083569274
8.	6	5	1
290348651	670241385	057162439	
7	9	8	

Y por fin, en el centro de la hoja, enmarcadas en rojo, el hombre había escrito las coordenadas:

51.607289 8.651798

—Y marcan un punto al este del castillo —dijo Nicole en voz baja.

—Sí. Aún tengo que fijarlo con precisión. Utilizaré fotografía aérea para poder también reconocer el lugar cuando nos encontremos allí.

—Pues ánimo. Wewelsburg nos reserva otro misterio.

LX

CASTILLO DE WEWELSBURG, AÑO 2003

El cielo estaba completamente cubierto y amenazaba lluvia. Nicole conducía despacio y Jean, a su lado, llevaba un mapa sobre las rodillas y un GPS en la mano, aunque prestaba más atención al primero y al paisaje que le rodeaba. Se hallaban en Knickweg, la carretera que, próxima al castillo, lo rodeaba por su lado este.

—Será fácil hallar el lugar, ¿no? —había preguntado Nicole mientras preparaban el viaje en París—. Habrá que hacer lo mismo que hizo Hans cuando halló las coordenadas, sólo que al revés.

—Pues yo tengo mis dudas —fue la respuesta—. No creas que es tan fácil conocer con precisión las coordenadas del punto en que te encuentras. Piensa que en aquella época el GPS estaba en mantillas. Imagino que Hans recurriría a la fotografía aérea y fijaría una serie de detalles sobre el terreno para después poder reconocerlos en la foto. No sé...

—Hans era alemán y, aparte, ingeniero agrónomo. Seguro que lo hizo bien —dijo Nicole muy convencida.

Ahora ya no lo estaba tanto al contemplar la persistente monotonía de aquellos bosques y de la carretera que se abría ante ella, prácticamente recta. En lo alto, el castillo se ofrecía majestuoso.

—Para aquí —dijo Hans—. Tenemos que encontrarnos ya muy cerca y puedes dejar el coche en esa zona que está más abierta.

Próximas, aunque separadas de la carretera, se podían ver algunas casas aisladas.

—Las he tomado como referencia —dijo Jean. Señaló hacia ellas y estudió una fotografía aérea que tenía en la mano—. Lo malo es que no es lo mismo

ver las cosas desde el cielo que desde aquí abajo.

Anduvo varios metros por la carretera, buscando otros indicadores que pudieran servirle de ayuda, y luego volvió sonriente junto a su novia, que se había quedado esperándole.

—El GPS, el mapa y la fotografía parecen estar de acuerdo —dijo—. El que puedo estar equivocado soy yo. O Hans... Veremos.

Abrió el maletero del coche y sacó el detector de metales. Pidió a Nicole que cerrara el vehículo con llave y, haciendo una pequeña reverencia, le indicó que iniciara la marcha, mientras él señalaba hacia la parte de la floresta más próxima al castillo.

* * *

El bosque era tupido y las copas de los árboles sólo permitían entrever fragmentos de las nubes que encapotaban el cielo. Jean caminaba despacio, atento a las indicaciones del GPS. Se habían separado apenas unos veinte metros de la carretera cuando se abrió ante ellos un pequeño claro.

—Es aquí —dijo el arquitecto mirando a su alrededor—. En la fotografía aérea se veía este pequeño hueco entre los árboles —continuó—. Es lógico que Hans lo utilizara como referencia. Imagino que cuando él vino también existiría, aunque no lo sé. Las fotografías que he estudiado son bastante recientes.

Pulsó el interruptor del detector de metales y acercó su sensor al suelo. Ni la señal de sonido ni la aguja indicadora reaccionaron. Con Nicole pisándole los talones se movió por el claro y de pronto, cerca de uno de los árboles que lo bordeaban, el pitido se hizo agudo y el indicador se movió. Jean se detuvo en el punto en el que las señales eran máximas y apagó el aparato.

—Parece que lo hemos encontrado —murmuró. Nicole y él se quedaron durante unos segundos absortos mientras contemplaban aquel trozo de tierra que en nada se diferenciaba de los que lo rodeaban. Una rala capa de hierba y restos vegetales cubría toda la zona—. Voy a por la pala —dijo Jean en voz baja—. Quédate aquí.

* * *

Unos minutos después, la herramienta que el hombre había manejado con

gran cuidado tropezó con algo. El agujero excavado no tendría más de cuarenta centímetros de profundidad cuando un sonido metálico fue audible.

—Lo hemos encontrado, ¿verdad? —dijo Nicole, que apretaba su cuerpo entre los brazos, pues, aunque el verano estaba próximo, aquella mañana hacía frío en los bosques que rodeaban el castillo—. Te diré que me siento como si estuviéramos desenterrando un tesoro pirata.

—A lo mejor Hans nos regala una fortuna en monedas de oro —dijo Jean sonriendo mientras seguía cavando con precaución—. Acuérdate de que sacó muchas de Alemania.

Pronto lo que parecía ser una caja metálica comenzó a hacerse visible. Estaba coloreada de gris con una pintura ligeramente brillante y que no acusaba el largo tiempo durante el que había permanecido bajo tierra. Cuando Jean la sacó, Nicole la observó con curiosidad: no tendría más de veinte centímetros de ancho por treinta de largo. Su altura apenas llegaba a los diez.

—Poco tesoro cabe ahí —dijo la arqueóloga, aunque su voz no reflejaba decepción, sino más bien curiosidad.

—Toma —dijo Jean tras eliminar parte de la tierra que se había quedado pegada—. Es toda tuya.

Una pequeña falleba cerraba la caja, aunque no había candado. El hombre se situó junto a su novia mientras ella, lentamente, levantaba el pasador y abría la tapa. Dentro sólo había un papel doblado, con alguna mancha de humedad, y un pequeño envoltorio de plástico negro.

—Imagino que el regalo estará en el paquete —dijo Nicole. Depositó la caja y el papel en el suelo—. Vamos a verlo. —Y empezó a retirar con cuidado el plástico que envolvía lo que fuera que Hans les había reservado. Le extrañó lo poco que pesaba; la sensación era de que estuviera vacío.

—¡Unas gafas! —exclamaron a dúo cuando éstas fueron visibles. El envoltorio no contenía nada más.

—Son las de Himmler. —El tono de voz de Nicole expresaba seguridad—. El cadáver fue enterrado con ellas, ¿te acuerdas?

—Y Hans se las quitó... —asintió él—. Y ahora son nuestras...

Permanecieron durante un rato observándolas. Eran gafas de miope, con una montura redonda e incolora. Se veían usadas.

—El papel —dijo ella, recordando la hoja doblada que venía dentro de la caja—. A ver qué dice.

Se agachó para tomarla del interior del cofre gris y la desdobló. Estaba

escrita a máquina y contenía unas pocas líneas.

Imagino que sabrás a quién pertenecieron. Es un recuerdo curioso, ¿verdad? Lo conservé durante años, pero al fin comprendí que, cuando yo muriera, acabarían en un cubo de basura. Ahora, una vez enterradas, quién sabe...

Si la caja ha llegado a tu poder por casualidad y no sabes de qué hablo, no le des más vueltas: son sólo unas gafas.

Atentamente, a quien sea,

H.H.

—Hay que reconocer que Hans tenía un extraño sentido del humor. Y deseos de no aburrirse —dijo Jean agarrando las gafas—; tenía planeado esconderlas desde que inició el manuscrito. Y ya era un hombre muy mayor... Veo fatal —añadió riendo tras ponerlas ante sus ojos—. Himmler era muy miope.

—Podremos saber con exactitud sus dioptrías —dijo Nicole divertida—. No creo que nadie más las conozca.

Ambos se hallaban ensimismados contemplando las gafas y tardaron en darse cuenta del sonido de pasos que, desde la parte de los árboles más próximos a la carretera, se dirigían hacia ellos.

Nicole fue la primera en notar algo y se dio la vuelta sobresaltada. Un hombre con indumentaria militar se dirigía hacia ellos. Detrás de él se hicieron visibles varios más, todos ellos vestidos de uniforme.

—¿Qué...? —acertó a pronunciar, verdaderamente asustada.

—No se inquiete, por favor, señorita Pascal —dijo el hombre en correcto francés mientras hacía un gesto de calma con las manos. Rondaría los cincuenta años y sus galones anunciaban una alta graduación—. Coronel Herberg —se presentó, haciendo un correcto saludo militar.

—¿Cómo..., cómo sabe mi nombre? —fue lo primero que se le ocurrió preguntar a la mujer. Miró al coronel y después a los hombres que lo acompañaban. Se mantenían alejados y sus rostros no expresaban ninguna emoción, sólo seriedad.

—Sabemos de usted desde hace algún tiempo. Y también de usted, señor Massard —lo dijo con amabilidad, tratando de quitar tensión a su inesperada aparición—. Ustedes encendieron la alarma sobre Hans Heins. Entonces nos pusimos en marcha.

—No le entiendo. —Nicole se mantuvo seria, a pesar de la aparente

amabilidad de su interlocutor.

—Lamento no poder ser muy explícito, *mademoiselle*; no me está permitido, pero no necesito incidir en el hecho de que el Standartenführer Heins era alguien importante en el Tercer Reich y que su pista se había perdido. Gracias a ustedes hemos podido hallarla... y seguirla. Y ahora...

—Pero entonces... —lo interrumpió la mujer.

—Lo lamento, no puedo ser más explícito. Ahora tengo que requisar lo que ustedes acaban de desenterrar. La ley es clara al respecto: salvo que ustedes puedan demostrar su propiedad o acrediten que el terreno les pertenece, no tienen, al menos de momento, derecho a considerarlo suyo. Usted es arqueóloga y sin duda sabe que es así. Si lo que han hallado se revela como un bien de interés nacional, lo perderán. Pero... —Alzó las manos antes de que Nicole pudiera intervenir—... Les extenderé un recibo. —A continuación, el coronel acertó a componer un gesto amable—. Y confío, *mademoiselle*, en que puedan recuperarlo.

Nicole permaneció unos momentos en silencio y luego desvió la mirada hacia Jean, que hasta entonces había permanecido callado. Éste respondió con un mudo: «Qué le vamos a hacer», y tendió a su novia las gafas, que hasta ese momento había mantenido entre las manos.

* * *

Abandonaron el pequeño claro cuando ya el coronel y sus acompañantes se habían ido. Al llegar a la carretera, todavía pudieron ver cómo un vehículo militar desaparecía de su vista tras la curva que bordeaba el castillo por el norte. Había comenzado a llover.

Al llegar a su vehículo, Nicole cerró los puños y dio un fuerte golpe con ellos sobre la capota.

—¡Ay! Encima me he hecho daño —exclamó visiblemente enfadada.

—No son las gafas, ¿verdad? —Jean le abrió con presteza la puerta porque la lluvia arreciaba.

—¡Claro que no! —repuso ella sin entrar en el coche—. Me siento violada y ultrajada. Y no una, sino varias veces.

—Anda, entra. Te vas a calar.

La joven lo miró y no pudo evitar una sonrisa.

—Tienes razón. Y tú también. Es lo que nos faltaba. Te das cuenta,

¿verdad, Jean? —continuó, una vez instalada en el asiento—. Nos han espiado, seguido y utilizado. Los nazis no lo habrían hecho mejor. ¡Y todo por unas gafas!

—Menos mal que han sido educados —replicó el arquitecto, tratando de calmar a su novia—. Y nos han dado un recibo. —Miró a Nicole y le guiñó un ojo.

—No estoy para bromas, Jean —dijo ella, aunque su rostro se distendió—. De lo que no tengo ganas es de seguir ahora el viaje hasta París. Y menos con esta lluvia. ¿Qué te parece si paramos en Lieja y nos quedamos a pasar la noche? Una buena cena y un paseo. Es una ciudad preciosa.

El hombre sopesó la propuesta y luego asintió.

—Mañana anuncian buen tiempo. Me apetece recorrerla. Y esta tarde, si llueve cuando lleguemos, podemos ir a un cine.

—De acuerdo, pero que la película sea en francés. Ahora mismo estoy harta de los alemanes.

LXI

PARÍS, AÑO 2003

Habían transcurrido ya varios días desde el regreso de Wewelsburg y tanto Jean como Nicole habían vuelto a sus respectivas ocupaciones. Ambos trataban, en un acuerdo tácito, de olvidar lo sucedido en los bosques del castillo. Ya lo habían intentado, con aceptable éxito, en Lieja. La belleza de la antigua ciudad, en la que habían amanecido con un sol acogedor, les había servido de bálsamo.

Por la tarde, ya en el automóvil, de regreso a París, habían sacado todo lo que llevaban dentro. Fueron unas horas en las que no tuvieron otra cosa que hacer que contemplar el paisaje y charlar.

—¿Te das cuenta? —había dicho ella—. Todos los pequeños detalles que nos parecieron tontos, la sensación de que alguien había estado en casa, los ocupantes del coche aparcado en la notaría que parecían vigilarme... Bueno, pues no eran nada tontos, aunque nos cueste creerlo.

Jean asintió mientras mantenía los ojos fijos en la carretera.

—Sí. No hay duda —dijo—. Sabían que estábamos tras la pista de Hans Heins y ese nombre disparó una alarma. Sólo puede haber sido el banco de Berna quien les avisó.

—Tiene sentido —convino ella—. La caja de seguridad estaba a su nombre y Hans había sido un alto jefe de las SS. No podían abrir la caja, pero sí pedir que se les comunicara cuando alguien lo hiciera. Pero, por fortuna, cometieron un error. —El hombre se limitó a mirarla mientras enarcaba las cejas—. Entraron en casa antes de que volviéramos y sólo pudieron leer la primera parte del manuscrito. Gracias a nuestras sospechas, hemos tenido cuidado con las otras dos. No creo que las hayan visto.

Jean asintió.

—¡Tienes razón! Y gracias por hacerme partícipe de *tus* sospechas.

—Bueno, fui la primera en llegar a casa. Y además recordaba el lugar en el que había dejado el manuscrito.

—Pues entonces, si únicamente han tenido acceso a la primera entrega, como parece, saben muy poco. En ella no se desvela ninguno de los secretos de Hans. ¡Y tiene que ser así, Nicole! —añadió tras una pausa—. Si hubieran podido leer la tercera parte, la caja de metal con las gafas estaría desde hace días en su poder. Nosotros nos lo hemos tomado con calma. Y resolver el acertijo de los números no era demasiado complicado.

—Sí. —La joven se permitió por primera vez un asomo de sonrisa—. Como bien has dicho, saben muy poco. Y te juro, Jean, que no van a enterarse de nada más. ¿Y cómo crees que han podido seguirnos hasta aquí? ¿Cómo sabían dónde estábamos?

—007 habría instalado un emisor en nuestro coche para poder rastrearnos. Quizá hayan hecho lo mismo.

—Qué hijos de puta.

* * *

Era martes y Jean llevaba un buen rato atareado sobre su mesa de diseño. El estudio de arquitectura en el que trabajaba tenía entre manos un proyecto de considerable envergadura, y la parte que le correspondía iba con un cierto retraso. Su padre se lo había recriminado el día anterior y él le había prometido dedicarse de lleno. ¡A ver quién le explicaba que había dedicado parte de su tiempo a la búsqueda de quimeras mientras trataba de desentrañar los acertijos de un extraño manuscrito!

Hizo un gesto de disgusto al escuchar el teléfono. Había pedido que sólo le pasaran las llamadas a las que no tuviera más remedio que responder.

—Es Nicole —dijo la voz de la secretaria—. Ha insistido en que te pongas.

—Me han dicho que estás muy ocupado, Jean. —La voz de su novia sonaba alegre—. De modo que seré breve. ¿Tienes algo que hacer la noche del 24 de mayo? Nos han invitado a cenar.

—¿Cómo? —Jean echó una ojeada al calendario que tenía sobre la mesa. Faltaban once días—. Pues no lo sé... Imagino que no. Tú sabes mejor que yo nuestras citas. ¿Y quién nos ha invitado?

—El primer ministro. Le he dicho que sí.

El arquitecto apartó definitivamente la mirada de los planos que tenía delante.

—¿Qué primer ministro?

—Ay, Jean, pues el nuestro, el de Francia. Y no, no te tomo el pelo; te lo digo antes de que me lo preguntes. He terminado de hablar con él hace unos momentos. Ha estado muy amable.

—Nicole. Por favor, explícate.

—Vaya, qué prosaico eres. Siempre te gusta ir al grano. Bueno, pues me ha llamado una secretaria y me ha dicho que lo hacía desde el despacho del primer ministro y que si podía hablar con él. He pensado en una broma, pero la voz de la mujer sonaba seria, de modo que le he dicho que sí. Te diré que Jean-Pierre es muy simpático.

—¿Jean-Pierre?!

—Sí, me ha pedido que lo llame así. —La voz de Nicole sonaba ahora francamente divertida—. Una cena privada en su residencia, en Matignon. Él, su mujer y nosotros. Bueno, eso creo. Me ha dicho que ve con frecuencia mi programa en la televisión, que la arqueología es su pasión... En fin, toda clase de monadas, aunque estoy convencida de que el verdadero motivo es nuestro amigo Hans y su manuscrito.

—¿Te lo ha dicho?

—Bien, no exactamente, pero algo ha insinuado. Me extrañaría equivocarme.

—¿Y a qué hora es? —acertó a preguntar Jean.

—Ah, pues no lo hemos hablado. Tendré que preguntarlo.

LXII

PARÍS, AÑO 2003

—Ha estado muy bien, ¿verdad? —preguntó Jean mientras conducía rumbo a Saint-Germain. Acababan de abandonar el Hôtel Matignon y era ya cerca de la medianoche. Nicole, sentada a su lado, se mostraba relajada mientras sujetaba con ambas manos una caja de metal sobre su regazo. Dentro, las mismas gafas que habían tenido que entregar a un coronel alemán un par de semanas atrás.

—Sí, perfecto, aunque tengo una duda —contestó ella—: ¿Unas personas te parecen encantadoras porque verdaderamente lo son o ayuda el hecho de que sean el primer ministro de tu país y su esposa?

El hombre rio divertido. El vino que habían servido con la cena era espléndido y después había aceptado un whisky durante la charla que habían mantenido en un acogedor salón de la residencia de sus anfitriones. En aquel momento, sentado ya en el coche y de vuelta a casa, se encontraba a gusto y levemente eufórico.

—Influyen las dos cosas, yo creo —fue su respuesta—. Y piensa que los políticos son amenos por naturaleza. No les queda más remedio.

Nicole asintió, mientras echaba una mirada a la caja que mantenía agarrada. Parecía negra en la oscuridad de la noche.

—Tienes razón —repuso—, pero en este caso pienso que se trata de una persona amable de verdad. Sólo el hecho de haber querido ser él en persona quien nos devolviera las gafas lo demuestra. Y la manera en la que nos ha pedido disculpas... Se me ha pasado de golpe todo el enfado. Hasta entiendo que nos hayan espiado. ¡Imagínate que Hans, en lugar de regalarnos unas gafas, nos hubiera facilitado la pista del tesoro!

* * *

—Aunque han pasado ya muchos años —les había dicho el primer ministro —, sigue habiendo un dispositivo que se pone en marcha cuando existe la posibilidad de seguir la pista a algún alto personaje nazi. Es difícil que alguno de ellos siga vivo, pero lo que haya dejado atrás puede resultar igualmente interesante.

Nicole y Jean se mostraron explícitos en sus respuestas cuando el hombre les preguntó por el contenido del resto del manuscrito de Hans Heins. Únicamente callaron todo lo relativo a la lanza sagrada. Así lo habían acordado antes de acudir a la cita.

—Si el primer ministro nos pregunta por el manuscrito, no creo que importe que le digamos que el cuerpo de Himmler se encuentra ahora en las proximidades del castillo —había dicho Nicole—. Preferirán eso a que esté en manos de neonazis. Y además, evidentemente, no se lo van a contar a nadie. Entre otros motivos porque no tienen manera de demostrarlo. Pero de la lanza, nada de nada. Una vez que hemos decidido callar por respeto a Hans, no vamos a dejar que sean otros los que lo aireen.

A su llegada a Matignon dudaron sobre los motivos de la invitación, pues sus anfitriones se limitaron a mantener una animada conversación en la que Nicole fue protagonista. Versó en torno a la arqueología y al programa de televisión, que ambos confesaron ver siempre que podían. Pero, cuando un mayordomo anunció que podían pasar al comedor, el primer ministro se levantó, abrió la parte superior de un secreter que había en la habitación y, con una sonrisa, le tendió a Nicole una caja metálica que ella enseguida reconoció.

—Las gafas están dentro —dijo el hombre—. Y, por favor, acepten las disculpas de los gobiernos francés y alemán.

Luego, durante la cena, Hans Heins y su manuscrito fueron ya los protagonistas únicos. El primer ministro no ocultó que sólo el primer fragmento les era conocido. Nicole, acostumbrada a sus presentaciones televisivas, fue capaz de añadir un tono extra de misterio a su relato sobre las otras dos partes, aunque, cuando terminó, le sorprendió la agudeza de aquel hombre.

—Gracias, Nicole, ha sido un placer escucharla. Ha estado usted brillante,

aunque algo me dice que no nos ha contado todo. Tal vez sea sólo la suspicacia que siempre nos acompaña a los políticos.

—Le diré una cosa, Jean-Pierre. —La arqueóloga sonrió—. De lo que no tengo duda es de que usted posee una elevada inteligencia... y unas evidentes cualidades políticas.

—Bien. —El primer ministro le guiñó un ojo—. Dejémoslo así. Brindemos por ustedes y por su próximo matrimonio.

* * *

—Han dicho que vendrán a la boda. ¿Tú qué crees? —preguntó Jean. Conducía despacio porque se sentía a gusto y también porque era consciente de que había bebido un poco más de lo aconsejable.

—Pues las probabilidades no están a favor —replicó ella con buen humor—, aunque quién sabe. Lo que sí haremos es invitarlos. Piensa, Jean, que la conversación ha sido político-social. Nos han preguntado por nuestra boda; les hemos dicho la fecha y, como manda la educación, hemos añadido que nos encantaría que vinieran. ¿Conoces a algún político que te responda con un no rotundo? Falta aún mucho tiempo y para ellos la cena de hoy será ya historia.

—Pero ella parecía de verdad interesada. Nos ha hecho mil preguntas.

—También como mandan los cánones. Aparte de que a las mujeres nos interesan de verdad esos detalles. Somos cotillas.

—Bueno, pues allá ellos si se lo pierden. Lo mejor fue cuando el primer ministro..., Jean-Pierre, nos preguntó por la solución del enigma de los mil piratas. Ahí demostró que de verdad se había leído el manuscrito.

—Sí. —Nicole rio—. Y tú y yo soltamos la respuesta a la vez, como en casa, cuando la descubrimos. ¿Te acuerdas? Pero el hombre es listo; él solo llegó a la conclusión una vez que empezamos a explicársela. Y se quedó encantado. —Jean asintió sonriente—. Oye —continuó ella—, y si no bastara con el empate e hiciera falta mayoría en cada votación para salvar al último y que entre en el reparto, ¿cuántos serían al final?

—Pues..., no sé, habría que pensarlo —repuso tras unos momentos de silencio—. Es una buena pregunta.

—Pues la dejamos para mañana. Tengo sueño y estoy un poco borracha.

—De acuerdo. Por cierto, y hablando de otra cosa, tenemos que visitar a

Helga La Fontaine. Podemos contarle muchas cosas. Se sentirá orgullosa de su marido. ¿La llamo?

—Desde luego. Es un gusto estar con ella y charlar... y quemarnos la lengua... —La sonrisa se transformó en risa—. Y también tenemos que destruir el manuscrito, como hemos decidido —continuó ella—. Me va a costar. Será decir adiós para siempre a algo muy querido. Espero que Hans no se enfade.

—Lo comprenderá. Te acuerdas de que hablamos de quedarnos con la primera parte, que no desvela nada, pero pienso que podemos ir un poco más allá. —Nicole se limitó a escuchar en silencio—. Te propongo destruir sólo las páginas que hagan alguna referencia a que la lanza sagrada se encuentra en la torre norte de Wewelsburg. Lo del traslado del cuerpo de Himmler es indemostrable y la caja con las gafas ya la tenemos nosotros.

—Tienes toda la razón —asintió ella tras meditar unos instantes—. Y así podremos releer el manuscrito. Me apetece. ¿Te juegas algo a que no separemos exactamente las mismas páginas?

—Al que se le escape alguna, que pague una multa —dijo él de buen humor—. ¿Y qué vamos a hacer con las gafas? Aparte de pedir que nos digan su graduación...

Nicole acarició la caja metálica que mantenía en su regazo. La sintió fría.

—Pues precisamente estaba pensando en ello cuando has hablado de la boda. Si metemos las gafas en un cajón, ahí se morirán de asco. Y me gustaría tenerlas a la vista. Son un recuerdo importante. ¿Se te ocurre algo?

Ambos guardaron silencio durante un rato. Finalmente fue Nicole la que rio suavemente antes de hablar.

—¿Sabes, Jean, el secreter que tenemos en el salón? ¿El que compraste tú antes de que nos conociéramos? Me he acordado de él porque Jean-Pierre sacó la caja de uno parecido. Pues podemos ponerla encima, tumbada y abierta, con la tapa apoyándose en la madera y las gafas asomando. La caja tiene su gracia, vieja y oxidada como está. Y si alguien nos pregunta, diremos que se trata de una escultura moderna de un alemán llamado Heins y que no nos ha salido barata. La verdad es que mucho peores las he visto. Estoy convencida de que encima tendremos éxito.

Ambos reían cuando las luces de Saint-Germain se hicieron ya visibles.

NOTAS

[1] Schutzstaffel o escuadra de protección, fundada oficialmente por Hitler en 1925, aunque como guardia pretoriana de algunos líderes nazis ya habían comenzado a funcionar en 1923.

[2] Heinrich Himmler (1900-1945) estuvo al frente de las SS desde 1929 hasta su extinción al final de la guerra.

[3] Ver *Satanael*, del mismo autor.

[4] Ver *La máscara maya*, del mismo autor.

[5] Ver *Satanael*, del mismo autor.

[6] Ver *Satanael*, del mismo autor.

[7] Jefe de Estandarte de las SS, equivalente al grado de coronel en el ejército.

[8] Abuelita.

[9] *Cleopatra, la señora del Nilo.*

[10] Enseñanza secundaria.

[11] Bachillerato.

[12] Nazionalsozialistische Deutsche Arbeiter Partei, Partido Nacionalsocialista Alemán de los Trabajadores, más conocido como partido nazi.

[13] Grupos de excombatientes, fundamentalmente oficiales del ejército alemán. De tendencias derechistas, les unía su odio al comunismo y su desprecio hacia los judíos a los que acusaban, falsamente, de haber eludido sus obligaciones militares.

[14] Inmensa cervecería situada en la Rosenheimer Strasse y que sirvió, desde 1921, como lugar preferente de reunión de los simpatizantes del NSDAP. En ella habló Hitler en múltiples ocasiones.

[15] Sturmabteilung, fuerza paramilitar del NSDAP, también conocida como «los camisas pardas» y nutrida básicamente de miembros de los *Freikorps*.

[16] Llamado «*putsch* de la cervecería» porque se inició en el Bürgerbräukeller, donde los insurrectos mantuvieron durante un tiempo detenidos al gobernador de Baviera, Gustav von Kahr, y a dos de sus hombres de confianza.

[17] Espacio vital. Algo en lo que Hitler siempre insistía y que fue la semilla de la Segunda Guerra Mundial.

[18] Carismático hotel de Múnich en cuyos salones se reunían habitualmente los miembros de la Sociedad Thule. Su nombre significa Cuatro Estaciones.

[19] DAP (Deutsche Arbeiterpartei), que posteriormente, bajo el liderazgo de Hitler, añadió a su nombre el término nacionalsocialista, pasando a convertirse en el NSDAP.

[20] El fallido «*putsch* de la cervecería» concluyó el 9 de noviembre con una marcha hacia el Feldherrnhalle (monumento en homenaje a los caídos en la Primera Guerra Mundial) situado en la Odeonplatz. Catorce miembros del NSDAP murieron en el enfrentamiento con la policía, convirtiéndose, junto a las otras dos víctimas habidas frente al Ministerio de Defensa, en mártires del movimiento nazi. Himmler llevaba la bandera de las fuerzas de las SA comandadas por Röhm.

[21] Prisión en la que Hitler cumplió su condena y en la que podía recibir visitas prácticamente sin restricciones.

[22] Popular.

[23] Dos semanas, repartidas entre finales de septiembre y principios de octubre, en las que la ciudad de Múnich celebra sus fiestas populares.

[24] Cervecería.

[25] Helena Petrovna Blavatsky, rusa nacionalizada americana, que en 1875 fundó en Nueva York, junto al veterano de la Guerra de Secesión, Henry Olcott, la Sociedad Teosófica.

[26] El *Völkischer Beobachter* (*Observador del Pueblo*) fue un periódico fundado por Von Sebottendorf como *Münchener Beobachter* (*Observador de Múnich*), siendo adquirido por el partido nazi en 1919. Pasó a difundirse en todo el territorio alemán en 1923.

[27] Jefe supremo de las SS para todo el territorio nacional.

[28] Enrique I, llamado *El Pajarero* porque, según la leyenda, se hallaba cazando pájaros, su gran afición, cuando se le comunicó que había sido elegido rey a la muerte de Conrado I.

[29] «Afán (o impulso) hacia el Este», expresión utilizada entonces, y también posteriormente por los nazis, para manifestar los deseos alemanes de expansión.

[30] «Casa marrón», nombre con el que era conocida la sede del NSDAP en Múnich en alusión al color del uniforme de sus miembros.

[31] *El misterio de las runas.*

[32] Sociedad Nacionalsocialista para la Cultura Alemana.

[33] Deutsches Ahnenerbe (Herencia Ancestral Alemana), sociedad creada para el estudio de los antecedentes y la historia de la raza aria.

[34] Sozialdemokratische Partei Deutschlands (Partido Socialdemócrata de Alemania).

[35] «No, no, eso no es así».

[36] «La sangre debe correr».

[37] Pueblo situado en el norte de Austria, muy próximo a la frontera con Baviera.

[38] «¡Sí! ¡Victoria!».

[39] Bayerische Volkspartei (Partido Popular de Baviera).

[40] Circunscripciones (de origen histórico) en que se divide Alemania.

[41] Ayuntamiento.

[42] Centro neurálgico de Múnich, donde se encontraba el ayuntamiento.

[43] *Sieg* quiere decir «victoria» y *Heil*, en este contexto, puede traducirse por «viva», aunque signifique «salvación».

[44] Patente del Imperio Alemán.

[45] *Weise Thor* significa en alemán «sabio Thor» o «Thor el sabio».

[46] Jefatura para la Raza y la Colonización.

[47] Grado equivalente al de capitán en el ejército.

[48] Ver *La máscara maya*, del mismo autor.

[49] Regimiento de élite, una de cuyas misiones consistía en proteger a Hitler.

[50] SD (Servicio de Seguridad).

[51] Geheime Staatspolizei (Policía Secreta del Estado).

[52] Iniciales de Konzentration Zentrum (Centro de Concentración).

[53] Grial, Rey Arturo, Ario y Runas.

[54] Sala de los tenientes generales.

[55] «Ahora me perteneces y los dos somos uno».

[56] Ver *Satanael*, del mismo autor.

[57] Textualmente, *Misterio Tíbet*.

[58] «¡Salud!».

[59] Guarida del Lobo. Nombre dado al cuartel general de Hitler en Polonia.

[60] Fuerzas armadas durante el régimen nazi.

[61] Organisation der Ehemaligen SS Angehörigen (Organización de Antiguos Miembros de las SS).

[62] Rango de las SS equivalente al de mayor.

[63] Ruiseñor.

[64] Landas de Luneburgo.

[65] «Disculpe. ¿Se encuentra bien?».

El manuscrito nazi

Juan Martorell

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño y de la ilustración de la portada, Agustín Escudero, 2017

© Juan Martorell, 2017

© Espasa Libros, S. L. U., 2017
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2017

ISBN: 978-84-670-5034-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: MT Color & Diseño, S. L.
www.mtcolor.es

**¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!**

NOVELA HISTÓRICA

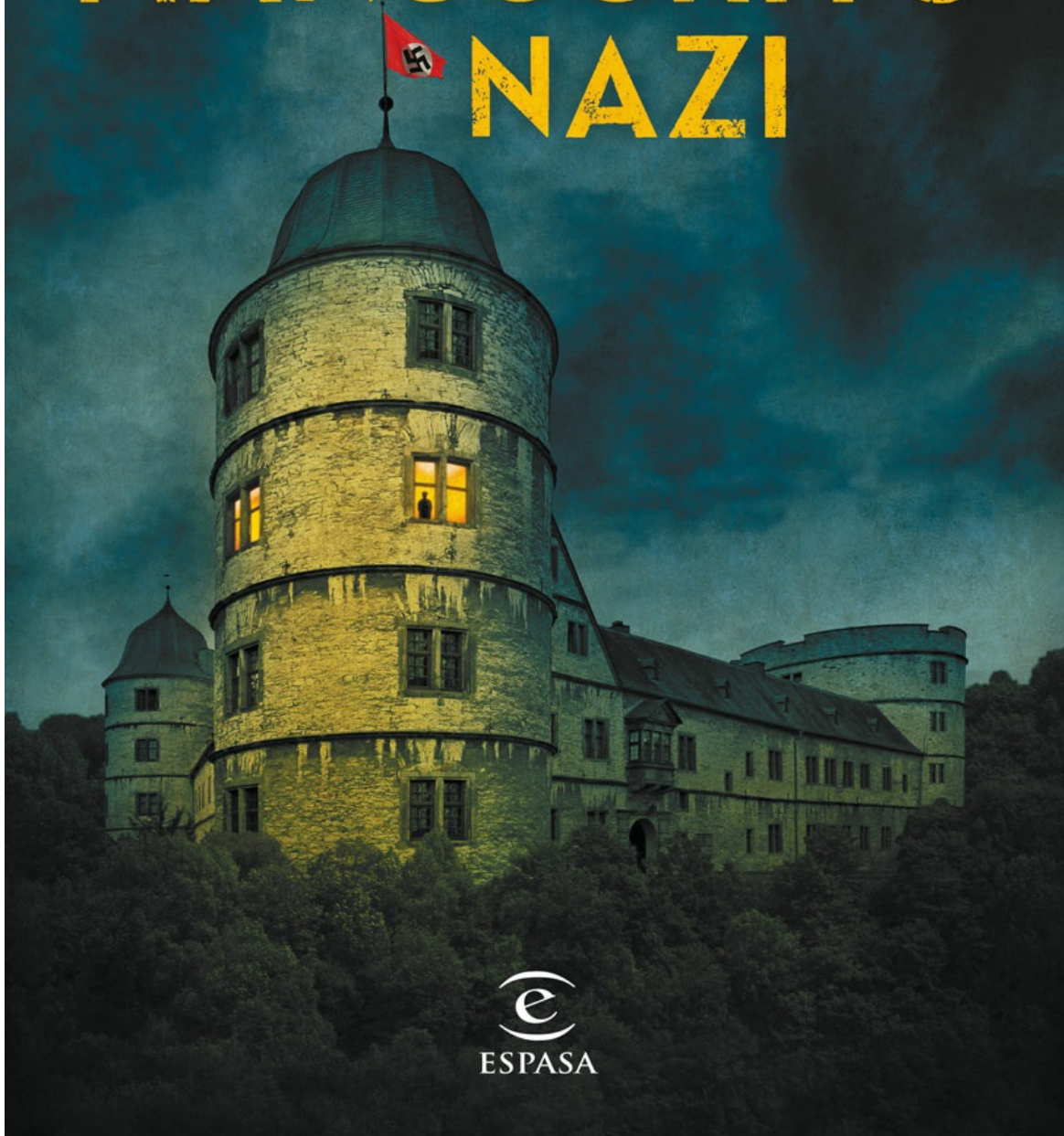


¡Síguenos en redes sociales!



JUAN MARTORELL

EL
MANUSCRITO
NAZI




ESPASA